

Sophie
Simplemente Amor

Azminda Cangar

Sophie

Simplemente Amor

Copyright © 2016 Azminda Cangar

www.azmincangar.com

Primera edición, Abril 2016

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibido, la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni la trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo del autor. Así como la distribución de ejemplares mediante el alquiler o préstamo públicos.

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo, compartirlo, ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste, ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de adquirir tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Esta historia es pura ficción. Sus personajes y las situaciones vividas son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, son nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad de ellos.

© Edición y Diseño: Azminda Cangar

Dedicado

A ti,

que cada vez que pasas la página y sigues leyendo, haces mi sueño realidad.

A mi madre,

mi mejor amiga, mi guía, mi ejemplo, mi meta.

A Fabi,

la mujer hecha especialmente para mí.

A Hannah,

por darme mi ración de amor diario.

A Gatha,

que me alienta a tener malos pensamientos.

A todas y cada una de mis Mujeres Fénix, las mejores lectoras del mundo, que siempre están dispuestas a leer mis locos sueños.

Olvídense del mundo y disfruten de “Sophie”, preciosas.

"Es mejor ser odiado por lo que eres,
que ser amado por lo que no eres."

André Gide

Tabla de Contenido

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Agradecimiento Especial](#)

[Agradecimiento](#)

Prefacio

—En este lugar y en este preciso momento, estoy rodeado de la gente que más quiero. Mi vida es para ustedes, mis hijos. Les prometo que siempre voy a estar para Ustedes, que siempre los voy a querer, cuidar y apoyar sin importar qué.

—Vengan chicas.

Les pidió Owen. A gatas, Sophie y Viri se acercaron a Alex.

—Esta cadena simboliza que eres mi hija. ¿Me aceptas como papá?

Sophie sonrió y asintió. Se arrojó hacia él, envolviéndolo en un gran abrazo. Alex la abrazó de vuelta y con cuidado de no jalar su cabello, cerró el seguro convirtiendo a Sophie en su hija.

—Viri...

La emoción le estaba ganando. Sophie agarró de la mano a su hermana y la acercó a Alex.

—Te habla papá —explicó, como si Viri no escuchara. La sonrisa de Alex no podía ser más grande, y no solo la de Alex, la de Owen no se quedaba atrás, la mía, la de los niños, era un día muy feliz para nosotros.

Alex le puso la cadena de oro con un dije en forma de triqueta —El poder de los tres. El símbolo del amor y la eternidad, sin principio y sin fin. Owen, el artista de la familia, contrató un diseñador que se especializaba en cultura celta. Él fue el que diseñó mi anillo de compromiso, los dijes de los niños, el regalo que tenía preparado para mis hombres, es decir, nuestro nuevo símbolo familiar—.

—Este símbolo. —Les explicó señalando el dije—. Representa las tres promesas.

—Ven Kurt.

Kurt se acercó a Owen y tomó las manos que mantenía extendidas Owen, como invitación.

—Nos honrarías si nos permitieras ser tu papá. ¿Nos aceptas?

Mi niño suspiró y sonrió. Eso era un fuerte y claro ¡Sí! Owen aseguró una esclava de oro en su muñeca izquierda. La esclava tenía el mismo símbolo que el dije de las niñas.

—Las promesas son: Que siempre los vamos a amar, que siempre los vamos a honrar...

—Y que siempre los vamos a proteger.

— Creo que es la primera vez que no quiero ir una fiesta, Sophie.

— ¿Nos regresamos?

Mi hermana era la ‘fiestera’ de la casa, si ella no quería salir, yo feliz regresaba a dar un par de brazadas.

— No. Ya estamos aquí. Vamos a darle un susto a Kurt.

Las dos reímos con malicia, Kurt creía que podía deshacerse de nosotras. Con lo que él no contaba, es que nosotras todavía no queríamos deshacernos de él. Y si a eso le agregamos que me sentía un pelín herida, era casi un hecho que Viri y yo nos pegamos como sanguijuelas a él. Era la primera vez que no nos invitaba a una de sus fiestas, eso dolía. Aunque teníamos casi los mismos amigos, el círculo donde nos movíamos era muy diferente.

Entramos al jardín de los Bass con paso firme, ya se encontraba una que otra pareja besuqueándose en las sombras, también un chico regando las plantas con el contenido de su estómago. No era una visión que nos agradara a ninguna de los dos, apuramos el paso y entramos a la casa. La residencia elegante que con tanto esmero decoró la señora Bass, Ahora era un burdel con exceso de música, alcohol, drogas, y hormonas.

Viri apretó mi mano un tanto alarmada, a escasos metros de la puerta de entrada, en una de las mesas de la estancia estaba reunido un grupo de tres repartiendo en línea— polvo blanco con una tarjeta, a los tres los conocíamos, los tres iban al mismo colegio que nosotras, y por supuesto, los tres de ahora en adelante estaban en mi lista negra de amistades.

—No los veas —le susurré a mi hermana, que, aunque no tenía un pelo de tonta, intentábamos por todos los medios mantener un poco de su inocencia, era a la única de los tres que le quedaba inocencia.

Nos abrimos paso entre la gente, poco a poco la tensión de la bienvenida se fue desvaneciendo, conocíamos a la gran mayoría, saludos, abrazos, invitaciones a bailar, pero fue hasta que Viri vio a Bruno que soltó mi mano.

— ¿Qué hacen aquí?! —Fue la bienvenida del Lobo.

Bruno era el hijo menor de Frank, Diana, y Jasón, los Gardner —y mejores amigos de mis padres—, y el “novio” de mi hermana. Era un noviazgo de manita sudada que tenía como único fin mantener a las familias contentas, de buena fuente sabía que no pasaban de un par de besos, ninguno de los dos estaba interesado en el otro en el ámbito amoroso, en el amistoso era otra cosa, Bruno era uno de nuestros mejores amigos.

— ¿Dónde está Kurt? —Bruno se lamió los labios en un gesto nervioso, obviamente este era el tipo de fiesta en la que Viri y yo no éramos bienvenidas.

Los Gardners ya tenían un par de años uniendo fuerzas con mi hermano, ya no solo luchábamos con Kurt por un poco de privacidad, ahora teníamos cinco mocosos que se creían los dueños y señores del universo siguiendo cada uno de nuestros pasos. No era sorpresa que Viri se besuqueaba con Bruno y yo con Fabio, eran los únicos hombres disponibles aparte de mi hermano. Tampoco era sorpresa que mi experiencia sexual se restringía a mis manos, ni siquiera Fabio se atrevía a ir más allá de un beso, era como si Kurt los tuviera amenazados.

—Déjate de ondas. ¿Dónde está mi hermano?

— ¡Bruno!

Bruno no tuvo oportunidad de contestarle a Viri, una chica de su clase se le restregó en un movimiento lascivo muy indigno en una chica de quince—. Ah, vienes acompañado —le “reclamó” Viri con una sonrisa.

¿Ya mencioné que mi hermana y su “novio” en realidad son un poco retorcidos?

—Se supone que ustedes no debían venir, Viri. ¿Con quién vienen?

Fue su contraataque. La música era ensordecedora, no alcancé a escuchar que le decía Viri a Bruno, lo que si pude fue ver, el rostro de Bruno se suavizó con la contestación de Viri, incluso su cuerpo se relajó.

— ¡Quédense en la parte trasera! ¡No suban! ¡Y no beban nada! —Nos advirtió entre gritos el menor de los Gardner. Dos segundos después bailaba animadamente con el corderito, Bruno tenía cara de angelito, pero en realidad era un Lobo que esa noche comía cordero. De todos los Gardner, Bruno era el más retorcido. Era fácil conseguir presas con esos ojos dulces y ese chocolatoso cabello de recién despierto, su cuerpo todavía no se desarrollaba por completo, aunque era innegable que iba por buen camino.

Seguimos las instrucciones del Lobo y nos dirigimos a la parte trasera. Pocos minutos después Viri y yo aprovechamos que no teníamos centinelas a la vista, y bailábamos en medio de un grupo con vaso en mano, saltando, cantando, disfrutando a ojos cerrados, y olvidando completamente a Kurt.

No tardé en sentir un par de manos rodeando mi cintura, era común encontrar “novio” en las fiestas, ni siquiera me molesté en averiguar quién era.

— ¡Traigo el teléfono encendido! —le aseguré a Viri gritando. Me enseñó su pulgar hacia arriba e hizo un guiño. Ya estaba confirmado, cualquier cosa que ella necesitara solo tenía que marcar, cualquier cosa que yo necesitara, ella estaba a solo una llamada.

No sé cuánto tiempo pasó, solo sé que estaba recargada en una pared con Daniel, mi nuevo novio, y su lengua hasta mi garganta cuando sentí una vibración a la altura de mi cintura. De un solo movimiento me despegué del novio y contesté la llamada.

— ¿Viri?... Viri... ¡Viri! —En segundos ya revisaba la casa, frenética por encontrar a mi hermana pequeña—. ¡Viri! ¡Viri! —Mis manos empezaron a sudar, un mal presentimiento subió desde mis entrañas hasta mi boca. El sabor agrio del miedo me activo, algunas personas se entorpecen con esa sensación, yo no era una de ellas, en mi se prendía el mecanismo de supervivencia y defensa. Fui abriendo puertas a diestra y siniestra sin importar quién estaba tras ellas, o lo que hacían. Ahora entendía porque Kurt nos dejó afuera de la lista de invitados, esto no era una fiesta, ¡esto era una orgía! Solo basta decir que era de las pocas que seguía vestida.

La música seguía a todo volumen dificultando mi búsqueda, llegué a las escaleras y el miedo se acrecentó. Subí saltando el obstáculo de personas semidesnudas que se hallaban en la escalera, probablemente por no encontrar un mejor lugar para revolcarse.

— ¡Viri!

— ¡¿Sophie?! —Finalmente apareció mi hermano—. ¡¿Qué haces aquí?! —Conocía a Kurt en todas sus formas, como cualquier hermana conoce a su hermano, pero tenía muchos años de no verlo desnudo. Mi hermanito ya estaba crecido.

— No encuentro a Viri —El temor en mi voz lo alertó. Sin mucho cuidado se quitó a la chica que tenía encima. Mientras él encontraba algo con que cubrirse, escaneé la habitación. ¿De dónde diablos salió tanta gente? En cada rincón encontré parejas o grupos manoseándose—. ¡Viri! —Con

menos ruido intenté nuevamente con el celular.

— ¿Cómo se te ocurre traerla aquí? ¿Por qué no están en casa? ¿Quién las tra...

— ¡Cállate!

El violín de David Garrett entonando “Dangerous” se escuchaba muy a lo lejos, las notas siguieron y siguieron mostrándome el camino amarillo hasta que llegué a la puerta al fin del pasillo. La abrí y encontré a un trol luchando con un hada, no sé de dónde agarré la botella, fui consciente de ella hasta que escuché el sonido hueco de ella quebrándose en la cabeza del magistral imbécil que cayó encima de mi hermana como peso muerto. No hubo gritos ni alboroto, solo el eco de la música de la planta inferior, y a David Garrett y su violín acompañándonos.

La sangre cubrió rápidamente la blusa de mi hermana, Kurt llegó junto con Gordon y Fabio que de un solo movimiento le quitaron el peso muerto a mi hermana. La sangre no paraba de salir y de lo único que realmente me preocupé, fue de mi hermana escupiendo algo blanco.

— ¿Qué es eso? —Viri no contestó, solo negó asustada señalando su boca—. ¿Qué es eso? —Repetí agarrando su cara y forzando sus labios para que me mostrara el interior de la boca. Pedacitos de lo que parecían pastillas estaban por todos sus dientes. La agarré de la mano y nos metimos al baño de la habitación, ella sola se enjuagó la boca, se hincó y se metió uno de sus dedos para provocarse el vómito.

— ¡¿Qué tiene?! ¡¿Qué le hizo?!

Si mi hermano estaba intoxicado con algo, en ese momento no mostraba signos de nada, más que una fría violencia en los ojos.

— ¿Te sientes muy mal? —Le murmuré a mi hermana mientras le pasaba una toalla mojada por el cuello. Empezaba a entrar en pánico cuando Kurt se hincó al lado de ella.

— ¿Viri?

Mi hermana no dejaba de vomitar, vi sangre justo antes de que se desvaneciera entre mis brazos y los de Kurt.

— ¡Oh, mierda! —Jadeamos los dos, sincronizados como buenos mellizos.

Esa fue la primera vez que aparecimos en los tabloides, el titular fue; Los herederos NCJ: Drogas, sexo & muerte.

Atrás quedaron las pequeñas travesuras. Pensé que les había quedado claro muchos años atrás que con nosotros no se debían meter. Estábamos en tercer grado cuando lo gritamos fuerte y claro.

Kurt le tapó los ojos y lo metió al casillero, al mismo tiempo que yo vaciaba una bolsa de diamantina dorada sobre su cabeza. En menos de un respiro cerramos el casillero y caminamos en dirección opuesta, sin palabras, sin titubeos, sin una pizca de arrepentimiento nos dirigimos al salón, sobretodo, sin importar los gritos de Josh, el hijo menor del senador Bass por el estado Illinois.

Pasaron veinte minutos antes de que alguien extrañará al caprichoso y bravucón Josh, el típico niño con falta de atención en casa buscando un poco de atención molestando a los demás.

Kurt y yo seguimos todos los pasos de contingencia que decía el manual; no corrimos, no gritamos, seguimos a la maestra, y nos mantuvimos con el grupo hasta llegar al espacioso gimnasio. Pasaron los minutos con lentitud, el ochenta por ciento del personal del colegio más prestigioso de Chicago buscaba puerta por puerta, pasillo por pasillo, rincón por rincón al desaparecido Josh, los alumnos se empezaron a impacientar y empezaron los murmullos. Unos especulaban que se había escapado, algo casi imposible considerando la seguridad del plantel, otros, que él fastidioso niño estaba escondido entre la indecorosa cantidad de árboles que el colegio tenía en sus alrededores, los más, que Josh estaba molestando a otra inocente víctima.

Busqué a mi hermana y la encontré asustada, Viri todavía no se adaptaba al nuevo colegio, a duras penas se estaba adaptando a su nueva familia, lo último que necesitaba es que un mocoso como Josh la molestara.

Sin pedir permiso dejé mi lugar en el grupo y me dirigí al Hada, realmente lo parecía, chiquita de cabello dorado y brillantes ojos verdes, tomé la mano de mi recién estrenada hermana y me senté a su lado. A los pocos minutos, Kurt ya tomaba la otra mano de Viri, juntos esperamos que alguien encontrara a Josh. Finalmente vimos entrar al Director Mayle y nos preparamos para lo inevitable. Todos; el personal, los alumnos, los padres de familia, para todos fue claro quiénes eran los responsables del pequeño contratiempo. Josh tuvo el mal tino de molestar a Viri un día antes. Gran error. La menor de los Northman—Carter Jones llegó a casa con el cabello llenó de diamantina. Kurt y yo planeamos el pequeño golpe mientras mis papás hablaban por teléfono con Mayle, el director prometió tomar cartas en el asunto y aseguró que el inconveniente no se iba a repetir.

Solo para estar seguros, nosotros hicimos nuestra parte.

Todavía recuerdo la mirada de suficiencia de Kurt, el nulo arrepentimiento en mi pecho, lo que más recuerdo, es la sonrisa de mi hermana. Ese día Viri supo que no estaba sola en el mundo, que nos tenía a nosotros para protegerla, que era nuestra hermana. Obviamente esperamos un regaño, ninguno llegó, Josh nos señaló como responsables por supuesto, pero sin pruebas o testigos era palabra contra palabra, y Josh tenía muy mala reputación.

Creímos que esa pequeña travesura le había dejado claro que nadie se metía con los hermanos NCJ, sin embargo, una vez más demostraba que era de pocas entendederas. Y aquí estábamos, recibiendo el regaño que no recibimos años atrás.

— ¿Tienen idea de lo que hicieron?! ¿Qué diablos hacían metidos en la casa de los Bass?!

Mis papás, si, en plural, nos tenían acorralados en la oficina del palacio. Alex era abogado y el

que no dejaba de gritar, Owen era fotógrafo mundialmente reconocido, y si me preguntan, mi favorito. Los dos, junto con Kaira, mi madre, eran dueños del Grupo Carter, un conglomerado de bienes y servicios de valor indeterminado, crecía más y más a cada minuto.

Kaira, alias Ami, descubrió cómo se debe vivir y se enamoró de dos hombres, y esos hombres la adoran con pasión y locura desmedida, justo era decir que también nos querían a nosotros de la misma manera. Su sangre no corría por nuestras venas, no hacía falta, Kurt, Viri y yo éramos más Northman—Carter que ellos mismos. Aunque no en este preciso momento.

—Mañana... ¡No! —gritó nuevamente Alex mirando el reloj— dentro de dos horas tienes entrenamiento. ¿Qué hacías en una fiesta?

¿Qué podía contestar? ¿Qué era una irresponsable? Él ya lo sabía. Empezó a caminar como León enjaulado, síntoma de que estaba muy, muy enojado.

—Kurt... Kurt...

Kurt era el preferido de Alex, era justo considerando que todos merecemos tener un consentido y que, para mi fortuna, yo era la consentida de la que realmente mandaba, Kaira Jones.

Mi hermano por primera vez demostró un poco de arrepentimiento, titubeando se disculpó—: Lo siento, papá —aunque nunca bajando la cabeza, Kurt era muy arrogante.

—Tu hermana pudo terminar muerta, Sophie tiene competencia el fin de semana, mañana tienen escuela. ¿Qué hacían en una fiesta?

La pregunta fue dirigida a Owen, mi Api suspiró y aceptó el lugar del inquisidor, ya no le quedaba paciencia a Alex.

—Sé que están en una edad difícil, que necesitan un poco de libertad, y que piensan que la seguridad es demasiado restringida, pero...

— ¡No! —intervino nuevamente Alex, Owen le dirigió una mirada que lo hizo callar, mis padres nunca se contradecían, no enfrente de nosotros.

—Sí, si lo sabemos —le recalcó Owen a Alex—, pero tienen que entender que todo es por su bienestar. Nada les costaba venir y preguntar, obviamente les íbamos a decir que no, pero nos hubieran advertido que tenían fiesta y no nos hubiéramos ido a dormir confiados en que nuestros tres angelitos estaban en casa. Hubiéramos dado la alerta a los de seguridad y se les hubiera complicado salir. Ahora todos estuviéramos plácidamente dormidos y no discutiendo a las cuatro de la madrugada.

Se escuchó la risa de mi Ami y la tensión bajo varios grados. Kaira Jones entró a la oficina como lo que era, una reina, sus pasos siempre eran delicados y firmes. Se dirigió a Alex y con solo una de sus manos en su pecho, lo dominó. El cuerpo de Alex se relajó visiblemente. ¡Yo quería ser como mi madre!

Alex era un hombre muy firme, estricto sería una palabra para describirlo, tenía que serlo, a veces era el único con un poco de cordura.

—Ay, Owen. Por eso es que estos niños hacen de las suyas, porque todo les consientes.

Owen le sonrió como a mil millones de dólares en oro, Kaira le regresó la sonrisa y lo sustituyó en el papel del inquisidor.

Se recargó en el escritorio, cruzó los tobillos, las manos y exigió—: Explíquenme.

—Eso está mal —se burló Kurt señalando mi tarea.

— ¡No, no está mal!

Odiaba que se metiera en mi trabajo, y ahora no tenía escapatoria.

Después de dejar a Viri dormida en su habitación, Kaira nos escuchó, nos regañó, y nos sentenció a cadena perpetua; Tres meses de trabajo voluntario en una finca Foster —para recordarnos lo afortunados que éramos—, tres meses sin ningún aparato electrónico —mayormente para evitar que nos enteráramos de qué decía la prensa de nosotros—, y tres meses sin intimidad. Ese fue el peor de los castigos; trabajo voluntario, escuela, tareas, dormir, todo juntos, ¡era una tortura!

“Si se escapan juntos, el castigo es juntos”, aleccionó Kaira cuando dio el veredicto. Ninguno de los tres la corrigió, nos podíamos pelear, odiar incluso, pero siempre hombro a hombro.

— ¿Cuál es la respuesta? —exigí. Si estaba mal, su deber como hermano es que me diera la respuesta correcta, ¿cierto?

— ¡Jóvenes! —Nos advirtió Conchita. Bendita mujer, tenía la paciencia de un santo.

— ¡Dile que deje de molestarme! —Volví a exigir.

— ¡Le estaba ayudando! —se adelantó Kurt.

—Conchita, ya acabé —anunció con voz melosa Viri.

Así éramos; Kurt era el que molestaba, Viri era la que nivelaba, y yo era la que siempre tenía la razón.

Conchita dejó de revisarnos las tareas desde hacía años, ya ni siquiera teníamos edad para tener nana, pero Conchita era parte de la familia. Además, sabía todos nuestros secretos, no juzgaba, y le divertía que nuestra familia fuera un poco ‘diferente’. Mis padres confiaban ciegamente en ella.

Tenía dos lugares donde podía estar sin la agobiante presencia de Kurt: Mis entrenamientos, y los recesos entre clases, los entrenamientos eran mis favoritos por mucho. Mis amigas no hablaban de otra cosa, parecía que el único tema que enseñan en la escuela era sexualidad. Me senté en la cafetería a escuchar con quién, cómo, y dónde, para mí era tan simple que no me causaba el morbo que a ellas parecía crearles, tal vez porque en mi casa se hablaba de sexo como se hablaba de cualquier otro tema.

A los nueve años Kaira me explicó los términos generales, a los once Alex habló de aspectos más específicos, sobre todo el punto de vista de los niños. A los trece Owen se sentó en la mesa junto a mí y dijo:

—Los hombres quieren hacerlo todo el tiempo, y las mujeres también, solo que fingen no quererlo. Si tú quieres hacerlo, hazlo. Todos lo hacen porque es muy placentero, y los únicos que no lo hacen es por dos razones; Porque tiene una mala pareja en la cama, o porque no tiene con quién hacerlo. Es completamente natural y normal.

Punto final.

Y así se manejaba en casa. Todavía no alcanzaba a entender la fascinación de mis amigas por el tema, si lo quieres hacer, lo haces, ¿cierto? ¿Para qué platicarlo tanto?

Entró Luca con Bruno y a mis amigas les empezó a dar un ataque de hormonas. Se empezaron a

reír sin sentido, a ruborizar y por la vista de sus blusas, a excitarse, a todas se les marcaron las cimas de los senos. Yo conocía a Luca y a Bruno desde siempre, no tenían ese efecto en mí, o tal vez porque había visto a Luca discutir con su padre sobre sus marcas con tanto agarre que terminaban sin hablarse por días, o porque Bruno se besuqueaba con mi hermana cada vez que tenían oportunidad, que simplemente no me llamaban.

—Sophie.

Bruno se acercó a mi mesa con toda la intención de coquetear con mis amigas, tenía mucha ‘chispa’, no le importaba ser un año menor que nosotras, él cuándo se proponía conquistar, la lograba.

—Bruno.

—¿Me presentas a tus amigas?

El menor de los Gardner era un chico muy guapo, todos los Gardner lo eran, lo sabían y se aprovechaban de ello.

—Estás muy chico para ellas.

—¿Y tú cómo sabes? —contestó sonriendo. Volteé los ojos al cielo para no ver a mis cinco amigas reír como idiotas. ¡Qué desperdicio de tiempo!

—Chicas, ¿ya conocen a Bruno? Bruno, te presento a Ross, Lara, Nadia, Aura y Katy —presenté señalando a cada una. De todas, Lara y Katy eran con las que mejor me llevaba, Ross, Nadia, y Lara venían con el paquete. Obviamente no era mujer de muchas amistades.

—Preciosas... —lo dijo de tal manera, que las cinco se sacudieron en sus asientos.

—Bruno —le advertí. Hay gente que nace con chispa, con energía que atrae, Bruno era uno de ellos, y lo usaba siempre que podía. Siempre con el objetivo de meterse entre la ropa interior de sus víctimas.

—¿Si, linda? —susurró en mi oído. Afortunadamente para mí, yo era inmune a sus poderes. Servía el que conociera sus peores momentos, como cuando Gordon y Fabio, sus hermanos mayores, lo encerraron en el closet de su cuarto el día que se dieron cuenta que robaba sus revistas. Bruno odiaba los lugares pequeños, no era claustrofobia, era la naturaleza innata de ser libre lo que provocó que llorara por un par de minutos cuando salió de ahí.

Fue el primer chico que Viri y yo veíamos llorar, en ningún momento se apeno o bajo la mirada, lloraba con la cabeza en alto, como orgulloso de poder expresarse sin importar las burlas de sus hermanos.

Bruno era fuerte.

—Basta —susurré de la misma manera. Mis amigas no tenían que saber que Bruno era mejor amigo que ellas para mí.

—Estás consiente que eres una de la niña más lindas de la escuela, ¿verdad? Tienes un lado... misterioso —volteé los ojos al cielo, Bruno y sus frases—, no te gusta lo mismo que a las demás niñas, no hablas de compras o cosas sin sentido. Eres diferente y eso me gusta. No lo cambies.

Frases que, aunque no me gustaran, funcionaban. Un escalofrío recorrió mi cuerpo mientras veía como besaba a mis anonadadas amigas en la mejilla antes de salir junto a Luca. Sin duda los chicos más apuestos de la escuela.

No fui consiente de haberlo hecho, pero ese día hice una nota mental, ‘ser diferente, era bueno’.

Junto con todos los indudables beneficios del deporte y las experiencias que estaba viviendo, el compañerismo que se creaba en los viajes y entrenamientos era una de las cosas que más me divertían. Las vivencias que adquiríamos evitaban que cayéramos en la obsesión, aunque “normal”, decía Doc —el mejor entrenador del estado y mío desde hacía un par de años—, el camino para convertirse en un deportista de alto rendimiento es duro y se puede correr el riesgo de que el placer de jugar se convierta en una obsesión. Yo estaba salvada por la constante comunicación que mantenía con mis hermanos y mis padres. El que estaba perdido era Luca, ese hombre perdía el eje de la vida con las excesivas horas de entrenamiento, renunció incluso a sus amigos, el único que se salvó fue mi hermano y eso porque Kurt era una presencia constante en su vida. Su madre y padres —los Gardners también eran una familia diferente—, confiaban ciegamente en lo que él les decía, muchas veces escuché: “estoy bien”, cuando hablaba con ellos, para mí era obvio que no lo estaba, nadie puede estar bien en esa soledad. Escuela y entrenamientos, esa era la vida de Luca. A mí me parecía de lo más aburrido, aunque qué podía decir yo, que nunca perdía un entrenamiento.

La mayor diferencia entre su carrera y la mía, era la familia, la mía era una pieza clave, cumplían su palabra y me apoyaban al mil por ciento, sobre todo, cuando dejé de ser una aficionada y empecé a entrenar en serio. El apoyo que me dieron la primera vez que perdí una competencia fue fundamental para que siguiera entrenando y no siguiera el camino fácil y renunciara. Me animaron, me vitorearon, mi mueca de amargura al ver los resultados fue reemplazada con una gran sonrisa al escuchar a Kaira gritar como posesa, Alex me abrazó, Owen me cargó en hombros, Viri gritaba “¡Es mi hermana! ¡Es mi hermana!”. Incluso Kurt palmeó mi hombro, sin decirlo, me dijo que estaba orgulloso de mí. Entre mi familia, el personal que siempre nos acompañaba, y los Gardner, hicieron que el quinto lugar supiera a primero. La pobre chica que ganó se fue a los vestidores sin pena ni gloria, mientras yo seguía festejando.

La suya no era así, mentira, el padre de Luca no era así. Frank no sujetaba el entusiasmo, lo dejaba libre hasta que la ilusión de ver a su hijo triunfar se volvió insoportable. Diana y Jasón no tenían autorización de palmear su hombro cuando fallaba, es difícil superar una derrota cuando solo ves desilusión en los ojos de quien se supone debe apoyarte incondicionalmente.

Eso estaba destruyendo a su familia, y creo que Luca se sentía responsable. Los Gardner siempre nos habían acompañado en los eventos importantes, últimamente solo iban a casa Diana y Jasón, Bruno por ser el menor no tenía opción y Luca, que con el pretexto de ver a Kurt se soltaba del lazo que su padre le imponía. Frank lo estaba ahogando, no sé si no se daba cuenta, o estaba ciego por el talento de su hijo.

Volví a guiar mi mirada hacia su asiento, miraba a la nada con mucho detenimiento, sus inseparables audífonos mantenían el bullicio del autobús fuera de su burbuja. Todos sabían que nadie era digno de molestar al gran Luca, pero yo era Sophie, yo hacía lo que me decía el instinto.

Saqué una manzana de mi mochila, y seguí a mi instinto.

— ¿En qué piensas? —No se inmutó. Era obvio que le hablaba a él, aun con los audífonos el movimiento del asiento tuvo que anunciar mi presencia—. Si no me contestas, no voy a parar de hablar hasta que lleguemos a la villa.

Faltaba cerca de una hora para llegar a la villa, la pequeña diablilla que bailaba en mi cabeza

empezó a contar, al llegar a tres, Luca volteó. Nunca fallaba, había compartido vientre con Kurt, yo sabía cómo manejar a los hombres que se creen dioses.

— ¿Qué quieres, Sophie?

—Que me digas en qué piensas —Puso los ojos en blanco y mi diablilla sonrió.

—En nada, Sophie. No pienso en nada... tengo prohibido pensar.

Lo último lo dije en un susurro. No me gustó verlo cabizbajo, Luca no era así, Luca era un triunfador. Le di una mordida a la manzana y analicé su perfil, tenía unos ojos dorados muy bonitos, aunque un tanto tristes.

— ¿Es por Frank? —cerró los ojos y respiró profundo. Mmm, había dos opciones; huía de ahí lo más rápido que mis piernas de garza daban, o me enfrentaba a mi destino con la frente en alto. Me recordé que seguía a mi instinto, aunque normalmente eso significaba problemas. Me acomodé en el asiento y le di otra mordida a mi manzana.

—No le hagas caso. Recuerda que: “el placer de jugar nunca debe dejar paso a la obsesión”. El que Frank este obsesionado, no significa que debes dejar de jugar por placer. Si no le gustan tus números, que los haga él. Te aseguro que no lo logra —afirmé. Luca tenía los números más prometedores de la temporada, y ni así tenía satisfecho a Frank. Su padre no se reprimió al amonestarle justo antes de subir al autobús, y enfrente de cuarenta adolescentes, si Luca no fuera el mejor, las burlas ya lo hubieran acabado.

Uno de los mayores problemas según Doc, es cuando los padres ponen en sus hijos unas expectativas tan elevadas que los terminan ahogando, Frank tenía expectativas que Luca nunca iba a lograr, ningún humano las lograría. Su padre creía que nadar cien metros estilo libre en 52.22 segundos era poca cosa, la mayoría de los que viajaban en el autobús no lo lograban. ¡Frank era un cretino! Por eso siempre preferí a Jasón. Además, los padres deben limitarse a ser eso, padres, y no intentar suplir a los entrenadores. “Igual que un padre no suele ir a ver al profesor de matemáticas de su hijo para decirle como debe dar la clase, en el deporte tampoco debe cuestionar la metodología y las decisiones del entrenador, aunque le parezcan equivocadas”, le repetía Doc a Frank enfrente de todo el equipo cada vez que quería “ayudarlo”. Frank creía saber todo, y su necedad lo único que iba a lograr, es que Luca renunciara. Incluso había propuesto que Luca dejara la escuela para que se dedicara 100% a entrenar, Diana y Jasón se estaban volviendo locos tratando de que Frank no perdiera la cabeza. Mi Ami decía que ya la había perdido.

—Tú eres una princesa, Sophie. A ti todavía te cargan la mochila —Fue la contestación a mi intento de consolarlo. Odiaba que me llamaran así, los únicos que tenían derecho a llamarme así eran mis padres, y solo en la intimidad de casa.

—Si alguien te escucha llamarme así, te juro que te vas a arrepentir —Lo amenacé susurrando. El muy cretino bufó y dejó salir una mueca de suficiencia. Por alguna extraña razón no me importo que se burlara de mí, mi objetivo es que dejara de ver a la nada y lo había logrado.

Nunca imaginé el costo de mis instintos.

A partir de ese día, Luca Gardner se unió a la lista de las personas que me llamaban Princesa. Y en esa lista, solo estaban las personas que más me querían.

Pasaron varios minutos sin que ninguno de los dos hablara. Me sorprendió cuando agarró mi mano con la que sostenía la manzana y se la llevó a los labios. La mordió mirándome a los ojos, una flamita, algo que nunca había sentido antes, se prendió.

—Cuéntame tu versión de la fiesta —ordenó.

—No hay nada que contar —Levantó una ceja, un gesto muy característico de él, no hablaba, todo parecía comunicarlo con la ceja. Y si, tenía razón, estaba mintiendo. Sin resistencia me vi

contándole todo el episodio.

—No entiendo qué diablos hacías ahí. Pudiste haber perdido esta competencia, si sabes que es importante, ¿verdad?

¡Por supuesto que lo sabía!

—Yo... acompañaba a mi hermana —bufó con mi pobre excusa. En eso también tenía razón, era una pobre excusa—. Ya no importa, lo importante es que aquí estoy, lista para patearle el trasero a tu noviecita.

Fue la primera sonrisa abierta que le veía en mucho tiempo, Luca era precioso. Su noviecita, Jane, nos miraba detenidamente. Era una chica muy intrépida, de esas que siempre consiguen lo que quieren, para ella Luca era un trofeo, un trofeo que colgaba en su escaparate desde hacía un par de meses.

—No es mi noviecita... —dijo imitándome—, es más bien mi amiga —afirmó sin mirarla. ¡Ja! Y yo era cenicienta.

—Según tú. Tendrías que avisarle a ella.

Antes de que hurgará en ese territorio, me detuvo—: ¿Estas nerviosa?

Esta competencia era importante para finalmente establecer mi nombre en la lista top de atletas con miras a los olímpicos.

—No —afirmé—, estoy lista —Luca era el mejor en su categoría, yo lo era en la mía—. ¿Y tú?

—Igual por aquí —Me hizo un guiño y casi exploto, la flamita se convirtió en llamarada.

— ¿Te gusta, Luca?

No sabía a ciencia cierta qué le preguntaba, le gustaba nadar, Jane, o yo.

—No es que me guste, es que soy bueno en eso. Si, él era el bueno.

Ya tenía la técnica, sabía perder con la frente en alto, sabía como entrenar para la siguiente competencia. Ya solo me faltaba ganar.

Entre los pasillos de los vestidores fui sorteando cuerpos, poca gente sabía lo que pasaba tras vestidores, o, mejor dicho, poca gente entendía por qué después de haberse entrenado durante cuatro o más años, de haber repetido miles de veces la misma rutina, y de perder toda posibilidad de triunfo en cosa de segundos, no nos echábamos a llorar por horas enteras. Por el contrario, apenas si nos lamentábamos, enseguida recobrábamos fuerzas y nos despedíamos del público. O por qué cuando ganábamos, o se imponían récords mundiales, no se celebra con todo —como sí lo hacen las familias y aficionados—, y aunque algunos expresan más sus emociones que otros, es cuestión de pocos minutos para estar nuevamente en calma, sonriendo, y tranquilos como si el logro fuera cosa fácil de obtener.

Más que la preparación física, la clave está en la mente.

— ¡Jones! —anunció Doc. Para evitar el Northman—Carter Jones cada vez que nos hablaban, en la escuela nos separaron por apellido, Kurt era Northman, Viri Carter, y yo era Jones.

Relajé mi cuello, subí el volumen para perderme en el poder de Queen y me preparé para salir al ruedo. Justo cuando solté la toalla con la que calentaba mi cuello, Luca agarró mi brazo. Tuve que retirar uno de los auriculares para escuchar lo que murmuraba y que Freddie evitaba que escuchara.

—Nada como si esta fuera la última —Su agarre se intensificó y así como llegó, se fue. Soltó mi brazo y se perdió entre los demás nadadores. Tardé un segundo en procesar lo que dijo: “Como si fuera la última”.

Mi salida fue perfecta, mis primeros veinticinco metros exactos, cada brazada, cada patada, todo era preciso, el toque en la placa de contacto firme, todo fluía como debía ser, la respiración, el ritmo, la paz... hasta que tuve un destello de la imagen de Luca murmurando. La respiración bilateral que estaba haciendo fue muy larga, el aire se acumuló, mi control del aire se rompió, y todo se fue al traste. Antes de que tocara la placa de contacto, antes de que mi cabeza saliera completamente del agua, incluso antes de que mi cuerpo se detuviera por completo, lo supe, no era una carrera de primer lugar. Ocho milésimas de segundo fueron las que me separaron del primer lugar. Ahora es cuando tenía que demostrar que era una atleta de alta competición, que sabía sobreponerme al fracaso para que un día llegara el triunfo. Alta motivación, claridad en las metas, confianza en las habilidades, capacidad de concentración, manejo de las emociones y aptitud de replantearse rápidamente sus metas de manera que después del fracaso se pueda levantar prontamente y reiniciar el trabajo, eran características de mis compañeros, no mías.

Salí del agua lo más rápido que pude, ignoré a Doc, a los reporteros, ¿qué les podía decir? Solo podía ayudarles a hundir el cuchillo de la derrota más hondo en mi pecho. Fue hasta las regaderas que me detuve. La fría agua de la regadera ocultó la única lagrima que me permití derramar. ¡Perder era una jodida perra!

Sentí una mano jalando de mi hombro para voltearme, antes de que pudiera decir nada, Luca me estampó contra la pared.

—Qué...

Ahucó su mano en la más estrecho de mi espalda, y se acercó a mí. No pude evitar aturdirme, ¿Qué estaba pasando?

Inclinó su cabeza, su lengua recorrió su esponjoso labio superior antes de humedecer el inferior, seguí el camino sin respirar, sin moverme, solo deseando que esos labios se acercaran a los míos.

Se fue acercando sin dejar de verme a los ojos, mordisqueó mi labio inferior antes de que su lengua se abriera paso entre mis dientes y se enroscara con la mía.

—Fui yo, ¿verdad? —susurró entre mis labios. Asentí antes de atraerlo nuevamente a mi boca. Después de hacerme temblar de pies a cabeza y solo porque escuchamos voces acercarse, le aseguré:

—Ya habrá otras.

Su mirada no se apartó de la mía.

—Sí, ya habrá otras.

Su maravilloso aliento me envolvió, su piel, el suave toque de su barba. ¡Dioses! Este hombre era electrizante. Meforcé a dejarlo ir, pero no antes de notar que él lucía tan afectado como yo.

Mis padres no dejaron de restarle importancia al hecho de que perdí, porque quedar en segundo lugar es perder aquí y en Marte.

—Fueron milésimas, Princesa. No es nada —Repetían una y otra vez. Por supuesto que era importante, milésimas de segundos te separan de una medalla de oro y no medalla. Me puse los audífonos y dirigí la mirada hacia el exterior, faltaba una hora de camino, una hora para olvidar mi fracaso y repetir un millón de veces el beso de Luca. ¡Dioses, qué beso! Me volvió loca su manera de besar, poco a poco, mordisqueando, saboreando, solo se me ocurría una palabra para describir su sabor; Sabroso.

Llegando a casa fui directo a mi dormitorio, no quería que se repitiera la canción “fueron milésimas”, interpretada por los NCJ. El estrés, la competencia, la derrota, el beso, juntos no tardaron en llevarme de la mano a un profundo sueño.

Mi pecho se sentía pesado, con cosquilleo, mis labios se sentían hinchados, como un pan recién horneado. Sentí una descarga eléctrica, un zumbido brillante, inesperado, mis pechos estallaron fuera de mi pecho, una oleada exclusiva de placer puro y crudo. ¡Oh, dioses! Mi respiración se recomponía mientras un poco de miedo y un estremecimiento de alegría corrompían mi cuerpo. Desperté en medio de la metamorfosis, ya sabía lo que debía sentir una mujer todos los días de su vida. Las manchas de humedad en las sábanas fueron la prueba inequívoca de que mis hormonas estaban explotando.

El fin de semana bastó para volverme experta en el arte de generar orgasmos, mi mente estaba estimulada por la ingeniería sexual que acababa de descubrir, vagué como Alicia en el país de las maravillas, solo que en mi cuento todo estaba ambientado con escenas deseables, sensuales, prohibidas, y tenía el nombre de Luca en cada rincón.

Para cuando regresé a clases todo cambió; Los chicos que siempre me parecieron criaturas molestas, ruidosas, y por qué no decirlo, un poco idiotas. Ahora parecería que después de todo, no eran tan idiotas. Sobretudo Luca, Luca era el hombre menos idiota en toda la faz de la tierra, era misterioso, soñador, mágico... Y no me pelaba en absoluto.

En cada oportunidad que tenía me ‘encontraba’ con él. A veces lo hacía con un poco de tacto, otras simplemente no me importaban lo que pensara y me le plantaba enfrente, ¡odiaba que me ignoraran!

— ¡¿Quién diablos crees que eres?! —quedó a centímetros de mí, a nada de poder tocarlo.

— ¿Qué quieres Sophie?

Cubríamos completamente la entrada de la biblioteca, no tuvo más remedio que tomar mi brazo y movernos a un costado de la entrada, aunque enseguida me soltó, eso no era una buena señal.

—No puedes ignorarme después de besarme. ¿Por qué alguien haría algo así? Yo no te bese, fuiste tú, ¿recuerdas? —Bajó la mirada a mis labios como queriendo recordar el beso. Deseé que lo volviera a hacer, anhelaba poder sentir nuevamente ese hormigueo en todo el cuerpo, el ansia que colmo mi sangre.

—Tengo novia, Sophie —explicó en un susurro.

— ¿Y?

— ¡¿Y?! Y no puedo salir contigo porque tengo novia.

—Yo no quiero salir contigo, ni con tu novia. Yo quiero otra cosa —Cerró los ojos en una mueca de exasperación. No entendía cuál era su punto. Yo no quería ser su novia, yo solo quería que me besara muchas, muchas veces.

—No entiendes... Yo no quiero vivir como nuestros padres —susurró muy bajito, casi sin mover los labios, casi avergonzado.

Di un paso atrás cuando entendí a lo que se refería.

Luca

Tenía siete años cuando me di cuenta que mis padres no tenían un matrimonio convencional. Probablemente pequé de inocente, pero para mí era normal que las familias no tuvieran una mamá y un papá solamente. Era verano, estábamos acampando cerca del Lago Betsy cuando vi que mis padres se preparaban para dormir en una misma tienda. Que durmieran juntos era normal para mis hermanos y para mí, lo que no fue normal, fue que los demás campistas armaran alboroto. Los niños con los que horas antes había jugado, ahora nos veían como bichos raros. Después de que Frank calmara a los campistas, y les asegurara que el día siguiente abandonábamos el campamento, se metió a la tienda de mi madre. Esa fue la primera vez que no veía dormir a Jasón con Diana, también la primera vez que noté que no se apellidaba Gardner, él se apellidaba Jade.

Recuerdo que ningún sonido provenía de la tienda de mis padres, recuerdo el olor de repelente de mosquitos, las ondulaciones grises en el lago, ardillas trepar por la corteza de pino, y a Gordon y a Fabio discutiendo con nerviosismo mientras Bruno y yo nos tomábamos de la mano en silencio. Lo que más recuerdo, es el intento de creer que mi vida no se había disparado fuera de las pistas seguras, y predecibles.

Regresando a casa Jasón intentó explicarnos el incidente, nos dijo que él era nuestro padre, que nos quería y quería a mi madre. Frank no explicó nada, él se limitó a decirnos que, si alguien preguntaba, dijéramos que él era nuestro papá, solo él.

La situación se sentía incómoda, sobre todo con Jasón, para mí él era nuestro papá.

Poco a poco todo volvió a su cauce, aunque siempre quedo presente la pérdida de equilibrio, el nerviosismo, la vergüenza. Para mis padres era una tontería, ellos se veían como visionarios, siempre defendiendo la idea de que un adulto podía mantener simultáneamente más de una relación íntima, siempre y cuando todos los implicados estuvieran de acuerdo. Aunque nunca mostraron una postura pública.

Frank, Jasón y Diana mantuvieron su vida sexual para sí mismos; nunca sugirieron que debía querer seguir su ejemplo. Y la casa volvió a disfrutar de una especie de camaradería. Desde entonces, y tal vez por el trauma, rechacé la idea de amor entre tres, mucho menos una relación abierta o de cualquier forma que Sophie tuviera en la cabeza.

No me pareció que estuviera enojada, más bien parecía confundida, extrañada. Para ella era diferente, ella y su familia tenían mucho dinero, incluso podían matar y nadie les iba a decir nada, mucho menos por tener una relación ‘monógama’ entre tres personas. Pero mi familia no, aunque vivíamos muy bien, no dejábamos de pertenecer a la clase trabajadora, para mí era diferente.

Y si a todo eso le agregábamos la promesa que le habíamos hecho a Kurt, era casi un hecho que Sophie y yo nunca tendríamos nada que ver en el ámbito amoroso.

<<En el deportivo, en el amistoso siempre podía contar conmigo>>, me engañé.

La verdad es que yo quería a Sophie, y no como la amiga de la infancia, o como la hermana de mi mejor amigo, no, yo la quería como se quiere a alguien que necesitas besar, abrazar, tocar, querer.

Yo la deseaba.

—No te enfades —Pedí acercándome nuevamente a ella. No me gustaba cuando se enojaba, me daban ganas de consolarla a besos, y no podía, no debía.

—Nooo Luca, ¿por qué me enfadaría?! Es más, estoy brincando de la felicidad.

La ironía tampoco le iba, eso también causaba que me dieran ganas de besarla. Y ni hablar de verla triste, cuando Sophie se entristecía me atravesaban mil cuchillos, me afectaba más a mí que a ella. No lo soportaba. Eso es lo que me tenía metido en este embrollo, la vi sufrir por esa estúpida carrera y perdí conciencia de todo, solo la urgencia de consolarla registro mi cabeza y cuerpo. Se sentía tan bien, tan suave, tan delicada entre mis brazos, entre mis labios.

—Sophie...

—Ahora te demuestro que feliz soy.

Porque a veces el destino es cruel, en ese momento salía mi hermano junto con sus amigos de la biblioteca. Sophie se atravesó en su camino y sin advertencia atrapó a Fabio por el cuello, y lo besó. Vi con codicia a mi hermano abrazarla por la cintura y darle un par de vueltas en el aire sin separarse de su boca mientras la bola de amigos vitoreaba la escena.

Sophie ya no volteó a verme, en cuanto logró separarse de Fabio se metió a la biblioteca sonriendo.

— ¡Esa niña me encanta! —fanfarroneó Fabio. Tal vez mi falta de entusiasmo fue lo que llamó su atención, ya que dejó a sus amigos y se dirigió a donde Sophie me dejó plantado.

— ¿Luca?

—Mmm... —Me vio, vio la entrada de la biblioteca, volvió a verme.

—Luca, estás consiente que Sophie y Viri son como nuestras hermanitas, ¿verdad? Esa carne está prohibida —me advirtió como si fuera lo más obvio.

— ¡Tenias tu lengua en su boca hace un minuto! ¡No son nuestras hermanitas! —Entrecerró los ojos y me analizó por un segundo. Un segundo le basto para saber qué es lo que pasaba—. ¡Joder, Luca! ¡Estás enamorado de Sophie!

—Vete a la mierda, Fabio.

Di dos zancadas antes de que me empujara hasta topar con uno de los árboles que enmarcaban la entrada de la biblioteca. Yo era un poco más alto que Fabio, definitivamente más fuerte, aunque en ese momento parecía que Fabio era un elefante y yo una pobre hormiga.

—Luca, no. —Me miró, lo miré... bajé la mirada y me avergoncé. ¡Qué fácil era leerme! — Joder —murmuró antes de darle una patada a la tierra y alejarse. Algo me decía que esa noche me esperaba una de las famosas charlas de Gordon, Fabio solo confiaba en él para la solución de problemas, y el que estuviera un poco encaprichado con Sophie, era un gran problema.

Como lo predije, Gordon me esperaba en mi habitación a la hora de dormir.

—Ya sé, Gordon. No me jodas.

—Hay cosas que no se pueden remediar, ¿cierto? —Lo estudié un poco, Gordon no era fácil, estaba sobre nuestras espaldas constantemente. No importaba que la universidad robara todo su tiempo, él se las ingeniaba para tener un ojo sobre nosotros—. Luca, sabemos que eres un cabrón que no conoce lo que es quedar en segundo lugar. Capitán de futbol, de rugby, del club de debate, y ni hablar de nadar porque no acabamos. Siempre has demandado perfección, eso es bueno —Sonreí con la serie de cumplidos. No era de extrañar que fuera condenadamente bueno con las mujeres, sabia como lavar el cerebro—, Pero de esto sé más que tú, así que escúchame.

Me preparé para el sermón de la amistad, el honor de nuestra palabra, y la promesa que le hicimos a Kurt cuando sus hermanas empezaron a verse como dos apetitosas ninfas.

Fue una sorpresa cuando me dio la razón.

—Ya lo dije, hay cosas que no se pueden remediar. Pero hay que hacerlas bien, ellas se merecen que lo hagamos bien — ¿Hagamos? ¿Ellas? No me dio oportunidad de hablar, él ya estaba a medio sermón—. El sexo es cuestión de química, de comunicación, de deseo, de entendimiento y no solo de desempeño físico y actitudes a la video porno casero. ¿Quieres ser buen amante? Habla con ella. No la beses como si estuvieras besando a Diana, si haces eso, nada va a pasar. No digas “por favor”, si Sophie dice “no” es “no”, además de que en una de esas terminas con las pelotas rotas, Sophie es cabroncita —Sí, sí lo era—. si ruegas vas a parecer un chiquillo y dudo que cualquiera se quiera acostar con un mocoso. Nunca contestes el teléfono a la mitad de, y siempre sé atento; Es lo mismo servir un vaso de agua, que dos. Y lo más importante, siempre, siempre, usa condón —Terminó su discurso levantándose de mi cama y dando un puñetazo en mi brazo—. Ah, y buena suerte con Kurt. Si se entera, estas muerto.

Ya caminaba afuera de mi habitación cuando grité—: No me quiero acostar con ella.

Su carcajada me acompañó durante las siguientes semanas.

Supongo que la desesperación que sentía por Luca, era mi manera de buscar libertad. Luca me hizo sentir libre. Fue una sensación muy parecida a la que siento cuando estoy bajo el agua, ahí abajo, con el agua cubriendo mi cuerpo estoy en otro espacio, en un hoyo negro donde solo existo yo... y ahora él. Donde no había choferes, guardaespaldas, padres, hermanos, donde solo había libertad para sentir, y luchar. Donde era libre, así me hizo sentir Luca... libre.

Cada vez era más imperiosa la necesidad de sentir sus manos en mí, su cuerpo con el mío. Que su boca me diera un poco de oxígeno para respirar. Que fuera rudo, imparable, con esa garra que aparecía en sus ojos antes de cualquier competencia, era imparable, era el mejor. El agua era suya cuando entraba en ella, yo quería eso, quería ser suya cuando entrara en mí.

Besar a Fabio era bueno, incluso los besos de Daniel que ya se proclamaba a los cuatro vientos como mi novio eran buenos, pero el de Luca... el de Luca me caló.

—Señorita Jones ¿Esta con nosotros?

Guie la mirada hacia dónde provenía la voz. El señor Harrison me veía con el ceño fruncido y las manos en la cintura.

—Si... disculpe.

Sentí todas las miradas del grupo en mí. La de Luca me quemó, la de Kurt me congeló. Era un maldito martirio estar en la misma clase que mi hermano, afortunadamente solo eran dos.

— ¿Entonces? —Se quejó el señor Harrison.

— Entonces, ¿qué? —contesté confusa. ¿Qué diablos me perdí?

—Obviamente no está con nosotros señorita Jones. Tal vez le ayude a concentrarse una visita a las oficinas. Recoja sus cosas y vaya a visitar al director, por favor.

Metí la laptop a la mochila y me dirigí a la puerta, al pasar cerca de mi hermano, susurró—: A Alex le va a encantar esto.

—Deja de joder, Kurt.

Mis ojos cayeron hasta sus tentadores labios. Luca tenía una boca carnosa, podía imaginar sus labios besando mi cuello como en mis sueños, de hecho, no había parado de pensar en eso, en sus labios recorriendo mi cuello, mi cara. Mi respiración se hizo rápida y temí un espectáculo orgásmico a la mitad de la escuela. Estás “malditas hormonas” como decía Alex, estaban haciendo estragos en mi cordura.

Se recargó en la pared y siguió platicando con mi hermano. Quien fuera Kurt para poder tener acceso a él sin limitaciones. Me imaginé empujándolo contra la pared, aquí, ahora, en público. Una sonrisa maliciosa apareció en mi mente, la fantasía dio un giro y lo vi empujándome contra la pared enfrente de mi hermano, sin importar nadie. Su lengua recorriendo mi piel, mi cuello...

Mi respiración se agitó nuevamente, ahora acompañado de un calentamiento de cuerpo entero. Cambió su peso de pierna e inmediatamente sentí esa pierna entre las mías, sus dedos enterrándose en mi piel haciéndome daño porque no podía estar lo suficientemente cerca de mí. Tuve que pasar saliva, estaba muy tentada a hacer esos pensamientos realidad.

— ¿A quién te comes con la mirada? —Viri siguió mi mirada antes de que yo pudiera

evitarlo—. ¡liuuu! Por favor dime que ves a alguno de los amigos de Kurt. El incesto es demasiado, incluso para nuestra familia.

— ¡Dioses, eres una retorcida! ¿Cómo se te ocurre?

Pasé a su lado y me encaminé hacia el estacionamiento, el chofer del día ya nos esperaba con las puertas abiertas.

Solo mi hermana tenía pensamientos más retorcidos que los míos. En tres pasos me alcanzó.

—Peores cosas han pasado. Kurt se está poniendo muy bueno.

— ¡Viridiana Northman—Carter Jones, ¿estás loca?! —La carcajada de Viri interrumpió el escalofrío que me recorrió de arriba abajo. Qué ocurrencias tenía mi hermana.

— ¿Cómo que te sacaron de clase? Ya decía yo que eso de los noviecitos solo los iba a distraer... —Como era de esperarse, Kurt se hizo cargo de informarles que tenía nuevo novio—. La escuela es lo más importante, Sophie —Me repitió Alex por enésima vez.

Volteé a ver a Owen buscando apoyo, mantenía la mueca seria, pero podía ver la sonrisa en sus ojos. Con Owen siempre se podía contar.

—Yo creo que eso ya quedo establecido, Alex. Ahora es el momento de encontrar soluciones, si Sophie baja de calificaciones en la siguiente evaluación, se acabaron los novios. ¿Estamos, Princesa?

Owen era un angelito por fuera y demonio por dentro. Asentí a regañadientes. No tenía más opción.

—Sí, Api —negó con una sonrisa en el rostro, ¡Owen era lo más!

—Es en serio, Princesa. Si bajas de calificaciones, se acabaron los noviecitos. No creas que me engañas con esa cara de inocencia, seguro ya estás imaginando como salirte con la tuya.

—Nooo, Api —Su sonrisa se amplió, me dio un beso en la frente y salió de la biblioteca. Alex seguía con el ceño fruncido. Solo esperaba que mi madre llegara pronto, solo ella era capaz de dominar a la bestia—. ¿Ya me puedo retirar? Tengo tarea.

Use el tono meloso patentado de mi hermana. A ella le funcionaba perfecto.

—Sophie...

¡Uy! y mi papá atacó de vuelta con el tono de voz mimoso, no había manera que me resistiera a eso.

—Perdón, pá. Te prometo que no vuelve a suceder —suspiró y se recargó en su silla. La culpa apareció por la puerta grande, no podía fallarle a mi padre y pensando en tonterías lo estaba haciendo.

— ¿Qué paso?

—Nada, pá.

¿Qué le iba a decir? ¿Qué estaba encaprichada con uno de los hijos de sus mejores amigos? ¿Y que el mocoso, ni siquiera me hacía caso?

—Ay, Sophie. ¿Qué voy a hacer contigo? Eres igualita a tu madre, solo que en versión dos punto cero.

Me salté mi práctica para evitar más problemas con mi papá —y para evitar toparme con Luca—, me dediqué a estudiar en la biblioteca mientras Alex trabajaba. Era cierto que iba un poco atrasada en la escuela, no podía bajar de calificaciones, Kurt mantenía el primer lugar de la clase, yo tenía como mínimo que ser la segunda.

Kaira llegó y nos preparamos para cenar. En casa todos manteníamos horarios diferentes, pero cuando se trataba de la cena, todos teníamos que estar sentados en la mesa.

— ¿Ya le contaste a Ami que te sacaron de clase?

¡Iba a matar a Kurt! ¿Por qué no dejaba de joder?!

—A ti qué te importa, ¡deja de meterte conmigo!

—Chicos... —Owen trató de contenernos, pero parecía que solo necesitábamos un pretexto para que la bomba explotara.

—Decidí que voy a empezar mi vida sexual —No sé si mi hermana lo dijo para salvarme el pellejo, o porque de veras ya no podía con las hormonas.

En un instante el comedor quedo en silencio. Mi hermana era casi dos años menor que nosotros, era una niña. Ni siquiera yo había empezado, no por falta de ganas, era por falta de oportunidad, siempre estábamos acompañados.

—Viri, ¿no te parece que estás muy chiquita para empezar con esas cosas?

Incluso Owen que era el más relajado de nuestros padres, se le fue el color.

— ¿A qué edad empezaste tú, Api?

Owen era un hombre que volteaban a ver las mujeres, siempre relajado, de buen humor, seguro, y supongo que era bien parecido. Ahora parecía fantasma, fue chistoso ver como mi hermana hacia sudar hasta las piedras.

—Ese no es el punto Viridiana.

Hoy no era el día de mi papá, primero le corren a su hija mayor de clases, y después la menor le anuncia que ya quiere coger.

—Solo quiero saber —le respondió con tono de ‘soy inocente de todos los cargos’—, ¿Tu empezaste más grande que yo? —Alex carraspeó, le dio un trago a su bebida y miró hacia las estrellas. ¡Cobarde!

—Ay, Viri. Ahora si los hiciste sufrir. —Kaira rio bajando la tensión del comedor, le siguió Owen y finalmente se les unió Alex—. No es importante la edad en que nosotros empezamos, chiquita. Aquí el punto es, si tú estás preparada o no. ¿Ya te sientes preparada para iniciar tu vida sexual? Acuérdate que no solo es hacer por hacer, todo tiene sus consecuencias.

Kurt y yo seguíamos la plática entre mi mamá y Viri como en un partido de tenis; Viendo como pasaba la pelota enfrente de nuestras narices, pero sin meter las manos. No había duda, mi hermana era la más cabrona de los tres.

—Sí. Ustedes me lo han repetido varias veces, y también han dicho que es normal, divertido y que todo mundo lo hace. Yo ya quiero. Ustedes, ¿no?

Empecé a sudar frio cuando Viri se dirigió a Kurt y a mí. Me mojé los labios pensativa, no podía dejar sola a mi hermana, era la única de los tres que tenía las agallas para decirlo de frente.

Respiré coraje y me uní a la campaña de mi hermana—. Sí, yo también ya quiero. Pero no he tenido oportunidad, siempre estoy acompañada. —No fue queja, pero si sugerencia. Necesitábamos nuestro espacio. Ya era hora.

Alex dejó los cubiertos en la mesa, Owen se limpió la boca con la servilleta, y Kaira le dio un buen trago a su vino. Pobrecitos, les quitamos el apetito.

Volteé a ver a Kurt para que se uniera a la campaña, el muy cobarde negó despacio y siguió comiendo. No se podía contar con él. ¡Claro! Como él ya cogía con cualquier cosa que se le atravesara, ¿para qué ayudar a sus pobres y sobreprotegidas hermanas?

— ¿Qué les parece si nos dejan platicarlo y después lo volvemos a hablar? Nos agarran con hambre y cansados, así no se vale.

Owen hizo un guiño, y volvió a su cena.

Nuestras demandas eran completamente justas, considerando que ellos jugaban siempre que podían, y que nosotros fingíamos no saberlo.

Cuando Kurt y yo cumplimos dieciséis años se nos concedió el permiso oficial de llamarlos por sus nombres, pero este año se superaban a sí mismos y nos daban el mejor de los regalos y de las fiestas. ¡La táctica de mi hermana dio resultado! Un fin de semana acampando en Dite —la isla de la familia, diez por trece millas de vegetación, colinas, acantilados rocosos, arrecifes, y cálido océano turquesa exclusivamente para los Northman—Carter Jones—, con los amigos que quisiéramos invitar, y con mínima supervisión adulta.

Desde que recuerdo Alex ha sido mi papá y Owen mi Api, solo me atrevía a hablarles por su nombre con Kaira y mis hermanos. Viri ni siquiera lo hacía enfrente de nosotros. Solo Kurt era el atrevido que se dirigía a ellos por su nombre. Ese era un regalo que no siempre usaba, pero este... este iba a ser 'el regalo', y no porque tenía carta abierta para invitar a Daniel, sino porque los cuatro hijos de los Gardner nos acompañaban, ¡eso sí era un regalo!

La brisa del mar del Caribe colisionó contra mi cuerpo despertando cada uno de mis miembros. ¡Adoraba los amaneceres en Dite! Sin lugar a dudas era mi vista favorita. El azul turqués del océano se transformaba en púrpura, el color del amor, y yo podía hundirme en el agua sin que mis padres se volvieran locos porque nadara a oscuras. Me deshice del pareo con el que mi madre insistió que durmiera, inicié el cronómetro de mi reloj, y me zambullí en la cálida agua. Mi cuerpo cobró vida, dejaba de ser 'la hija de', 'la promesa para', y me convertía en Sophie, simplemente Sophie.

El camino para llegar a ser deportista profesional no era fácil; No solo porque, aunque son muchos los que lo intentan y muy pocos lo consiguen, sino también porque implica mucho esfuerzo y renuncias. Nunca iba a olvidar el día que renuncié a una vida 'normal'.

— ¿Estás segura, Sophie? Tú sabes que cuentas con todo nuestro apoyo. Es tu decisión y nosotros siempre vamos a estar ahí para apoyarte. Pero esto no es un juego, esto es la vida real. Te tienes que comprometer, tienes que trabajar sin quejas y con todas tus fuerzas para que seas la mejor. Porque vas a entrenar para ser la mejor, no promedio ¡la mejor! Nosotros sabemos que tú puedes, siempre y cuando, quieras. Tú mandas —volteé a ver a mi madre en busca de una respuesta. No la hubo, solo hubo un dedo que señalaba en mi dirección, advirtiéndome que era única y exclusivamente mi decisión.

— ¿Api? —Owen subió las manos con las palmas abiertas.

—Es tu decisión, princesa. Lo que tu decidas, eso hacemos.

Me empezaron a sudar las palmas de las manos. No era justo que yo tuviera que tomar una decisión de ese calibre completamente sola. Necesitaba que alguien me ayudara a contestar.

—Necesito hablar con Kurt —Mi padre asintió, dejó la carpeta donde se explicaba cada uno de los compromisos que se adquieren cuando aceptas ser entrenado como atleta de alto rendimiento, y fue en busca de Kurt. Kaira y Owen lo siguieron para darme un poco de espacio, no era sencillo, no era glamuroso, pensaba que ser nadadora profesional era viajes, medallas, reconocimiento, y resulta que eso era una mínima parte, que lo realmente importante eran las horas y horas de entrenamiento, el compromiso por ser la mejor.

— ¿Te gusta? —preguntó Kurt después de leer la carpeta tamaño Biblia.

Me gustaba nadar, pero lo que realmente me llamaba era la adrenalina que generaba mi cuerpo

en las competencias.

—Si.

—Entonces hazlo.

Simple y llano, en ese tiempo se podía contar con la orientación de Kurt. Puse los ojos en blanco y le di un buen puñetazo en el brazo, era una ventaja que él nunca contestara mis agresiones, el mocoso estaba creciendo.

—No quiero que me digas eso, quiero que me digas si crees que puedo hacerlo —reproché. Entrecerró los ojos y se recargó en el escritorio, era de miedo lo mucho que se parecía a Alex en los gestos.

—Uno de los mejores entrenadores en el mundo está pidiendo que te unas a su equipo, tus marcas son casi iguales a las profesionales. No creo que se trate de si puedes, la cuestión es, si quieres.

Empecé a mordisquear el interior de mi boca, paré hasta que el óxido sabor de mi sangre se mezcló con mi saliva.

—Si lo hago, ¿vas a ir a mis competencias? —Puso los ojos en blanco, dio dos pasos en mi dirección, y me rodeó por los hombros.

—No me voy a perder ninguna —prometió mientras salíamos del estudio de Alex. Ya era un hecho, Sophie Northman—Carter Jones iba a trabajar hasta llegar a las olimpiadas.

Así es cómo decidí a la escasa edad de trece años transformar mi vida. Desde los tres nadaba, había sido campeona estatal y nacional en la rama infantil, pero entrar al equipo de Doc significó un cambio radical en vida. Tres horas diarias seis días a la semana, y los domingos correr una media de diez kilómetros, siempre y cuando no esté en Dite, en mi isla los nadaba.

Aunque en ese tiempo lo pensé imposible, me daba tiempo de todo, incluso en pensar tonterías. He aprendido que sin sacrificio no hay recompensa, y que el que es bueno en deporte, también tiene que ser bueno en los estudios. Lo tengo siempre presente, y cuando no, mi hermano y Alex se encargan de recordármelo.

De más está decir que me gusta mucho mi deporte, ¿cierto? Aunque nadar en Dite era diferente, era por placer. Olvidé que días atrás casi pierdo el título de campeona nacional en cien metros libres en la categoría semiprofesional, lo mejor era enfocar mi energía en aprender a mantener mis hormonas bajo dominio. Kaira decía que era ‘normal’, pero ya estaba harta de sentirme caliente todo el tiempo, además que la obsesión por Luca ya era alarmante.

— ¡Sophie! ¡Sophie!

Entre brazadas escuché que gritaban mi nombre. Cerré los ojos y braceé con más ímpetu. En el momento que se me ocurriera parar, en ese momento se acababa la libertad. No es que me queje, simplemente mi vida era diferente que la de los demás; Falta de atención, carencias, eran términos que yo no padecía. En casa sufríamos de otras cosas, sobreprotección, era la más grande. Solo las escapadas que nos dábamos mis hermanos y yo lo hacían llevadero, aunque después venían los castigos y se convertían en infierno.

No era libre de moverme a mi antojo, solo en el agua era libre. Estar bajo el agua era entrar en mi propio mundo; nadie podía alcanzarme, nadie podía tocarme, suspendida en algún lugar, en ninguno. Era una extraña sensación que me permitía estar en contacto solo conmigo misma, incluso el sonido de mis propios latidos era extraño, muy, muy lejano. Muy en paz.

— ¡Carajo, Sophie!

Unos dedos se enterraron en mi piel a la altura de mi pantorrilla y me pararon en seco. Entre pataletas me hundí y me llevé al dueño de los dedos de pasada. Reí y el poco aire que mantenía mis pulmones funcionando salió de un solo golpe. Por un segundo mi interior se inundó y el pánico atacó, solo un segundo, nada que no pudiera manejar, incluso disfrutar. Entre tosidos salí a la superficie, busqué al dueño de los dedos y solo encontré una inmensidad de agua salada.

— ¡Mierda!

Tomé aire y me volví a hundir en busca de la persona que me ‘ayudó’. Mis ojos estaban acostumbrados a la sal del agua, el efímero ardor no me molestaba, otra cosa que incluso podía disfrutar.

A un par de metros vi un par de pies flotando en la superficie, con un par de brazadas los alcancé, ¡y ahí estaba! el objeto de mi obsesión.

— ¿Qué haces? ¿Por qué me sigues?

No solo le bastaba con estar en mis sueños, en mi palacio, en mi isla, ahora también invadía mi único lugar de paz.

— ¡Estás desnuda!

Mentira, medio desnuda era un mejor termino, traía una tanga de lo más coqueta. Además, si yo quería, yo podía nadar desnuda en Dite, por algo era mi isla.

— ¿Y?

Levanté todavía más el pecho. Ya estaba harta de su desprecio, si él no me deseaba, que viera bien lo que pronto le iba a entregar a Daniel. Pero el muy cobarde cerró los ojos.

— ¿Por qué no usas traje de baño? Alguien te puede ver.

No gasté más mi tiempo, di la media vuelta y seguí nadando rumbo a mi destino. Luca no abandono su puesto, me siguió varios cuerpos atrás acechando a los pobres pescaditos, eran los únicos que podían verme. Finalmente, a lo lejos vi mi objetivo, mi plataforma flotante color púrpura. Mis padres la habían mandado a hacer la primera vez que me perdí por un par de horas en el mar. “Para que descanses cuando lo necesites”, eso dijo Owen. A los tres le dio un pequeño ataque cuando vieron que no regresaba de mi ejercicio matinal, mientras yo nadaba de lo más campante.

En cuanto subí a la plataforma detuve el reloj. Luca subió con los ojos cerrados, ¡era un puritano! Se sentó en la orilla dándome la espalda, no se fuera a quedar ciego.

No entendía, mi pecho era bonito, no pequeño, tampoco extra grande, era... bonito, ¿por qué no le gustaba?

—Hiciste que perdiera varios minutos —Le reproché. No contestó, ¡odiaba que me ignorara!

Me acosté boca abajo para que el sol calentara mi espalda, era ventaja que no hablara, así podía disfrutar del cansancio muscular a gusto. Poco faltó para que volviera al país de los sueños cuando finalmente se dignó a preguntar—: ¿Cuáles son tus números?

Pasamos la siguiente media hora hablando sobre marcas, sobre orientación, sonaba admirado de que no me perdiera entre tanta agua.

—Ya lo tengo medido.

—Tus papás no deberían dejarte nadar sola... ni desnuda —murmuró.

Todo el tiempo se mantuvo dándome la espalda. A lo mejor no le gustaban las mujeres y no hallaba como disculparse por el bendito beso de la regadera.

—Ya voy de regreso. ¿Vienes o descansas un poco más? —Bufó antes de levantarse y clavarse en el agua, era un placer verlo nadar, sus líneas eran perfectas, aerodinámicas.

Seguí su ejemplo, aunque mucho me temía que mis clavados no eran tan aerodinámicos como los suyos.

El camino de regreso fue más tranquilo, ya no contaba el tiempo, ya podía bracear dejándome ir. Luca me acompañó, aunque siempre a varios cuerpos atrás de mí, aun así, disfruté de su compañía. ¡Con que poquito me conformaba!

Luca

Fue hasta que empezamos a convivir con los NCJ que la idea de ser ‘diferente’ dejó de ser tan desagradable. Ellos eran definitivamente diferentes; se escuchaban, se amaban, intercambiaban consejos, compartían amor y pasión. Me gustaban. Poseían una especie de vínculo que nosotros no teníamos.

En casa siempre se sentía un silencio, una sensación de que algo iba mal. Diana lo intentaba, pero Frank y Jasón cada vez se alejaban más, a últimas fechas Jasón viajaba mucho.

Todo empeoró cuando Doc me reclutó, Frank se descontroló todavía más.

— ¿Ya entrenaste? —Fueron los ‘buenos días’ de Frank.

—Sí, papá.

—No me contestes así, lo hago por tu bien.

No quería discutir con él, no enfrente de Sophie.

—Acabamos de nadar cerca de diez kilómetros.

Sophie apenas tuvo tiempo de cubrirse antes de que Frank apareciera, seguro para joder con la rutina mañanera. Tal vez porque éramos invitados, pero se contuvo y no discutió, dio la media vuelta y nos dejó solos en la playa.

— ¿Quieres desayunar? —preguntó Sophie con un poco de pena.

Odiaba dar lastima, y por más que deseara estar junto a ella —todo el día y a todas horas—, negué y la dejé sola. Al fin ya estaba en tierra firme, sana y salva. Casi me da un ataque cuando no la vi en la casa de campaña, fue como si mi cuerpo no pudiera estar lejos de ella, desperté asustado, salí corriendo y la busqué como loco, nunca había sentido tanta desesperación. A duras penas la vi a lo lejos en lo profundo del mar, no había suficiente luz, ¿Cómo se metía a nadar así? Por más que braceaba por un momento pensé que la perdía, imaginé de todo: que estaba dormida, que un tiburón salía y la devoraba, que alguien salía de la nada y la raptaba. La desesperación me hizo nadar más rápido, perdí el control al detenerla, me hundí y ella se hundió conmigo, fue rápido, fue vergonzoso, y fue increíble como desapareció todo cuando advertí su pecho desnudo. Dejé de pensar, dejé de sentir, solo existía ese majestuoso pecho desnudo. Lo había imaginado un millón de veces, incluso estaba seguro de que lo podía oler, saborear, pero nada se comparaba con la visión en vivo y a todo color de los dos senos más increíbles de la historia.

A partir de ese momento ya no pude pensar en nada más. El día paso volando, si de por si seguía sus pasos, ahora seguía hasta el más pequeño de sus movimientos. No podía creer que sus padres le permitieran traer a su novio a Dite, ¡no podía creer que tuviera novio después de cómo me besó! Una cosa es que se besara con Fabio, él era de la familia, pero besar a otro, eso era...

—Todos los que pisan la isla están forzados a firmar un acuerdo de confidencialidad, Luca. Sino lo firman no entran, así de sencillo —aseguró Kurt después de escuchar mis quejas.

—Nunca puedes estar cien por ciento seguro de que no van a hablar. Tus papás no deberían

invitar a cualquiera.

Hice la referencia señalando a Daniel, el pequeño imbécil que desnudaba con la mirada a Sophie mientras jugaban a la orilla del mar. Afortunadamente los acompañaba Viri, Sophie no tenía cabeza para nadie más si su hermana estaba cerca.

Una ola revolcó a la pequeña de rizos de oro, Sophie se alertó, pero no la rescató, le dio tiempo a que se recuperara ella sola. Viri salió riendo a carcajadas, Sophie rio con ella y dio un paso atrás. Un paso que Daniel no dejó escapar, la abrazó por la cintura y le robó un beso en los labios, un piquito que hizo que mi sangre bullera con violencia.

— ¡Deja de ver el jodido libro y ve a tu hermana, Kurt! ¿No vas a hacer nada? —Kurt levantó la mirada por un segundo, ¡solo un segundo!

—Alex y Owen dicen que no me meta con sus novios... Además, ya hablé con él, no va a pasar nada —aseguró regresando a su lectura.

— ¿Qué le dijiste?

¿Que lo íbamos a desmembrar lento y dolorosamente si le ponía una mano encima? Algo así sonaba perfectamente razonable.

—Lo normal. Que tuviera cuidado con lo que hacía.

Siempre se podía contar con Kurt, el maldito era de cuidado.

Aprovechando la intimidad que me daban los lentes oscuros seguí observando a Sophie, las olas chocaban con su cuerpo acariciando la suavidad de su piel. Era muy suave, todavía no estaba seguro de haberla tocado el día que nos besamos, todo paso muy rápido, ni siquiera estaba seguro de cómo me atreví.

—Tu hermana es rara.

No hubo manera de recomponer la ensoñación de mi voz. Kurt bajó el libro para ponerme atención, él dejaba lo que fuera cuando se trataba de sus hermanas.

— ¿Por qué? —No preguntó cuál de las dos, las dos eran raras.

—No sé. No es como las otras chicas.

—Por supuesto que no. Ellas son Northman—Carter Jones —aseguró orgulloso. Me dio un pequeño golpe en el hombro y regresó a su libro.

Daniel volvió a abrazar a Sophie y mi paciencia se acabó, necesitaba un poco de aire fresco, la fresca brisa del caribe no bastaba.

Ya les daba la espalda cuando Kurt amenazó—: Recuerda la promesa, Luca. Mis hermanas son tierra prohibida.

No contesté, no volteé, ¡cómo si lo hubiera olvidado!

Para la noche ya estaba que reventaba, sus senos me retaban cada vez que dejaba de verlos. ¡No podía pensar en otra cosa! Por inconsciencia o conciencia, a la hora de acostarse mi bolsa de dormir estaba junto a la suya. El idiota de Daniel no tardó en poner la suya al otro lado, afortunadamente Kurt se encargó de él durmiendo a su lado.

Pasaron un par de horas sin que nada pasara, ya todos dormían, solo se escuchaban las olas rompiendo, los grillos cantando, y mi frustración por no poder conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos aparecía la imagen de Sophie tentándome a romper el pacto que tenía con su hermano. Abrí los ojos y ahí estaba, con su expresión de bella durmiente, de paz, de pecado latente. Bajé un poco la mirada para verificar que no pasara frío y ¡puf! La serpiente en forma de escote apareció. El camisón —si a eso se le podía llamar camisón—, dejaba a la vista la mitad de sus senos, manzanas redondas, firmes, apetitosas. Si solo se bajaba un poquito me iba a dejar ver la preciada sonrosada cima. Verifiqué que todo mundo durmiera, levanté mi mano, y en contra de mi educación,

con el dedo índice bajé el holgado camisón, solo un poquito, solo hasta que apareció la cima color muérdeme.

Mi boca salivó, mi corazón se quería salir, mi verga reventaba. Lo pensé toda una eternidad en segundos, estaba mal, muy mal, pero con todo y eso mojé uno de mis dedos y acaricié la cima, se sentía suave, firme, rica. Juro que no quería, que no debía, pero el instinto me controló, no se puede ir contra la naturaleza. Solo un lametazo, su pecho subió y me pidió otro... y otro... y otro, sin poderme contener lamia una cima mientras apretaba con mis dedos la otra. En el instante que mi boca se llenó del endurecido pico, jadeó. Nunca había escuchado nada igual, era diferente, erótico, necesitado, era el sonido más excitante del universo.

A esta altura ya todo estaba perdido, le tapé la boca con mi mano y me preparé para violarla. Si Kurt o Daniel despertaban, ya me podía dar por muerto. Succioné un poco y Sophie jadeó otra vez, sus manos presionaron mi cabeza contra su pecho y mi erección se volvió dolorosa, mis manos hormigueaban por el deseo tan grande. ¡Me moría!

Acerqué mi cuerpo al suyo buscando su calor, terminé afuera de mi bolsa de dormir, y casi adentro de la suya. Me metí bajo su camisón y me convertí en pulpo, en tiburón, en un animal. Besé todo lo que pude, toqué todo al alcance de mi mano, su piel era de seda, tan suave, tan adictiva, no podía parar de tocarla.

A través de la playera escuché que jadeaba más fuerte, saqué mi mano y volví a cubrir su boca. ¡No me importaba nada! La iba a violar a unos pasos de sus hermanos, de los míos, y de nuestros amigos. ¡Ah, y de su novio! No faltaba nadie... Bueno, sus padres. El segundo que duro la imagen de sus padres en mi cabeza fue suficiente para que me detuviera. Sophie anuló esa imagen mordisqueando, lamiendo mi mano, ahora el que jadeo fui yo. Dejó de existir el mundo, solo existía ella.

Antes de que perdiéramos más el control, jaló mi cabello.

—Déjame parar —su susurro fue casi inaudible junto a mi oído. Me resistí a la idea de quitarme, encima de su cuerpo se estaba muy bien—. Anda... deja que me pare.

Odiando cada parte de mi cuerpo que se negaba a seguir mis órdenes, me hice a un lado. Se levantó en silencio, como una pequeña serpiente deslizándose por la arena.

— ¿Vamos?

Tomé su mano para dejarme guiar a las estrellas. Sus dedos se entrelazaron con los míos con firmeza, ningún poder humano nos iba a separar. Me llevó entre los árboles para llegar a la parte trasera de la finca, a diferencia del palacio, en la isla no tenían cámaras en cada rincón, era su lugar de libertad. No quise pensar a dónde se dirigía, mis esperanzas podían crecer si me imaginaba en su habitación, me dejé llevar en automático. Seguimos un sendero hasta que apareció un prado y tres cabañas, por supuesto, los niños NCJ no tenían una simple casa del árbol, ellos tenían cabañas a toda regla. Nos dirigimos a la última, en la esquina más escondida estaba la puerta.

—Shsss, no pasa nada.

No pude evitar brincar con el rechinado. A diferencia de mí, Sophie se veía calmada, serena, y gracias a mi amigo el universo, muy decidida.

Cerró la puerta tras nosotros, el sonido del seguro acompañó al de mi garganta al pasar los nervios. Era una estancia mediana; Un par de sillones, un librero y una cama era todo el mobiliario, ya no había juguetes o alguna señal de la infancia de Sophie, la princesa ya había crecido y me lo demostró al no prender la luz. Solo la luz de la luna nos guiaba.

— ¿Y Daniel? —pregunté antes de perder la voz. Tenía muchas competencias en mi haber, en ninguna sentí la excitación recorrer mi cuerpo como al darme cuenta del por qué estábamos aquí.

— ¿Qué hay con Daniel? —preguntó incierta— No quiero tener mi primera vez pensando en otro —explicó con su mirada fija en la mía. Quedé en pausa, no supe qué decir. Sonrió y con un solo dedo empujando mi pecho me fue llevando hasta acorralarme contra la puerta, presionó su cuerpo entero contra el mío, respiré... y la olí. Su fragancia inundó mi sistema, mató cada neurona que tenía.

Era un hecho, la amistad con Kurt valía nada, si su hermana se apretaba así entre mis brazos.

Con mano temblorosa comprobé que el seguro estuviera bien puesto, lo que menos me apetecía era que Owen o Alex aparecieran con una escopeta.

Por más que ansiara a Sophie, los nervios atacaron mi deseo, empecé a sudar, a temblar.

— ¿Me deseas, Luca? —Con cada célula de mi cuerpo, incluso con las que iba a generar en un futuro. Pero mi tembloroso cuerpo solo respondió asintiendo—. Yo también...

Sus manos fueron subiendo de mi cintura a mi cuello, no me moví, no podía moverme. Sophie Northman—Carter Jones, la mujer que protagonizaba todos y cada uno de mis sueños húmedos quería a hacer el amor conmigo, y mi cuerpo no lograba reaccionar, ¡Malditos nervios! Como pude la tomé por la cintura mientras ella enroscaba sus manos en mi cuello.

—Luca... siénteme —Cada una de sus curvas, de sus laderas y sus montañas fue absorbida por mi temblorosa piel—, quiero que me necesites... —susurró pegada a mi boca.

No solo la necesitaba, sin ella no iba a sobrevivir. Pegó sus labios a los míos y ahí se desató el tsunami. Ya no eran mis manos, ya eran tentáculos en busca de alimento, la ropa que llevábamos desapareció como por arte de magia, mi boca quería tragarla, beberla en una sola moción.

Su pecho apareció nuevamente a mi vista, desnudo, orgulloso para dejarme completamente ciego, ¡cómo la deseaba!

—Vamos a la cama... —escuché entre la nube de deseo. Sin separar mi boca de su pecho la levanté, sus piernas se enroscaron en mi cintura, y por primera vez sentí su calor.

—Sophie... —Era perfecta, suave, delicada, caliente... maravillosa.

Con cada paso su calor frotaba mi verga, era imposible que me controlara. En contra de toda mi autoridad, derramé la leche. ¡Mierda, tenía un revoltijo ahí abajo! Pero o no se dio cuenta, o estaba igual de nerviosa que yo, porque siguió besándome, tocándome, en segundos ya estaba listo otra vez. Sophie se sentía muy bien, muy, muy bien.

Llegando a la cama la acosté y volví a quedar ciego. Nunca había visto algo tan perfecto, su desnudez era un lienzo perfecto.

¿A qué sabrá? Una pregunta que nunca debí responder. Bajé la cabeza, mis glándulas gustativas vibraron al absorber su sabor. Al cielo y al infierno, a eso sabía Sophie; Al cielo porque era lo más dulce, lo más delicioso que alguna vez haya probado. Y al infierno porque enseguida supe que era adicto a su sabor.

Fui subiendo besando cada parte de su cuerpo, no podía parar, temblaba bajo mis labios, yo temblaba por ella. Llegué a su boca sudando deseo, más valía que estuviera lista porque yo estaba a punto de reventar, otra vez.

— ¿Estás lista? Yo estoy listo.

La muy desvergonzada se burló de mí—: Sí, lo puedo ver.

No hice caso de su burla. Acariciaba mi verga sin importar lo pegajoso de la humedad, no tenía pudor ni vergüenza, era honesta, impúdica.

— ¿Estás lista? —asintió soltando mi verga. Se acercó todavía más a mí para que nuestros cuerpos encajaran, y esperó. De más está decir que mi experiencia era tanta como la de ella; No supe cómo encajarme, no podía sostener mi peso sin aplastarla. La besé mientras la levantaba de la cama,

necesitaba un poco de espacio, de control. Me senté en el único sillón con ella en mi regazo, sus piernas se ajustaron a mi cadera perfectamente, podía sentir la caliente entrada de su cuerpo en la punta de mi verga.

—Tu sólita —susurré peleando contra mi instinto para no subir la cadera y sin importar lastimarla, enterrarme en lo más hondo de su cuerpo. Asintió viendo directo a mis ojos, sus pupilas estaban dilatadas, oscuras. Con todo mi autocontrol enfocado en no moverme, fui más consciente de sus esfuerzos por dejarme entrar, pequeños jadeos vibraban en su pecho cada vez que bajaba la cadera, poco a poco fuimos ganando terreno, poco a poco me envolvía un fuego húmedo y tirante.

—Ayúdame —gimió cuando nos encontramos con la barrera de la tierra virgen. Con un brazo la rodeé por la cintura, el otro la apretó por la espalda hacia a mí, mi mano la bajó por el hombro y mi verga la subió al mismo tiempo que conquistaba su cuerpo, mi respiración se aceleró con un placer tan grande que me mareó, mi leche se derramó en su interior como señal de propiedad. Sophie era mía, mi tierra, mi puerto, mía.

— ¿Duele? —negó, pero su gemido decía otra cosa— No te muevas, dale tiempo a que se ajuste —Y a que yo me recuperara. Guie mi mano a su cabello acariciando la sedosidad, besé su cuello, sus mejillas, sus parpados, mi otra mano cobro vida deleitándose de su piel, la fineza de su espalda era infinita, la redondez de sus nalgas adictiva. Poco a poco el calor volvió a envolver nuestros cuerpos, fui creciendo en su interior sintiendo lo caliente, lo húmedo, lo apretado, lo perfecto de todo su cuerpo. Ella sólita me hizo saber que estaba lista con movimientos pequeños de cadera, mordisqueaba su mentón cuando dejé que el instinto tomara las riendas, yo subía, ella bajaba, el ritmo fue creciendo, se fue apoderando de nuestros cuerpos. El par de jadeos, de humedad recibiendo dureza, de besos empapados de lujuria sonorizaron la cabaña elevando la poderosa sensación de estar adentro de su cuerpo. Empezaba a sentir nuevamente la tirantez de mis pelotas cuando empujé su cuerpo para que me diera un poco de espacio para frotar su entrada, el aroma de su deseo inundo mis sentidos al pulir el nudo que coronaba el infierno. Sus paredes se tensionaron mientras más frotaba, me aplastaban, me succionaban, un color magenta fue coloreando su piel desde los pies hasta la frente, su pecho brillaba, ella brillaba.

— ¡No pares! ¡Por favor no pares! —froté con todas mis fuerzas, con todo el deseo de mis diecisiete años hasta que explotó. Me succionó, exigió mi leche, reclamó lo que era suyo, apreté mi cuerpo contra el suyo hasta hacerle daño, sus dientes se enterraron en mi hombro causando un delicioso dolor de placer, y me dejé ir. Le di cada gota hasta que no quedo nada, todo de mí, todo era de ella.

Su cuerpo se sentía débil, frágil, la acuné entre mi cuerpo mientras acariciaba con mis labios la húmeda piel de su cara, sabía a gloria.

— ¿Te duele? —preguntó minutos después entre suspiros.

—No. Se supone que la adolorida eres tú, ¿no?

O mis clases de biología eran incorrectas, o el cuerpo de Sophie no respondía como decían los libros.

Separó su cuerpo del mío con una sonrisa que nunca le había visto, era diferente, satisfecha.

—Estás sangrando —informó acariciando mi cara con sus delicadas manos. Me podía desangrar, no importaba nada si ella seguía acariciándome así.

Entre nubes, pregunté—: ¿Dónde?

Su sonrisa se amplió, sus ojos brillaron, ¡qué bella!

—Aquí... —susurró antes de limpiar con su lengua mi cuello. Lamió donde sus dientes se

enterraron minutos atrás, lamió varias veces hasta que el deseo empezaba a despertar otra vez, era bueno tener guerra de hormonas por cuerpo.

Mostrando su lengua manchada de mi sangre balbuceó:

— ¿Ves? —Cerró la boca y tragó. Se relamió los labios con un gesto de lo más lascivo, erótico y dulce al mismo tiempo. Ahora también mi sangre corría por su cuerpo, ya no podía darle más de mis fluidos.

Me dolió la cara, creo que nunca había sonreído tanto. Hasta que...

— ¿Ves?

Le mostré mis dedos manchados de sangre —muestra de que conquisté la tierra virgen—, gritó—: ¡No! —pero fue demasiado tarde, mi boca se inundó del sabor exótico de Sophie, ahora todos sus fluidos también corrían por mi cuerpo.

Regresamos al campamento casi al amanecer, por primera vez en mucho tiempo no me zambullí en el agua de Dite como primera actividad del día. Todo seguía en una absurda calma, cuando lo último que sentía en mi interior era tranquilidad. Sentía que mi pecho explotaba, que yo entera explotaba. Nos metimos a las bolsas de dormir, aunque no tardamos mucho en buscarnos nuevamente, su brazo se coló por debajo de mi cabeza al mismo tiempo que mi espalda se ajustaba a su pecho. La tela que nos separaba no era nada, podía sentir su corazón, su palpitar sincronizado con el mío.

Desperté con un movimiento brusco, aunque muy calentita, el brazo de Luca seguía protegiéndome, su mano entrelazada con la mía ubicaba a la altura de mi pecho, su aliento entibiando mi cuello, empezaba a advertir nuevamente el cosquilleo en mi vientre cuando otro golpe nos movió a los dos.

— ¿Qué? —susurró antes de hundir su nariz en mi cuello y despertar mi piel con deseo. Otro golpe nos movió, no tuvimos más remedio que salir de entre las nubes y abrir los ojos.

Kurt estaba parado a nuestros pies, no es que estuviera enojado, solo que ahora quería demostrar porque se había ganado el sobrenombre de Drago. Poco faltaba para que la lumbre saliera por todas sus cavidades.

— ¿Qué diablos hacen? Daniel está ahí —siseó intentando controlar el enojo

—Tenia frio, ¿qué querías que hiciera? —Se justificó Luca. Aunque en ningún momento tuvo la intención de soltarme.

—Y tu... —me señaló con los ojos fuera de órbita—, más vale que termines con él. Su padre tiene negocios con nosotros.

Que tonta excusa. Yo iba a hacer lo que se me diera la gana, y eso incluía coger con Luca mientras salía con Daniel.

Decir que Luca y yo perdimos el control, es decir poco, nuestra meta fue encontrar oportunidad para coger como conejos. Fueron semanas de salones, oficinas, atrás de la biblioteca, era excitante encontrar lugares donde revolcarnos, aunque nunca con la calma de la primera vez.

Me sacó del camino que llevaba a la biblioteca y nos escondió entre los árboles. Sus suaves labios prendieron mi piel besando mi sensitivo cuello, continuando su camino arriba abajo hasta llegar al otro lado, mi adolorido pecho se aplastó contra el árbol, la excitación me mareaba, sentía que podía tener un orgasmo con el solo toque de sus labios. Recargó su cuerpo al mío adentrándome a un estado entre relajación y dicha.

—Me encanta esto —murmuró apretando las cimas de mi pecho—. Parecen unas dulces manzanas.

Su verga se restregó en mi trasero levantando la falda. Ya estaba más que preparada para él, el olor del bosque se mezclaba con el olor de la necesidad.

—Las manzanas son para morder —susurré empujando la cadera hacia él. No esperaba un gruñido tan lleno de lujuria, era extraño tener ese poder sobre alguien.

— ¡Sophie!

La voz de Daniel en vez de apagar el fuego lo incremento. Los dos sonreímos con la intromisión.

—Deshazte de tu noviecito, te voy a coger —advirtió antes de alejarse y esconderse atrás de un árbol, la vegetación era densa en esta parte de la escuela, era poco probable que alguien nos viera.

—¿Sophie? —La voz de Daniel se acercaba cada vez más, no era justo que me interrumpiera, el temblor de mi cuerpo necesitaba alivio—. Aquí estás —exclamó sonriendo. Daniel era un chico muy guapo, aunque nunca como Luca—. ¿Estás bien? —Su preocupación me hizo sentir un poco culpable, no era justo que le mintiera.

—Estoy excitada.

La honestidad era una de mis peores características. Los ojos se le alumbraron, fue como soltarle la correa, él siempre era muy prudente, de un beso y abrazo no pasaba, ahora sus manos fueron directas a mi adolorido pecho, lo estrujaba al mismo tiempo que abría mi blusa. No supe si fue por el toque o porque sabía que Luca nos observaba, pero la excitación era casi demasiado. Su mano subió mi falda, sin mucho cuidado sus dedos buscaban, husmeaban sin permiso.

—Para —Daniel estaba perdido, besaba mi cuello con brusquedad, no era él—. ¡Que pares! —Lo sostuve con mis manos hasta que su respiración se calmó.

—Perdón. —Cerró los ojos avergonzado, no tenía de qué, era una reacción completamente normal. Teníamos un rato saliendo, no era un cuerpo, era un conjunto de hormonas desatadas, y yo era una cabrona porque le decía que estaba excitada y después lo detenía.

—Tenemos que hablar.

—No... —respondió sonrojado—. Lo siento, no vuelve a pasar.

Lo reitero, era una cabrona sin corazón, no podía a hacerle esto, él creía que yo quería llevar las cosas despacio cuando en realidad mi cuerpo ya sabía lo que era tocar el cielo.

—No, no es eso, Daniel. Creo que estoy siendo injusta contigo.

—Yo no tengo prisa por... eso —El pobre seguía dolorosamente excitado. Suspiré antes de romperle el corazón, no es que me creyera inolvidable o irremplazable, es que Daniel era un buen chico que escogió a una mala chica como primer amor.

—Lo mejor es que solo seamos amigos.

Ni siquiera me tembló la voz. Él tenía un par de meses controlando el instinto y yo lo dejaba con la mano en la cintura, y sin premio de consolación. En ese momento me prometí nunca tener 'novio', no con esa etiqueta.

—Apresure las cosas, ¿es eso?

¡Oh, dioses! Si el hombre era casi un santo. Quería decirle que no era eso, que... que... No sabía qué decirle e hice lo más estúpido que se me ocurrió, me acerqué y lo besé. Sus labios no sabían igual, su lengua no se movía igual, no sentía lo mismo que sentía cuando Luca me besaba, y mucho me temía, que nunca lo iba a sentir con él. Ese torrente de adrenalina, ese calor que me envolvía con Luca, solo era un roce inocente con Daniel.

—Lo siento... en serio lo siento —murmuré separando mis labios de los suyos. Peor me sentí cuando vi a Luca atrás de Daniel recargado en un árbol. No le importaba que Daniel pudiera verlo, su mueca de suficiencia era totalmente hostil, despreciativa.

Daniel bajó la mirada y no volvió a decir una sola palabra, todavía lo alcanzaba a ver cuándo Luca subió mi falda y bajó mi ropa interior. Demandando y poseyendo, sus firmes labios se moldearon a los míos, su lengua se abrió paso invadiendo, debilitando mis piernas. Me apretó contra el árbol y desapareció cualquier atisbo de culpa, solo quería más de él.

Mis nerviosos dedos abrieron su pantalón buscaron su carne, se deleitaron de la fuerza, fueron

el enlace entre él y el escalofrío de satisfacción cuando gimió—: Eres tan jodidamente hermosa.

Mi corazón brincó con la franqueza de sus palabras, con la sinceridad de sus ojos.

Sus pulgares torturaban mis pezones, su boca mi cuello, todo él viajaba directamente al apéndice de mis piernas. Mis entrañas buscaban su sólido cuerpo, su suave toque. En este momento yo era suya, mi carne gritaba que podía hacer con ella lo que quisiera; Temblando me dejé guiar, le di la espalda recargando las manos en el árbol y pidiendo lo que solo él me había dado, su carne, su sangre, su leche, en este instante era todo lo que deseaba, lo que era mío.

Hubo un bajo jadeo en lo profundo de su garganta cuando movió sus dedos trazando un camino de mi espalda, mi trasero, hasta la línea de mi coño. Mi sollozo fue vibrante, oí con una mezcla de deseo y exasperación que me tuviera tan húmeda.

Su toque era suave, demandante, crudo, erótico, no reconocía los sonidos de lujuria que escapaban de mis labios. Continuó su deliciosa exploración forzando mis piernas a separarse.

—Por favor, Luca.

Mis piernas me sostenían retorciéndose mientras el delicado toque seguía torturándome en lo más privado de mi cuerpo.

—Tan suave... tan caliente... —susurró. Me sentía necesitada, deseada, dolorosamente excitada. Intercambió dedos por su enorme verga, la memoria del dolor que sentí cuando se enterró en mí por primera vez causó un estremecimiento de mis paredes, las pobres todavía no se reponían de la última invasión. Muchas veces fantaseé con el cuerpo de Luca, la fantasía era nada comparada con la perfección de esa carne que jugaba abriéndose paso entre mis labios—. Lista o no, allá voy —murmuró citando las palabras que usábamos cuando jugamos a las escondidillas en el palacio hacia años.

— ¡Dioses! —jadeé. Los firmes y profundos empujes llenaban cada centímetro de mi interior, no dejaban espacio entre él y yo.

—Que rico suena, tan jugosita.

Sus manos sujetaban mi cadera impulsando, exigiendo, las mías se aferraban al árbol por un poco de estabilidad, ya no tenía los pies en tierra firme, volaba en el torrente de alegría que corría por mis venas.

— ¡Más! —aullé sin vergüenza, respondió golpeando mi límite, sacando el aire de mi cuerpo.

— ¿Todo bien? —siseó alentando el paso.

—No pares.

Mi necesidad escurría en cada letra, en cada gemido.

— ¡Joder, Princesa! —jadeó moviéndose más rápido, profundo, sin control, solo cruda y primitiva necesidad construyendo piso tras piso hasta que mi cuerpo entero estalló—. ¡Oh, Sophie! te sientes tan bien, tan malditamente apretada —gruñó antes de dejarse ir, su pulsante verga me entregó todo, cada gota de succulenta y caliente leche marca Gardner.

Su cuerpo siguió al mío sin romper el íntimo contacto hasta que nos recargamos en el árbol, sudorosos y satisfechos.

—Voy a terminar con Jane. —Su respiración era dulce contra mi cuello, daba pequeños besos por todo mi cuello.

— ¿Estabas pensando en Jane mientras me cogías?

No era reclamo, mi cuerpo en ese momento estaba lleno de endorfinas, era imposible que sintiera un poco de irritación.

— ¡No! —Luca podía dejar de respirar por un par de minutos bajo el agua, y sin embargo con ese ‘No’, se quedó sin aire—. Te juro que no. —Se apretó todavía más a mí exigiendo que

reconociera que decía la verdad.

—Está bien, está bien.

Finalmente separó su cuerpo del mío, mi ropa era un desastre, mi cuerpo era un desastre.

—Te juro que no —volvió a susurrar mientras nos arreglábamos para regresar al mundo real.

—Ey, no pasa nada. Te creo —aseguré acariciando su mejilla—, pero no acabes con ella, no ahora. No hay prisa.

Le di un beso suave para convencerlo. Ya suficiente tenía con la culpa de romperle el corazón a Daniel, lo que menos necesitaba era el corazón de Jane también en mis manos.

Terminar con Daniel fue duro, sobre todo después de que las endorfinas del orgasmo pasaron. Llegué al palacio arrastrando los pies, entré a mi habitación y fui directo a la cama, necesitaba unos minutos de lamentación; No por perder a mi primer novio, sino porque lo hice sufrir. No me entendía, de veras no me entendía.

Busqué abajo de la cama y saqué la caja de zapatos que mantenía llena de placer culpable. Era muy rigurosa con mi dieta, pero un chocolate levanta hasta a los muertos.

Tenía poco tiempo para ver a Luca, entre la escuela, los entrenamientos, la gente de seguridad, y Jane, era casi imposible, pero hoy era la noche. Kurt tenía noche de niños, cuando Gordon se fue a la universidad esas noches pararon, hoy las retomaban.

Mi hermana y yo nos instalamos en la sala de cine sin importar las constantes quejas de Kurt, no había nada más divertido que fastidiar a mi hermano.

—Luca luce bien con esa playera, Princesa. ¡Bien por ti! —susurró en mi oído Viri mientras fingíamos ver “Star Wars” por millonésima vez.

—Luce aún mejor sin ella —aseguré sonriendo. Nuestras carcajadas rompieron la poca paciencia de Kurt, salió de la sala hecho una furia.

— ¿Por qué lo fastidian? —El regaño de Fabio era irrelevante, incluso él reía del poco control de Kurt.

Levanté con desdén los hombros al mismo tiempo que me acercaba a Luca. El muy canalla negaba al mismo tiempo que abría los brazos para que me sentara en sus piernas. Se sentía tan bien, olía tan bien, sabía tan bien. Quería esos labios, los necesitaba, se abrió y me permitió invadirlo con suaves mordiscos. ¡Nos perdimos! Su lengua exploraba mi boca y sus manos empujaban mi cuerpo al suyo. Gemí respondiendo con la misma y fiera lujuria, sentía su erección clamando mi atención, mi piel quemando por su tacto. El movimiento de mi cadera fue involuntario, solo buscaba lo que era mío.

— ¡Sophie! —rompió con un grito el hechizo Viri.

Me separé jadeando de su boca, podía ver en sus ojos la misma necesidad que corría por mi cuerpo, la misma jodida pasión. No resistí y le volví a meter la lengua en la boca.

— ¡Demonios, Sophie! —Mi hermana me levanto de las piernas de Luca con un jalón segundos antes de que Kurt entrara con Owen a la sala. Mis labios seguían húmedos cuando Owen nos pidió que fuéramos a la cocina.

—Pero quiero ver la película —se quejó Viri mientras yo me reponía. Una enorme sonrisa se instaló en mi cara y no se quería ir.

—Anda, Viri. Después la ven.

A regañadientes recogimos nuestras cosas.

— ¿Y mi turno? —escuché que preguntaba Bruno. No quise verlo porque seguro yo solita me descubriría. Volteé a ver a los Gardner cuando ya salíamos de la sala.

—Bueno, como siempre un placer —aseguré—. Si no hay suficiente espacio en la cama de Kurt, en la mía hay espacio, siempre podemos hacer que funcione.

—Sophie... —Me advirtió Owen.

—Api, tú siempre me has dicho que la educación es lo primero, estoy siendo educada.

Fabio y Bruno se rieron, incluso Gordon rio, pero no Luca, Luca torció la boca enfadado. Era difícil de roer ese quesito.

Mi madre no paraba de verme mientras cocinaba. Era raro que lo hiciera, nunca tenía tiempo, pero cuando lo hacía, era fiesta segura.

— ¿Pasa algo Ami?

—Hoy estás muy guapa —cerré los ojos tratando de controlar el sonrojo—. Luces como si hubieras tenido un gran día.

Eso llamo la atención de Owen y Alex.

— ¿Qué tal tu día, princesa? —preguntó Owen mientras le servía vino a mi madre.

—Bien, Api.

— ¿Estás contenta por fastidiarle la tarde a Drago?

— ¡Siempre! —contesté riendo.

— ¿Qué travesura hiciste hoy, Sophie? —La pregunta de Alex cayó directa en el centro. Fue imposible controlar el sonrojo que cubrió cada parte de mi cuerpo, incluso los pies los sentí calientes.

Kurt paró de acarrear comida y volteó a verme. Seguro analizaba el día en la escuela, la intromisión en su tarde para saber qué era lo diferente. Y para no variar, mi hermana abrió la boca sin usar el filtro de la cabeza.

—Ha de ser el sexo, siempre se relaja cuando tiene sexo.

En la cocina solo se escuchó los gemidos de mi hermana saboreando su helado. La única que siguió con lo suyo fue ella, Owen se pasmó con la botella de vino en el aire, Alex con el cuchillo a media zanahoria, Kurt con una lata de refresco, todos me veían esperando alguna reacción o palabra.

— ¿Quién? —preguntó Kurt.

— ¿Te cuidaste? —cuestionó Owen.

— ¿Te gusto? —curioseó Kaira.

El único que no hablo fue Alex. Y yo.

Kaira tomó rápidamente las riendas de la pequeña metida de pata de mi hermana. Mandó a Kurt con los niños Gardner, a Viri a su habitación, y a mis padres al gimnasio para que sacaran un poco de energía. En menos de cinco minutos, Kaira ya sabía a grandes detalles el inicio de mi vida sexual.

—Ami, ¿es normal que sienta... esto?

— ¿Qué, princesa?

—Esto... —señalé mi pecho enfatizando el sentimiento—, el deseo. Lo deseo... mucho.

Kaira sonrió, y como era su costumbre me cobijó bajo la protección de sus brazos, si estaba bajo el ala de mi madre, cualquier crisis era pasajera.

—Sí, Sophie. Es completamente normal, también es inquietante, abrumador... es poderoso —me separó de su pecho para mirarme a los ojos—. Hay que tener cuidado con ese sentimiento, Sophie, porque si se escapa de las manos, puedes salir muy mal parada. tienes que aprender a controlarlo.

Mi corazón latía muy rápido, quería decirlo, pero no sabía cómo.

—Dime, Sophie. ¿Qué pasa?

—Quiero dormir con él... Quiero... —Puso un dedo sobre mis labios y me sonrió, Kaira era bellísima.

—No me des detalles, no podría dormir —dijo arrugando su nariz juguetona—. Voy a hacer un par de arreglos. No quiero que se metan a un hotel, o peor aún, que se expongan en público.

Así de sencillo fue conseguir la llave del departamento donde viví los primeros años de mi vida. Era un departamento de tres habitaciones que quedo en el abandono cuando nos cambiamos al palacio, y ahora estaba en mis manos.

Antes de ir a la habitación del Hada de la familia para patearle el trasero, preguntó—: Tienes controlado el asusto del cuidado, ¿verdad?

No era necesaria la plática sobre anticoncepción y enfermedades venéreas, ya lo sabía de memoria.

—Sí, Ami. Sin problema.

Era una verdad a medias. Un implante en el brazo controlaba la anticoncepción, pero las enfermedades, los condones... simplemente esperaba que la monogamia funcionara.

No tardamos en hacer uso del departamento. Nos saltábamos la práctica de los domingos, él decía que iba al Palacio a practicar, y yo que iba a la villa. Sus padres confiaban en su palabra, nunca confirmaban lo que decía. Y yo tenía cubierta la espalda, mi Ami sabía dónde estaba. Bautizamos todas las habitaciones, todas las superficies, todos los rincones.

Entreabrí la puerta, y lo dejé pasar con una risilla tonta. Rápidamente me subí a la hamaca que estaba a la mitad de la sala, propiedad de la tía Elena, una hippy frustrada prima de Kaira. Mi Ami, Kurt, y yo vivimos con ella por un tiempo antes de que Alex y Owen llegaran a nuestra vida. Mi hermano y yo la vimos un par de veces después, siempre a escondidas de nuestros padres. Le dimos dinero, incluso ropa que Kaira no usaba, dejamos de verla cuando nos ofreció conocer a nuestro ‘verdadero’ papá, con un poco de dinero por delante, por supuesto. Nosotros ya teníamos padres, no nos interesó conocer a un donador de esperma.

Aunque ya teníamos varios años sin verla, el departamento mantenía muchas cosas de ella, incluida la hamaca que pronto iba a servir para jugar con Luca.

La solida erección no tardó en aparecer, su ropa también hizo acto de magia, solo que esta desapareció cuando abrí las piernas. Su cuerpo tenía escrito mi nombre por todo lo largo y ancho, en cada musculo, en cada pedacito de piel se leía: Sophie.

—Creo que tus padres no te educaron bien, Princesa. ¿No te enseñaron que las puertas no se abren a extraños? Mucho menos desnuda —dijo tratando de mantener un semblante serio al mismo tiempo que sus ojos brillaban recorriendo mi cuerpo. Un delicioso escalofrío atravesó mi cuerpo prendiendo mis células con anticipación.

—No, no me enseñaron. ¿Qué podría pasar, Luca? —Empecé a mecarme viendo como su excitación crecía, y sintiendo mis entrañas retorciéndose de excitación. Mi coño estaba embarazosamente húmedo, me torturó al rodear su verga con la mano y acariciarla con suavidad.

—Esto, Princesa. Mira cómo me tienes —dijo manteniendo mi mirada mientras yo la bajaba a la gloriosa vista de Luca Gardner complaciéndose—. Tu turno —Su mano izquierda detuvo la hamaca mientras la derecha seguía moviéndose lentamente, torturando.

Mis manos corrieron a mi entrepierna, ¿quería ver? ¡Yo le iba a dar el espectáculo de su vida! Cerré ojos, me recargué completamente en la hamaca y semiacostada, con una mano abrí mientras con la otra acariciaba. Yo sabía cómo complacerme, debes de saberlo antes de pedir que alguien más te complazca.

—Para ser una Princesa, eres una pequeña puta muy sucia —gruñó apretando su endurecida verga.

Paré de inmediato, nunca nadie me había llamado así, no en mi cara. Su semblante de ‘susto’ me dijo que no tenía idea de dónde salió eso. ¡Era un encanto!

—Sí, soy una pequeña puta muy sucia.

Le di la razón mientras dos de mis dedos se perdían entre los empapados labios, haciendo pequeños círculos, masajeando, exponiendo. Mi pulgar encontró el inflamado clítoris e hizo lo mismo que los demás dedos, masajeó, encendió, provocó jadeos, gritos de impaciencia y placer.

— ¿Qué van a pensar de ti, si te ven así? Con las piernas abiertas, tu cuerpo abierto, rogando

que te coja. —Su verga acompañó a mis dedos, se restregaba por la sensible y húmeda piel. Mi respiración se aceleró, mis entrañas se retorcían, clamaban por él.

— ¿Que soy una fulana sucia? —retiré mi mano y la sustituí por su hinchada verga. Entró despacio, manteniéndome en la orilla del acantilado. Flotaba en nubes de placer, necesitaba terminar.

Jugueteó con sus dedos alrededor de mi centro mientras entraba fuerte y salía lento, suave, podía sentir cada centímetro de su sólida verga llenándome. Me torturaba, parecía que le gustaba escuchar mis ruegos.

—Luca, por favor —jadeé en su boca, mordisqueaba mis labios, los succionaba. Me envolvía en un capullo, en una burbuja de agua salada donde solo existíamos él y yo.

— ¿Me estás rogando? Yo no hago caso a las pequeñas putas. —Su voz corrió por mis venas, se dirigía a donde sus dedos frotaban. Empecé a sentir la tensión, la inconfundible sensación de que en cualquier momento la ola va a romper. Mi piel se empezaba a encrespar, cuando de la nada, paró. Mi gruñido no fue amigable—. No estoy seguro si debo coger a una puta. Menos si es pequeña y sucia.

—Por favor.

Mi torturado cuerpo estaba desesperado por explotar.

— ¿Me estas rogando? —Asentí desesperada, gimiendo, suplicando por acabar—. Si lo pides así, cómo negarme. —Abandonó por completo mi cuerpo, me cargó y volteó en un solo movimiento. Mi trasero quedo en el aire, me sentí expuesta, abierta, ¡y me encanto! —Te voy a coger fuerte, Princesa. Te va a doler.

La sensación de plenitud era casi demasiado, me cogía saturando todos mis sentidos, sus manos recorrían todo mi cuerpo, revolucionaba cada nervio de placer que tenía.

Era fuerte, rápido, cada determinado empuje llegaba al límite, gritaba, jadeaba en cada contacto. Sus grandes manos me agarraron por lo hombros, con el balanceo de la hamaca se impulsó, fue como un cohete, fue... demasiado. Era tal el placer, que temí desmayarme.

—Luca... Luca, no puedo —sollocé temblando bajo su mando.

La inmensa ola se rompió inesperadamente, me sostuve de la hamaca, enterrando dedos y dientes durante la explosión que terminaba con cada célula de mi cuerpo. Por un momento dejé de existir y me convertí en puro, y crudo placer.

— ¡Joder, Sophie! —Gritó atrás de mí. La tibia leche corría por mis piernas junto a la excesiva humedad de mi orgasmo. Colapsó encima de mí, su rápida respiración se sincronizó con la mía, hubiéramos caído bajo el hechizo de Morfeo, si la hamaca no hubiera rechinado.

—Llévame a la cama y enséñame porque debería perdonarte —susurré con el poco aliento que tenía.

— ¿Perdonarme? —El pobre estaba medio muerto. En cualquier momento caíamos al piso y él no se movía.

—Me llamaste pequeña puta sucia.

Mi voz estaba cargada de endorfinas, no había manera de que sonara a regaño.

—Pero fue con cariño —cerré los ojos con la bendición de sentirme querida, adorada incluso.

Cuando los volví a abrir, ya estaba arropada en la cama. Esto de tener sexo y orgasmos era como el chocolate; Totalmente adictivo y deseando tener más y más. Eso no disminuía lo abrumador.

— ¿Te lastime?

Era la primera vez que descansábamos bajo la calidez de unas sábanas, sin prisa, sin deseos de que la tarde acabara.

—No.

— ¿Entonces por qué lloras?

Su cara tan cerca de la mía, sus ojos viéndome con preocupación, con tanto amor, lo podía sentir por mis venas, era... demasiado.

—Todavía no regreso del mundo del placer.

Creó que volví a quedar inconsciente, desperté con su mano acariciando mi busto, como la primera vez.

— ¿Ya regresaste? —Reí apretando sus manos a mi pecho. Si, ya me sentía mucho mejor—. Así quiero dormir siempre —deseó envolviéndome con la fuerza de su cuerpo—. Después de ganar un montón de medallas, nos vamos a casar, y así vamos a dormir — ¿Me perdí algo? ¿De dónde vino eso? Sintió la tensión de mi cuerpo, y ni así se desdijo—. ¿Qué? ¿No te quieres casar conmigo? —Lo dijo riendo y acariciando mi cabello con su nariz.

—Siempre te voy a querer. Siempre vas a estar aquí —apreté nuevamente sus manos a mi pecho para enfatizar que estaba total y perdidamente enamorada de él.

No fue suficiente. Se recargó en un codo e hizo que volteara a verlo. No tuve más remedio que explicarme—: No creo que un papel reafirme el amor, Luca. Si realmente quieres estar con alguien, no necesitas un papel. Simplemente estás. Puedes tener una gran familia sin necesidad de firmar nada. Pensé que tú lo entendías, tu familia también es ‘diferente’.

El ceño en su frente se profundizaba más y más con cada palabra. Por un momento no reconocí a Luca Gardner.

—Entiendo perfecto. Yo quiero a mis dos padres igual o más de lo que tú quieres a los tuyos. Pero Diana está casada con Frank.

— ¿Y Jasón?

—Jasón es mi papá. Entiendo lo que quieres decir, pero no entiendo por qué no te quieras casar. ¿Kaira no está casada?

—Sí, con los dos —sus ojos se oscurecieron—. Kaira firmó un documento donde dice que es esposa de Alex, pero ella juro amar, honrar y proteger a los dos. En las buenas y en las malas, le juro fidelidad a los dos por el resto de su vida, a los dos, no a uno. Kaira está casada con los dos, por ese juramento, no por un papel.

—Eso no es válido, Sophie.

Nada más erróneo.

—Yo estuve presente, Luca. No hay nada más valido que tu palabra. Si realmente quieres estar con alguien, solo tienes que jurar con tu alma y corazón que lo vas a estar, y no se lo tienes que jurar a la otra persona, te lo tienes que jurar a ti mismo. No es un matrimonio tradicional, no somos una familia tradicional. No voy a seguir una tradición. Y casarse es una tradición. Así que yo, nunca me voy a casar.

Guardó silencio viéndome a los ojos, ya no quedaba atisbo del placer que compartimos no hacía nada.

—Yo un día me voy a casar —afirmó con absoluta determinación.

—No puedes —dije juguetona acariciando su pecho. Funciono mi método de distracción, su semblante se aligero—. Para casarse necesitas estar enamorado, y tú ya estás enamorado de mí. Y si yo no me voy a casar, tu tampoco.

—Me puedo enamorar de otra persona —lo dijo en serio, muy en serio.

—Me temo que no tienes opción, Luca. Te puedes acostar con otras, con todas si tú quieres, no me importa. ¿Pero enamorarte? No, Luca. Yo ya tengo tu corazón, y no planeo devolverlo.

Yo también lo decía en serio, muy, muy en serio.

El siguiente par de horas hablamos lo que nunca habíamos hablado, probablemente, de lo que nunca debimos hablar.

Mientras yo pensaba que el estilo de vida que mantenía su familia y la mía, era simplemente perfecto. Él pensaba que era complicado, deshonesto, y doloroso.

Yo definía a mi familia como cinco personas que trabajan muy duro por amarse unos a los otros. Un poco raros, cierto, pero también únicos. Diferentes unos de los otros, y precisamente por eso, es que estábamos juntos. Somos una familia ‘diferente’, precisamente porque somos diferentes, y eso me hacía sentir muy orgullosa de mi misma, formaba parte del clan NCJ, no imaginaba algo mejor.

— ¿No crees que un papá y una mamá es lo normal? Millones de gente no pueden estar equivocados.

—Cierto. Si tú crees que una mamá y un papá es lo normal, lo es. Pero yo no voy a dictar mi vida por lo que cree otra gente. Yo voy a dictar mi vida, por lo que yo creo. Y para mí, lo ‘normal’, es lo que conozco.

— ¿Le vamos a arrancar las manos? —preguntó mi hermana, dirigiendo la vista hacia donde Luca era acorralado por Jane.

—No... —medio contesté.

— ¿Qué pasa, princesa?

Ni siquiera el apelativo cariñoso en público me hizo reaccionar.

—Viri... —por primera vez en la última media hora dejé de verlos. Desde que mi vista cayó en las manos de Jane acariciando el torso de Luca mientras él trataba sin lograrlo de separarse, se creó un remolino de emociones en mi pecho. Ninguna era lo que se suponía que debía sentir—. No siento celos.

Mi hermana tomó mi mano... si no sentía celos, ¿no lo quería? Estaba segura de quererlo, incluso con cierta devoción.

—A lo mejor solo sientes lujuria por él. La verdad es que está muy bueno.

Si, si lo estaba, pero no era eso.

—No. ¡Si lo quiero! —afirmé tan segura como que me llamaba Sophie Northman—Carter Jones.

—No me tienes que convencer. Yo sé que lo quieres.

Sin darme cuenta, también hable con vehemencia.

—No me imagino sin él, Viri. Es...es raro. No me entiendo.

— ¡Ey! No te pongas así. ¿Quién dijo que tenías que entenderte? Lo importante es que te guste, lo demás, es lo de menos. Qué importa Jane o el equipo completo de natación, eso no cambia lo que sientes, ¿cierto?

—No, no cambia... —suspiré.

—Además, ¿qué hace Jane aquí? No se supone que no se aceptan visitantes en la escuela. ¡Colegio de mierda! —Era placentero que mi hermana tomara mis batallas como tuyas, ¡esa era mi Hada! Pero eso no cambió la tormenta en mi pecho— ¿Qué hacemos? ¿Vamos, yo la piso y tú la golpeas? ¿Nos vamos y dejamos que lo viole a gusto? ¿O nos quedamos y vemos como lo viola?

Observé nuevamente a Jane, tenía la misma mirada de adoración con la que yo lo veía, sus manos, su cuerpo, toda ella lo quería.

—Ahora mismo lo único que quiero es encerrarme con él, no importa dónde, solo lo quiero tener... Y no me importaría que Jane se nos uniera.

¡Lo dije! Ya no había vuelta atrás, el pensamiento ya no solo existía en mi cabeza, ya era de dominio público, bueno, de dominio de mi hermana, que estaba segura nunca iba a repetir las palabras.

—Mmm, no es mala idea —fue su respuesta.

—Eres la única demente que conozco que se escapa de su casa con guardaespaldas.

Bruno saludó a mi seguridad levantando la mano. Solo llevaba puesta una playera desgastada con el lema 'Fuck yourself', y un bóxer con grabado escocés, ¡muy parisino!

—Vamos. Antes de que llegue la milicia.

Si Frank me encontraban en su casa, era capaz de cortarme la cabeza. Tenía que correr el riesgo, llevaba varios días sin mi ración de leche Gardner.

Bruno me llevó de la mano hasta que llegamos a su habitación, antes de dejarme entrar, pidió su retribución—: ¿Y mi beso?

No lo podía rechazar, un beso no se le niega a nadie.

Sonriendo acerqué mis labios, el Lobo les dio la bienvenida con un mordisco, ¡Bruno era diabólico! Le di un manotazo en el brazo antes de entrar a la habitación en puntillas, ahí estaba el objeto de mi deseo, durmiendo como un angelito. Me deshice de la ropa, y me subí a su cuerpo a horcadas, todavía no llegaba la conciencia a sus ojos y ya sonreía.

—Oh, Dios. Ya llegó el demonio... —murmuró adormilado. Tenía un cuerpo exquisito y era todo mío. Busqué sus labios, además del cuerpo, su boca era mi parte favorita.

Entre besos murmuré—: Te extraño... —recorrió con sus enormes manos mi cuerpo hasta llegar al trasero.

— ¿Estás tratando de aprovecharte de mí? —Le respondí lamiendo su cuello, adoraba su sabor. El ambiente empezaba a calentarse cuando de repente lo mató—. No debiste venir —declaró viendo fijamente al techo.

— ¿Qué pasa?

—Nada. —Me dio un beso y de un solo movimiento estaba encima de mí.

— ¿Qué pasa?

—Nada —repitió sin dejarme de besar. ¿Quién creía que era? ¿Jane? A mí se me habla de frente. Con una mano en su pecho lo separé de mi cuerpo.

—Puedo pasar muchas cosas, Luca, pero no que me mientan. Y “nada”, es una jodida mentira. —Se quitó de encima de mí, y se recargó en la cabecera.

Veía al infinito, cuando finalmente dijo—: Ayer cogí con Jane —no voy a negar que mi corazón tembló, no mucho, solo lo suficiente para hacerse notar. La siguiente emoción fue la que me sorprendió, alivio, un profundo y sorprendente alivio.

Me perdí en sus ojos, en el entrecejo obtuso, seguí la línea de su quijada y advertí que no respiraba, esperaba mi reacción.

—Ya se habían tardado —regresó a mis labios el cosquilleo, la necesidad de sentir su piel. Busqué la marca de mis dientes en su inmaculada piel, saqué la lengua y la saboreé. Esa era mi parte favorita de su cuerpo, ahí ondeaba la bandera con mi nombre, Luca Gardner era mío.

No importaba que se acostara con una, diez, cien mujeres u hombres, su corazón, lo realmente importante, era mío... y siempre lo iba a ser. Algo me decía que no me equivocaba, tal vez la misma parte que gritaba fuerte y claro que yo era suya.

Aunque él no sentía lo mismo, me separó por los hombros para reclamarme, directo a los ojos.

— ¿No estás enojada? ¿Celosa?

Ni enojada, ni celosa, más bien... cachonda.

—Esa mujer quiere tus huesitos desde hace meses por no decir años. Finalmente se salió con la suya, ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué le reclame? ¿Qué te reclame? Prefiero coger —intenté besarlo, pero hizo lo que nunca nadie me había hecho, me rechazó.

— ¡¿A dónde vas?!

—Al palacio... aquí no soy bienvenida.

Decir que me encabrone es decir poco. Tomé mi ropa a tropezones y salí de la habitación.

— ¡¿Qué diablos haces?! —Fabio asomó la cabeza por su puerta adormilado. La parte frontal de mi cuerpo estaba cubierta por la ropa que se arremolinaba entre mis manos, pero si le di una

buena vista de la parte trasera— ¡No la veas, imbécil! —escuché un golpe seco, pero no me detuve a ver el origen. ¡Los Gardner eran unas bestias!

Antes de salir recobré un poco de cordura, me puse el suéter, el pantalón, y descalza busqué el consuelo de la fría noche.

Mensajes, llamadas, correos, no paró durante toda la noche.

— ¡Carajo, Sophie! ¡Contesta el puto teléfono! —Mi hermana entró a mi habitación más dormida que despierta. ¡Pobre! Me aventó su celular a la cara y todavía con un ojo cerrado, regresó a su habitación.

— ¡¿Qué quieres?!

—Estoy en la puerta, sal.

¡Maldito hombre de las cavernas! Eran las tres de la madrugada, ¿qué hacía aquí? Me cubrí con una bata y a puntillas revisé si mis padres ya estaban en casa, afortunadamente para mí, todavía seguían en una de sus celebraciones. Cuando se juntaban con los Gardner a ‘celebrar’, desaparecían de la faz de la tierra, bien por ellos, y por nosotros, que aprovechábamos la oportunidad para seguir su ejemplo.

Desactivé alarmas antes de verificar que la gente de seguridad no estuviera a la vista, alguien siempre custodiaba el palacio. Y ese alguien dormía plácidamente en la caseta junto a la cochera. Antes de poner mi palma en la caja de seguridad para abrir la puerta principal tuve que cargarme de aire, me esperaba una pelea y tenía que prepararme, era la primera y tenía que ser épica, sobre todo la reconciliación.

Luca

— ¿Estás loco?! —Fue su bienvenida. No me importaba los gritos, podía patearme si eso quería, pero que hablara conmigo.

—Sí, estoy loco. ¡Tú me tienes loco! —En la comisura de su boca se asomó una sonrisa, aun cuando me amenazaba con el arma cargada de sus ojos.

—Mis padres ya están en casa —susurró casi riendo. Mentirosa y adorable, ¡por Dios, cuanto la amaba! Cuando salió de mi casa casi me vuelvo loco, fue algo bueno que Fabio despertara y metiera la nariz donde no debía, fue la oportunidad perfecta para quemar un poco de testosterona. Todavía me dolía el puño y el mentón, pero valió la pena por completo, me hubiera sido imposible manejar en el estado en el que me dejó.

— ¿Podemos hablar, por favor? —incliné la cabeza con una cálida sonrisa tratando de tentar a su extraño corazón. No alcanzaba a entender cómo se enojaba por no besarla, y no porque dormí con Jane.

Sophie era una Princesa, una Princesa retorcida con corazón de oro, puso los ojos en blanco y me dejó entrar a la fortaleza que era su casa.

—Sé que no merecías lo que hice, pero...

—Cállate, aquí no. —Me fue guiando por el palacio hasta que llegamos al área hecha exclusivamente para ella, cuando se trataba de consentir, Owen y Alex no tenían límites. Abrió las puertas francesas y apareció el sueño de cualquier nadador profesional; Una piscina olímpica de cuatro carriles, una piscina sin fin de la más alta tecnología para entrenar la resistencia, el área de masaje, sauna y, por último, la fantástica tina de hidromasaje, eso era lo mejor. Varias veces hice uso de ella y relajaba los músculos como ninguna.

Era un sueño que en este momento carecía de cualquier importancia, ahora solo importaba la Princesa que refunfuñaba y murmuraba cosas sin sentido. Giró una perilla y todas las superficies con agua se iluminaron de un ligero tono morado, era hermoso, aunque nada comparado con la mujer que tenía enfrente.

—Perdón, Sophie.

— ¿Por qué, Luca? ¿Por qué perdón? ¿Tienes idea de porque estoy que pataleo?

No pude decir nada, era adorable cuando hacia pucheros, porque era un berrinche, no estaba realmente enojada. ¡No la entendía! Levanté los hombros y volví a inclinar la cabeza con una sonrisa, conocía a Sophie, nada la tentaba como un poquito de condescendencia.

—Eres un animal —argumentó sonriendo. Mi sonrisa se amplió con el manotazo en mi pecho.

— ¿Tu animal? —su carcajada fue la mejor de las respuestas, ¡adoraba cuando reía! —No sé qué paso, Princesa. Me ganó la lujuria.

Era una excusa baja... era simplemente una jodida excusa. Si realmente hubiera querido, no me acuesto con Jane.

—No me molesta que duermas con Jane, Luca. De hecho, creo que me excita — ¿En serio? —

No me preguntes cómo o por qué. Ni siquiera yo lo sé —contestó con honestidad mi pregunta muda—. Lo que no soporto, es que me rechaces. Si ya no quieres estar conmigo, así, como los hombres, me lo dices de frente y se acabó. Nada de ir metiendo la verga aquí y allá para ver si me doy cuenta de la indirecta y te deshaces de mí.

— ¡No, no es eso!

— ¿Entonces qué es?

—No sé —Le devolví la cortesía, y dije la verdad. No sabía. Jane no me interesaba, no sentía por ella ni una mínima parte de lo que sentía por Sophie. Simplemente me excitó, respondí al instinto y lo hice.

— ¿Te gusto? —De ninguna manera iba a contestar eso.

—Lo único que te puedo decir, es que sé que tú te mereces todo, ¡más que todo! Mi adoración, mi devoción, mi fidelidad, todo. Te quiero, Sophie. Te quiero tanto que duele, me confunde, y aquí, en mi corazón, sé que tú y yo siempre vamos a estar juntos, no importa lo que pase o lo que deje de pasar. Tu eres mi pareja, tu eres la que me hace completo. Y te juro, que realmente quiero esto, contigo —El nudo en mi pecho era doloroso. El cariño en su profunda mirada me decía que ella me amaba igual, incluso podía sentir su corazón golpeando tan fuerte como el mío—. Escucha, Princesa, vamos a escaparnos, tengo dos becas aseguradas, con eso podemos estar juntos desde ya, no tenemos que esperar. —Abrió la boca, la cerró, las palabras no salían, aunque casi las podía ver arremolinándose en su boca.

No estaba muy seguro de donde diablos salió la idea, ¡pero era una fantástica idea!

La abracé determinado a cerrar el trato, me ganó con un beso muy gentil en los labios.

— ¿Esto es un sí? —Sonrió, negó, y con dedos firmes en mi cabello me acercó a ella. El intenso gemido de los dos sonorizo la enorme habitación, mi lengua se hizo espacio por sus gloriosos labios, saboreando, ansiando estar dentro de ella. Mi verga creció dolorosamente rígida contra su vientre bajo, hasta en eso encajábamos, su altura era perfecta. Frotando su vientre contra el mío nos fue guiando hasta la tina de hidromasaje, a tientas prendió los jets, su sonrisa era irreverente, diabólica, y totalmente adorable.

Su bata se abrió con la fricción y dejó al descubierto el cuerpo del deseo, de todos los pecados, de mi maldita bendición.

—Tu ropa.

¡Joder con la ropa! Mientras yo me la quitaba a tirones, ella bajaba el único triangulito de tela que la cubría. Fue bajando las escaleras con total certeza de que me tenía bajo su dominio. Si, si me tenía.

A través de la transparente agua, de la tenue luz purpura, vi sus piernas separarse, entré al agua hipnotizado, perdido, profundamente aliviado. Sophie era mía, siempre y para siempre mía. Mis dedos separaron, acariciaron, entraron al mismo tiempo que un beso sin fin unía nuestros labios. Entré en ella con un sólido empuje, disfruté el plácido sonido de su jadeo mientras separaba aún más sus piernas, apretando los músculos del perfecto infierno alrededor de mí, sofocando, palpitando, exigiendo mientras yo gemía en voz alta.

—Te amo, Luca —gimió viendo directo a mis ojos. Me movía a dentro de ella con profundos envistes, soñando, implorando un futuro con ella.

Sus pestañas y cabello se humedecían cada vez más, la levanté para sentarla entre mis piernas afuera del agua, quería contemplarla, grabar en mi memoria sus labios hinchados por mis besos, sus cálidas mejillas, el rosado y tentador centro de su cuerpo, tan lleno de promesas de placer. Con cada movimiento llegaba más dentro, hasta su alma.

—Dilo otra vez —susurré.

—Te amo, Luca. —Su beso era tan profundo, tan intenso, sus paredes empezaban a temblar con rayos de electricidad prendiendo cada una de mis células—. ¡Luca!

—Yo más, princesa.

Levantaba su cuerpo con golpes fuertes y certeros, tan cerca...

— ¡Luca! ¡Dioses, Luca!

— ¡¡¿Sophie?!!! —Interrumpió con un grito el orgasmo de mi Princesa un desquiciado Alex.
¡Joder!

— ¡¡¡Kaira!!! ¡Kaira, ven acá!

Hablando de malos momentos, este se llevaba la guirnalda. Luca cubría mi desnudes con su cuerpo mientras un Alex totalmente fuera de razón caminaba y gritaba a todo pulmón.

—No pasa nada. —Me aseguró Luca. Pobre, nunca lo vi tan pálido como ahora.

—Yo creo que si pasa —dije al mismo tiempo que una risa tonta y nerviosa se escapaba por mis labios.

— ¡Kaira! —Volvió a gritar mi papá.

Luca y yo rompimos la unión a regañadientes, sabíamos que nos esperaba una pequeña inquisición. Me anudaba la bata cuando escuché—: Frank. Tengo a uno de tus hijos desnudo y cogiendo en mi tina de hidromasaje, ¿te molestaría venir por él?

Alex era ciertamente estricto, le gustaba tener el control, pero nunca frío, ni venenoso, ni prepotente, nunca como le hablé a Frank.

— ¿Qué pasa? —Kaira entró por las puertas corredizas justo cuando Luca abrochaba su pantalón—. ¡Oh!

Si, ¡Oh!

Regresó por donde vino cerrando las puertas de cristal. Con pesar vi como Alex discutía moviendo las manos sin control, Kaira intentaba calmarlo, pero le fue imposible. Ni siquiera la llegada de Owen lo tranquilizó.

—Podemos irnos —pidió—sugirió Luca—. Vámonos, yo tengo ahorros, nadie tiene por qué meterse con nosotros.

—Yo también tengo dinero, Luca. No se trata de eso. —Supe que mi tono de voz no fue el adecuado cuando dio un paso atrás. Su semblante se endureció, sus ojos se enfriaron—. No quise decirlo así... —Mi justificación murió al verlo cerrarse.

Se recargó en la pared, cruzó los tobillos, y esperó la batalla, no volvió a verme. Eso pasaba por olvidarme que Luca era el hombre que nadie rebasaba, el que no sabía lo que era ser el segundo. Un mortal y sanguinario tiburón.

Mi madre entró custodiada por Owen y Alex.

—Luca, ¿me permites hablar con Sophie a solas?

—No necesitas pedirle permiso, Kaira. ¡Luca, sal!

—Papá, por favor.

Nunca había visto a mi padre tan enfadado, las aletas de su nariz no paraban de subir y bajar. No había rastro de cariño en su mirada.

—No, Sophie, no —Alex susurró mi nombre con dolor, y por primera vez en mi vida me avergoncé de mi misma. Yo le causé ese dolor.

Daba un paso hacia mis padres cuando sentí la mano de Luca entrelazarse con la mía.

—Nos vamos a casar —anunció fuerte y claro. ¿Qué era esto? ¿El siglo XVIII? Solté la mano de Luca y le rogué con la mirada.

—Por favor, Luca. —Sus doradas pupilas se dilataron, poco a poco el dolor las coloreó—. Sophie... —Su voz también se tintó de dolor. Muy en el fondo supimos que lo nuestro se pausó desde

el mismo instante en que apareció Alex.

Dejó ir mi mano, aunque no la locura.

—Me voy a casar con ella —les advirtió a mis boquiabiertos padres.

Nos siguió a la oficina de Alex en silencio, Owen se le acercó y me tranquilizo ver que le daba una palmada en la espalda. Era bueno que alguien guardara la calma.

— ¿Qué paso? — ¡Lo que faltaba! Kurt bajaba medio adormilado acompañado de Viri—. ¿Qué haces aquí? —Le preguntó a Luca. Le llevó un par de segundos sumar dos más dos—. ¡Eres un cabrón de mierda!

El golpe de Kurt cayó con toda su fuerza y directo al ojo de Luca. Ni siquiera metió las manos, Luca aceptó el golpe altivo.

— ¿Qué haces, imbécil? —Fue la primera vez que deseé ser hija única—. ¡No lo toques! —bramé mientras revisaba el ojo de Luca que ya empezaba a hincharse.

Sin detenerme con el llamado de Alex y Kaira me dirigí a la cocina, ese ojo necesitaba hielo. La adrenalina corría por mi cuerpo haciendo estragos en mi raciocinio, no medí las consecuencias de lo que pasaba, fue hasta que escuché la enfadada voz de Frank que reaccioné.

— ¡Controla a tus hijos, Alex! Mira cómo le dejó la cara.

—Te recuerdo que estamos en mi casa, Frank. El que no debería estar aquí, es él —puntualizó Alex señalando a Luca.

Intenté dirigirme a el dueño de mi corazón, pero Viri me detuvo. Frank y Alex parecían estar a dos segundos de los golpes.

—Es mejor que todos nos tranquilicemos —terció Owen—. Vamos a dormir lo acontecido y mañana hablamos con más calma.

Diana tomó el brazo de Luca, pero no logró moverlo. Luca tenía el modo suicida encendido.

—Estoy enamorado de ella —afirmó con la cabeza en alto. Frank sacó humo.

—No, Luca. Eso que crees que es amor, va a destruir todo tu trabajo.

Luca no pestañeó con las palabras de su padre, me veía fijamente a mí. A lo lejos escuché a Diana murmurar—: No sería amor, si no lo hiciera.

—Su trabajo —afirmó nuevamente Frank, ahora viéndome a mí.

Fue la primera vez que veía realmente a Frank, descubrí que mi percepción de él era errónea. Frank quería bien a su hijo.

Todos voltearon a verme esperando mi reacción. ¿Qué podía decir? ¿Yo también? En efecto, yo también. Pero este no era el momento de jalar el gatillo.

—Por favor vete —Le rogué.

— ¡No, no me voy a ir! Esto es entre nosotros dos y lo vamos a resolver los dos. Yo te quiero, nunca te voy a dejar.

Debí mandar notarial sus palabras.

Lo amaba, de verdad que lo hacía, pero... todo se movió muy rápido.

—Ve, hablamos después —rogué nuevamente.

— ¿Estás segura?

Asentí conteniendo las lágrimas que imploraban por salir, las de él, brillaban sin derramarse. Dio la media vuelta y salió del palacio, rogaba desde el fondo de mi corazón, que no fuera también de mi vida.

Las siguientes horas pasaron en una nube de confusión, regaños y un profundo hueco en el corazón.

En cuanto los Gardner salieron del palacio, mis padres me mandaron a mi habitación al mismo tiempo que ellos se encerraban en el estudio. Dejé pasar unos minutos, al ver que el regaño no iba a suceder en ese momento, seguí al instinto, ¡maldito instinto, me metía en muchos problemas!

—Es muy guapa... Gracias por eso, bruja —Le reprochó Owen a mi madre.

Entre el estudio de Alex y la biblioteca había un panel que servía como un pequeño almacén cuando se construyó el palacio. Era un espacio que descubrimos mis hermanos y yo jugando a las escondidillas, era fantástico para esconderse, y para escuchar las conversaciones del estudio y la biblioteca sin ser vistos, el único inconveniente que tenía, es que si alguien bajaba por las escaleras principales eras descubierto sin remedio.

—Sabíamos que esto iba a pasar tarde que temprano —trató de mediar mi madre.

—Pues sí, pero más valía que pasara tarde y no temprano —se quejó Alex. Guardaron silencio por unos segundos, hasta que Owen finalmente dijo lo que nadie se atrevía a decir.

—La verdad es que yo esperaba que pasara antes, mis hijos se han comportado de lo más educado.

— ¡Owen!

—Es la verdad, Alex. Solo miren de quien son hijos. A su edad, nosotros ya habíamos cometido más de tres delitos. No seas ridículo y recuerda lo que es tener diecisiete años. Nadie puede controlar las hormonas a esa edad.

—Solo hay que enseñarles a tener cuidado —coincidió mi madre con Owen.

—O a no hacerlo —volvió al ataque Alex—. No voy a poder dormir en los próximos años.

— ¿Tan mal fue?

—No tienes idea Owen, me dieron ganas de sacarme los ojos en ese momento.

La carcajada de los tres bajo el nivel de estrés en mi sangre.

— ¡Que exagerado!

— ¿Exagerado? —le contestó Alex a Kaira— Fue como ver una mini tú. Incluyendo los ruidos.

— ¡Oh, diablos!

Ahora la que rio fui yo, sin querer traumaticé a Alex.

—Estoy preocupado, el problema de Kurt está empeorando. Si sigue así, dentro de poco se nos va a salir de las manos. Y Viri está siguiendo sus pasos, no en el mismo ramo, pero está siguiendo sus pasos — ¿De qué demonios hablaba Alex? — Mis esperanzas estaban con Sophie, pero con esto...

—No seas dramático, Alex —interrumpió las lamentaciones Owen—. Son adolescentes, ¿qué esperabas? ¿Partidos de ajedrez, coronas, y polvos mágicos toda la vida? Son unos chicos perfectamente normales con un poco de hormonas desbocadas, solo tenemos que...

Escuché pasos y me vi en la necesidad de salir de mi escondite y regresar a mi habitación. Si la suerte estaba de mi lado, era muy probable que solo saliera con un regaño.

La suerte no estuvo de mi lado. No salí con un regaño, salí con un boleto para el otro lado del mundo.

—Hemos decidido que te vas a Brasil por un par de meses, el intercambio es una oportunidad perfecta para que te pruebes a ti misma.

Observé a Alex con los ojos fuera de órbita. Seguro escuché mal.

— ¿A Brasil? ¿Qué hay en Brasil? —preguntó Viri por mí. En lo que era el desayuno más incómodo de la historia.

—Un equipo altamente calificado de natación. Es una oportunidad para que madure —contestó Owen sin dejar de verme.

—No la pueden mandar a Brasil. No nos pueden separar.

Era la primera vez en mucho tiempo que Kurt se refería a él y a mí como un ‘nos’. Y era cierto, ni física o emocionalmente soportábamos la distancia. Había ocasiones que la simple distancia entre un estado y otro nos producía jaqueca, no me imaginaba lo que nos esperaba si nos separábamos de polo a polo.

—A todos nos va a servir la distancia, todos tenemos que madurar. —La advertencia de Kaira fue directa para Kurt.

—Si ella se va, yo me voy con ella —Ahora la advertencia fue de Viri a mis padres.

Se escucharon bufidos, gruñidos, murmullos, pero nadie cambió de parecer, nadie se retractaba. Después de escucharlos en el estudio me convencí en aceptar la sentencia sin quejas, pero esto era demasiado.

—No puedo dejar al equipo, ni la escuela. —Ni a Luca.

—Ya todo está arreglado.

Con la sentencia de Alex todavía tenía esperanzas, siempre podía encontrar una manera de hacerlo cambiar de parecer, sin embargo, una sentencia en la voz de Kaira, era definitiva. No me quedaron esperanzas.

— ¿Me puedo retirar?

No iba a darles el gusto de verme derrotada.

—No has comido nada, Princesa.

—No tengo apetito.

Le torcí a Owen. ¿Princesa? ¿En serio?

Asintió viéndome a los ojos. Me levanté de la mesa sin darle espacio a que suavizara mi corazón.

—Salimos mañana —anunció. Su intención no era suavizar mi corazón, era romperlo, y lo logró.

— ¿Estás bien?

Desde el suelo de mi habitación vi a mi hermano, todo ojos, todo cabello, todo altura, todo perfecto.

—Yep, estoy maravillosamente hermanito.

Se removió el cabello antes de decir un escueto—: Yo... —No tenía tiempo para esto. Ya suficiente tenía con Viri que no paraba de lloriquear. Me levanté y seguí con la tarea de empacar mi vida—. Luca ha estado llamando.

—Lo sé —contesté rechazando la autocompasión. No enfrente de Kurt.

—[No pienses que puedes cambiar a un hombre](#) salvo que esté en pañales. Luca no va a cambiar de opinión, él no quiere el estilo de vida de nuestros padres —Cada palabra que salía de la boca de mi hermano me dolía por muchas razones, la mayor, porque no creía en el amor que sentía por Luca—. El hombre no es más que un controlador. No tiene palabra, ni respeto, ni... —Mi hermano paró cuando lo envolví por la cintura y recargué mi mejilla en su hombro. Su cuerpo se relajó, todo el enojo y frustración que lo venían consumiendo se evaporó. Con uno de sus brazos cubrió mis hombros y me acerco a él—. Lo siento, Sophie —Su voy temblaba con la calidez, el cariño.

Kurt me quería después de todo.

—Yo también.

Dicen que los mellizos tenemos una conexión especial. Que, aunque uno suele ser más dominante que el otro, y sus relaciones comúnmente son muy intensas, la conexión es casi mágica entre ellos. Para mí era una relación amor—odio maravillosa, cada día descubríamos algo nuevo, el material genético que compartíamos desde el comienzo de nuestras vidas nos mantenía unidos, aunque no quisiéramos. El vínculo con Kurt era algo que ni mi madre entendía. Era tan especial, que el día que yo muriera, Kurt iba a morir conmigo.

La distancia nos iba a dañar, lo sabíamos, pero nos hicimos una silenciosa promesa a no dejarnos llevar.

Kurt se llevó a Viri para que yo continuara con la tortura, cada prenda que metía en las maletas, era un paso alejándome de Luca. Entre nubes de desolación, enojo y desilusión, escuché que alguien tocaba a mi puerta.

Owen entró con la bandera blanca ondeando por todo lo alto. No pude hacer otra cosa más que sonreírle.

— ¿Cómo vas, Princesa?

Levanté un hombro con desgana como respuesta. ¿Qué podía decirle? ¿Que los odiaba por castigarme y mandarme a Brasil con sus playas, con su clima, como castigo? No podía. En el fondo sabía que lo hacían por mi bien, y el de Luca.

—Entonces qué, Api. ¿Soy una pecadora por tener sexo bajo mi propio techo? —Owen afirmó con una gran sonrisa antes de sentarse junto a las maletas en la cama.

—Todos pecamos de diferentes maneras, Princesa, pero tú te saltaste la barda.

Me senté junto a él recargándome en su hombro.

— ¿También amamos de diferentes maneras?

—Suena lógico —contestó regalándome un beso en la frente.

Ese fue el inicio de una plática entre amigos. Owen era mi padre sin lugar a dudas, me enseñó la diferencia entre lo bueno y lo malo, lo que significaba el compromiso, la lealtad, la responsabilidad, el amor por la familia. Lo que era dar sin esperar nada a cambio, con un simple beso y abrazo, Owen era feliz. Pero en este momento, era solo mi amigo. Le pliqué la historia desde el principio; mi falta de celos, mi excitación al ver a Luca con Jane, el berrinche por el rechazo, la propuesta de huida.

—No sé porque las cosas son como son, o por qué pasan las cosas que duelen. Todo lo que sé... es que van a encontrar su camino, tarde que temprano, vas a encontrar tu forma de amar,

Princesa.

Lo puse en predicamento, de mis padres, Owen era el más abierto a hablar sobre sexo. El departamento de las emociones era exclusivo de mi madre, el académico de Alex, pero si querías hablar de sexo y formas, Owen era tu hombre. Y ni él con toda su experiencia —de la cual no quería pensar mucho—, le daba una respuesta a mis preguntas.

—Estoy seguro que ahora sientes que el mundo se vino encima, pero te aseguro que no es así, Princesa. Te vas a encontrar con muchos baches, muchas tormentas, nada es seguro en esta vida, lo único definitivo es el amor que nos profesamos los unos con los otros. Si Luca es para ti, no importa la distancia ni el tiempo, él va a regresar a ti —con eso contaba—. Por lo mientras... vamos a acabar con esto porque quiero que comas algo. Necesitas estar fuerte para que acabes con todos los hombres que vas a conquistar en Brasil. Algo me dice que tu relación con los americanos no está llegando a nada, así que más vale internacionalizarse.

Con eso me decía dos cosas; La primera es que me daba carta abierta para experimentar. La segunda, que estaba de acuerdo con Alex, me iba a Brasil.

Me negué a hablar con Luca, me dolía. Ahora entendía a la abuela cuando decía: “Hay amores que duelen tanto como un océano, Sophie. Que con cada ola agita el dolor, que nunca descansa, donde sólo puedes respirar cuando baja la marea”. Ahora la entendía, porque Luca era todo un océano para mí.

¿No me quieres?

¿Por qué no contestas el teléfono?

Lo vamos a arreglar, no me dejes.

Ya me dejaste, ¿verdad?

Lo sabía.

Solo me permití leer un par de mensajes de la interminable lista. No quería, no podía contestar. Sentía los pedazos de mi corazón pulverizados y esparcidos por todo el palacio.

Por mucho que doliera, muy adentro, en el corazón, en el alma, sabía que era lo correcto. Que tenía que alejarme de Luca, que todavía no era nuestro tiempo. Es como si tuviera que buscar algo, como un vacío, como si una pieza irremplazable de mi cuerpo estuviera perdida y solo yo pudiera encontrarla, necesitaba esa pieza para estar completa.

Luca tenía que esperar, no podía correr el riesgo de entregarme incompleta, él merecía todo de mí, yo tenía todo de él.

Llegamos a Brasil dos días después de la gran escena, todavía no podía creer la facilidad con la que mis padres decidieron deshacerse de mí. Ellos eran enfermizos en cuanto al control y la seguridad, era un pequeño consuelo saber que ellos iban a sufrir igual que yo.

No quise despedirme de nadie, mucho menos de los Gardner, solo recibí a Doc para que me informara que ya se había comunicado con el equipo de Brasil.

Me dolía dejar a Doc, con él logré ser de los mejores.

—Allá vas a lograr ser la mejor... —Se despidió irritado—, sin distracciones.

No lo dijo, pero era obvio que estaba de acuerdo con mis padres en que Luca y yo no debíamos estar juntos. Y al parecer era yo la que nos apartaba de ser los mejores. Me parecía una exageración de su parte, pero así eran las cosas y me las tenía que tragar. Ya no era una niña, y tampoco una mujer, ¡así que a joderme!

No lo iba a decir, mucho menos a Alex que seguía sin dirigirme la palabra, pero muy en el fondo, me alegraba separarme de Luca; Lo amaba, lo necesitaba, y por todos los dioses ¡cómo lo deseaba! Eso no ensombrecía la pequeña angustia que se instaló en mi cabeza cuando me pidió que huyéramos. Yo no quería huir, y si pasaba más tiempo con él tarde que temprano me iba a convencer. Así que, sin mucha pelea de mi parte, empaqué las diez maletas que el equipo de seguridad estaba desembarcando bajo la supervisión de Conchita. Ese fue mi único requisito para no hacer un berrinche nuclear, si me iban a separar de Luca, Conchita se venía conmigo. Además, de esa forma le di un buen golpe en las entrañas a Kurt —mi hermanito adoraba a nuestra nana—, el golpe que le dio a Luca no iba a quedar inmune, por más mi mellizo que fuera.

Llegamos al departamento de Puerto Alegre en silencio y escurriendo en sudor. El clima era asfixiante, otra cosa a la que me tenía que acostumbrar, no sabía cómo me iba a acostumbrar a estar lejos de los Gardners, del cavernícola de Kurt. A todos los iba a extrañar, pero Viri y mis papás eran otra cosa, incluso Alex que no dejaba el entrecejo arrugado y la mirada encendida.

—Tu habitación es la máster, cariño. Vas a estar muy cómoda. —Kaira estaba entre apenada y dolida, mayormente firme. Mucho cariño, mucho Princesa, pero bien que me daba una patada en el trasero. Asentí, y con bolsa y neceser en la mano me dirigí a la habitación.

— ¡Sophie! —Mis pies dejaron de obedecer para obedecer la siguiente orden de Alex. ¡Cobardes! — Esto es por tu bien... por el bien de los dos.

En mi pecho se reunieron todas las emociones que mi cuerpo podía producir; el dolor, la frustración, el amor, incluso el odio hizo su aparición.

— ¿Me puedo retirar a mi habitación? —logré preguntar sin que se quebrara mi voz. Era más fuerte de lo que yo pensaba, en realidad tenía ganas de hacerme un ovillo en un rincón y llorar hasta quedarme seca.

Pasaron unos segundos donde no se escuchó nada, solo el errático bombeo de mi corazón queriendo salir por mis sienes.

—Sophie... Princesa... —intervino Owen.

— ¿Me puedo retirar?

Si Owen raspaba un poco la superficie de la muralla, la iba a derribar con facilidad. No podía

darles ese logro. Querían que fuera la mejor, iba a ser la mejor, pero que no me pidieran dejarlo de amar, porque no lo iba a hacer.

Con un suspiro mi madre contestó—: Sí, cariño. Ve.

Me encerré en la enorme habitación sintiendo que mi mundo se desplomaba. Ni hermanos, ni padres, ni Luca. Nada.

Aferrada a la inconsciencia escuché que tocaban la puerta.

—Sophie... Sophie... —murmuró Conchita.

—Pasa, nana.

Conchita abrió la puerta, en cuanto me vio corrió a mi lado.

— ¡Ay, mi niña! —Me abrazó y un par de lágrimas aparecieron. Mi facha debía ser desastrosa, con los ojos hinchados y el cabello crispado por la humedad, al parecer lo mismo jodía pasar la tarde llorando, que resistirte a las lágrimas—. No llores, mi niña. Ya verás que se te pasa rápido.

Entre hipidos asentí, no me quedaba otra opción. Esto me estaba afectando más de lo que yo pensé, todavía no lograba reponerme del abrazo de mi hermana en el aeropuerto, ni de la cara de Kurt deseándome buena suerte.

—Date un baño rápido, los señores te esperan para ir a la nueva villa. Nos van a presentar al nuevo equipo. Yo voy a quedar como responsable... No me lo vas a poner difícil, ¿verdad? Acuérdate que a mí no me da miedo usar la chancla.

Me reí de las ocurrencias de mi nana. Ella era incapaz de alzarnos la mano, a menos que quisiera que se la cortaran. Porque junto a Conchita, se quedaban dos hombres de seguridad, más una asistente para Conchita. Y no me quedaba la menor duda que los de seguridad tenían luz verde para tirar a matar.

Después de una ducha de cinco minutos, salí de mi habitación para enfrentarme a mis inquisidores. Mis padres no habían perdido el tiempo, ya tenían todo bajo su ala; Probaban las cámaras de seguridad del departamento en sus teléfonos, ordenaban al personal para la instalación de los servicios. En realidad, no me podía quejar, me dejaban instalada en un departamento de lujo —un poco pequeño considerando el tamaño del palacio—, contaba con tres habitaciones, un balcón parecido al del penthouse de Chicago con una impresionante vista, lo mejor fue la hamaca, las hamacas me traían buenos recuerdos... ¡Uy! Tenía que acordarme de no pensar en eso, una sonrisa libidinosa lleno mi cabeza, tal vez mis padres me podían separar de él, pero me quedaban los recuerdos, y tenía muchos; En el baño, recargada en la cocina, di una vuelta sobre mi eje buscando alguna superficie donde Luca no me hubiera tomado, todo me recordaba a él, a su cuerpo dentro del mío. Un calor casi insoportable entró por mi entrepierna.

Salí al balcón mientras terminaban de ordenar y me vi de frente con un gran dilema, ¿cómo diablos iba a satisfacer la necesidad de mi cuerpo?

Mis padres hablaban con el equipo mientras yo observaba el entrenamiento. Vi mínimo tres cuerpos que bien podían satisfacer el cosquilleo de mi vientre.

—Recuerda que los chicos de seguridad están bajo tu servicio. A Dwing lo reclutó Charly... —El hombre de confianza de mis padres—, pero Han fue recomendación de Tony —La sombra de mi madre—. Cualquier cosa que necesites, con él. Él tiene acceso directo conmigo. —Kaira dirigió la vista a los cuerpos que resbalaban en el agua, porque no nadaban, resbalaban por la indecorosa agua acariciando sus músculos—. Quiero que te concentres, Princesa. No que tomes votos de castidad. Tienes todo el derecho de jugar... solo cuídate.

—No entiendo, Ami. Si puedo jugar, ¿por qué me trajeron al otro lado del mundo? ¿Por qué no puedo jugar con Luca? —exigí más que preguntar. Kaira hizo una mueca que no llegó a los ojos.

—Porque Luca es peligroso —di un paso alejándome de ella. Luca podía ser muchas cosas, peligroso no era una de ellas, si alguno de los dos era peligroso, era yo. Yo era la que no medía consecuencias—. Escucha... —Kaira no tuvo tiempo de explicarse, la presencia de Alex y Owen se interpuso entre sus palabras.

—Ya están listos para ti. Vamos —ordenó Alex. Pasé entre él y Kaira para tomar la mano de Owen. Mi Api se burló de Alex mientras caminaba junto a mí. En ese momento era al único que soportaba de mis padres.

—Como parte del programa de intercambio entre el equipo americano y el nuestro, le vamos a dar la bienvenida a Sophie Northman—Carter Jones. La señorita Northman—Cart...

—Jones —interrumpí al entrenador. El entrenador guió su vista hacia mis padres que dieron su autorización con un asentimiento de cabeza.

Lo que menos necesitaba es que mis nuevos compañeros se vieran intimidados por la fuerza de mis apellidos, ya era suficiente con la apatía con la que me veían por imponer la presencia de la americanita.

El entrenador carraspeó y siguió con su discurso—: La señorita Jones ha dado su compromiso verbal para agradecer en sus próximos logros a este equipo... —volteé a ver a Alex que veía hacia enfrente sin parpadear. ¡¿Cómo se atrevía a hablar en mi nombre?! — Jones es una de las mejores nadadoras de media y larga distancia, ha roto varios récords del equipo americano en su carrera. Doc Craig y yo creemos que será una gran adición a nuestro equipo.

Ninguno de mis nuevos compañeros se veía impresionado, ‘Fría’ sería una palabra adecuada para describir su actitud. Y tenían toda la razón en serlos, en realidad, yo era la competencia.

—Sophie ha mejorado constantemente cada año y tiene la ética de trabajo y la actitud de contribuir en una manera deportiva. Vamos a seguir su ejemplo —intentó convencerlos la que parecía ser la asistente del entrenador principal—. Sus mejores eventos son cien y doscientos metros estilo libre, y está cerca de entrar en el top cinco de los tiempos de esta temporada.

Levanté la barbilla con un suspiro, algo me decía que las cosas no iban a ser fáciles con mis compañeros... hasta que humedecí mis labios. Algo paso cuando dejé ver mi lengua, porque un par de ojos dejaron de verme con frialdad y me vieron con hambre. Un chico con cara de angelito tostado me regalo un casi imperceptible guiño, sonreí y ya no fueron un par de ojos, sino varios.

— ¿Quieres decir algo, Sophie? —La que suponía era la asistente del entrenador me preguntó. Levanté mi mano y la moví de un lado al otro una sola vez.

—Oi —saludé en su idioma. Afortunadamente para mí, contaba con una abuela que prefería hablar en portugués que en cualquiera otra lengua.

—Muy bien... —se burló el entrenador—. ¿Algún voluntario para ser su compañera de entrenamiento?

Todas las manos masculinas se levantaron. Volteé a ver a Alex y le sonreí, él creía que me había castigado y el castigado resultó ser él. Porque aparte de que no iba a dejar de querer a Luca, iba a jugar con todo el equipo brasileño, por algo me llamaba Sophie Northman—Carter Jones.

En Brasil aprendí el significado de ‘renovarse o morir’. Mi plan de jugar, de internacionalizarme con un poco de carne brasileña, quedo en eso, en plan. Desde el día uno mi rutina se enfocó plenamente en entrenar. La alarma sonaba a las cinco menos diez de la mañana, daba una pasada rápida al baño, en la puerta ya estaba mi mochila con todo lo que pudiera necesitar, al salir del elevador me esperaba Solo —alias Dwing, ya tenía a Han, solo me faltaba Solo para tener mi propio capitán rebelde—, un “buenos días”, bastante escueto por las dos partes, un camino silencioso, sin música, sin conversación, estacionaban y me acompañaban hasta las puertas del centro acuático. Mientras Han revisaba la seguridad del lugar, Solo me acompañaba a los vestidores, me preparaba para entrar al agua y cuando lo hacía, ¡era la mujer más feliz del planeta! Mi cuerpo ya estaba acostumbrado a esa rutina desde hacía años, lo único que cambió es que mi familia no estaba; No tenía revoloteando a mi hermana en el vestidor, Kurt no molestaba en cada respiro, mis padres... ¿A quién quería engañar? Por supuesto que los extrañaba... y mucho.

Entrenar consumió mi vida; Nueve sesiones para practicar a la semana, de dos a tres horas cada práctica, sesiones de pesas los lunes, miércoles y viernes, todo esto antes de que el sol saliera por completo. Después eran seis horas de ‘escuela’, otras dos horas de entrenamiento antes de cenar, y tres horas antes de dormir para hacer tareas. “¿Y lo divertido?”, me preguntó un día mi hermana.

Todavía no lo encontraba.

Me volví una experta en manejar mis tiempos. En teoría era una estudiante antes que una atleta, la realidad era que mi carrera era ser atleta. Mi evento se volvió doscientos metros libres, rompí récord tres veces en seis meses, de algo estaba sirviendo la distancia. También formé parte de los relevos en doscientos y cuatrocientos libres, las brasileñas aparte de divertidas, eran súper cooperativas. A diferencia de lo que pensé la primera vez que las vi, resulto que eran de mente muy abierta, muy como yo. Muchas veces intentaron, sin lograrlo, enseñarme a bailar samba, ¡cómo me divertí! Obviamente mi portugués se perfecciono, ahora podía decir que manejaba tres idiomas sin problema.

Disfrutaba de la comida, el compañerismo, no le di lata ni una sola vez a Conchita, y después de que Han y Solo me rescataran de una situación bastante incomoda con un chico que insistía en intercambiar cultura corporal conmigo sin que mis padres se enteraran, decidí que Han y Solo eran el capitán perfecto de mí Halcón Milenario.

La distancia me funciona a mí, no fue lo mismo con mis hermanos. Viri desapareció del palacio un par de días, casi se vuelven locos mis padres, regresó por su propio pie arrepentidísima, el mismo día que regresó, le mandaron poner un chip, era la única de los tres que lo tenía. Me dolió perderme esa ‘huida’.

Y Kurt, Kurt estaba fuera de control. Mis padres tenían esperanzas de que su actitud cambiara a mi regreso.

Se acercaban los nacionales, la puerta antes de las olimpiadas. Alrededor del mundo la gente que competía hacia justamente lo mismo que yo, si quieres mejorar tus números, la única opción era entrenar.

Yo tenía la ventaja de la altura, tenía años de haber rebasado a la gran mayoría de mujeres que conocía, media 1,82 y pesaba 57 kilos de puro musculo, en mi cuerpo no encontrabas un solo gramo de grasa. Me volví más fuerte, más ligera, más rápida de lo que ya era.

— ¿Cómo se siente el cuerpo? —preguntó Pian, mi nuevo entrenador.

Regresar a territorio americano para el campeonato nacional requería de un nuevo entrenador, de ninguna manera iba a regresar con Doc. Luca sintió la misma necesidad de abandonar al entrenador que nos dio la bienvenida al mundo profesional, pero que nos cerró la posibilidad de estar juntos. Un par de meses después de que mi exilio en Brasil se concretara, Luca renunció a los conocimientos de Doc. Según mi hermana, no le perdono que arreglara todo para que me recibieran en otro equipo. A decir verdad, yo tampoco. Siempre iba a estar agradecida con él, pero separarme de Luca ha sido lo más tormentoso que he sentido, un corazón roto no perdona.

Solo bastaron siete meses fuera de distracciones para que me convirtiera en el número seis del país, y una de las más jóvenes de sexo femenino para ser seleccionada para el equipo americano. Con mi foco en estilo libre, llegó el momento de demostrar mi valía en el campeonato nacional donde iba a disputar seis eventos. Mi plan era ganar cuatro oros individuales, y dos en equipo. Y por supuesto, romper todos mis registros en el proceso.

—Mejor que ayer —contesté estirando los músculos.

Tenía un par de días encerrada con él en la piscina del palacio, esa misma tarde salíamos para Miami, y necesitábamos compenetrarnos. Finalmente él era el que me iba a llevar de la mano al mundial y después a los olímpicos, era esencial que tuviéramos una buena relación.

— ¿Ya se recuperó del fin de semana?

—Por supuesto —recalqué. Mis padres organizaron una cena para celebrar mi regreso, “solo los amigos más cercanos”, insistieron cuando me resistí. Todos los Gardner se presentaron —al parecer, el incómodo episodio que produjo mi partida no afectó la amistad—, todos, menos el realmente importante, ese ya estaba en Miami con su equipo. Intenté enfocarme en lo que trabajé los últimos meses con tanto ahínco y me olvidé de Luca.

Ahora lo importante era la calificación y listo. ¡Roma, allá voy! Era un excitante sentimiento el saber que podía ser la primera, aunque al mismo tiempo solo quería nadar lo más rápido que pudiera. Y si eso no era suficiente, con el hecho de que fuera suficiente para mí, con eso bastaba, eso era lo que verdaderamente importaba.

Ya cambiada no pude evitar mirar el monitor. Hice lo posible para no toparme con él. Tenía la esperanza de enfocarme en los eventos, y no en la excitación que danzaba por mis venas al saber que estaba cerca. Se le veía más alto, más delgado, pero siempre con ese indiscutible fuego en los ojos que lo diferenciaba de los demás. Era un fuego animal imposible de obviar, tan concentrado, tan denso.

Quería correr a sus brazos, perderme en ellos, que me cargara como un troglodita sobre su hombro, me llevara a la cueva más oscura, e hiciera inexplicables cosas conmigo.

En vez de hacer lo que mi cuerpo, cabeza y alma deseaban, admiré una carrera sin fallas que duro el admirable tiempo de 46:99.07 segundos. Mejor, imposible.

— ¿Lista? —preguntó Pian en la entrada del área de la piscina, esperaba junto a mí a que en el altoparlante anunciaran mi nombre.

Asentí sin realmente verlo. Escuchaba ‘I want it all’, realmente fuerte, a duras penas se escuchaban mis neuronas entre sí.

Anunciaron mi nombre, saludé al público, limpié la plataforma con la toalla, ajusté nuevamente goggles y gorra, escuché: “tomen sus marcas”, subí a la plataforma, tomé posición de salida, relajé los músculos de la parte alta de mi cuerpo, fijé la mirada en el agua, y el mundo desapareció. Nada se escuchaba, nada, solo el palpitar de mi corazón.

En mi cuerpo inició la sensación un tanto rara que sentía al competir, era la adrenalina que hace que uno no sienta dolor, se controlen los nervios y solo se piense en ganar.

Incluso el constante golpeteo desapareció cuando sonó el balazo de salida. Ya todo fue concentración, una perfecta sincronización entre cuerpo y mente; nadar rápido, ver de vez en cuando la ubicado de mis rivales, respirar, exhalar. Cuando toqué la placa de contacto en mis primeros cien metros era la única dando la vuelta de campana, luché con la adrenalina al tope para controlar mi respiración. A diferencia de otras ocasiones, supe como racionarla. Cada brazada, cada patada, cada respiración bilateral era perfecta. Llegaba el momento del cierre y la adrenalina aumentó, terminé la última vuelta de campana y la dejé libre, que corriera ¡que nadara! Quince metros, diez metros, cinco jodidos metros y yo no llegaba. Estoy segura que en los últimos cincuenta centímetros crecí otro cacho, alargué mi cuerpo tanto como me fue posible, toqué, volteé al tablero de puntuación y leí:

LN	PL	Name	Time
4	1	Sophie Northman—Carter Jones	1:52.61 WR

¡Nuevo récord mundial! ¡¡¡Rompí un jodido record mundial!!! Ahora sí, con esto mi corazón dejaba de funcionar.

Una cámara se instaló en mi cara mientras yo empuñaba al aire, me unía al grito de mi familia, y salpicaba como loca rumbo a las escaleras para salir de la piscina. Mi hermana saltaba más que yo, Kurt me agarró en el aire y no me bajo hasta que me dio varias vueltas. Kaira lagrimeaba con las manos pegadas a la boca, Alex la abrazaba temblando, fue Owen el que me abrazo gritando como

poseo—: ¡Acabas de hacer historia, Sophie! ¡Oh, mierda, mi hija acaba de hacer historia!

Todo en frente de las cámaras de televisión. Un clásico show Northman—Carter Jones.

Yo seguía con la adrenalina a tope cuando fui arrastrada a los vestidores por Pian.

—El poder contra el poder —dijo volteando a ver a mis compañeras de evento.

El poder contra el poder; una expresión usada para nombrar el despliegue de poder en su más pura expresión cuando nos medimos unos contra otros. Dulce, cuando tu poder resulta ser el mayor. Es una ancestral lucha del humano contra el humano, mis músculos contra los tuyos, mi fuerza contra la tuya, mi espíritu contra el tuyo, básico para saber, quién es mejor.

Ahora podía llenarme la boca y decir: ¡Gané!

El extenuante entrenamiento, la distancia, el extrañar, la soledad, sangre, sudor y lágrimas derramadas, todo valió la pena por esta sensación. Estaba a punto de desfallecer, pero no lo sentía, no lo percibía, sólo degustaba el dulce sabor de la victoria.

Casi logré pasar la sensación de la victoria sin complicaciones, hasta que mi mirada se topó con el color oro añejo de sus ojos. Me miraba con la misma intensidad con la que yo lo veía, finalmente paso, de la nada dos brazos me levantaron y me llevaron hasta su boca, solo existía su boca, sus labios, su lengua, su sabor.

— Oh, Dioses, ¡cómo te extrañe!

Mis manos se peleaban con su cabello para acercarlo más a mí mientras las suyas me atraían más a su cuerpo. Mis piernas enroscadas en su cintura se trabaron, se unieron para no dejarlo escapar.

— ¡Sophie!

— ¡Luca!

Se escuchó al mismo tiempo rompiendo la burbuja que acabábamos de crear.

Una pequeña sonrisa jugaba en sus maravillosos labios cuando separé los míos de los de él.

—No más que yo, Princesa. Ten por seguro que nadie te extraña más que yo. ¡Estoy tan orgulloso! ¡Eres tan fuerte!

El tiempo, la distancia, el dolor, todo desapareció. Fue como si nos hubiéramos visto un día antes. Eso pasa cuando quieres desde el fondo de tu ser, nada puede cambiar lo que sientes.

Mis piernas seguían enroscadas a su cintura sin quererse destrabar cuando se volvió a escuchar—: ¡Sophie!

Si Pian seguía gritando así, seguro se quedaba sin voz antes de que yo me desenroscara de mi tiburón.

Fue hasta el siguiente—: ¡Luca! —Que mis piernas lo liberaron.

— ¿Jane? —pregunté solo para verificar que mi sentido del oído no estuviera fallando, ya que en ningún momento mi mirada se alejó de la suya como para legitimar la presencia de la siempre omnipresente Jane. Con pesar vi cuando el dorado se hastió, y me aseguraba que, en efecto, Jane seguía en escena. ¿En serio? — Sabes Luca, sé que tienes una lista casi ridícula de atributos, el único defecto de esa lista es tu tolerancia a esa mujer. Yo na podría tenerla cerca.

Sin soltarme de los brazos, aseguró—: Ya no somos novios, ya solo somos amigos.

Mi pobre tiburoncín, que equivocado estaba.

—No, Luca, no estoy celosa. Yo sé que este corazón es mío —aseguré palmeando su pecho—. Solo que yo no tengo la misma resistencia a las alimañas.

Di la media vuelta para dirigirme a donde se encontraba un agobiado Pian, pobre, no sabía que yo solo le obedecía a una sola persona, a mí misma.

Entre sueños escuché un: “Princesa”, después un: “Sophie”, pero fue la enorme mano de Kurt en mi boca la que me despertó.

— ¿Qué haces?! —Le reclamé cuando pasó la ráfaga de adrenalina, ¿cómo se le ocurría despertarme así?

—Vamos —ordenó sin importarle el susto que me acababa de meter. Detrás de él, Viri vigilaba la puerta, el susto pasó cuando me di cuenta de sus intenciones, ahora solo sentía excitación por salir de ahí.

Mi súper reloj marcaba las cinco y veinticinco, treinta y cinco minutos de sueño no iba a ser una diferencia en mi rendimiento, sobre todo porque me fui a la cama a las nueve de la noche, algo que seguramente Kurt ya sabía. Sin cuestionar nada me levanté, pasé rápidamente al baño y en menos de siete minutos ya estaba lista para la pequeña fuga.

— ¿A dónde vamos?

Ya se visualizaba el estacionamiento cuando Kurt susurró—: A dar una vuelta.

Brinqué cuando vi las negras intenciones de mi hermano. El nuevo Bugatti Veyron Super Sport convertible de Alex nos esperaba con los brazos abiertos, o las puertas en este caso, según la placa NCJ008 daba cuenta que era el octavo auto de la familia. Mis padres no eran de invertir en autos, de hecho, Owen les tenía cierto recelo, probablemente por el accidente sin importancia que tuvimos Kurt y yo cuando niños. Fue una sorpresa cuando Alex nos presentó su nueva adquisición, a él si le gustaba la velocidad, también tenía una Ducati que en pocas ocasiones usaba, pero si estaba solo y Owen no nos veía, la usaba para darnos una vuelta. Aunque el Veyron era auto prohibido para nosotros.

—Es demasiado rápido y ustedes no saben lo que son los límites —Nos sermoneó antes de salir de Chicago para que no lo pidiéramos.

O la advertencia no tenía validez para su hijo preferido, o Kurt lo tomó sin avisar, en realidad no importaba cuando veías las elegantes líneas, el poder de la carrocería, el olor de la potencia.

—Te toca ir atrás. —Me avisó Viri.

Era cierto que insistía en entrenar y exigía que me trataran como a cualquier atleta, pero no podía negar que mis apellidos me daban ciertas concesiones, como mi estancia en un dormitorio privado. El dormitorio tenía estacionamiento y salida separada de la villa, a esa hora la seguridad era mínima, aun así, si alguien me veía, podía crear muchos problemas. Los atletas teníamos prohibido salir de las instalaciones, sobre todo en un día de competencia. Sin embargo, el día anterior rompí un récord mundial, ¡eso había que festejarlo!

Me recosté sobre el minúsculo asiento trasero y cubrí mi cuerpo con la frazada que ya estaba preparada para nuestra fuga, no se podía decir que los NCJ fuéramos descuidados. El ronroneo del Veyron fue suave como poderoso. Escuché a Kurt intercambiar un par de palabras con él vigilante de la puerta y el vigoroso rugir de la maquinaria cuando Kurt le dio potencia.

Salí de mi escondite con una enorme sonrisa, Kurt bajo el capote, Viri prendió el audio y con Cher cantando ‘Believe’ a todo pulmón dejé que la cálida brisa terminara de despertar mis sentidos. Viri y yo reíamos como posesas mientras el Veyron tomaba más velocidad y Kurt cantaba junto con

Cher, estaba prohibido que lo mencionamos, pero mi hermano estaba enamorado de Cher desde niño, era su primer amor. Tenía toda su colección y si querías calmar su histeria, solo tenías que poner a Cher a cantarle al oído.

El camino vacío se abrió a nuestro paso hasta que llegamos al mirador de Atlantic Beach. Mis hermanos me conocían bien, intercambiando sólo las palabras necesarias dejaron que disfrutara el despertar de un nuevo día. Ese color que me encantaba, el que se produce cuando el día lucha con la noche para que le ceda el paso surgió en lo más infinito del océano. Exactamente a las seis y doce respiré, sentí, me llené de la energía de la púrpura granate que me daba los buenos días y me deseaba buena suerte para la competencia de ese día.

En un impulso inconsciente abracé a mi hermano, él me abrazó a mí y como pocas veces, se abrió—: Eres la mejor, estoy muy orgulloso.

No necesitaba que dijera más palabras, yo sabía lo que él sentía, yo también lo quería. Y ahora que lo tenía a la mano, no me iba a separar de él.

Viri se enroscó en mi brazo y recargó su cabeza en mi hombro, le di un beso en la cabeza, y sin más palabras observamos como el sol le ganaba a la luna e iniciaba un nuevo día. El día que iba a cambiar mi vida.

Después de unos minutos Kurt rompió el hechizo.

—Es hora, vámonos.

Contesté estirando la mano pidiendo las llaves del auto. Ese día tenía que iniciarlo con un poderoso Veyron entre mis manos. Kurt soltó las llaves a regañadientes, pero vamos, ese era mi día.

Cuando las llaves tocaron la palma de mi mano brinqué, Viri subió a la parte trasera con una risilla y Kurt refunfuñaba mientras se acomodaba en el asiento del copiloto.

—Ten cuidado con el acelerador, es muy sensible —me advirtió.

—Sí, papá.

Hizo un gesto de fastidio que calme con un poco de Cher.

Lo único que podía escuchar era el golpeteo de mi corazón, podía sentir la sangre corriendo por mis venas huyendo con miedo. Dentro de la ambulancia los dos paramédicos trabajaban orquestados, no errores, sólo hechos, y un hecho inconfundible, es que no sentía nada abajo del ombligo. Por los cristales de las puertas vi las luces de las dos ambulancias siguiendo nuestro camino. Mis hermanos...

La ambulancia se detuvo antes de que fuera realmente consciente de lo que estaba pasando. Había mucho silencio, máquinas trabajando, personas haciendo preguntas, pero todo estaba lejos, en blanco; las paredes eran blancas, la ropa era blanca, mi mente estaba en blanco.

Mientras trabajaban en mi cuerpo giré mi cabeza con esfuerzo hacia la derecha, un reflejo de mi sistema cuando necesitaba aire, el collarín impidió que me moviera con libertad, sin embargo, alcancé a ver colgado en la pared un pizarrón con mi nombre, números, y un círculo color púrpura. Mi color.

— ¿Qué significa eso? —murmuré. Mi boca se sentía seca, añosa.

— ¿Qué dices? —preguntó un hombre de unos veinte pocos, rubio, de ojos muy claros.

— ¿Qué significa ese color?

Volteó a ver el pizarrón, buscó mi mano y mirándome directo a los ojos, mintió—: Qué vas a estar bien.

El camino, la velocidad, el sol brillando entre mis ojos, mi hermana sin cinturón de seguridad, Kurt regañándola. Un estruendo. Un Zumbido.

Abrir los pesados párpados costo toda mi fuerza. Me sentía cansada, mareada, apagada.

— ¿Cómo te sientes? —susurró Kaira acariciando mi cabello.

—Viri... Viri no traía... cinturón —logré decir. Necesitaba tomar agua con urgencia.

—Viri está bien.

La voz de mi madre se quebró. Mis ojos volvieron a cerrarse temerosos de saber la verdad. Me resistía a pensar en las posibilidades, en la posibilidad de haber matado a mi hermana, a mi hermano.

—Sophie, abre los ojos princesa —con trabajo obedecí—. Tus hermanos están bien —afirmó más convincente mi madre—. Sé que te sientes mal, pero... odio hacer esto, pero... —Apreté la mano de mi Ami para infundirle valor. La pobre tenía los ojos de un rojo muy intenso—. Luca está afuera, está haciendo un escándalo. Necesito que te deshagas de él para poder movernos.

Por primera vez volví a sentir mi cara, los adormilados músculos se contrajeron para poder sonreír.

Ya no vi salir a mi madre, mis párpados pesaban, mi cabeza pesaba, el cuerpo entero pesaba. Solo volví a abrir los párpados al escuchar sus pasos. No sabía cuál era mi aspecto, pero si era tan malo como el de él, estaba muy jodida. Tomó mi mano con firmeza, sentí su poder a través de los dedos, de la piel caliente. Ya que me tuvo sostenida, sentí cómo temblaba. Subí la mirada y vi cómo se cuarteaba mi muro de contención, sus labios, sus párpados, él temblaba.

—No —ordené. Inmediatamente absorbió todo el aire de la habitación. Y volvió a ser él.

—Gana por mí —susurré.

— ¿Qué?

—Gana por mí. —Apretó mi mano todavía más, no iba a ver poder humano que separará su mano de la mía—. Luca —esperé a que sus labios rozaran los míos para suplicar—: Gana por mí.

El suspiro de frustración fue doloroso, le estaba pidiendo que me dejará ir, que se concentrara en él. Algo imposible. Si la situación fuera a la inversa, era impensable que siquiera considerara dejarlo.

—Por favor...

—Te odio —gruñó con frustración.

Fui perdiendo la batalla contra la conciencia, cerré los ojos, volví a lo blanco, pero muy a lo lejos, muy en el fondo, alcancé a sentir sus labios.

El verdadero amor no es otra cosa que el deseo inevitable de ayudar al otro para que sea quien quiere ser. Luca quería ser el mejor, y yo lo amaba.

Medio inconsciente, en un estado permanente de vértigo y somnolencia, escuché al personal del hospital decir que los buitres, es decir, la prensa, ya tenía rodeado el hospital. Querían sangre fresca, alguna noticia para exprimir en los noticieros. Mis padres y el personal de seguridad mantuvieron una vigilancia extrema a mi alrededor, con la tecnología de estos días era cosa de niños sacar una foto o tomar un video que mostrara mi deplorable estado, y el estado al que llevé a mis hermanos.

No tuve una conciencia real de cómo pasaron los siguientes días, solo alcancé a percibir que fuimos transportados por aire directo al aeropuerto Internacional de Miami donde ya nos esperaba un avión médico privado para llevarnos a Chicago. Luego de tres horas y cinco minutos, otro vuelo en helicóptero nos llevó finalmente al hospital Northwester Memorial, donde tres días después dieron de alta a mis hermanos y pasé por tres operaciones antes de alcanzarlos en casa seis semanas después, seis semanas que parecieron seis años.

Fue un huracán de emociones cuando finalmente pude ver las noticias, el departamento de prensa del Grupo Carter era experto en retorcer la información; Según ellos, yo era la responsable de que mis hermanos estuvieran vivos y salieran de un accidente que pudo ser fatal, con solo un par de heridas sin importancia. Que preferí arriesgar mi vida y mi carrera por ellos. Que gracias a mis perfectos reflejos di un volantazo a la derecha en el último segundo esquivando un golpe frontal con el camión de carga que venía a exceso de velocidad.

¿Qué tan cierta era esa información? Nunca se iba a saber a ciencia cierta. En efecto, el camión venía a exceso de velocidad, el chófer tenía más de doce horas manejando, cansado, con urgencia de llegar a casa, sabiendo el camino de memoria y confiado en que a esas horas de la mañana no había obstáculos en su camino, no tuvo reparos en apretar el acelerador. Esa era su culpa.

Nunca contó con mi súper ego, ese con el que despertaba todas las mañanas y me impulsaba a romper mis propios récords, ese que creía que nunca nada malo le iba a pasar, que toda su vida iba a ser perfecta porque tenía todo y más. Ese ego es el que nos hizo esquivar la seguridad y tomar 'prestado' un automóvil que debería estar prohibido para menores de treinta años, el que a sabiendas que teníamos el sol de frente no hizo que bajara la velocidad, que, sin conocer el camino, creyera que no había camino que se le interpusiera.

Teníamos todos los elementos para acabar muertos, lo único que nos salvó, fueron esos malditos ejercicios de salida con los que Doc me torturó durante años, esos hicieron que mis reflejos fueran impecables tanto como para no perder preciados segundos en una competencia, como para evitar un choque frontal.

Al contrario de lo que la prensa presumía, mis padres no acabaron con el chófer. El hombre salió con solo una multa por exceso de velocidad. Mis padres terminaron agradeciéndole, él fue el que llamó a la ambulancia, el que auxilió a mis hermanos para salir del auto, y el que tuvo la pericia de estabilizar mi cuello y espalda. Gracias a él, es que no acabé en una silla de ruedas por el resto de mis días. Pudo huir como muchos, pero se quedó para afrontar su culpa como pocos. Mis padres eran incapaces de terminar con la vida de alguien así.

Dos discos rotos y una pierna rota en tres diferentes lugares fueron el motivo por el cual mi carrera se acabó. No importaba que contara con los mejores doctores, ni con la mejor tecnología, ni con las mejores terapias, nada iba a lograr que regresara a ser lo que era, lo que pude haber sido.

El perdón es una acción muy poderosa, muy difícil de dar, de a hacer.

Ya tenía un par de días en el palacio y Kurt no daba señales de vida, Viri incluso fue a verme cuando todavía estaba en el hospital, bromeamos entre sollozos lo condenadamente afortunados que éramos por no acabar muertos y fritos entre las llamas del infierno por el susto que les metimos a nuestros padres.

—Fue un segundo antes, Sophie. Te juro que, si no fuera por lo pesado que se pone Kurt, no me abrocho el cinturón.

—Pues bien, por su pesadez —alabé a mi ausente hermano justo antes de abrazar a mi hada por millonésima vez.

Todavía no podía creer que solo saliera con raspones, magulladuras y huesos adoloridos, ni siquiera se rompió una uña. Kurt no fue tan afortunado, una fractura bilateral en la cara y un esguince en la muñeca que ya estaba controlado. Al parecer el que absorbió la fuerza del golpe fue mi adolorido cuerpecito, todo me dolía.

Y de Kurt, nada. El ser que me acompañó desde que se logró la fertilización de un par de gametos en el vientre de mi madre, mi otro yo, se escondió en su habitación atrás de sus libros, solo Alex lograba que se abriera un poco. Ni siquiera la magia de Kaira logró que Kurt me visitara.

—Se siente culpable, princesa. Vamos a darle un poco de tiempo.

Tiempo... Yo tenía todo el tiempo del mundo atrapada en la maldita cama, usando como sabanas el dolor y la culpa.

—Cariño, sé que esto es duro, pero con la terapia vas a volver a ser como antes.

¡Mentirosa! Kaira era una mentirosa. Mis lágrimas recorrían mi sien sin descanso.

—No puedo vivir así, Ami

Kaira estaba desecha, yo estaba desecha.

—Sé qué duele, pero necesito revisarte. Empuja.

—No... Por favor, Api... No... —El dolor era seco, frío, sin clemencia. Me dolía el simple hecho de rodar sobre mi cuerpo. Solo había pasado por tres operaciones, pero se sentían como tres mil—. Princesa, necesito revisar la herida. Hay que limpiarla, se te va infectar si no pones de tu parte. El doctor dijo que necesitas moverte, ¡muévete!

—No, Api... por favor —empecé a sollozar y a frustrar a Owen también, ya había acabado con un par de enfermeras, con mi madre, con Alex que, aunque se proclamaba como el fuerte de los tres, fue el primero en aceptar mi negativa a moverme.

—Owen...

—No, ¡Alex! —Owen no iba a ser tan sencillo de convencer—. Escucha, princesa. Sé que estás deprimida, que estás enojada, que te sientes mierda... Lo sé, te juro que lo sé —a través de mis lágrimas logré ver el sufrimiento de mis padres—, pero, o te mueves, o te muevo. Va a doler menos si pones de tu parte.

—¿Quieres más medicina para el dolor? —preguntó Alex ya con pastillas en la mano.

Negué limpiando mis lágrimas con el dorso de mi mano. Si empezaba a tomar pastillas, existía la posibilidad de que nunca parara, tomaba lo mínimo, un mal hábito que me enseñó Doc, “nada de pastillas”, decretaba cada vez que alguien del equipo se engripaba. El dolor que sentía por la ruptura del cuarto y quinto disco de mi espalda no era una gripe, aunque solo por poco...

—No, pá... —tragué un poco de aire buscando un mucho de valor.

Temía al dolor a moverme, a no moverme. Finalmente volteé a ver a Kaira, y me envalentoné. Si no me movía, mi madre se iba a volver loca, nunca llevó bien el que sus hijos se enfermaran. Si me tenía que ver postrada en una cama, iba a perder la cordura.

— ¿Me ayudan? —Alex metió una mano bajo mi hombro izquierdo y otra a la altura de mi cadera. Owen sujetó mi antebrazo izquierdo y me dio valor.

—Tu puedes, princesa. Tu nos dices...

Hice uno de los ejercicios de respiración que también me sabía, nada mejor para olvidar el dolor cuando tus músculos queman por el ejercicio, solo que ahora no solo dolían los músculos, también dolían los huesos, los nervios, incluso las pestañas dolían. Con una final inhalación, chillé—: ¡Ahora! —Alex empujó, Owen jaló, y yo me deshice de dolor.

El grito que salió de mi espalda fue certero, directo a mis entrañas. Y todo para girarme y limpiar la herida, no quería imaginarme cuando tuviera que levantarme.

‘Sé fuerte’, fue el lema que me iba a acompañar durante los siguientes meses.

Fue hasta que las lágrimas dejaron de nublar mi visión que advertí la presencia de Kurt en la habitación. Tenía impreso en su semblante el suplicio que yo estaba sintiendo, no había manera de describir el dolor que transmitían sus ojos tan iguales a los míos.

No se acercó, dejó que mis padres trabajaran con mis heridas, que dormitara para poder dominar la pequeña tortura.

—Tiene que descansar, no discutan —le advirtió Kaira antes de salir y dejarnos solos finalmente. Los pasos firmes fueron temerosos al acercarse, su toque al limpiar una de mis lágrimas lo fue más.

—Quiero que sepas que lo siento mucho... realmente lo siento.

Mi hermano estaba intoxicado. Mis padres estaban tan ocupados conmigo, que no lo veían, yo sí, yo lo podía sentir.

—Estás drogado —aseguré con un gruñido. Era lo único que me faltaba, que el imbécil perdiera el control.

Kurt no dijo otra palabra, con un dedo acarició mi mano antes de que yo la retirara. Salió de mi habitación y no lo volví a ver por semanas.

Perdonar brinda felicidad a quien lo pide, aunque sanar, curar el alma, solo se puede cuando se perdona a uno mismo.

Kurt y yo, teníamos el alma herida.

Luca acabó la temporada de competencias triunfando por todo lo alto, ahora venía la de gira. Un tiempo que me ayudó a seguirlo a larga distancia sin tener que enfrentarme a él directamente. Fue un golpe bajo cuando se presentó en casa sin anunciarse primero. Mi rutina cambió drásticamente, ahora solo deseaba estar en cama. Me oponía a aceptar que estaba deprimida, pero lo estaba. ‘Reposo’, fue la palabra que justifico mi deplorable estado. Las operaciones habían sido un éxito, podía caminar, lento, pero lo hacía. Podía hacer todo lo que una persona normal hace, pero yo quería más, siempre quería más; Quería poder nadar como lo hacía, quería ejercitarme como siempre lo había hecho, aceptar que mi vida ya no era la misma... no lo aceptaba.

Era mediodía cuando tocó a la puerta de mi habitación ya cuando estaba adentro, solo fue una manera de anunciarse y de pedirle a Conchita que nos dejara solos. ¡No podía creer que nadie me avisara de su visita!

— ¡Luca!

—Princesa —Conchita salió al mismo tiempo que él se acercaba.

Desde mi posición horizontal lo vi más grande, más imponente, tal vez por el poder que te da saberte triunfador. Porque Luca cumplió lo que le pedí, ganó, ganó en todo lo que compitió. No hubo una sola de sus categorías en la que no ganara medalla.

— ¿Qué haces aquí? Según las noticias deberías estar por Australia revolcándote en las llamas del triunfo.

El último comentario estaba de más. Inmediatamente después de que salió de mi boca me arrepentí. Luca no tenía la culpa de mi estado, nadie tenía la culpa, todo fue cosa del destino.

Luca no hizo caso de mi veneno, al contrario, se sentó en la cama a la altura de mi cadera con una mueca de suficiencia.

— ¿Me has seguido?

—Siempre —le sonreí pidiéndole perdón por mi comentario de bienvenida—. Platícame cómo estuvo todo —necesitaba noticias, información del mundo que perdí. Estaba cansada de doctores, medicamentos, terapias, necesitaba salir del cuerpo maltratado que se negaba a seguir mis órdenes.

Asintió, pero antes hizo un movimiento con la mano para que moviera mi cuerpo y darle un poco de espacio. Lo miré a los ojos con odio, si, era odio y frustración, el movimiento simple de levantar la cadera y recorrerla era un movimiento que requería casi de todo mi esfuerzo.

Con la palma abierta golpeé el espacio vacío que tenía al lado mío, para él era sencillo rodear la cama y acostarse, ¿por qué tenía que moverme yo?

Negó levantando la ceja de esa manera que exigía sin palabras tan distintiva de él, volvió a mover la mano ordenando que me moviera. Fue un reto, y yo nunca dejaba pasar uno. Doblé las piernas, planté los pies en la cama, metí las manos a la altura de mi cintura y cargué para poder moverme lo suficiente y que el maldito sadista del que estaba enamorada se acostara a mi lado.

Sin darme cuenta cerré los ojos y mordí mis labios conteniendo el dolor que me producía el movimiento. Me negaba a tomar medicamentos más fuertes que una aspirina para el dolor, estaba deprimida, frustrada, pero de ninguna manera iba a acabar como muchos atletas adictos a las pastillas. Yo no, no Sophie Northman—Carter Jones.

— ¿Duele mucho?

Una dolorosa lagrima salió para recorrer el camino lentamente hasta llegar a mi oído. Asentí con la barbilla levantada, si dolía, y me sentía muy orgullosa del enfermizo dolor.

Hizo una de sus pocas muecas y me sorprendió subiendo a la cama acercando su cara a la mía, por un segundo pensé que me iba a besar, en el último momento desvió su boca y la dirigió a mi oído.

—Todo va a estar bien, tú vas a estar bien —prometió susurrando y limpiando con su lengua la solitaria lágrima.

Fue un fogonazo, un gemido acompañó el despertar de mis sentidos. Tenía mucho tiempo sin sentir otra cosa que no fuera dolor o culpa. El deseo despertó en mi cuerpo con fuerza recorriendo mis venas, saliendo del corazón. Siguió limpiando con lengua y labios el oído, el cuello, el hombro, apreté la sabana con ambos puños para no desfallecer. El deseo, la sed que sentía por él se instaló en mi pecho abrumándome, en mi vientre exigiendo atención. Fue lastimoso cuando dejó de limpiar, bochornoso cuando me di cuenta de los jadeos que salían de mi boca, esperanzador cuando lo vi levantarse de la cama para ir a cerrar la puerta con seguro, y terriblemente humillante cuando empezó a hablar de competencias acostándose a mi lado. Mirando los dos al techo de la habitación narró cada una de las competencias, de los triunfos, incluso de las ruedas de prensa que tanto le molestaban. No dejó nada a lado, excepto su sentir.

—Bueno... ¿Y cómo se siente el triunfo? —Giró su cuerpo en mi dirección, yo seguí observando detenidamente el techo

—No lo hice por mí.

Fueron las últimas palabras que se escucharon durante mucho tiempo. Caí en un estado de letargo, en uno como el que tuve en el hospital donde solo sentía vértigo y somnolencia.

Una a una sacó las medallas que había ganado, cinco insignias que ejemplificaban lo que pude y no logré ser. Cuando terminó de acomodarlas en mi abdomen, susurró—: Aquí esta lo que pediste... Ahora es mi turno de pedir algo. —Sus labios presionaron los míos antes de regresar la mirada al techo, lo veía con detenimiento, como si ahí fuera a encontrar las palabras adecuadas para sacarme del hoyo.

Sabía lo que era, sabía lo que quería de mí, pero a diferencia de él, yo no estaba segura de poder lograrlo. Entrelazó sus dedos con los míos y volví a sentir el poder a través de ellos. Ya qué me tuvo sostenida, empecé a temblar, era irónico como se cambiaban los papeles entre nosotros.

Sostuve su mirada y escuché la orden—: Quiero que salgas de esta cama, que te recuperes, quiero que vivas.

Lo odié, odié que me pidiera lo mismo que yo le había pedido a él, que dejara ir el dolor y que me concentrara en mi misma para volver a ser Sophie. Por lo menos no pidió que me olvidara de él.

—Te odio —gruñí justo antes de que metiera su mano bajo la playera rosa que usaba.

Últimamente mi atuendo era el mismo todos los días, una playera simple con mallas para yoga, no tenía sentido ponerme bella, ¿para quién? ¿para mí misma? Yo no era mi persona favorita en ese momento.

Mi atuendo era lo de menos cuando rozó mi necesitado pecho, con destreza desabrochó mi sostén y lo apartó liberando mi busto de su prisión. Dio un pequeño suspiro antes de llenar su boca de la endurecida cima, jadeos de necesidad invadieron la habitación, necesidad por él, por la liberación, por sentirme mi misma otra vez. Su mano se coló por debajo de la cinturilla de la malla, separé las piernas por inercia y le entregué lo único que podía darle en ese momento.

Pasaron un par de orgasmos y muchos: “te amo”, antes de que volviéramos a la realidad.

—Yo ya cumplí mi parte, Princesa —afirmó desde la puerta—, ahora cumple la tuya —exigió antes de cerrarla y dejarme a solas con la bendita autocompasión—. Ah, lo olvidaba... —me sorprendió cuando volvió a abrir la puerta, pensé que el capítulo ya estaba cerrado—, regresa al agua.

El accidente me dejó un par de cosillas por arreglar; Del cuerpo ya mi familia, doctores y terapeuta se estaban haciendo cargo. El problema venía con la consciencia, esa tenía que arreglarla yo. Nada fácil si me preguntan.

Podía sentir el agua, pero no podía sentir la paz que siempre encontré bajo ella, ahora solo existía mi propia voz ahogada con culpa y frustración.

Supe que grité porque mi garganta se sentía seca, tirante, y porque mis padres entraron a mi habitación usando manos, palabras y besos para consolarme. Todavía sentía el pánico del accidente, del sueño en realidad, revivía una y otra vez el segundo en que fui consciente de que el choque era inminente, sólo que ahora todo sucedía bajo el agua, sueño al fin.

—Ya pasaron meses, ya no debería despertar gritando —escuché a mi madre decir angustiada.

Usé el método que había descubierto la primera vez que tuve la bendita pesadilla, me dejé arropar por los brazos de Owen tratando de estar lo más quieta posible y dejando entrar pequeñas cantidades de aire hasta que el pánico se iba dispersando con el aire.

No supe cuánto tiempo estuve en brazos de Owen, cuando desperté, ya estaba sola otra vez. Era exhausto tratar todo el día, todos los días, de olvidar, de aceptar. Me sentía desorientada, perdida. Esta no era yo.

Alguna vez leí que, para enfrentar tus miedos, no existía mejor solución que afrontarlos. Me vestí despacio —la espalda se sentía tiesa como una tabla, y cojeaba un poco del lado izquierdo—, y me preparé para afrontar la bendita pesadilla.

Lo que fue mi vida se convirtió en una pesadilla, extraño cómo funciona el cerebro humano. El doctor dijo algo sobre transferencia del miedo; en vez de temer a manejar, empecé a temer a nadar. Ridículo... y real, bajo el agua es dónde más segura me sentía, y mi cabeza trasladó el momento más horrible de mi vida, al lugar más seguro que conocía.

Cerré los ojos, respiré profundo, solté el bastón y me acerqué a la orilla. Mis dedos sintieron el borde de la alberca titubeantes, traté de recordar lo que era estar bajo el agua, la paz, la libertad, a Luca. Las manos me temblaban, mi cuerpo entero temblaba, no funcionaba la memoria del agua, así que recurrí al sentimiento, a recordar lo que sentía cuando Luca tomaba mi mano, era como luz a través de mis venas, el poder, la fuerza. Intenté dar el salto... y fallé.

Di un paso atrás, pero una mano me detuvo, no fue necesario que volteara, yo sentía a mi hermano a millas de distancia, más aún cuando me sostenía.

—Tu puedes.

Evitaba llorar enfrente de él —orgullo de mujer—, aunque en momentos de pánico las lágrimas eran lo de menos. Volví a intentar retirarme de la orilla, y ahora fueron sus dos manos las que me detuvieron por los hombros. Un terror casi inmanejable recorrió mi cuerpo como una gran ola, era la adrenalina que se generó con el pensamiento de verme arrojada al agua en contra de mi voluntad, la ola desapareció cuando la conciencia hizo su aparición, Kurt era incapaz de forzarme a hacer nada, mucho menos a tirarme al agua cuando sabía que estaba luchando contra el demonio del accidente, no importaba el estado en el que él estuviera, Kurt era incapaz de eso.

—Tu puedes —volvió a asegurar. Se escuchaba muy seguro de lo que decía, casi creíble.

—Suéltame, Kurt —lo pedí, pero no en realidad. Necesitaba de su apoyo y él lo sabía. No se movió, no me soltó, se mantuvo firme atrás de mí.

—Si lo intentas, te doy lo que quieras.

Ah, ahora sí nos entendíamos.

—Quiero que dejes de drogarte —retiró las manos de mis hombros dando un paso hacia atrás cerrándose. Inmediatamente supe que no iba a lograr nada en ese tema, lo mejor era cambiar de estrategia—. Si lo intento... dejas tu posición de guardaespaldas. Nada de joderme a mi o a Viri con lo que hacemos, o dejamos de hacer. Eres peor que Owen y Alex —supe que di en el blanco con su bufido, Kurt tenía una vena protectora casi enfermiza.

— ¡Eres una jodida embustera! No tienes nada, todo esto es una patraña para llamar la atención —acusó, aunque él sabía perfectamente que no era así, la prueba estaba en que no se fue, solo se recorrió a lado mío—. Como tú digas... —Ninguno de los dos se movió, nos mantuvimos observando la cristalina agua cada quien perdido en sus pecados; él en la culpa que le causaba haberme despertado ese día, y yo en la frustración de no haber evitado el choque.

—Entonces... ¿trato? —tardó en contestar, iba en contra de su naturaleza lo que le pedía, pero si no era ahora, no era nunca. Tenía que sacar alguna ventaja de la maldita situación.

—No sé por qué siento que me voy a arrepentir de esto —lo abracé queriendo brincar, pero solo logré subir mis talones, con eso era suficiente. Ya tenía su palabra, ahora era tiempo de cumplir la mía.

Tardé varios minutos, fue hasta después de un profundo respiro donde absorbí todo el valor que se llevó el accidente, y me zambullí con un gran clavado.

La calidez del agua me dio la bienvenida con energía. Traté de saborear la primera brazada sin preocuparme por la técnica, solo disfrutando del líquido transparente haciéndole el amor a mi cuerpo, acariciando, adorando. Un cúmulo de emociones me sobrepaso al hundir mi cuerpo completamente en el agua, inmediatamente paré, ¡me ahogaba! Pero vi hacía arriba y me encontré con la mirada esperanzadora de mi familia; Viri sostenía de la mano a Kurt, Owen abrazaba a Kaira, y Alex en cuclillas a la orilla de la alberca me rogaba que siguiera sin pronunciar palabras.

Volví a tomar aire y me hundí complaciendo a mi familia, y para ser honesta, a mí misma. Nadé y nadé hasta que la cadera empezó a joder. Aunque más la iba a joder yo si creía que iba a poder más que yo, con cada brazada me acercaba más y más a la paz que sentía tiempo atrás, casi... casi la volví a sentir. Casi...

Tenía todo el día sintiendo esta opresión en el pecho, un incómodo sentimiento de angustia. Mis padres llenaban solicitudes para la universidad de Viri en la oficina del palacio desde hacía horas. Mi hermana tenía el mundo entero para ir a estudiar, y la muy necia insistía en quedarse en Chicago. Mis padres llevaban meses tratando de que cambiara de opinión, ellos y yo sabíamos que era tiempo perdido, si Viri decía azul, podíamos pasar por todos los colores del arcoíris y de todos modos terminábamos en azul.

— ¿Y Kurt? —Le pregunté a Conchita mordiendo una fresa cubierta de chocolate que con tanto esmero preparaba.

—Fue a ver a esa chiquilla, la que no me gusta.

En ese momento la opresión en el pecho aumentó. Eso era, Kurt. Mi hermanito tenía un tiempo comportándose como un verdadero Junior, es decir, como un verdadero imbécil. Se suponía que tenía que estar en Boston estudiando, y no aquí. Su pretexto era yo, aunque eran pocas las ocasiones

que realmente hablábamos. Salía sin avisar, regresaba tardísimo, ya no leía, se encerraba en su habitación por días sin hablar con nadie, mis padres empezaban a enloquecer, desde el accidente perdió el control, ya ni siquiera hablaba con los Gardner. Y algo me decía que la chiquilla que tan mal le caía a Conchita algo tenía que ver con el cambio de personalidad de Kurt.

—Han, voy a salir. Preparas el coche, por favor —Han no contestó, seguramente de la impresión. No había salido desde el accidente, no tenía a qué, tenía todo en el palacio.

Mientras nos dirigíamos a la casa de Zoo, la famosa amiguita, para ‘pasar por ahí’, admiré la ciudad que me había visto crecer. Chicago era hermoso en primavera con sus cientos de tulipanes cubriendo las calles.

—Estaciona aquí, Han.

Zoo vivía en el este de la ciudad, no era una zona que visitáramos usualmente.

El auto de Kurt estaba estacionado enfrente de la casa de la amiguita, con la SUV de su seguridad cubriendo sus espaldas tres autos más allá.

— ¿Qué hace? —susurraré con la mirada fija en el interior de auto. Han y Solo dejaron de seguir mi mirada cuando Kurt elevó su puño derecho, tapó una de sus cavidades nasales con un dedo de la otra, y suspiró el polvo blanco de su puño.

—Mierda —siseé entre dientes—. No dejen que se vaya. Tápale el paso —Le advertí a Han mientras Solo me seguía tres pasos atrás.

No sé cómo diablos bajé del auto tan rápido, ni siquiera me apoyé en el bastón que jugueteaba en mis manos. La adrenalina corría por mi cuerpo libremente, ¡lo iba a matar!

— ¿Me das?

— ¡Que mierda! —brincó cuando me recargué en su ventanilla. La cabeza de la que suponía era Zoo, no paró de moverse de arriba abajo en la entrepierna de mi hermanito— ¡Zoo! —La detuvo Kurt reteniéndola por el cabello. La mirada de Zoo estaba más perdida que la de Kurt— ¡¿Qué carajos haces, Sophie?! —gritoneó mientras cubría su erección con manos temblorosas.

Lo que menos me importaba en ese momento era su pudor, del cual carecía obviamente, me preocupaba más el polvo blanco que asomaba por su nariz.

— ¿Me das? —repetí viendo directamente a sus nubosos ojos azules. Tenía una tormenta tropical en ellos, ya no se veía la claridad del cielo que siempre lo había acompañado.

—Vete —murmuró dejando caer su cabeza hacia atrás.

¡Que me llevara el diablo si dejaba que mi hermano se perdiera! Levanté mi bastón, lo giré para que el puño acero quedara al final, y golpeé con todas mis fuerzas la ventana trasera. El cristal voló en mil pedazos instantáneamente, ¿quién lo iba a decir? No era tan difícil.

Le sonreí a mi bastón con orgullo antes de que abriera la puerta del auto. Yo que tanto me resistí a usarlo.

— ¡Putra madre! ¡¿Qué haces?! —

Han y Solo junto con la seguridad de Kurt ya estaban atrás de nosotros acompañándonos en la fiesta.

— ¡Mueve tu puto trasero y baja del auto! —Le grité golpeando nuevamente con el bastón su preciado auto.

Kurt salió del auto peleándose con el mismo, dio un tembloroso paso en mi dirección con los puños apretados antes de que su amiguita se pusiera a lado suyo.

— ¡Anda, cabrón! ¡Atrévete! —grité con la respiración agitada. Un golpe de Kurt podía mandarme nuevamente al hospital.

Casi pude sentir el golpe... casi. Los ojos de mi hermano estaban perdidos, él estaba perdido.

La idiota de Zoo lo tomó por el brazo cuando vio que Kurt se daba por vencido y bajaba el brazo.

—Vamos, bombón —le susurró jalando su brazo para subirlo nuevamente al auto.

Yo no era una mujer agresiva, creía no ser una mujer agresiva, aunque algo cambió cuando vi las pezuñas de esa mocosa en el brazo de mi hermano. Levanté el bastón y sin importar los problemas que me podía acarrear, y a la familia, le di un buen golpe en el brazo para que lo soltara.

— ¡Maldita perra! —gritó soltando a Kurt para sobarse el brazo.

—Vámonos, Kurt —tomé la mano de mi hermano y lo guie hacia mi carro.

— ¡Kurt! ¡No me dejes!

¡Aaahhh! Con la poca paciencia que me quedaba solté a Kurt y me dirigí a la mocosa con el bastón en alto, fue dando pasitos hacia atrás hasta que acabó recargada en la puerta del maltratado auto de mi hermano.

— ¿Sabes quién soy? —Me miraba con odio, con desprecio, con mucha suficiencia, eso no era bueno, alguien que te mira con suficiencia no te teme, y yo necesitaba que me temiera—. Soy Sophie, tu peor pesadilla —Hizo una mueca desdeñosa antes de soltar un bufido. Nada de palabras, solo bufidos. Empujé un poco más el bastón en su pecho, podía ver como su piel cambiaba de color, de un pálido rosa a un blanco doloroso—. Si te vuelves a acercar a mi hermano, te vas a arrepentir —hizo otro bufido y mi paciencia se acababa. Empujé hasta que hizo una mueca de dolor, llevó sus manos al bastón para empujarlo, pero todo mi peso estaba en ese pedazo de madera. La tensión de su cuerpo cambió, podía sentir su hueso temblando bajo mi empuje, podía ser tan sencillo, tan simple, romperla—. No te acerques a mi hermano —advertí antes de bajar el bastón y recargarme en él.

— ¿Tú y quien más me lo va a impedir?

Yo y el dinero Northman—Carter Jones.

—Si intenta acercarse otra vez a Kurt, avísame —le pedí a Han. Mi sombra asintió sin dejar de asesinar con la mirada a Zoo—. Y ustedes dos —dije señalando con el bastón a la seguridad de Kurt—, están despedidos. A mis padres les va a encantar saber cómo cuidaban de Kurt.

Mi hermano ya no era un niño, ellos no eran su niñera, pero yo era Sophie, y yo cuidaba a mi familia. No podía confiar en ellos después de ver el estado en que estaba mi hermano.

—Lo siento... —susurró Kurt medio inconsciente antes de llegar al palacio.

—No necesitas disculparte, Kurt. Solo tienes que vivir con las consecuencias de lo que haces.

Todos tenemos que vivir con las consecuencias de nuestras acciones, y las acciones de mi hermano le iban a traer grandes consecuencias.

A mí me mandaron a Brasil, él perdió la confianza de mis padres.

Ya libre de las molestas terapias empezó la búsqueda, ¿Qué iba a hacer de mi vida? La pregunta con una sola respuesta: No sé.

Mi plan 'A' siempre consumió mis pensamientos, poco fue el tiempo que le dedique a un plan 'B', de hecho, no tenía plan 'B'.

—Bueno, yo tengo una respuesta. Aunque es un poco aterradora —me advirtió Viri. Con un movimiento de mano la apuré a seguir hablando—. Puedes ser o hacer, lo que tú quieras.

Lo que yo quiera. Oh, es poderoso y al mismo tiempo aterrador, ser lo que yo quisiera. Tenía los recursos, el apoyo, la edad, la fuerza, tenía todo a mi favor, lo único que no tenía era una idea clara de lo que quería.

Los siguientes días fueron de búsqueda. Pasé las mañanas con Alex estudiando como administraba el reino Carter, las tardes admirando el arte de Owen, aprendí todo sobre el manejo de la fundación. Era mucho el trabajo que hacían mis padres. 'Generar para ayudar', ese debería ser el lema de la familia, Alex generaba para que Owen ayudara. Si de por si admiraba a mis padres, con el

par de semanas que seguí sus pasos los empecé a venerar.

Sin embargo, no logré tener nada claro hasta que hablé con mi madre—: No te puedo dar una respuesta que solo tú tienes, cariño. Pero algo sí sé, no hay mejor don, que el de la curiosidad. Sal al mundo y curioseá, averigua que es lo que quieres ser.

Me cansé de esperar el milagro de ser como antes, eso no iba a pasar, lo tenía que aceptar. Ya no podía ser la adolescente enamoradiza, caprichosa, obstinada en salirse con la suya. Ahora el objetivo era aprender a ser otra.

Suena fácil, hacerlo era lo difícil. Tuve que sacar la casta atlética que me quedaba; Aprender a sobreponerme del fracaso y asimilar el triunfo.

Seguía viva, ese era un gran triunfo.

¿Qué quería ser? Mundo, ¡allá voy!

5 años después...

Cuando mi madre dijo: “Sal al mundo y curiosear”, seguro no se refería a salir y curiosear con el sexo opuesto, era una lástima que no especificara.

— ¿Estás segura, cariño? No creo que sea lo mismo.

Observé a mi Kaira y agradecí infinitamente tener sus genes corriendo por mi sangre. Si el universo era piadoso, algún día me iba parecer a ella. Seguía teniendo un cuerpo espectacular, “llenito y en su lugar”, solía decir Owen. No era raro que le diera una buena nalgada o un apachurrón cuando la tenía a mano. Ahora que nuestra niñez quedo atrás, tenía menos cuidado y la manoseaba siempre que podía. Mi Api resulto ser un manotas.

— ¿Te arrepientes Ami?

— ¡Nunca! —se apresuró a aclarar. Yo sabía que Kaira nunca se arrepentiría de tener una relación diferente; Mis padres la adoraban. Tenían problemas como todas las relaciones, aunque ninguno que hiciera tambalear el reinado.

—Hemos pasado por todo. Por la pérdida de Gamble, la enfermedad de la abuela, accidentes de auto, cumpleaños, graduaciones, records mundiales. Hemos tenido buenos y malos momentos, pero siempre nos hemos mantenido juntos. Ellos y yo somos... uno mismo. Jamás me arrepentiré de ser uno con ellos.

— ¿Entonces por qué no quieres eso para mí? Estoy segura que Steve y Rosen me van a tratar muy bien — ¡Oh, sí! Si me dejaban llevarlos de paseo, me la iba a pasar en grande—. Ellos me van a querer como Alex y Owen te quieren a ti.

Kaira empezó a reír y cariñosamente me regaño—: Que no te escuchen decirles por su nombre. Ellos adoran que les digas papá y Api.

Yo también los adoraba, esa no era la cuestión, la cuestión era...

— ¿Entonces? ¿Por qué me niegan el placer de pasar unas buenas vacaciones?

—Es tu decisión, Sophie. Ya eres una mujer y confié en la educación y el cariño que te hemos dado.

Se le acababa la paciencia a Kaira, necesitaba meter segunda si quería salirme con la mía y llevar un par de juguetes de paseo.

—Precisamente por el buen ejemplo que he tenido. Es que no veo problema en jugar un poquito —me quejé. Yo confiaba en el apoyo de mi madre para darles la noticia a Alex y Owen. Ya había hablado con ellos e inquirí sus puntos de vista en cuanto los problemas en una relación entre tres personas. Ellos hablaron gustosos, llenos de amor hacia mi madre. Solo me faltaba un poquito de apoyo para decirles que iba a pasar el verano acompañada... por partida doble.

Y no solo con la acechante compañía de Kurt, que, aunque trataba de cumplir su palabra y dejarnos en paz a Viri y a mí, a veces fallaba estrepitosamente.

—Yo solo te puedo decir una cosa, cariño. Jugar, no solo es sexo, también es amor. Y en el caso

de Owen, Alex y yo, de un profundo y devoto amor. No quiero que confundas una cosa con la otra. Estoy segura que con estos muchachitos puedes pasar un par de buenas noches, pero solo es eso, y tú lo sabes — ¡Diantres! Kaira siempre daba en el blanco—. Tú sabes que es una relación que no va a llegar a ningún lado. Pero si te quieres divertir un ratito y llevarlos de paseo, yo no tengo problema — ¡Siempre podía contar con la perversidad de mi madre! —. Aunque no estoy segura que estos dos muchachitos sean los indicados para jugar. No me gustaría que te vieras expuesta en tabloides de mala muerte. Tú sabes. — ¡Buuu! Y con ese argumento acabó con mis planes de pasar un par de noches jugueteando.

Tenía razón, realmente no conocía bien a Steve y a Rosen. Y quien me conocía bien se me escapó de las manos.

— ¿Ya estás lista? Kurt ya está en la puerta.

Mi hermana era la mujer más hermosa en la faz de la tierra. Ya no era una niña, creció, y creció bien; Rubia como el sol con tez de la porcelana más fina, inteligente, amorosa, no sé de dónde diablos salía tanta bondad, contraria a mí, Viri siempre anteponeía a los demás. Aun con ese pequeño defecto, la amaba con todo mi corazón. Desde la primera vez que la vi me pareció un hada, una preciosa y mágica hada.

—Mi chiquita... —gimió mi madre envolviendo a Viri en sus brazos. Eran tal para cual, les ganaba la emoción con cualquier cosa. Solo nos íbamos por dos meses, no era para tanto.

—Anda Viri, vámonos. Si no te despegas de Ami, no salimos nunca de aquí.

Las camionetas ya estaban preparadas para llevarnos al aeropuerto, el jet listo para volar hacia Europa y mis padres, seguro friéndose bajo el sol de junio. Como siempre, tenían que asegurarse que todo estuviera bajo control, nunca dejaban nada a la suerte y se adelantaron para verificar hasta la más pequeña de las tuercas. Era la primera vez que viajábamos sin ninguno de nuestros padres, y todos estaban un poco ansiosos.

— ¡Sophie! ¡Viri! ¡Si no se apuran, las dejo!

Al salir del palacio, vi que en el convertible de Kurt ya estaban dos de sus ‘amigas’.

— ¿Por qué él sí puede llevar juguetes y yo no? —me quejé al verlas todas emocionaditas en la parte trasera del auto.

—Porque tu juguete ya está en Europa —susurró Viri.

Fingí no escucharle y la dejé atrás despidiéndose de sus perros.

La conexión entre mis hermanos y yo era algo inexplicable e incomparable. Era cierto que la conexión entre Kurt y yo era Wi—Fi, ni siquiera necesitábamos observarnos para saber lo que estaba sintiendo el otro, simplemente lo sentíamos. Esa conexión no ensombrecía el amor que sentía por mi hermana, al contrario, ella era mis oídos, mi boca, mi conciencia. Con el simple tono de voz sabía si Viri estaba enojada, fastidiada, preocupada, la mayoría del tiempo feliz, mi hermana era una mujer feliz.

Tenía la suerte de tener los mejores hermanos del planeta. A últimas fechas pensaba que realmente eran, ‘construidos especialmente para ti’, como alguna vez dijo Kaira. Al pasar de los años aprendí que ellos eran mis compañeros en las buenas y en las malas. Me querían incondicionalmente sin importar cuanto me equivocara y sin importar las veces que nos peleáramos.

Kurt todavía no entendía mi relación con Luca, ni siquiera yo la entendía, eso no lo detenía y se enojaba cada vez que nos veía juntos.

Dos años, dos largos y fríos años de no verlo, y todavía sentía el último de sus besos en mis labios. El éxito es muy demandante, no soltaba a Luca. No importaba que tanto curioseara, Luca nunca salía de mi pecho.

—Muévanse mujeres. ¿Qué tanto hacen? —Kurt y sus poco más dos metros de altura, abrieron la puerta de la camioneta para ayudar a subir a Kaira. Esperé que abriera mi puerta, me retó con la mirada, pero al final claudicó. Mi hermano era un caballero y por eso tenía decenas de muñecas revoloteando como buitres sobre su cabeza, esperando el momento que él se descuidara para poder comérselo enterito.

Le hice un guiño al subir y sonreí al ver como ponía los ojos en blanco.

— ¡Viri! —le gritó Kurt a la pequeña hada, si no iba por ella seguro pasaba otras tres horas despidiéndose de Bola III. La pobre sufrió muchísimo cuando murió la primer Bola, en cuanto su corazón se repuso corrió con Owen y rescataron otra bola de pelos. Owen era el único que compartía el amor por los perros con ella, los demás solo cuidábamos nuestros zapatos para que no acabaran con ellos.

—Ya voy, ya voy... que desesperación.

Si Kurt me quería a mí, entonces adoraba a Viri. Dejó que le diera un beso en la mejilla y sonriendo cerró la puerta de la camioneta para ir corriendo a su auto, donde los dos juguetes chilloteaban de emoción.

Kurt cambio mucho, ya no quedaba señal del jovencito tentado por las drogas.

— ¿Vamos a tener que soportarlas durante todo el viaje?

—Yo tengo que soportarte a ti —se quejó Viri con una sonrisa. Verifiqué que Kaira no nos viera, y le mostré mi dedo medio. La muy hada se carcajeó.

Esperamos que Kurt avanzara para que Tony lo siguiera. Atrás de nosotros venían Han y Solo resguardando todas las maletas.

No era la primera vez que viajábamos a Europa para el seguimiento de fondos de la fundación Carter, mis padres nos llevaban todos los veranos, mientras ellos hacían seguimiento, nosotros hacíamos trabajo voluntario. Ahora era diferente, ahora nosotros éramos los que íbamos a hacer el trabajo de mis padres. Me gustaba, aunque no tanto como ir de compras con Kaira, y Viri a Paris o Milán.

La emoción se sentía diferente, me gustaba la idea de jugar a ser los adultos. Era el último verano de Kurt antes de entrar de lleno al manejo del Grupo Carter. Una semana atrás festejábamos su graduación de la facultad de leyes de Yale, ese día era todo seriedad, nada que ver con el hombre que nos abría camino. Teníamos el chip ‘este es el último verano para divertirnos como niños’ puesto y ninguno de los tres se lo quería quitar.

El teléfono de Kaira sonó y empezaba lo que iba a ser el común denominador de mi verano. Problemas.

—Hola Diana... Si querida, nos vemos en la noche para celebrar... —Mi madre se sonrojó y no quise saber más.

No sé cómo se repusieron lo suficiente como para seguir ‘celebrando’, cuando Alex nos sorprendió a Luca y a mí, yo juraba que sus famosas noches de celebrar habían llegado a su fin.

—Voy rumbo al aeropuerto, los chicos pasan el verano en Europa... —guardó silencio y supe que hablaban de él—. ¿Dónde está? —susurró. Mi corazón quiso salir de mi pecho y correr hasta la línea telefónica para enterarse de dónde estaba.

Viri apretó mi mano y me dio consuelo justo cuando más lo necesite.

— ¿Está viviendo con ella?

Pedazo a pedazo mi corazón regresó hasta mi pecho y volvió a cubrirse con la armadura de acero. Luca la dejó junto a la puerta la última vez que me visito. Nunca iban a ser suficiente las pocas llamadas, y las visitas esporádicas en fechas importantes, aunque no me quejaba, eran pocas pero

memorables. Lo suficiente para una década de ausencia.

‘Tus pies te llevarán... Allí donde está tu corazón’, se lo repetí un millón de veces el día que llego de improviso al Palacio para celebrar nuestro aniversario número tres. El día que cumplí veinte años, él fue por mucho mi mejor regalo. Se lo repetí una y otra vez mientras hacíamos el amor. No me importaba que pasaran mil años, mil camas, mil relaciones, él siempre tenía que regresar a mí, porque yo tenía su corazón.

— ¿Has hablado con él? —me preguntó Viri con tiento. Hablar de Luca siempre resultaba un campo minado; Tan podía terminar sonriendo, como cerrándome a capa y espada.

—No —lamenté, más que hablé. Pasé el nudo de mi pecho y lo escondí atrás de la armadura. No quería empezar el verano llorando.

Mi madre siguió hablando, e hice lo humanamente posible para no seguir escuchando. Lo único que mi inconsciente se negó a dejar de escuchar fue—: No, no van solos. Kurt lleva un par de amigas y Sophie un par de amigos. Ya sabes cómo son estos niños.

¡Oh, cómo amaba a mi madre! Siempre se podía contar con ella para una lucha de egos. Si él vivía con Jane, yo podía jugar. Y decírselo a Diana, era como decírselo a él mismo.

— ¡Owen, sube la mano! —Se quejó Kurt al ver como amasaba el trasero de Kaira. Ella ni siquiera se había dado cuenta, tal parecía que su cuerpo necesitaba el tacto de mis padres, como mis padres necesitaban tocarla.

—Tu llevas dos ‘amigas’ a un viaje donde deberías estar cuidando solamente a tus hermanas, y no cogiendo como burro... —le reclamó sutilmente Owen a Kurt—. ¿Y yo soy el que no puede acariciar un poquito a su mujer? —Kurt abrió la boca y la volvió a cerrar de la misma manera. Sabía que las amiguitas estaban de más. Tocando tierra, seguro se cansaba de ellas y conseguía juguetes nuevos en el viejo continente.

—Ridículo —se burló Viri de él al pasar a su lado. Y corrió a refugiarse de la mirada de Kurt con el brazo libre de Owen.

—Ya están aquí, no les puedo decir que no van.

Alex rodeó con uno de sus brazos a Kurt y lo consoló.

—No hijo, no tienes que decirle nada a nadie. Tus hermanas ya están grandes y se pueden cuidar solas, ¿cierto?

Viri y yo asentimos con una sonrisa. Nosotras podíamos cuidarnos solas, el punto era ¿quién iba a cuidar de Kurt?

—Solo cuídense, diviértanse, y recuerden que su madre está muy joven para hacerla abuela —La aludida levantó la mirada al cielo como pidiendo ayuda celestial.

No era para menos, Kaira era el pilar de la familia, seguro necesitaba ayuda del cielo y del infierno para poder lidiar con los dos dominantes hombres, y tres revoltosos y perfectos hijos.

Nos despedimos entre abrazos, besos, recomendaciones, consejos, advertencias... finalmente nos cansamos de revolotear entre nosotros y subimos al avión.

Mis padres tenían la falsa esperanza de que iba a encontrar que hacer de mi vida aparte de curiosear por aquí y allá, creo que empezaban a cansarse de mis cambios de carrera.

Ya listos para despegar, volteé hacia afuera y observé a mis padres. Kaira estaba entre los dos, Owen la rodeaba por la cintura y Alex entrelazaba sus dedos con los de ella. Yo no estaba segura de cual era mi vocación, de lo que si estaba segura era de eso, yo quería ese amor, esa devoción.

A Kaira se le escapó una lágrima y Alex la limpió con sus labios, Owen besó su cabello y le susurró algo, ella sonrió con ese algo. Un recuerdo se cruzó en mi mente y me hizo volver en el

tiempo. En el tiempo que él limpió mis lágrimas con sus labios y susurró que todo iba a estar bien. En el tiempo en que podía sentir.

Yo quería el amor que mis padres le profanaban a mi madre, yo quería el balance que ellos encontraban en sus besos, en sus cuerpos, en sus vidas... Yo lo quería a él. Y sin embargo me negaba a estar con él, algo seguía perdido, algo en mi cuerpo no se sentía completo. Cada vez que me veía, me pedía lo mismo: "Huye conmigo". ¿Cómo podía huir con él, si todavía no me encontraba?

— ¿Sophie, estás aquí? —Viri sacaba los polvos mágicos y hacía que el tiempo no pasara entre nosotras. Cuando recién llegó a nuestras vidas, iba preguntando lo mismo en cada una de las habitaciones hasta que me encontraba. El tiempo no pasaba entre nosotras, nos poníamos al día justo donde lo dejábamos, no importaban los periodos de tiempo que no nos viéramos, y que para nuestro infortunio era mucho; ella estudiaba en Chicago, yo en Nueva York

—Sí, Viri. Aquí estoy —Mi hermana me dio una de esas miradas que descubren todo.

— ¿Vamos a pasar las vacaciones añorando, o vamos a jugar?

No le iba echar a perder las vacaciones, así que dije lo único que una cabeza pensante debe decir:

—Vamos a jugar.

Cuando viajábamos con mis padres todo era sencillo, ellos se encargaban del hospedaje, de la seguridad, de los tiempos, teníamos cinco días por nuestra cuenta, y sobrevivíamos de pura suerte. El programa tenía un atraso de cinco escuelas, Kurt se la pasó encerrado dos días en el cuarto de hotel jugando con el par de muñecas, al tercero se cansó de ellas y las regresó a su casa. Las chicas solo le dejaron un par de enfermedades venéreas —se le deseaba, aunque no muy en serio—, y un atraso monumental en sus deberes. Y de Viri, ni hablar.

Llegar, presentarse, dar un vistazo rápido a las instalaciones, dar otro vistazo a los libros de contabilidad, escuchar necesidades de la organización, y retirarse con un: “En los siguientes días nos comunicaremos con Ustedes para informarles nuestra decisión sobre seguir apoyando su organización” o escuela o institución, según fuera el caso. Era sencillo, simple de cumplir, no entendía cómo Viri pasó dos días en una sola instalación.

—Tengo que escuchar con atención todas las demandas. No solo es llegar e irse, hay que ponerse en los zapatos de los menos afortunados.

Mi hermana tenía un corazón de oro, y también la definición de complicada tatuada en la frente.

—Yo llevo seis instalaciones, Viri. No voy a perder días de vacaciones porque ustedes no pueden cumplir con su trabajo. —Le advertí antes de prender el ordenador y enviar mis reportes. Mis padres eran los que tenían la última palabra, nuestro cometido era repetir la faena que vimos un millón de veces junto a ellos, si se les dedica mucho tiempo a las demandas, la gente nunca deja de pedir. Si realmente queríamos ayudar, teníamos que ser prácticos.

Una de las mayores ventajas de tener a mis hermanos, es que siempre me decían la fría y cruda verdad. Ellos no temían decirme nada, no les importaba si me enojaba, si me herían, o si yo no quería escuchar sus palabras. Ellos me lo decían mirándome a los ojos y con todo el derecho de unos hermanos que me amaban. Si ellos no lo hacían, entonces quién demonios. Los podía alejar cuantas veces quisiera, enojarme, odiarlos incluso —ya lo había hecho—, y ellos siempre regresaban. Obviamente los quería, pero eso no quitaba, ¡que eran un par de inútiles!

—Viri yo sé que amas a los animales, pero esto es demasiado.

De ninguna manera iba a dormir en esa cama. La última institución que nos tocaba cubrir era en un pueblo perdido de la mano de la civilización. Hacían una gran labor cuidando animales abandonados, no solo perros o gatos, hay quien abandonaba hasta pollitos, hay gente muy cruel.

—No sea exagerada, un par de piquetitos no te van a matar.

Los dueños de la granja era una pareja muy amable, ya no sabían que ofrecernos, y mi hermana no dudó en aceptar cuando nos ofrecieron hospedaje. Kurt fue listo y declinó alegando que solo había una cama disponible, ¡maldito! Yo no podía dejar sola a Viri, y aquí me hallaba, sin disfrutar de las comodidades de un hotel, ya no hablemos de estrellas, cualquier hotel servía. Incluso Han y Solo estaban durmiendo mejor que yo, la Escalade tenía asientos donde podías descansar muy a gusto.

—Además, ya has dormido con animales de dos patas.

—Dormir, dormir, no. Además, ese colchón está lleno de bichos que no me van a hacer sentir

como mis animales de dos patas.

Se veían caminando por las sábanas a las hormigas, y a saber qué más.

—Ve el lado positivo, no vas a dormir sola.

Mi hermana ya se acomodaba en la cama, casi podía oír a los animales gimiendo un: “Mmm”.

—Viri, no. Prefiero dormir en el suelo.

—Como gustes, pero si las ratas te quieren dar un besito, no quiero que me despiertes.

— ¡Joder!

De un brinco ya estaba en la cama, por primera vez en mi vida preferí un par de piquetitos, que un beso rabioso.

Cuando Kurt pasó por nosotras, ya estaba más que lista para iniciar mis vacaciones. Las ronchas en mi cuerpo eran otro indicio de que este verano no era lo que tenía planeado. Kurt llegó con malas noticias, el mundo real nos llamaba, teníamos que regresar a Chicago, y monitorear los centros de ayuda del país.

Se acababa el verano, y yo no había jugado ni una sola vez.

Bien decía el menor de los Gardner: ‘Vive hoy, que mañana ya es muy tarde’.

Como lo temía, se acabó el verano, y yo, sin jugar. Esta fiesta era mi última esperanza, pero el dormitorio de Bruno era un hormiguero, y no del que me dejó ronchas, aquí lo que abundaban eran las enfermedades venéreas. Me tuve que esconder en la ventana que daba a las escaleras de emergencia para hurgar en la herida de mi mala suerte.

Perdida en la vista del enorme conglomerado de autos, edificios y gente, llegué a la conclusión de que era mujer de ciudad. Nueva York es un lugar donde vas a la cama a las siete de la mañana y despiertas a las cuatro de la tarde como si no le debieras nada a el mundo. Te daba una perspectiva diferente de la vida, sobre todo, después de pasar un verano visitando instituciones que tenían a duras penas lo necesario.

— ¡Sophie! —dejé mi rinconcito para sonreírle a uno de los cinco hombres más guapos de la faz de mi tierra.

— ¡Bruno! —dejó plantadas al grupo de mujeres con las que hablaba y se dirigió a mí.

Bruno también creció, y muy bien. El menor de los Gardner ya no tenía una sola célula de infante en su cuerpo, ahora era un hombre seguro de sí mismo, directo, autentico, libre... y cada vez lo sentía más cerca. Mientras yo lo rodeaba por la cintura, él enmarcó mi cara con ambas manos, apreté los labios, sabía sus sucias intenciones. No me saludaba como sus hermanos, con un piquito rápido, no, el Lobo sacaba los dientes y mordisqueaba mi labio. Pero ahora también lo acarició con la lengua.

— ¡Bruno! —Le di un golpe en el brazo entre jugueteón y demandante. El escalofrío que me recorrió no lo esperaba. ¡Maldita abstinencia! — ¡Uy, agresiva! Me gusta —contestó viéndome a los ojos.

Ahí me di cuenta que Bruno ya era un Lobo a toda regla. ¡Pobre Caperucita!

—No hagas eso, ¿qué tal si abro la boca?

— ¿Y me lo regresas?

‘Hay que tener cuidado con lo que se desea’, dicen por ahí.

—No, Bruno. Y le digo a tu hermano —puso los ojos en blanco burlándose, aunque pude ver como disminuía su sonrisa en la comisura de su boca.

Sí, hay que tener cuidado con lo que se desea.

— ¿Vas a estar así? —Sonreí con el puchero. ¡Malditos Gardners! — Anda, diviértete y consigue a quien más torturar.

—Yo no torturo a nadie —contesté intrigada, ¿de qué hablaba?

—Créeme, Sophie. Si lo haces.

Me dio un beso en la mejilla y me abandonó a mi suerte.

A punto estaba de irme con un marcador vacío en la frente, cuando se me acercó una chica.

—Es guapo.

— ¿Quién? ¿Bruno? —asintió mirándome a los ojos, me llamó la atención que no se fijara en mi atuendo, solo observaba mis ojos, como... coqueteando. ¡Esto era nuevo! En ese momento decidí que la noche todavía era joven—. Sí, es guapo.

— ¿Sales con él? —Negué mientras me preguntaba si solo estaba buscando información sobre Bruno. A lo mejor el coqueteo era para el Lobo—. ¿Qué me dirías si te digo que muero por besarte? —regresé la mirada a la ciudad en busca de mi sentir. Una mujer, ¿quería besar a una mujer? —Disculpa... soy una imbécil —bajó la mirada abochornada. La seguridad con la que acompañó sus palabras desapareció... Y no me gusto.

— ¿Me quieres besar? —asintió mojándose los labios, era una chica muy guapa, pelirroja, sexi, clásica —. Nunca he besado a una mujer. Seguro soy malísima.

— ¡Oh, no! Te prometo que no eres mala, lo puedo sentir. —Su cara se alumbró con un brillo de esperanza. Eso me gusto.

—Como gustes, pero si soy mala no se aceptan reclamaciones —sonrió y pude adivinar que no era una mujer que lo hiciera muy a menudo.

— ¿Estás segura? —Le hice un guiño y asentí.

Se acercó despacio, aunque con determinación.

—Cierra tus ojos, y sigue al instinto.

Tal vez porque mencionó al instinto, pero me sentí emocionada. Entrelazó una mano con la mía mientras la otra acarició mi cabello, un escalofrío de anticipación recorrió mi espalda. No se apresuró, de puntitas acercó su cara a la mía. Con una de mis manos agarré su cuello al mismo tiempo que entreabría los labios y los unía a los míos. Sus labios eran suaves, tiernos, sabían a fresas y vino tinto. No había rudeza, era gentil, aunque demandante, y mucho más fácil de seguir de lo que había imaginado. Abrí mis labios, y entrelazamos nuestras lenguas. Su mano rodeó mi cintura, su cuerpo se ajustó al mío, en menos de lo que pude darme cuenta ya me tenía arrinconada con su cuerpo cubriendo el mío, una de sus manos cubriendo uno de mis pechos, y ¡Oh, la mujer era buena! ¡muy buena! Así como con el beso, me dejé llevar solo por la curiosidad de saber qué se sentía, cuáles eran las diferencias entre una mujer y un hombre, aparte de que nosotras venimos de marte y ellos de venus.

—Entonces... ¿quieres ir a comer algo? ¿A tomar algo? ¿A un lugar más tranquilo?

Giré mi cabeza y la vi a los ojos, no quería que las cosas se confundieran.

—De hecho, preferiría ir a tener sexo.

Me gustaba Nina, no dejaba de besarme, siempre me estaba besando. No sabría explicarlo... era tierna, cariñosa, un poco perturbada, pero en el buen sentido, comía mi cono como nadie, bueno, como ninguna mujer lo había hecho. Nunca se iba a comparar con Luca, más bien, no se podía comparar con Luca, porque simplemente nadie era de la especie de mi amor. Hasta donde yo sabía.

Luca

Todo se volvió mercadotecnia: más entrenamientos, más competencias, más triunfos para que los espectadores compraran los productos de las marcas que me patrocinaban.

La gente estaba habida de hazañas, de récords, de medallas, no alcanzaban a entender, solo veía el presente, no veían mi futuro dentro de diez años. Había hijos de nadadores que nacían con malformaciones por el dopaje que se estaba imponiendo, y que, a voz callada, ya corría entre la gente que me manejaba.

Todos querían que mis números no cayeran, querían usar todos los medios para que el producto llamado Luca Gardner, les diera ganancias un poco más. Me exponían en todos los medios presumiendo valores efímeros: Juventud, éxito y fama. Nadie había vencido mis récords... todavía. Nadar era una habilidad para mí, pero no mi pasión, mi pasión tenía nombre de mujer.

Se acercaba mi retiro, y el día en que podía reclamarla, añoraba que pasaran los días, que se cumplieran los contratos para poder ir tras ella. Tenía mucha gente a mi alrededor; veinte profesionales diferentes dedicados a mejorar mis resultados, entrenador, cuidador, masajista, doctor, nutricionista, cocinero, agente, una constelación de gente dedicada a mí. Y, sin embargo, estaba solo.

Me volví un producto de mi imagen. Una refresquera me ofrecía una cantidad astronómica por anunciar su producto, cuando yo no había dado un trago de refresco en años. Si algo me quedaba, eran mis valores. Me negué rotundamente, a mi agente le dio un pequeño infarto cuando le anuncié mi decisión, ya podía ir él y fotografiarse con la lata de refresco, a mí que me dejara en paz.

Cuando el dinero entró en juego, el rendimiento fue obligatorio. Si ganaba una medalla, ganaba dinero, si rompía un récord, ganaba dinero. Cuando mi salario aumentó a las siete cifras, todo lo que hacía se volvió relevante, ¿Con quién salía? ¿Dónde salía? No tenía espacio para un campo de error. Me vendían, me distribuían, me utilizaban, hasta que perdiera, por supuesto.

Antes de que llegara el 'Gracias y adiós', que todos los atletas tienen, yo me iba a retirar. Aunque para eso todavía faltaban un par de años.

Lo único bueno de la fama es lo accesible que se volvió todo, sobre todo, lo material, además de que mi agenda se cargó de 'amigos', después de un par de años todo se volvió superficial. Al único que realmente podía llamar amigo aparte de mis hermanos, era a Kurt, y todavía no me perdonaba por completo el que estuviera enamorado de su hermana.

Darío organizo mi calendario con expectativas irreales, cargado de competencias, exhibiciones, saturado de actividades que no me dejaban respirar. Me vi obligado a entrenar más duro y por más tiempo. Era una tortura que todos desconocían, excepto ella.

Era año olímpico, y ya había participado en cerca de cien competencias. Si consideraba los días que tenía un año, y los días que necesitaba entrenar para ganar esas cien carreras, el esfuerzo era casi intolerable. Tenía un contrato, así que seguía y seguía, estaba seguro que no tardaba en pasar lo inevitable. Mi cuerpo estaba cansado, pero la inversión en él era grande, así que de todos modos lo hacía. Para ser honesto, la compensación también era grande,

Fue una bocanada de aire fresco el que mi agenda coincidiera con una de las conferencias de Bruno, casi no lo veía, hablábamos muy de vez en cuando, si yo no estaba ocupado con los entrenamientos y las campañas de publicidad, Bruno estaba ocupado tratando de salvar el mundo.

Y ahí estaba. Sentada con las piernas cruzadas y su pie golpeando el aire al son de la música. ¿Por qué no le salía otra cabeza? Verrugas, dientes podridos, un ojo bizco, calvicie, ¡cualquier cosa! Algo que le restara perfección. La vi saludar a un tipejo con un guiño y acepté la realidad;

Desafortunadamente para mí, temía que, aunque le salieran verrugas sobre las verrugas, nada iba a aminorar la atracción que sentía por ella. Era la cruz, la piedra que no me dejaba avanzar... Y también era una belleza.

Los músculos de sus brazos decían que seguía nadando, su cuerpo se mantenía perfecto, marcado sin llegar a hacer musculoso. Se levantó y logré ver un perfecto trasero, esos jeans se le pegaban como una segunda piel envolviendo cada una de sus curvas. Las olas de su cabello caían revoltosas por sus hombros, lograban cubrir esas perfectas tetas que mi lengua todavía saboreaba. Ninguna piel era capaz de eliminar su sabor en mi boca, en mi piel. Nadie podía apartar su fantasma de mi cabeza... y mi corazón.

Levantó su vaso y sus labios se mojaron del líquido transparente. Arrugó su naricita y casi pude probar el contenido de su vaso. No cambiaba, a su cuerpo no le gustaba el alcohol.

Una mano la rodeó posesivamente por la cintura, por el brillo de sus ojos azules me di cuenta que el abrazo era bienvenido ¡Mierda! De un solo zarpazo recordé que en su vida no había sitio para mí. El brazo pertenecía a una mujer. Una mujer rubia, delgada, y alta. La rubia le susurró algo en el oído, algo sexual, ese carmesí solo coloreaba su piel cuando se excitaba. Yo lo sabía bien, conmigo se iluminó de ese color por primera vez.

—Creo que sigues enamorado de nuestra pequeña Sophie, hermanito.

— ¡Cállate, imbécil!

Le di la espalda a mi hermano que seguía babeando por Sophie y me dirigí a la barra. Después de cambiar de bebida di la media vuelta, en cuanto la encontré otra vez, entrecerré los parpados y pretendí interés en el vaso que tenía enfrente de mí. <<Yo podía con ella, ella no podía más que yo>>, me recordé a mí mismo.

Sophie besaba a la rubia con los ojos cerrados, la rubia la disfrutaba con los ojos abiertos.

— ¡Joder, Luca! Imagínate cómo se mueven en la cama, ¡me muero si lo veo!

— ¡Qué te calles, carajo!

Dejé la copa con demasiada fuerza en la barra y más de dos ojos me vieron con disgusto. Yo no era hombre de problemas, pero en ese momento no me importaba romper un par de narices.

—Supéralo Luca, ella ya te supero. ¡Anda! Ve a saludarla, a ver si así se te baja el mal genio.

Ni de loco me acercaba a ella, no mientras siguiera en los brazos de la rubia. La mujer no la soltaba, ¿Quién lo haría?

— ¡Sophie! —gritó mi hermano sin advertencia alguna. ¡No lo podía creer! ¿Qué teníamos? ¿Diez años? No importaba que mi madre perdiera un hijo, tenía otros tres para consolarse, hoy mataba al menor de los Gardner.

Sophie se separó de la boca de la rubia lo justo para voltear en busca de quién le había llamado. Nos encontró con ojos iluminados, le costó salir del abrazo de la rubia, pero sin titubear la dejó olvidada y se dirigió a nosotros. El problemático palpitar de mi corazón fue recompensado con su sonrisa.

—Ay, hermanito. Creo que me equivoque, Sophie todavía no te supera.

Su mirada no abandonó la mía. Las azules motas de deseo que brillaban dos años atrás, seguían ahí, dirigiéndose con paso firme hacia mí.

—Gardner —saludó.

—Jones.

Le devolví el saludo. Para mi buena fortuna, no se notó el nerviosismo en mi voz. Su sonrisa se amplió y las motas brillaron todavía más.

— ¿Vamos? —preguntó poniendo su mano sobre la mía. ¡Qué mierda! Cuando me tocaba, me

convertía en el rey de la jungla. Le di mi trago a Bruno y me dejé guiar por ella, que me llevara al infierno, qué más daba.

— ¡Mi conferencia es a las doce!

Alcancé escuchar a Bruno. No me tomé la molestia de voltear, ya tenía en mis manos a Sophie, ya podía volver a sentir.

Fui atacado por su boca en el momento que se cerró la puerta de su loft. Finalmente obtuve el beso que moría por darle desde que la vi, ¡mentira! desde que me rompió el corazón. Besaba con la misma pasión, con el mismo deseo que sentía por ella. Sus labios se sincronizaron con los míos, sus manos se prendaron de mi cuerpo como las mías al suyo.

—Sophie, no... Ven, siéntate, vamos a hablar un segundo.

Necesitaba dos minutos, uno... solo unos segundos para poder pensar.

—No quiero hablar, quiero sentirte.

Mi camisa ya estaba abierta, sus labios acariciaban mi pecho, sus manos peleaban con mi ropa. Su presencia eliminaba mi capacidad de raciocinio ¿Qué diablos era esa mujer?! ¿El tiempo que pasé olvidando dónde estaba? Todas esas horas deseando odiarla, todos esos minutos controlando el deseo se vengaban de mí riendo. No había olvidado, ni odiado, ni dejado de desear... solo perdí el tiempo.

La que no perdía el tiempo era ella, ya estábamos desnudos y rozando nuestros cuerpos en la habitación. Paré en seco para recuperar un poco de cordura.

—Quiero que digas qué me extrañas.

La vi directo a los ojos, hablando con el corazón en la boca y el deseo palpitando en la entrepierna.

—Sin ti no tengo oxígeno... deja que respire un poco —rogó.

¡Joder! ¿Quién se podía resistir? ¿Quién quería cordura? Mi boca regresó a la suya con apetito feroz. Lamí mejillas, parpados, frente, bajé a su cuello y acaricié con mi lengua la cicatriz que le había hecho dos años atrás, la marca de que esa mujer era mía, que esa mujer corría por mi sangre.

La bajé de mi cuerpo y la encajé en la cama. Sonrió y de inmediato abrió las piernas, a esa mujer le gustaba jugar.

Entre sus piernas empecé a besar su vientre desnudo, con suavidad, rodeando su ombligo, acariciando ligeramente la voluptuosidad de su pecho. Intentó levantar el talle para apresurarme y la detuve sin tacto de un solo empuje con la mano. Sin retirar mi mano de su pecho, le advertí—: O te quedas quieta, o no hay orgasmos. Si te mueves, solo te uso —abrió más las piernas, empuñó las sabanas, y se mantuvo quietecita. ¡Ah, mi Princesa!

Deseé que se moviera, que me diera alguna razón para solo usarla, pero no, sabía que conmigo no se jugaba, con disciplina adquirida en años de entrenamiento se mantuvo quieta. ¡Y terminé de romperme! Se veía tan inocente, tan entregada. Pasó, lo que pasaba solo con ella; La parte oscura de mi alma reconoció la suya. Un nudo de entendimiento se instaló en mi pecho, una tirantez rodeó mi garganta apretando fuerte, luchando contra mí, contra ella, contra lo que sentía... me venció. Fui absorbido por ella. Mi mejilla descansó en su vientre derrotada, cerré los ojos y me impregné de ella; Su olor, su textura, su palpar. Sus manos acariciaron mi cabello tímidamente, se enroscaron entre las hebras, limpiaron una lágrima. Dolía. Si, dolía.

—Tus pies te llevarán... —susurró con voz entrecortada, sufriendo, implorando. Ese era mi consuelo, que ella sentía lo mismo que yo.

—Allí donde está tu corazón —murmuré. Retiré la mejilla de su vientre y la sustituí con mis labios. Volví a besar su vientre, a venerar su piel. Con un solo dedo perdido en ella, y un suave jadeo, terminó. El segundo y tercer dedo, fueron recibidos con los espasmos de su interior.

—No seas cruel... ¡dame!

Me reí de su orden, Sophie Northman—Carter Jones no cambiaba.

—No te muevas, princesa.

— ¡Odio que me llames así! —alegó sin moverse, yo la conocía mejor, sabía que le gustaba ser mi Princesa.

Levanté su cadera y la recargué en mis piernas, quedó completamente expuesta entre mis piernas, las rosadas puertas del infierno brillaban, invitaban a entrar al purgatorio, y nunca salir. Con mi erección en la mano las acaricié, de repente sentí una necesidad apremiante por probarla, necesitaba beber de ella.

La bajé de mis piernas, la arrastré hasta la orilla de la cama, y mi cara se perdió entre los labios del infierno. Agarró mi cabeza con sus dos manos forzándola a llevar mi lengua directamente a donde la necesitaba. Evidentemente me estaba tomando demasiado tiempo, y ella no era una mujer paciente. Enterré mi boca entre sus labios y sacudí mi cabeza ligeramente para llegar más profundo.

— ¡Dioses! —gritó. Mezclé succiones con rápidos movimientos de lengua, me deleité cogiendo profundamente el sabroso y pequeño infierno. Jadeaba suavemente, empujando su cadera contra mi lengua al mismo ritmo. Por varios minutos disfruté de su sabor, de su jugo, de sus jadeos. El agarre de sus manos se intensificó y pude probar el orgasmo que se estaba construyendo en su interior. De repente jadeo más fuerte, intensifiqué el esfuerzo y le di todo. Con un audible grito de éxtasis, los músculos de su estómago se contrajeron. Con mis manos dañando su cadera, forcé a su palpitante coño hundirse más profundo entre mi boca. Un torrente de dulce jugo inundó mi lengua, pude sentir las pulsantes olas de placer recorrer su cuerpo. Con tiento, lamí pliegue por pliegue tratando de construir otro piso. Supe que lo estaba logrando, cuando empezó a rogar—: ¡Oh, dioses! ¡Dioses!

Fui premiado con otra ola de jugo sobre mi lengua. Usé solo mis labios para agradecer con pequeños besos al infierno, me retiré y dejé que regresara a su propio paso.

Me acosté a su lado observando su precioso rostro; un saludable color rosa chispeaba en sus mejillas y nariz. Sonreí con la visión de sus ojos cerrados, y una gran sonrisa de satisfacción en sus labios Cielos, ¡qué bella era!

Su respiración poco a poco se normalizó, rodó hacia mi lado y finalmente abrió los ojos.

—Mmm, eso fue nuevo.

“La práctica hace al maestro”, decía *Doc*. No abrí la boca, solo pasé mi brazo bajo su cabeza y la acerqué a mi pecho. Cerré los parpados y por unos minutos me empapé de ella. Uno junto al otro, entrelazados con brazos y piernas, disfrutamos de la cercanía, del calor, del lazo que nos unía.

—Luca... yo.

—Shsss... no importa.

Me dio un minuto más, sesenta segundos para cortar la unión. Después se levantó y con ojos llenos de pasión, prometió—: Te voy a coger.

Dejé que se saliera con la suya, era una Princesa, no podía negarle nada. Relamiéndose los labios, bajó hasta que mi verga se movió saludando su sonrisa. Firme y orgullosa, tembló cuando una de sus manos la atrapó, con la otra rodeó mis pelotas y las acarició con suavidad ¡Debería ser un delito ser tocado por ella! Empezó a besar la punta, continuo con lametazos por todo lo largo hasta que encontró las cuidadas pelotas, lamiéndolas ligeramente. Regresó a la punta y de un solo movimiento me engulló completo, hizo algo con su lengua y por poco le lleno la boca de leche.

— ¡Uy, eso es nuevo!

Me soltó para reír, aproveché para volverme acomodado entre sus piernas, si seguía en la calidez de su boca —y su pecaminosa lengua—, no iba a durar lo suficiente para lograr las tres vueltas, era

una regla que no podía romper.

Resbalé por el camino que me llevaba al infierno; caliente, ardiendo, temblando en las tinieblas del oscuro amor que sentía por ella, todo mío. ¡Regresé a casa! La luna y las estrellas se alinearon, me acoplé a ella y toqué el punto exacto para sentir un estremecimiento en manos, piel, lengua y verga.

— ¡Dioses! ¡Otra vez!

Robándole energía al universo, la embestí fuerte, bombardeé su cuerpo con todas mis fuerzas, sentí que iniciaba un profundo temblor en su cuerpo, con el corazón en la frente, cuello y pecho, le di con todo.

El grito de placer, los intensos espasmos, el violento temblor que invadió su cuerpo por la intensidad del orgasmo, me hizo perder el control. La leche salía furiosa de mi cuerpo para rellenar el suyo. De alguna manera logré mantenerme enterrado en ella hasta que vació mis pelotas, con cada espasmo me exprimía más y más extendiendo el placer.

Recuperamos el aliento unidos y poco a poco, saboreando las sobras de su temblor hasta que ceso. Solo ahí recuperé un poco de voluntad y me retiré del infierno, caímos en la cama uno al lado del otro, en silencio, mirándonos a los ojos y sin una sola palabra por decir.

—Hola, Luca.

No entendía a esa mujer, y mucho me temía que nunca lo iba a hacer.

—Hola, Princesa. —Negó un poquito arrugando la nariz.

—Me llamo Sophie.

Cerré los ojos, rodeé su cuerpo con brazos y piernas, y me despedí. Sabía perfectamente que, al volverlos a abrir, ya no iba a estar en mis brazos.

—Hola, princesa Sophie.

Teniéndola, no pedía más. Lo tenía todo. Aunque solo fuera por unos momentos. Dulces y memorables momentos.

Después de dejar a Luca, el mundo se puso de cabeza. Me fue imposible dormir junto a él, y no porque no quisiera, sino porque era lo que más deseaba. Quería dormir con él todas mis noches, amanecer en sus brazos todos mis días. Una fantasía que no tenía una pizca de realidad.

Intenté apaciguar esas fantasías con un poco de realidad, hice una llamada y en menos de quince minutos ya estaba sentada enfrente de Nina, revolviendo con mi dedo el hielo de mi vodka. Para Nina no existía el café o el té, con ella siempre era alcohol, con lo poco que me gustaba.

—Entonces... ¿ya me vas a decir quién es el mocoso?

El desprecio en sus palabras me hizo preguntar por primera vez por qué salía con ella. Cierto, era guapa, inteligente, buena en la cama, no tenía ataduras, un poco venenosa, pero nada que no tuviera antídoto, y desde hacía tres horas, ya no tenía sentido su compañía.

Le hice un guiño al barman y con eso cerré la cuenta. Me siguió sin que yo se lo pidiera, caminamos un par de calles en silencio, era claro que nuestra relación ya no existía, al menos de mi parte.

— ¿A tu casa o a la mía? —preguntó finalmente. Me detuve y la miré de frente, quería ser clara, que no quedara duda. Algo en la cautela de su tono me decía que Nina no lo iba a aceptar con buen agrado.

— A la de ambas: Tú a la tuya, y yo a la mía.

Antes de hacerle una seña a Han y Solo, volví la mirada a sus ojos, vi dolor, enojo, frialdad, una combinación peligrosa.

Una ventaja de vivir en Nueva York es que siempre se encuentra transporte, ella podía arreglárselas sin tener que llevarla a su casa, eso solo alargaría el desagradable momento. Han abrió la puerta de la SUV, antes de que la cerrara Nina preguntó—: ¿Amigas? —asentí sin creerlo, sin desearlo.

Meses después me iba a arrepentir de no haber sido honesta, y negar en vez de asentir.

— ¿Ya se fue?

Para asegurarme que Luca no pusiera mi mundo al revés, esperé que Bruno me confirmara su partida.

— ¿Me estás acosando, Sophie? —Bruno se sentó junto a mí en las escaleras de su edificio, por unos minutos no dijimos nada, no hacía falta, solo observamos cómo pasaba la vida enfrente de nuestros ojos—. ¿Todavía le quieres? —suspiré cómo respuesta, no hacía falta que le respondiera, él sabía mi sentir, exudaba por cada uno de mis poros.

No buscó una respuesta con palabras, rodeó mis hombros con uno de sus brazos y me atrajo hacia su pecho. Me arropé con lo cálido de su cuerpo, cerré los ojos y por unos instantes bajé la guardia.

—Este viernes tengo una cena de la facultad. ¿Quieres ser mi plus uno?

— ¿Me tengo que poner guapa? —pregunté saliendo de su protección.

— ¿Más? Imposible.

Y solo porque estaba con la defensa baja, acepté.

Pasamos un rato hablando de todo y de nada, hasta que regresamos a lo que nos había traído aquí.

— ¿Por qué no intentan resolver las cosas? Yo sé que te quiere.

—No mucho —me quejé con un murmullo. Lo que menos quería era quejarme de mi vida amorosa con el hermano menor de Luca, pero siempre era sencillo hablar con Bruno, él era directo, sin escudos.

— ¿Por qué dices que no mucho? ¿Él te dijo algo?

— No hace falta que diga nada. Solo es cuestión de ver las noticias. Siempre está acompañado por Jane, con otras, por Jane otra vez.

No podía discutir eso, Luca no amaba a Jane, tal vez ella tampoco amaba a Luca, pero nadie podía negar que disfrutaban el tiempo que pasaban juntos.

— ¿Y eso qué? Tu siempre estás acompañada también.

—Es diferente —aseguré levantándome de las escaleras.

—Alúmbrame Sophie, ¿por qué demonios es diferente?

Lo abracé y le di su respectivo beso en los labios antes de contestar—: Porque a ellas las lleva de la mano... siempre. A mí nunca me tomo de la mano.

Di la media vuelta y caminé resuelta lejos de cualquier gen Gardner. Solo un par de metros me permitió tener de ventaja antes de defender a su hermano.

—Eso no es su culpa. Ustedes siempre se escondieron.

Era cierto... aun así.

Tan pronto di un paso afuera de mi edificio, quedé de piedra, recargado en un Jeep amarillo canario se encontraba mi cita luciendo maravillosamente casual. Bruno tenía un estilo entre haraganería y modelo de alta costura italiano, no era formal, era... exquisito. Su cabello siempre revoltoso, la sonrisa adorablemente perversa, y en los ojos una fuente inagotable de lujuria, por supuesto que era exquisito. El extra era la camisa gris, pantalón, y chaleco negro envolviendo ese atlético cuerpo.

Un pequeño escalofrío recorrió mi cuerpo al verlo sonreír y dirigirse hacia mí. Era frío por supuesto, la noche era fresca.

—Pensé que era imposible, pero no, cada día luces más hermosa.

No es que mi intención fuera conquistar, pero siempre era mejor ir preparada con las mejores galas. Mi vestido vino de Zuhair Murad con una profunda hendidura en el pierna y detalle de colmena en la cintura, más mi cabello ondulando cayendo en mi hombro le daban un nuevo enfoque al reflejo del espejo.

—Me dijiste que era de largo —saludé con una palmada en el brazo—. Ahora vas a tener que esperar, no estoy vestida correctamente.

Me detuvo con una mano en la cintura y su boca rozando la mía. La barba de un par de días, el cabello en el punto exacto donde era difícil decidir si metías la mano para forzarlo a que te besara o para besarlo, era muy tentador.

—No lo creo, Sophie. Ya estás en mis manos, ya no te puedes escapar.

El escalofrío empeoró. Debí escoger un vestido más cubierto.

—Me voy a ver ridícula, Bruno. Dame cinco minutos y estoy lista.

—Es una cena de facultad, Sophie. Con gusto te ponía sobre mis rodillas y te daba unas buenas nalgadas hasta que mis manos ardieran. Deja de ser tan remilgosa, estas perfecta.

Mi risa fue demasiado audible, demasiado falsa, no pude evitar sonrojarme con excitación con los perversos pensamientos que me provocaron las palabras de Bruno, ¿ni siquiera lo decía en serio, o sí?

No quise discutir, ni darle importancia a las chispas que vibraron sobre mis labios cuando los toco. Me separé lo más rápido posible y me dejé llevar por la caliente mano en mi espalda baja, justo calentando mi cicatriz. No lo podía negar, Bruno era un hombre que inspiraba arrancarle la ropa.

El viaje en el destartado Jeep fue muy entretenido. Bruno tenía miles de anécdotas, había trabajado desde lavaplatos en distintos restaurantes de la ciudad, hasta en una agencia de noticias. Su plan era viajar y erradicar la pobreza, y la educación alrededor del mundo con el dinero que iba ahorrando, en estos momentos estaba profundamente comprometido en la lucha contra la discriminación. Estudiaba en el día periodismo y por las noches trabajaba en un blog buscando apoyo de la sociedad. Era un hombre muy ocupado, aunque nunca lo suficiente como para no tener

compañía en la cama, eso sí, evitaba cualquier tipo de relación, ese tipo de ‘drama’ no necesitaba en su vida.

Me ayudó a bajar del Jeep, y volvió a colocar su mano en mi espalda baja calentando la piel a través del vestido, chispas brincaban donde tocaba. La mano no se movió, me mantuvo cautiva hasta que un par de fotógrafos en la entrada nos dieron la bienvenida con el flash, eso me regresó a la realidad.

—Bruno, lo lamento. Debí decirte que yo no salgo en revistas.

Ya Han y Solo se hacía cargo de los periodistas que solo hacían su trabajo.

—Seguro es para algún blog sin importancia o un periódico que nadie lee, no te apures.

Medio sonreí para quitarle importancia al incidente, yo no era la importante del evento, Bruno sí. En cuanto entramos al salón fuimos... no, en realidad él fue atacado con bienvenidas, elogios, propuestas. Era una noche de ‘primeras veces’, hasta ahora analizaba lo que hacía Bruno como labor social. Era el creativo, el de la iniciativa en una organización sin fines de lucro que apoyaba a gente sin hogar. Daban la solución, respeto al ser humano sin importar la raza, el sexo, religión o condición social. La serie de discursos me regresó a la tierra, abrir los ojos respecto a las dificultades que tienen las personas para levantarse de una caída, un fraude, un divorcio, hay miles de acontecimientos que te hacen perder, en este caso, hasta tu hogar. Era una mujer afortunada, y muchas veces lo olvidaba.

— ¿Qué tienes? —Bruno acarició mi mano por debajo de la mesa con suma ternura, con cariño.

—Mi fideicomiso podría acabar con todo ese sufrimiento —murmuré acercándome a su oído. Bruno olía a nueces amaderadas, añejadas, era un olor rico, complejo.

—Puede, pero no debe —murmuró de la misma manera distrayéndome de su esencia—. Las personas deben ser responsables de sus actos, comprometerse a tomar medidas que atiendan las necesidades de sus problemas. No se trata de arreglarles el mundo, se trata de tener una visión ética de tu conducta, liderar tu camino. Enseñarles a pescar, no a darles el pescado.

Hizo un guiño y regresó su atención al estrado.

Desde el minuto uno Bruno se comportó como todo un caballero, nunca pensé que tener una cita con el Lobo fuera tan... tan... bueno.

Después de una serie interminable de discursos inicio la cena, el ambiente se aligeró notablemente, sobre todo cuando subió al estrado una mujer de piel canela y profundas curvas que dio la bienvenida a un grupo latino.

— ¿Bailamos? —regresé mi mirada a la pista donde ya se movían a un ritmo que yo nunca iba a ser capaz de seguir varias parejas.

—Yo no bailo así —le advertí al darle la mano. El muy canalla sonrió con coquetería mientras me guiaba entre parejas contoneándose.

—Sin problema, cenicienta. Ahorita hago que te muevas.

Sus dorados ojos gritaban ‘pecado’ fuerte, muy fuerte. Y me veían directamente a mí. La simple mirada causó un escalofrío a través de mi piel, de mis músculos, de mis nervios. Bruno era sexy, cachondo, y algo más, algo que no podía expresar con palabras, algo que iba más allá de esa gloriosa cara. Era un aura de peligro que llamaba con rugidos a la princesa exploradora que llevaba dentro.

Su cadencia, el movimiento de cadera, el firme agarre de su brazo en mi espalda iba directo a mi pecho, me asusto, Bruno era un hombre fuera de límites, fuera de mi radar, y cada segundo me costaba más trabajo recordarlo.

Una sombra de sonrisa en la comisura de su boca en silencio me retaba, me provocaba a desear la fruta prohibida. <<Bruno es su hermano menor>>, me tuve que repetir un par de veces para no aceptar el reto. Pero la tentación era tan grande.

Nuestras miradas se congelaron, se fundieron en una sola. Con exigente silencio fue llamando a cada una de las células de mi cuerpo, todas se reunieron en mi pecho vibrando con anticipación, y por más que lo quisiera ocultar, con necesidad. Una necesidad innata del ser humano, esa de sentirse querida y amada por otra persona. Yo sabía que Luca me quería, aunque siempre a puerta cerrada. Yo necesitaba ser amada abiertamente.

Su brazo me acercó todavía más a su cuerpo, su calor era como él; profundo, oscuro y penetrante.

—Me gusta cómo te mueves —susurró en mi oído derritiendo todo en mi interior. El ‘inocente’ beso que siguió al susurro, envolvió mi poca voluntad y la embarco para un viaje muy lejos de mi cuerpo. Sentía claramente cómo iba perdiendo la poca conciencia que tenía.

Podía sentir palabras queriendo salir de mi boca con nerviosa tensión, pero estaba paralizada por el oro derretido de sus ojos. ¿La temperatura subió varios grados, o era yo que por primera vez tenía una emoción cruda e innata de lujuria sobre Bruno? Imágenes de presionar mi mejilla en la suya, en su pecho desnudo, recorrer con mi lengua su torso, sus piernas, lo que ocultaba su pantalón... Un involuntario escalofrío me regresó a la realidad, ¡¿Qué diablos pasaba conmigo?!

— ¿Sophie?

— ¿Mmm? —Bajé la mirada, la subí hacia el cielo. Necesitaba quitar estás imágenes de mi cabeza.

— ¿Me estás escuchando?

—Claro —mentí. Sentía una bochornosa, cruda, y lujuriosa reacción hacia él. Nunca imaginé una sensación tan intensa con solo un par de minutos en sus brazos. Mi corazón brincaba, se saltaba varios latidos, el cosquilleo ahí donde sus manos me tocaban iba en aumento. Bruno Gardner era letal. <<Luca es su hermano>>, me recordé nuevamente.

Seguro, los dos proveníamos de familias donde el amor era compartido, y donde parecía funcionar perfectamente, siquiera de mi lado funcionaba. Pero de eso a tener otro Gardner en mi lista, distaba mucho. ¡Carajo! ni siquiera podía mantener una relación estable con su hermano, era un caso perdido pensar en dos Gardners. Además, mis sabanas todavía olían a Luca.

¡No! De ninguna manera debía pensar en Bruno. No con esos pensamientos de desnudarlo, besarlo y tocarlo por todas partes. ¡Dioses! ¡¿No podía pensar en otra cosa?!

El final de la canción vino a mi ayuda, me excusé para ir al tocador, y me negué en seco a volver a pensar en él de esa forma.

No lo logré.

Me vio con ojos de cordero y supe que es lo que venía.

— ¿Qué? ¿Qué haces? ¿Por qué me miras así?

— ¿Así cómo?

— Todo raro y tiernecito.

Hizo un bufido entre desdeñoso y nervioso antes de acercarse todavía más a mí.

— Voy a besarte — anunció viendo directo a mis ojos. El calor de su cuerpo era intenso, casi agresivo, hizo que me sintiera... rara, con anhelo. ¡Yo no podía sentir anhelo por él! ¡Era el hermano pequeño de Luca!

Justo cuando sentí su aliento en mis labios, lo detuve—: No.... No besos.

Se mojó los labios y regresó a su posición inicial.

— Nos hemos besado un millar de veces, Sophie.

— Pero no así.

— Por supuesto que no...

Después de unos segundos donde los dos tratamos de entender lo que había estado a punto de pasar, preguntó—: ¿Por qué no?

Lo pensé y lo pensé, ¿por qué no? No sé me ocurrió ninguna respuesta a eso, así que tome la salida más fácil.

— Vamos, Bruno, somos amigos.

Fue una cubetada de agua fría, su semblante se transformó, se enfrió.

— Wow, esto es un poquito humillante. Creo que voy a tirarme por la ventana.

Aunque sus palabras estaban cargadas de sarcasmo, una sombra de dolor les hizo eco. Intenté aligerar el ambiente con una palmada en su pierna y una incómoda sonrisa.

— Me alegra que esto no termine de una manera incómoda para ninguno de los dos.

Se rio de mis palabras logrando que el ambiente se aligerara, cubrió mis hombros con su brazo y me acercó a su cuerpo de una manera protectora. El anhelo que sentí antes se intensificó.

— Yo nunca me podría sentir incomodo contigo. — Me dio un beso de lo más fraternal en la frente antes de asegurar—: No pasa nada, cenicienta.

El anhelo encontró una grieta en mi corazón y se escapó, corrió libremente por mi sangre hasta recorrer cada parte de mi cuerpo. Al llegar a casa me escondí bajo las sábanas, ¿Qué pasaba conmigo?

<<No pasa nada, cenicienta>> que bueno que lo asegurara tan bien, por un minuto le creí. No logré dormir un solo minuto, eran las tres de mañana y yo seguía dando vueltas en la amplia y fría cama. Bruno y yo éramos amigos desde siempre. De todos los Gardner él era el más fácil en trato, siempre abierto, siempre dispuesto. Él no tenía reparos es decir o hacer lo que quería. Tal vez por ser el menor, tal vez porque venía en sus genes la libertad. Podíamos hablar de política, religión, libros, música, de todo y de nada, y nunca lo hizo con coquetería... al menos no conmigo. Normalmente él tenía pareja o parejas, y yo siempre estaba con alguien, además de que siempre estuvo presente el

pequeño detalle de que fue el primer hombre que besó a Viri, y el gran detalle de que su hermano y yo estábamos profundamente enamorados, o eso creía. Nunca cruzó por mi mente escribir en un corazón Bruno y Sophie... hasta ahora.

No podía negar que me gusto la atención que puso a cada una de mis palabras, la manera en cómo seguía mis labios, su toque en mi cintura cuando bailamos, el largo abrazo a la hora de despedirnos, su postura, su fuerza, su seguridad y lo sexi... porque era sexi... muy sexi.

Dioses, ¡¿qué pasaba conmigo?! Ni siquiera me atrevía a decir lo que pensaba en voz alta. Él era el primer hombre en los últimos cinco años que realmente me hacía reír. Y también el que, por primera vez, consideraba tener algo más que un acostón de una noche, porque algo me decía que una noche no bastaba con él. Bruno era mi amigo, era más que mi amigo, era...

— ¿Viri?

Si alguien me podía ayudar con este sentimiento de querer sin deber, era mi hermana.

— ¡Princesa! ¿Cómo estás? ¿Qué dice la escuela? ¿Todavía sigues con la rubia? Cuando acabes con ella, ¿me la pasas?

No había duda de que mi hermana estaba hecha a mi medida. Desapareció el ceño de mi frente para sustituirlo por el par de hoyuelos que se me hacían cuando reía como idiota.

—Estoy bien. La escuela bien, como siempre. Ya acabé con Nina, y por supuesto, es toda tuya.

Las dos reímos de nuestras burredas, eran las tres de la mañana, pero para nosotras no había horario.

Mientras yo me dejaba caer en el diván de mi habitación para admirar la vista de la ciudad que nunca duerme y tener una plática de esas que duran dos días con mi hada, escuché por la línea cómo se cerraba una puerta.

— ¿Es mal momento? Puedo marcarte más tarde —aseguré. Mi hermana también era una mujer que siempre estaba acompañada, lo que menos deseaba era interrumpir una sesión de amor. Esas no se interrumpen. Algo que a Alex no le enseñaron.

—No. No es nada.

Eran pocas las veces que Viri mentía, se le escuchaba en la voz y siempre sabíamos cuando lo hacía, así que evitaba hacerlo. Pero antes de que metiera las narices donde debía, me interrumpió—: ¿Qué novedades tienes?

Tal vez porque tenía a Bruno atravesado en la cabeza, pero no busqué la razón de la mentira.

Debí hacerlo.

Pasé la siguiente hora explicando cada uno de mis pasos con los hermanos Gardner, desde el encuentro con Luca en el bar, hasta el incómodo momento en la limusina con Bruno.

— ¿Y cuál es el dilema?

— ¿Cómo que cuál es el dilema? ¿No me escuchaste?

—Sí, si te escuche. Escuche la melosidad de tu encuentro con Luca, y la excitación por la expectativa con Bruno. Pero no entiendo cuál es el dilema. ¿Ya vas a ir en serio con Luca? Porque si no, no pierdas el tiempo y lánzate por Bruno.

— ¿Tu Bruno?

Viri empezó a reír con frescura. Con eso me daba acceso completo a los labios que la besaron por primera vez.

— ¿Estás loca? Bruno nunca fue mío, ni siquiera me acosté con él. Él no es uno de mis Gardner.

¿Y quién sí lo era?

—Esos Gardner son solo sinónimo de problemas —me quejé, aunque la decisión ya estaba

hecha.

— ¿Y eso cuando nos ha detenido? —pregunto mi hermana bostezando.

Nunca, era la respuesta.

Mi abuelo no tomaba café, “los verdaderos caballeros beben té”, solía decir. Cada vez que tenía una taza de té en mis manos lo recordaba, recordaba sus pasos firmes y su infinita capacidad de dar. Gamble, no era verdaderamente mi abuelo, como a Owen y Alex, lo adoptamos. Él no compartía sangre con mis padres tampoco, solo los unía el lazo irrompible del amor. La madre de Owen, la tía Lilly como pedía que la llamáramos, los dejó bajo el cuidado de Gamble desde que eran unos niños. Él les enseñó que el amor se da, no se arrebate, ni se roba, tal vez por eso funcionaba mi familia, porque nos queríamos sin obligación, sin deber, solo por gusto, por querer.

También nos repetía algo que, en estos momentos, me sirvió para dar un paso que no debía: “Amen mucho mis niños. Amen, porque la vida es corta”.

La vida era corta, y yo no la iba a desperdiciar.

—Supuse que no iba a escuchar de ti en un par de meses, años, incluso. ¿Todo bien?

—Si...

Bruno

Había estado en el loft de Sophie muchas veces, pero esta vez era diferente, la energía se sentía diferente. Cuando empezó a balbucear, descubrí el por qué.

—Mi abuelo... ¿Te acuerdas de mi abuelo?

—Un poco.

Tomé su mano y la noté húmeda. La detuve con la misma mano e hice la pregunta muda, ¿qué le pasaba? Bajó la mirada por un segundo, un solo segundo que me supo a gloria. Sophie Northman—Carter Jones estaba nerviosa, ¡yo la ponía nerviosa! Eso contó como el logro del día.

—Te voy a preparar un té —susurró con la vista directa en mis labios. El logro del día se iba a convertir en la vergüenza del día, si no dejaba de verme así, iba a lechar mis pantalones. Me tenía muy duro.

— ¿Té? —Sonrió y los hoyuelos aparecieron, cada vez que los veía me entraban unas ganas locas de hundir la lengua en ellos—. Mi abuelo decía que solo los caballeros toman té. Y yo tengo la mezcla perfecta.

No lo dudé por un segundo. Hizo un guiño y siguió por el lujoso corredor hasta llegar a las puertas de cristal. Recargó la mano derecha en el panel que se encontraba al lado de las puertas para que después de un escaneo rápido y un ‘bip’, las puertas se abrieran automáticamente para su majestad. Sophie era una princesa y su familia la trataba como tal.

— ¿Tienes algún tipo de preferencia?

Se movía con una elegancia innata, sus piernas largas y bien torneadas no tropezaban, de hecho, creo que nunca la había visto caer. Se quitó los zapatos en un movimiento y acarició la alfombra con sus cuidados pies. Quise convertirme en hebra para recorrer la piel entre sus dedos, está mujer me tenía a punto de turrón, lo más grave, es que seguramente solo deseaba hablar sobre mi hermano.

— ¿Preferencias? Si, si tengo ciertas preferencias —balbuceé. No había duda, un extraño suceso estaba ocurriendo, yo no balbuceaba. Aunque era imposible no hacerlo si la imaginaba haciendo alguna de mis preferencias. Hizo una mueca como si pudiera leer mis pensamientos. Después de negar un poquito se dirigió a la cocina, si de por si me tenía embobado, tener un panorama completo de la parte trasera de su cuerpo me anuló por completo. Tenía un trasero firme y acorazonado, esponjoso, y seguramente muy sabroso. ¡Uf, e iniciaba la obsesión! Ya me veía soñando con su trasero por los próximos días.

Dejé de ver mi próxima droga para concentrarme en la vista, siempre era imponente ver la ciudad desde las alturas, sobre todo si podías disfrutar de un primer plano del Empire State. Alguna vez visite el penthouse de sus padres en Chicago, también tenía una gran vista, pero Nueva York era Nueva York, pocas ciudades en el mundo se le asemejan a la gran manzana. Siguiendo el ejemplo de sus padres, no había una sola persiana que diera intimidad al loft, eso era algo que me gustaba de su familia, no se escondían. Que poco había que esconder en un piso cincuenta y siete, si querías espiarla, tenías que usar la última tecnología en lentes y una demanda de parte del Grupo Carter. En

eso si era muy cuidadosa su familia, en la seguridad.

Llegué a la cocina guiado por su acorazonado trasero, para que negarlo, yo era un hombre de traseros.

— ¿Está ocupado? —pregunté con la voz que nunca fallaba; grave, lasciva, las chicas no tenían defensas para esa voz.

—No seas tonto —contestó sin siquiera voltear a verme. ¡Joder con esta mujer! ¿Cómo se supone que la iba a conquistar si no caía en los trucos que tan bien había practicado hasta la perfección?

Me senté en uno de los bancos y recargué los codos en la encimera mientras la veía trabajar con mi té. Un té, ¡qué ocurrencias! Yo necesitaba algo más fuerte para lidiar con ella.

Guardé silencio admirando las delicadas manos, su piel era aterciopelada, fui subiendo la mirada hasta el cuello fino y elegante. Incluso su rostro se veía frágil, una trampa de la naturaleza, Sophie no tenía una sola célula frágil en su sistema, al contrario, pocas eran las mujeres que conocía que fueran tan competitivas e inquebrantables como ella. Levantó la mirada y me encontré con sus maravillosos ojos azules, oscuros aun cuando eran de un azul muy claro. Me mojé los labios y fui testigo de cómo se dilataban sus pupilas. Vaya, ¡finalmente!

—Por qué... —Tuvo que aclararse la garganta, y mi temperatura subió varios grados—. ¿Por qué estás tan callado?

—Te estoy admirando. Eres una belleza.

Aun cuando sus ojos no se movieron, tuve la sensación de que no me estaba dejando entrar, tenía que usar otro método si quería una probadita de Sophie.

Al fin, ya tenía el buen visto de mi hermano.

“Voy a salir con Sophie”. “Buena suerte”, fue su respuesta. Yo pensé que iba a poner más trabas, pero al parecer su relación era más abierta de lo que yo creía.

Me engañé por millonésima vez. ¡Por supuesto que no era abierta! Ni siquiera sabía cómo etiquetarla, solo sabía que ninguno de los dejaba entrar a nadie más a su corazón, y que Luca creyó que estaba bromeando. Pues no, no estaba bromeando, no es que se lo fuera aclarar, pero tenía años, y años obsesionado con esta mujer. Algo en la manera en cómo se movía, su sonrisa, los hoyuelos. Nunca lo iba a aceptar, pero estaba en Nueva York por ella, cuando supe que venía a estudiar acá, deserté la idea de ir a Boston, donde verdaderamente esta mi trabajo. No es que la fuera acosar, solo que había algo... algo que no me dejaba alejarme de ella. Me tenía encadenado a ella, y ni siquiera lo sabía. Esta era mi oportunidad de romper la cadena. Ahora era mi tiempo de acabar con la obsesión.

Suspiré al ver que sus pupilas seguían dilatadas, su respiración se aceleró, su piel se tornó rosada, sin hablar, su cuerpo se estaba comunicando conmigo. Ella se resistía a dejarme entrar, pero su cuerpo me quería, me deseaba, lo podía sentir.

—Oh —Su cabeza estaba en cortocircuito, ella no era de monosílabos. Acerqué mi mano para tocarla, pero la muy cobarde bajo la mirada y siguió trabajando con la tetera. Pasaron varios minutos en la que solo se escuchó la porcelana, el abrir y cerrar de cajones, siguió distrayéndose hasta que la tetera chilló pidiendo clemencia. Cuando finalmente tuve el té enfrente de mí, estaba igual que la tetera, pidiendo clemencia para que acabara con esta tortura, ¿qué quería de mí?

—Pruébalo, te va a gustar —ordenó mirándome a los ojos. La complací tomando un pequeño trago del té, era cierto, sabía bien, sin embargo, lo que yo realmente quería beber lo tenía ella entre las piernas.

— ¿Por qué estoy aquí, Sophie? —Ignoró mi pregunta, levantó la mano y tocó mi manzana de Adam. Su tacto quemaba.

—Las manzanas son para morder... —susurró de la manera más sensual que alguna vez haya presenciado. ¡Demonios! Me levanté, rodeé la encimera, estaba a punto de tomarla cuando salió del trance y huyó—: Tengo que ir al tocador... regresando hablamos.

¡¿Qué pasaba conmigo?! Nunca me comporté tan imbécil en toda mi vida. Seguro ahora se estaba doblando de risa. Me lavé las manos, la cara, necesitaba despejarme, olvidar cómo se balanceaba su manzana de Adam en un movimiento suave, no brusco como se veía en algunos hombres. Excitarse por una manzana de Adam era algo nuevo en mí, nunca había pasado antes. Finalmente rebasé el muro de lo absurdo... absurdo y retorcido, porque me sentía excitada como pocas veces, mi clítoris palpitaba a punto de explotar, mi pecho estaba hinchado, pesado, incluso con lo negro de mi blusa era imposible ocultar las cimas. Estaba fuera de la ecuación satisfacer la necesidad, así que respiré varias veces antes de abrir la puerta.

¡Dioses de los Gardners! Bruno entró al baño sin invitación.

—Ya me acabé el té, ahora vamos a hablar —ordenó. No tuve nada que agregar, cada pensamiento, cada reserva de estar con él quedó atrás de la puerta.

En un mismo movimiento él me acercó y yo me acerque a él. En un parpadeo su boca estaba en la mía, suave, húmeda, con sabor a té, con sabor a hombre. Era imposible evitar los jadeos, entramos en una batalla por compartir nuestro aliento, por entrar en nuestros poros, probando, atormentando. En contraste con la frenética batalla de nuestras bocas, su abrazo fue gentil, me recargó con suavidad en la pared asegurándose de no hacerme daño.

—Abre —susurró entre mordiscos.

Mis piernas obedecieron gustosas por sentir la dureza de su cuerpo. Podía sentir mi vientre preparándose para él, la significativa humedad entre mis piernas crecía a cada segundo. Pero no entró, ni siquiera se acercó a la conjunción de mis piernas, simplemente recargó la cadera en la mía y se detuvo. Estudió mi cara, sincronizó su respiración a la mía, jadeó junto a mí en frustración.

—No vas a jugar conmigo, Sophie.

¿Me advertió? ¿Se advertió? No estaba segura.

—Escucha, esto nos va a crear muchos problemas... con los tuyos, con los míos... pero pareciera que no pue... —Ya no me dejó decir más, volvió a devorar mi boca con lascivos movimientos de lengua, labios, cadera.

—Esto va a ser lento, cenicienta. Quiero sentirte, quiero probarte, quiero que me sientas...

Mi boca se abrió asombrada de no haber explotado por una combustión de lujuria. Sus dorados ojos brillaban de una manera que nunca le había visto, empecé a temblar sin control, ¿qué poder tenía Bruno sobre mí?

Apretó su cadera a la mía como consuelo, ¡ahora si explotaba de lujuria! Se le sentía duro, muy duro, y más grande de lo que yo imaginaba.

Lo conocía de toda la vida, y solo su toque bastó para que mis defensas se rompieran. Bruno era peligroso.

— ¿Tu qué quieres, cenicienta?

Si su voz no estuviera cargada de lujuria, si su verga no estuviera dura como el acero, si sus pupilas no estuvieran en flamas, hubiera pensado que Bruno se burlaba de mí. Pero podía sentir su pecho subir y bajar acompasado al mío.

—A ti, te quiero a ti.

¡Ahí estaba! Ya no había vuelta atrás.

Me volteó, hizo que levantara las manos y subió mi blusa con palmas abiertas. Sentí sus labios besando cada vértebra, incluso las que estaban rotas.

—La cicatriz...

Mi gemido fue callado con su lengua recorriendo la marca sonrosada de lo que pude haber sido y no fui. ¿En qué momento desabrocho mi pantalón? No lo supe. Fui consciente de la prenda hasta que me hizo salir de ella. Su boca regresó a mi espalda acariciando, mordisqueando, haciendo que tambaleara.

—Da la vuelta. —Sus ojos regresaron a los míos, no rompió el contacto en ningún momento, ni siquiera cuando la blusa cubrió mi cabeza, pude sentir su mirada a través de la tela en cada movimiento.

—Eres perfecta... perfecta...

Le creí cada palabra.

—Hueles... hueles... ¿Por qué las princesitas malas huelen tan bien, Sophie?

Olfateaba mi cuello como un lobo reconociendo a su presa, su aliento calentaba mi piel, sus manos amoldaban mi cuerpo, estaba preparando su festín. En trance me dejé ir, su lengua recorrió el pesado pecho, probó la cima derecha, la succiono hasta que estuvo dura, dura como él.

—Bruno...

Las piernas ya no me sostenían, tuve que recargar completamente mi cuerpo en la pared para no acabar en el suelo.

—Sophie... sabes...sa... —Se llenó la boca ahora de la cima izquierda, estaba tan dura que resultó doloroso cuando la mordisqueo, doloroso y condenadamente placentero.

El nudo que coronaba mis piernas pulsaba desesperado, Bruno leyó mi cuerpo y lo consoló frotando su cuerpo contra el mío. Un jadeo muy sonoro escapó de mi boca, incluso yo misma me sorprendí, solo una persona me había hecho sentir así.

—Solo déjate ir.

¿Y quién me iba a sostener? Estaba a medio camino de llegar al piso. Con la poca voluntad que me quedaba apreté su camisa.

—Vamos a mi habitación, no quiero acabar en el suelo.

Lo fui guiando por el loft sin soltar su camisa, este hombre no se me escapaba, tenía que probarlo completo, quería sentir, vivirlo por completo.

Entré a la habitación y enseguida me puse a trabajar, yo solo estaba en bragas y él seguía vestido. Se detuvo junto a la cama, removí su camisa, pantalón, zapatos, incluso los calcetines volaron, un jadeo de lujuria abandono mis labios, el hombre era una absoluta visión, no era lo que esperaba. Ya había visto al menor de los Gardner sin camisa, hacia años, no así, no con el atractivo de la adultez. Mis ojos deambularon por su sólido cuerpo, sus pectorales, su abdomen, y sus tatuajes, ¡Bruno tenía tatuajes! no tenía idea. Era un buen espécimen, un buen ejemplo del sexo masculino, y estaba a punto de compartir mi cama con él.

Nos dejamos caer en la cama y entramos en batalla, él arriba, yo arriba, parecía que nadie quería ceder el poder.

—Escucha, cenicienta. —Nos detuvo con sus manos presionando mis muñecas y sus caderas atrapando mi cuerpo—. No me importa lo que hagas en otras camas, pero en esta cama, solo mando yo.

Mirando directo a sus ojos ladeé la cara y mordí su brazo, fue una mordida en toda regla y la aceptó con total ahínco. No tuve más remedio que aceptar mi derrota, mientras más hundía mis

dientes, más determinación había en sus ojos. Abandoné la piel para que mi lengua acariciara los perfectos hoyuelos que dejaron mis colmillos mientras sentía cómo se endurecía todavía más su entrepierna. Se frotó contra mí en un gesto primitivo e involuntario, solo por ese abandono acepté su mandato, él mandaba en esta cama... bajo mi supervisión, por supuesto.

—Tú mandas. —Con una sonrisa demasiado pomposa para mi gusto dejó ir mis muñecas y se retiró de mi cuerpo—. ¿Qué haces?

Con un dedo sobre sus labios indicó que guardara silencio, y como pocas veces en mi vida, obedecí. A señas me fue guiando; Retirara mis bragas, abrir la boca, besarlo, saborearlo.

Abrir las piernas y llenarme de él, ya fue cosa mía. Ahí lo supe. Justo en el momento que sentí a Bruno Gardner en lo más profundo de mi cuerpo, supe que era a él lo que mi conciencia buscaba, ese por el que no pude estar con Luca, por el que no me permití luchar y dejé que me separaran del hombre que amaba... que amo.

¡Oh, dioses! ¡¿Qué estaba pasando?!

Ajeno a las disputas de mi conciencia, Bruno siguió envolviendo a mi cuerpo en un capullo de regocijo casi inmoral. Sus movimientos estaban cargados de pericia, de obvia experiencia, de ‘aquí me muero’, mis entrañas vibraban con alegría, mis paredes lo apretaban grabando su forma.

— ¿Quieres mi leche?

—Toda —rogué. Un gemido de lo más primario surgió de su pecho cuando se hinchó, y pulsó para entregarme la afamada —y de la que ahora sabía era adicta—, leche marca Gardner.

Bruno

‘La vida no es para soportarla; es para disfrutarla’, un lema con el que viví toda la vida. Fiestas, sexo, lujuria, amigos, hermandad, familia, trabajo, para mí todo era un deleite, y ahora estaba en la cúspide.

Sophie subió a la cama a gatas, completamente desnuda y con un té para mí en la mano, ¿qué más podía pedir? Levanté el edredón para que me acompañara, con una gracia que parecía de otro mundo se acomodó junto a mí, recargó su cabecita en mi hombro y subió una de sus largas piernas a las mías, el toque era íntimo, más personal que las dos horas que pasé adorando su cuerpo.

—No me perdía ninguna de tus prácticas.

— ¡Mentiroso! —Dio un jugueteón manotazo en mi pecho y regresó mi hambre por ella, ¡ya era adicto a esos manotazos! Pensé que, probando, el antojo se iba a quitar, ¡gran error! El antojo crecía y crecía con cada segundo en su compañía—. Es cierto. Estaba profunda y desesperadamente enamorado de la novia de mi hermano. Eso no es sencillo de evitar. Y lo mejor de todo, es que no me arrepiento... de nada.

Luca. Sin nombrarlo, Luca nubló el placer postcoital, un gran elefante que apareció en cuanto salí de su cuerpo, ¡y que cuerpo! Le di un beso en la frente y acerqué su cabeza en mi pecho negándome a discutir una palabra sobre mi hermano, ¿qué podía decir sobre él? Qué sabía que lo amaba, qué era el hombre de su vida, qué todos esperábamos el día en que Luca dejara de ser un idiota y le diera un final Disney. Ya sabía todo eso, no era necesario que se discutiera.

—Yo no era su novia... nunca fui su novia.

Mi buen humor se esfumó con el dolor de su voz, ¡jodido Luca! Dejé la taza de té —incluso con el buen sabor diluido en mi boca se sentía extraño decir ‘té’—, y de un tirón hice que se sentara entre mis piernas.

— ¿Ya acabaste? —Hizo una mueca asintiendo, la autocompasión no le quedaba—. Bien. Uno; No vamos a hablar sobre tu relación con mi hermano, Luca tuvo su tiempo, su espacio, y no pienso interferir en eso. Ese dilema es entre ustedes —la mueca se profundizó y un hoyuelo apareció—. Dos; Siempre, cuando quieras, dónde quieras, y en frente de cualquiera, ¡siempre! puedes tomar mi mano —sus ojos brillaron, tragó saliva al mismo tiempo que entrelazaba sus dedos con los míos. Sophie no era una mujer tímida, siempre decía su opinión fuerte y claro, algo que no iba a suceder en este instante.

Separé mis piernas forzando a que las suyas me imitaran, quedó a mi merced, abierta, expuesta, divina.

—Tres... —Sophie no quería hablar, negando se acercó regando suaves besos por todo mi cuello, si me quería distraer, lo estaba logrando—. Tengo cierta urgencia en volver a sentir el calor de tu cuerpo...

—Si —suspiró entre besos.

—Pero si empezamos no estoy seguro que recuerde lo que te quiero decir, ni que tú me

escuches —froté mi verga en contra de sus hinchados labios, se sentía muy caliente, muy húmeda, muy mía.

¡¿Qué diablos?! ¡Sophie no era mía!

<<Nadie es de nadie, cada quien es dueño de sí mismo>>, me tuve que recordar.

—Conmigo vas a estar segura. Sé que nos conocemos de toda la vida, que conocemos nuestros buenos y malos momentos, pero nunca como esto. Nunca en la intimidad. Te aseguro que si tú estás donde estás, con mi verga más dura que nunca retorciéndose por lo caliente de tu coño, toda mojada de ti, física, sexual y emocionalmente, voy a ser todo tuyo.

La muy cabrona se restregó de tal manera que no tuve más remedio que capturarla y enterrarme muy adentro de ella, centímetro a centímetro, jadeo a jadeo.

—Te deseo, cenicienta —gruñí con la exquisita tortura que le daba a mi verga.

—No me jodas, Bruno, ¿cómo cenicienta? —Subía y bajaba, moldeaba su cuerpo al mío, se empujaba más allá de sus límites, me controlaba con violentos movimientos.

— ¿Blanca Nieves? —Se rio y las paredes de su coño torturaron mi verga. ¿De qué se trataba? ¿De regresarme a la adolescencia y hacer que regara mi leche en noventa segundos? — ¡Siente esto! —respiré cerca de su oído mientras rodeaba su cintura y la forzaba a gritar de placer—. Esto es nuestro, de nadie más —reclamé su boca con una extraña fiereza, la lujuria se desbocó con urgentes empujes para enmendar la necesidad. Nunca había sentido esta clase de necesidad, de exigencia por alguien. Quería que gritara mi nombre, que sufriera por mí.

Sin espacio entre nosotros, recorría su gloriosa espalda, su cabello mientras su ferviente lengua exploraba mi boca.

La levanté con un empuje de mi cadera, gritó mi nombre y me succionó, lava caliente envolvió mi verga, fuertes temblores de sus paredes aplastaban mi carne. Con un gruñido me dejé ir, exploté llenándola de leche caliente. Con perfectos besos y caricias tiernas en mi cara la aceptó, con jadeos de satisfacción mi leche, su leche se mezclaba. ¡Oh, Sophie era un pequeño demonio! Con razón mi hermano no la podía dejar ir.

Yo no la iba a dejar ir.

Despertar con Bruno era un nuevo placer culpable, su mano recargada en mi cadera, su respiración acariciando mi nuca, el calor de su cuerpo, el olor. ¡Mmm, placer culpable!

Me levanté con cuidado de no despertarlo, aun siendo una desvergonzada había necesidades que tenía que cubrir a solas. Salí del baño con aliento fresco y lista para ir a nadar... hasta que vi sus pies. La indeclinable rutina que tenía desde niña paso a segundo término cuando vi sus piecitos, así como su manzana de Adam, pidieron ser mi nuevo fetiche.

Los acaricié casi inconsciente, siguiendo la forma, las líneas, al dueño. La forma desgarrada de dormir de Bruno llamaba a pecar, y pecar fuerte, me metí bajo las sábanas a gatas, las piernas velludas y fuertes enmarcaron mi camino a lo que se le podía llamar: un buen desayuno.

Mi lengua salió en busca de la verga semierecta con apetito feroz, tenía un sabor picoso, energético como su dueño. Parecía que se fuera acabar, la lamia, la besaba, me embutía con ella sin decoro, sin técnica, simplemente me atragantaba como chiquilla y su helado de chocolate, hasta que sentí sus manos en mi cabeza empujándome hasta tragar por completo lo que ahora era una verga completamente erecta y más.

La falta de aire en la cama fue algo nuevo, solo un segundo de sus manos en mi cabeza, un segundo de perder la noción del mundo y solo ser consciente de lo que llenaba mi boca, un segundo que supo a ¡quiero más! El acto dejó de ser desorganizado para tomar tintes casi militares, sus manos me empujaban hasta asfixiarme con su verga por un segundo, descansaba otro, dos segundos, descansaba, tres, cuatro... llegamos a los treinta y nueve segundos, mareados, sudados, jadeando. Mis entrenados pulmones empezaban a arder, mis entrañas a rogar, empezaba a rendirme cuando Bruno sacó la bandera blanca dándose por vencido. La leche salía a borbotones ahogándome, y yo, yo gustosa recibía cada gota de lo que era hasta el momento el mejor desayuno de mi vida.

— ¡Arriba cenicienta! —jadeó cuando finalmente salí de mi escondite. Me acosté a su lado jadeando igual que él, y tan desgarrada como él.

—Joder con cenicienta. —Su sonrisa era perversa y al mismo tiempo inocente. ¡Oh, diablos!

—Está bien, no eres cenicienta. ¿Blanca Nieves?

— ¡No!

— ¿Por qué no? Una vez te escuche decir que Alex era gruñón, y Owen dormilón.

— ¡Exacto!

La realización llegó en forma de una espontánea carcajada que llenó de alegría el loft completo y sus alrededores, incluyendo mi cuerpo, y corazón.

—Tienes razón, Blanca Nieves es Kaira.

— ¡No!

— ¡Joder, mujer! No estas contenta con nada.

Besé su pecho desnudo antes de recargar mi cabeza en él.

—Blanca Nieves es la más pasiva, dependiente, inútil, y sumisa de todas las princesas. No hace nada para evitar que el cazador la mate; si éste no le arranca el corazón a ella, es solo por su cara bonita. No hace nada para sobrevivir en el bosque; tiene que pedir ayuda a los animales para encontrar dónde dormir. Tampoco intenta salvarse del hechizo de su madrastra, ni de la maldad de

esta. Lo único que sabe hacer, son las tareas domésticas. ¡Mi madre es completamente opuesta a Blanca Nieves!

—Lo siento, no sabía que íbamos a analizar a la pobre y, por lo visto, inútil Blanca Nieves. ¿No se supone que los cuentos son para fantasear?

— ¡Oh, no con Dormilón! Owen vio conmigo todas las películas de Disney, y si digo todas, es ¡todas! —Su risa de incredulidad me hizo verlo de frente—. ¡Te lo juro! Película que salía, película que veía conmigo. Después la analizábamos, me hacía ver los pros y contra de los personajes.

—Te arruino la fantasía.

Me pareció ver enojo en sus ojos.

—Al contrario, yo no deje de creer en princesas por analizar las películas, yo me convertí en una Princesa. Cuando adoptamos a Owen y a Alex, la fantasía se hizo realidad.

—Ellos no son tus príncipes.

El enojo en sus ojos iba en aumento, ¿qué le pasaba?

—No, por supuesto que no. Ellos son mis padres. Yo no necesito un príncipe.

— ¡Por supuesto que sí!

Ahora la que se enojó fui yo.

— ¡Claro que no!

—Está en tu destino, Sophie. Un día te vas a casar, vas a tener un montón de hijos, a vivir en un palacio, y a ser feliz por siempre jamás.

Creo que nunca me sentí tan indignada como en este momento.

—Yo nunca me voy a casar —afirmé con rotunda seriedad.

— ¡¿Qué?! ¡¿Por qué?!

No pensé que a “el Lobo” le sorprendiera tanto. Él era el hombre más libre que conocía; Nunca lo imaginé como un defensor de la institución del matrimonio.

—Estoy teniendo un déjá vu en estos momentos, Bruno. Y quedamos en que no íbamos a hablar de él. —Vi pasar enojo, frustración, lamento por sus facciones—. Solo voy a decir que el día que yo jure estar con alguien, no va a hacer necesario un papel. Lo voy a jurar y voy a ser fiel a ese juramento. —Como obra de arte su semblante se aligeró. El hombre era un enigma.

—Ah, ¿pero si vas a tener una pareja?

— ¡Claro! Ya la tengo.

¡Ups! se supone que no íbamos a hablar de él. La sonrisa ‘ya lo sabía’ apareció para tranquilizarme. Tuvo un poco de compasión y cambió de tema.

—Regresando a las princesas, entonces ¿cuál no es inútil, o dependiente, o sumisa? No debe de haber muchas.

Como regresamos a tierra firme, regresé a su pecho.

—Si prometes no principiarme, te digo cuál es mi favorita.

—Te lo prometo.

Me dio un beso en el cabello. Y como una pobre Blanca Nieves, le creí.

—Mérida. Mérida es mi favorita. A diferencia de las clásicas princesas, ésta no se casa, sólo quiere vivir la vida. Es impetuosa, toma el control de su propio destino, es excelente atleta, y a pesar de su personalidad extrovertida y enérgica, es de corazón dulce, especialmente cuando se trata de sus hermanos.

—Mérida... creo que nunca vi esa película.

—Se llama: 'Brave'.

Algo escuchó en mi voz, porque inmediatamente se paró, y así como llegó al mundo, empezó a abrir cajones.

— ¿Qué haces?

—Tengo que ver esa película, y algo me dice que por aquí debe de estar.

No pude evitar el sonrojo, lo sentí subiendo desde la punta de mis pies hasta que cubrió toda mi piel.

— ¡Oh, diablos! ¿Dónde está?

Su carcajada no ayudaba. Bajé la mirada, me mordí los labios, intenté pensar en la corona, y de todos modos no logré controlar el sonrojo que aumentaba por cada cajón que abría.

—Sophie, la voy a encontrar. No importa si volteo de cabeza todo el loft, la voy a encontrar.

Solo por el beneficio de la chica que me ayudaba con la limpieza, claudiqué—: Está en mi closet.

— ¿En tu closet? ¿Qué hace en tú closet?

—Ahí está mi caja de seguridad.

Bruno

Toda clase de preguntas cruzaron por mi cabeza. Antes de que las externara, me mostró.

Me llevó de la mano hasta la puerta doble que nos transportaba al mundo Northman—Carter Jones.

Crecí rodeado de opulencia, mis tres padres trabajaron muy fuerte para darnos más de lo que necesitábamos, no me era extraño el lujo que da el dinero. Solo que Sophie y su familia le daban un nuevo significado a la palabra riqueza, quizás extravagancia era un adjetivo más adecuado para el closet de la Princesa que decía no ser Princesa.

Se abrieron las puertas y resplandeció, todo brillaba; Paredes, techo, puertas, isla, incluso el sillón que más bien parecía cama, brillaba. Espejos por todas partes, mármol, un candelabro de araña con millones de cristales centellando me dio la bienvenida al mundo de la Princesa Sophie.

Y no me gusto, de hecho, lo odié.

—Quita esa cara, solo son un par de zapatos.

¿Un par?! ¿Era un millar! Tres paredes completas de zapatos de todos los tipos, colores y sabores. ¿Para qué demonios necesitaba tanto zapato? Descalza se veía muy bien.

— ¿No te parece que es una exageración todo esto? Mi ropa cabe en dos cajones —Ladeó su cara, entrecerró sus ojos, y me preparé para el golpe. ¿Por qué abrí la boca? ¿A mí, qué? Yo no se los compraba...

<<Y nunca lo iba a hacer>> ¡Carajo! ¡¿Qué demonios estaba pensando?!

Adivinó en qué pensaba, porque abrió dos cajones, los vació y dijo—: Quitá esa cara, aquí están tus cajones.

Así, sin pretensiones, sin preguntas complicadas como: ¿Qué somos? ¿Somos novios? ¿Te llamo o me llamas? ¿Cuándo me hablas? ¿Quieres conocer a mis papás?

Sophie no se complicaba, ella hacia lo que le nacía. ¡Era simplemente perfecta! Por eso mi cabeza alucinaba con costos de zapatos.

— ¿Dónde está la película?

Necesitaba regresar a la cama, devolverle el favor del orgasmo, y dejar de pensar en estupideces.

—Aquí —rozó su mano en un espejo y el reflejo de su cuerpo desnudo desapareció. Emergió una especie de ropero, parecía de madera, pero no, era un material mucho más sólido que la madera. Presionó su mano en una pantalla y recitó—: Sophie Northman—Carter Jones.

Eran pocas las ocasiones que le escuché decir su nombre completo, se oía complicado... y poderoso. Era mucho más sencillo decir: Sophie Gardner.

¡Oh, demonios! ¡¿Qué mierda pasaba conmigo?!

— ¿No te parece que es demasiada seguridad para una película?

Sonrió y los hoyuelos más bellos de la historia de los hoyuelos aparecieron, fue imposible no hundir mi lengua en ellos.

—Basta, Bruno, me estas babeando.

Y lamiendo, mordisqueando, succionando. Pronto la queja cambió a jadeo. Ahí, en el lujoso y frío mármol, le devolví el favor.

— ¿A qué venimos?

Necesitaba un poco de comida, la reserva de leche se me acababa, y todavía no desayunábamos.

—Por esto. —Se estiró al mismo tiempo en que yo me recargaba en la isla, desde el piso pude admirar lo que con tanto esmero protegía.

—Es tu tesoro.

—Es mi tesoro —confirmó. Paneles de cristal sostenían cerca de veinte coronas, así como los zapatos, había de todos tipos, colores y sabores. Solo que los colores provenían de piedras preciosas.

— ¿Son de verdad?

—Todo es de verdad. —Tomó la primera que alcanzó y se la puso. Una princesa, Sophie era una princesa.

La siguiente fue para mí, seguro para que cerrara la boca. Con lo que guardaba ahí, bien podía vivir un país pequeño.

—Owen siempre me regala una en mi cumpleaños. Es nuestro ritual. Una corona a cambio de un beso y un abrazo.

No sé qué cara puse, porque me sorprendió diciendo—: No te apures, para ti son gratis —mordisqueó mis labios hasta que abandoné la batalla y le devolví el beso—. Aquí guardo lo que más atesoro; Mis coronas, mis medallas, las cartas de Viri, las piezas de Kurt...

— ¿Esas son las medallas de Luca? —interrumpí al ver todas y cada una de las medallas que mi hermano había ganado en toda su carrera, incluso las más recientes.

Sin ni siquiera parpadear, lo aceptó asintiendo una sola vez.

— ¿Por qué tienes sus medallas? ¿Quién te las dio? ¿Tú se las pediste? —Se levantó con la gracia de una gacela, se quitó la corona que adornaba su cabeza y la devolvió a su lugar.

—Todo lo que está aquí, es mío. Voy a desayunar. —Se dirigió vuelta a la habitación sin cerrar la caja de seguridad, ¿estaba loca?

Me quité la corona y la puse en su lugar, aproveché para darle un vistazo a las medallas,

algunas no las conocía. Cuando tomaba una, se me ocurrió algo que nunca cruzó por mi cabeza, y que inmediatamente supe que era correcta.

Luca nadaba por ella.

Devolví la medalla, agarré la película, y cerré la caja donde Sophie guardaba el corazón de mi hermano.

Vimos “Brave” con un montón de golosinas regadas por toda la cama, para ser tan delgada, Sophie comía mucha porquería.

— ¿Qué quieres que te diga, es un placer? —argumentó después del quinto chocolate. Yo con el tercero tenía suficiente para tres días de gimnasio.

— ¿Por qué no seguiste nadando?

—Shsss... —me cayó en una escena donde competían tres hombres con arco. Quedé fascinado cuando susurró—: Soy Mérida, la primera descendiente del clan DunBroch, y voy a competir por mi propia mano...

Tenía años encaprichado con Sophie, era algo así como una fantasía imposible de alcanzar, como la estrella más brillante del firmamento, la más brillante y la más fugaz, era imposible de tocar. Y aquí estaba, babeando, literalmente, porque susurraba una escena de una película infantil. Nunca iba a dejar de fascinarme.

Mérida resulto ser la única princesa digna del reconocimiento de Sophie. Tenía bien merecido su lugar por su magnífica personalidad. Además de que, platicaba una historia donde argumentaba que cada persona debe escribir su propia y excepcional historia.

Paré de besar su cuello e hice que levantara la mirada con mi mano en su barbilla, viéndola directo a los ojos, prometí—: Siempre vas a ser mi Méri.

Mi princesa valiente. El beso fue el sello de una promesa, una promesa que no tenía fecha de caducidad, ni reglas de exclusividad.

Bruno no seguía reglas, sola las del instinto. Interrumpía mi trabajo con un beso, un beso casto que se convertía en impuro cuando tocaba su piel, ni siquiera creía que tuviera la intención de algo más, simplemente hacíamos conexión a un nivel superior a nosotros mismos. Él quería besar, y simplemente besaba. En segundos el casto beso se convertía en mordiscos, en caricias bajo la ropa, ese era otra explosión, su piel; tan tersa, tan fuerte, firme... la tocaba y olvidaba que tenía que entregar trabajos, solo existía su piel, su boca, él. Antes de que me diera cuenta tenía las manos recargadas en la mesa, con él abriéndome por atrás, ya que estaba enterrado en lo más profundo de mi cuerpo, acariciaba despacio mi espalda, dibujando líneas continuas entre cada poro, llegaba a mi cicatriz con dedos expertos, era un acto reflejo el que impulsaba mis caderas hacia atrás, exigiendo, rogando que me hiciera el amor.

¡Me encantaba! No le importaba lo que pensara el mundo.

Estábamos en plena calle bailando bajo la luz de la luna, y a media canción levantó mi cabello para besar mi cuello, pasaba la lengua saboreando mi sudor como si fuera el mejor de los néctares. Con Bruno podía bailar, podía hablar, podía ser libre de culpa y pecado, podía ser yo. Recorrimos todos y cada uno de los clubs en Nueva York, todos los del bajo mundo, de ese mundo donde todo es discreción, seguridad y placer.

Aunque los dos veníamos de familias donde se compartía en la cama, fue hasta que entramos a un club swing que se tocó el tema.

— ¿No te importa que duerma con otros hombres?

— ¿Quieres dormir con otros hombres?

Negué porque era la verdad. Yo me sentía bien solo con él, y Luca, por supuesto.

—Bueno....

—Sin considerar a mi hermano. —Enseguida se aclaró. Eso era mucho más sencillo.

—No, no quiero dormir con otros hombres, pero no por eso quiere decir que tú no puedes dormir con otras mujeres, yo no tengo problema con eso.

—Yo tampoco. —aseguró. Ya me lo imaginaba. Bruno no era totalmente mío. Y paso lo que nunca pasó con Luca, me encelé—. Es más, vamos a hacer una regla sobre ello —Ya se había tardado en poner las cartas sobre la mesa.

— ¿Cuál es la regla?

—Si te acuestas con una mujer tengo permitido ver, y definitivamente unirte... solo un poquito. —Se lamió los labios, un gesto que le vi muchas veces. ¿estaba nervioso?

— ¿Te quieres meter en otro cuerpo mientras yo te veo?

Bueno, siquiera me tomo en cuenta.

— ¿De qué hablas? La que tiene permitido dormir con otras mujeres eres tú. ¿Yo para que querría dormir con otras si te tengo a ti?

Me acurruqué contra él como una pequeña niña, ¿Qué pasaba conmigo? Sentí tal alivio, que poco faltó para que las lágrimas aparecieran.

Ahora sabía que ni él, ni a mi nos llamaba compartirnos. Por eso me sorprendió el día que visitamos a los hermanos Grimm.

Era un bar, si se podía llamar bar, más bien era un enorme corredor con las paredes cubiertas de un terciopelo rojo, había poca luz y silencio, no, no era un bar. Era un lugar donde hacías tus fantasías realidad.

— ¿Qué se te antoja?

Había escenas para todos los gustos, colores y sabores. Uno a uno abrió los botones de mi blusa, despacio, impulsando gentilmente la profunda necesidad que teníamos el uno por el otro, mientras enlistaba la serie de escenas —todas con alto grado de obscenidad y en la mayoría de los estados, ilegales—, que ofrecían los hermanos Grimm.

—Tenemos a Caperucita, a Hensel y Gretel, a la Bella durmiente, a Cenicienta, a Rapunzel, a la pobre Blanca Nieves, a Pulgarcito. Me temo que Mérida no fue de su autoría, pero siempre podemos crear algo.

Todos tenemos fantasías, este era el momento de cumplir la mía.

—Caperucita.

— ¿Segura? —Me presionó con fuerza contra la pared para marcar su punto. Gimió mientras estrujaba su endurecida verga contra mi vientre. ¡Oh, sí! Segurísima—. Te va a doler —advirtió sin una pizca de preocupación, él quería que me doliera. Yo también.

Entré por la puerta que decía: ‘Caperucita y el lobo feroz’, suponía que era un cuarto, porque no logré distinguir más allá de mis narices. No se veía nada, solo una obscuridad densa y pesada. Mi sistema simpático se activó de inmediato; pude percibir como la adrenalina hacia su aparición, mi corazón se aceleraba con cada segundo que pasaba, la ansiedad, el desconcierto, empecé a dudar que esto fuera buena idea.

— ¿Bruno? —pregunté cuando escuché un ruido adelante mío. No veía nada, con las manos extendidas di dos pasos antes de encontrarme con un muro, fui dando pasitos, a tientas seguí el muro. Por mi torrente sanguíneo ya no corría sangre, ya estaba completamente inundado de glucosa y adrenalina.

— ¡Bruno!

Esto no era divertido, alguien paso por mi espalda rozando mi trasero.

— ¡Joder, Bruno! —tembló mi voz al sentir la presencia de alguien, ni siquiera estaba segura si era solo una persona o varias—. Bruno, vamos a parar. Ya no quiero jugar a esto —dije justo antes de que alguien me presionara contra el muro.

—Shsss. —el aroma de Bruno silencio mis protestas — ¿Qué hace caperucita tan lejos de casa? —No dejó de presionar mi cuerpo, usaba demasiada fuerza, intenté empujarlo, pero un hubo manera.

—Esto es mala idea, Bruno. Vamos a parar.

— ¿Tienes idea de cuánto te deseo? —gruñó con un deje muy primitivo. Quise tocarlo, pero detuvo mis manos por encima de mi cabeza. En cuanto mi cuerpo se supo a su merced, una inesperada oscuridad inundo mi cerebro.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué? ¿Por favor, te cojo? —Frotó su cadera tratando de prender mi necesidad, no era necesario, mi interior se preparó para él desde el instante en que cerré la puerta atrás de mí.

Volví a forcejear, con un gruñido castigo mis brazos contra el muro. No me pude controlar, mojé mis labios jadeando, necesitando. Movié lentamente su pierna entre las mías forzándolas a abrirse. Un gemido salió de mi pecho cuando mordió mi hombro, mi mejilla, eso iba a dejar marca.

—Mi Méri, siempre quiere más —dijo resbalando una mano entre mis pliegues hasta que llego el nudo hinchado y desesperado. Jugó con la humedad, la esparció, la llevo más allá de mi coño. Silencio mi queja con un gruñido—: voy a darle más.

Mi cuerpo respondió instintivamente a cada palabra. Grité con el repentino movimiento de sus manos, mi pecho choco contra el muro por la vuelta sin precaución.

— ¡Bruno!

—Shsss. No te nuevas.

Mi falda se arremolino en mi cintura mientras bajaba mi ropa interior. El olor de excitación consumió la oscura habitación. Fue separando mi trasero, hasta que dolió.

—Espero que mañana no tengas muchas clases, Méri, porque dudo que te puedas sentar sin que duela —separó su cuerpo del mío para desvestirse, ni siquiera hice el intento de voltear.

—Acuéstate —fue una orden cargada de promesas.

— ¿En el piso? —No contestó. Enredando una mano en mi cabello me fue bajando hasta que estuve tendida en el frio mármol. Debí sentirme enojada, ultrajada, despreciada, no lo hice, solo sentí una sensación increíble de vulnerabilidad. Si era humillante, estaba dispuesta a revolcarme en la tierra de la humillación, cada segundo me sentía más húmeda.

—Nadie me había hecho sentir tan débil, Sophie, no tengo protección contra ti. Te voy a coger por donde nadie te ha cogido como castigo, no está bien que vayas por la vida torturando.

La firme agresión sexual de su voz me hizo gemir, fuerte y claro, él estaba tan perdido por mí, como yo por él. Me sentí intoxicada de poder.

Bruno trabajaba a tientas, la oscuridad envolvió nuestro mundo, sin control, me forzó a abrirme. Metió uno, dos dedos, fuerte y rápido, mi gemido fue tanto de dolor como de placer. La sensación era nueva, cruda, inusual.

—Estas muy apretada, Méri, te va a doler —y no le importaba en lo absoluto. Su saliva se unió a mi humedad, los dedos se acumulaban, la presión se acumulaba. Tenía tantas sensaciones, que era imposible identificarlas. Sentí lo ancho de su verga empojando, forzando

—Oh, dioses.... ¡Bruno! —chillé tratando de abrirme, pero el miedo defendía mi cuerpo.

—Ábrete, Méri, te voy a lastimar, no voy a parar —amenazó presionando con más fuerza.

Desesperado por mi resistencia, de un tirón me sentó entre sus piernas. Su espalda se recargó en el muro al mismo tiempo que mi vientre buscaba su verga.

— ¡Sophie! —La advertencia detuvo mis esfuerzos por introducirlo por un camino conocido a mi cuerpo. Sostuvo mi cara con ambas manos, no lograba verlo con claridad, pero lo sentía, sentía cada parte de él—. Si te relajas no va a doler tanto, pero de una manera u otra, voy a coger ese trasero. —Su voz era profunda, rasposa, inundada de sexo, no había manera de que desistiera, y no es que lo pidiera, yo lo deseaba.

Inhalé cuando sus dedos regresaron a mi inofensivo trasero, abriendo lo suficiente hasta que la punta de su verga traspaso la primera resistencia. Lo que dijo después, fue mi perdición.

— Tu solita, Méri.

¡Oh, mierda! ¿Por qué me hacían esto los Gardner? Yo solita fui bajando, lo fui forzando para que me invadiera, ardía, dolía, gritaba, y ni así paré, seguí hasta que la fiera resistencia de mi cuerpo se volvió intolerable.

—Mi verga esta hinchada, Méri, necesita cogerte duro.

Mi corazón palpitaba muy rápido, mi sangre se sentía pesada.

—Cógeme.

Mi derrota era total. Con un rudo empuje entró completamente, todo, mis ojos se humedecieron, mi cuerpo se humedeció, perdida en la sensación, castigó mi cuerpo. Era lujuria, hambre, pasión, añoranza, triunfo, toda una mezcla de necesidad. Jadeaba junto conmigo, sufría junto conmigo. Su mano encontró mi hinchado clítoris y lo castigó como castigaba mi trasero.

— ¡Ay, Sophie! Me recibes tan bien, sabes tan bien... Méri.

Cada empuje era más poderoso que el anterior, mi cuerpo estaba lleno de dolor y placer, brillantes luces explotaron atrás de mis parpados al mismo tiempo que mi interior se contraía presionándolo todavía más.

— ¡Demonios, Méri, carajo! —gruñó temblando entre mis brazos. Explotamos, sufrimos, amamos, siempre juntos.

Las fantasías nos permiten experimentar límites fuera de nuestra imaginación de manera segura, sin riesgo. Con Bruno, todo era una fantasía.

36

Bruno

Entré al loft como en mi casa, desde el primer día ya no me separe de ella. Pronto los cajones que vació para mí, fueron llenados con mi ropa, mis zapatos ya tenían su espacio entre los de ella, mi mano ya abría las puertas del loft, en pocas palabras, ya vivía con Sophie. Yo tampoco hice preguntas incómodas, simplemente me instalé en mi lugar, junto a ella.

Sophie leía en la estancia enfrente de la enorme pantalla. Descalza, con un mini short, y una

playera negra que dejaba descubierto un hombro y que tenía la leyenda “C’est la vie” en cristales blancos, era la mujer más bella que mis ojos iban a ver. Era... demasiado.

— ¿Que ves?

Con su cabeza me pidió que viera la pantalla. Mi hermano apareció en tamaño real usando un traje de baño diminuto y la mirada más triste de la televisión. Fui por un par de cervezas y me senté a su lado. Luca aparecía cada tres minutos; en un comercial de ropa, de ropa interior, de una marca de traje de baño, de relojes, de cuanta mierda anuncian antes de una competencia olímpica.

Sophie llevaba varios días callada, triste, era ano olímpico, un recordatorio constante de un sueño sin cumplir.

Volvieron a anunciar la competencia de Luca, mientras veía a Jane quedar en quinto lugar, hasta la insoportable Jane estaba ahí, esto debía ser una tortura para ella.

Solo que no lo era, ella seguía muy concentrada leyendo alguna basura sobre leyes internacionales recargada en mi hombro mientras yo me sostenía de su pecho, fue hasta que apareció Luca en la pantalla que dejo de ver el libro.

— ¿Alguna vez te has imaginado cómo sería tu vida si estuvieras junto a él?

Sin parpadear, sin inmutarse, contestó—: Es una de mis favoritas cosas de imaginar... De hecho, es uno de mis lugares favoritos de visitar. —Algo vio en mi expresión, porque inmediatamente aclaró—: Bruno, tú también estás ahí. Por eso solo existe en mi imaginación.

Por un segundo su expresión se entristeció, desvaneció la tristeza regresando la mirada a la pantalla de televisión para admirar los músculos de mi hermano. Pobre hombre, tan rico que es tomarse una cerveza sin preocuparse por el mañana. A su salud, llevé la botella a mi boca y me ahogué de cerveza, y de la mujer que estaba sentada a mi lado, y no al lado de él.

—Vamos —ordenó más que preguntar.

Tomé su mano con un poco de reserva, no necesitaba que me llevaran de la mano, no para esto.

Entramos a los laboratorios con lentes, gorras y en mi caso, con mascada y Han y Solo abriendo mi camino. Ya teníamos cita, solo era cuestión de dar nombres. Mientras esperaba mi turno, observé a Bruno coquetear con la recepcionista. Él lograba que me cuidara, que lo cuidara, y todo lo hacía con la desfachatez de un hombre que se sabía bien amado. Porque, aunque lo negara, inclusive a mí misma, estaba enamorada de Bruno Gardner. Sonreía si él sonreía, disfrutaba si él disfrutaba, sufría si él sufría. Empezó a inquietarme el sentimiento, no me lo esperaba, según yo, mi corazón le pertenecía a Luca, no a Bruno. Tenía años sintiendo desolación por el amor perdido de Luca. ¿Qué se suponía que tenía que sentir por Luca? ¿Y por Bruno? ¡Malditos Gardner!

Lo única respuesta que se me ocurría, es que estaba enamorada de los dos... Y me daba cuenta justo antes de que entrara a que tomaran una muestra de mi sangre para mi ETS.

—Mira. —Me dio un panfleto que preguntaba en letras grandes y gruesas: “¿Sabías que más de la mitad de los estadounidenses contraen enfermedades de transmisión sexual (ETS) en algún momento de sus vidas?”, se sentó a mi lado leyendo él mismo panfleto que me había dado.

— ¿Sabías?

Me mojé los labios un tanto preocupada, no tenía caso negarlo.

—Por supuesto que sabía. Lo que tú no sabes, es que yo formo parte de la mitad que no va a contraer ninguna enfermedad.

Lo dije más segura de lo que creía. Odiaba sentirme insegura. Como se estaba haciendo costumbre, él sentía cuando necesitaba de su toque, pasó su brazo sobre mis hombros y me atrajo al calor de su cuerpo. ¡Dioses, que maravilla estar en sus brazos!

—Pues lo siento, princesa. Pero duermes con un hombre que durmió con la mitad de la población, más vale que cubramos todas las bases.

Abrí el panfleto y empecé a leer: “Las enfermedades de transmisión sexual (ETS) son muy comunes. Generalmente, no se presentan con ningún síntoma y muchas personas llegan a tenerlas sin saberlo.

Por eso, si tuviste sexo oral, vaginal o anal, es importante realizarte una prueba, mediante la cual se puede determinar si tú y tu pareja necesitan un tratamiento o simplemente obtener la tranquilidad de no tener por qué preocuparse”.

Besé la mano de Bruno antes de separarme de él y sacar mi teléfono. En cuanto contestó, ordené—: Ahorita mismo vas a un laboratorio y te haces la prueba para ETS.

— ¿Estás bien? —preguntó Viri con preocupación.

—No sé... ¿Y tú? —Mi hermana guardó silencio por unos segundos, cuando volvió a hablar, se le escuchó igual que a mí, titubeante.

—Yo hablo con Kurt. ¿Me hablas cuando tengas tus resultados?

—Hecho.

Todos creemos que no nos va a pasar a nosotros, hasta que nos pasa. Ya lo habíamos experimentado con el accidente, no íbamos a correr él mismo riesgo. A partir de esa llamada,

siempre monitoreo nuestras pruebas. Cada seis meses, ni un día más, ni un día menos. Aunque existen muchas enfermedades de transmisión sexual comunes, ese simple chequeo nos ayudaba a tener un poco de paz, porque de abstinencia, ni Viri, ni Kurt, ni Bruno, ni yo hablaba.

Afortunadamente el hombre que durmió con la mitad de la población y yo, estábamos más que limpios. Y solo para festejarlo, le dimos duro hasta que tocaron a la puerta.

Mientras guiaba a mis padres a la estancia recorrí con la mirada cada rincón del loft, Bruno solía ser un poco desordenado, afortunadamente no vi ninguna señal que descubriera su presencia en casa.

Fue hasta que se sentaron mis padres, que vi el morral donde solía llevar la laptop. Me mordí los labios para evitar que saliera un gemido de angustia, no le había dicho nada a mis padres del nuevo estatus de Bruno en mi vida, ni siquiera a mi madre, y ese morral tenía un letrero en neón con el nombre del menor de los Gardner, Bruno tenía ese morral desde sus años de preparatoria, era toda una antigüedad. Mis padres se lo habían visto infinidad de ocasiones, lo constante cuando miré a Owen. Mi Apio miraba el morral como preguntando, “¿dónde lo he visto?”.

Fue fácil encontrar la respuesta, Bruno apareció en la estancia usando solo calzoncillos, era imposible esconder el motivo de su presencia en mi casa, si la desnudez no era suficiente clave, el cabello estilo ‘pasé toda la noche cogiendo a Sophie’ lo delataba por completo, era imposible establecer una coartada.

Bruno no se inmuto al ver a mis padres, el único gesto que tuvo de impresión, fue detenerse un momento, seguro debatiéndose entre saludar o regresar a la habitación a vestirse. Ganó lo primero, se dirigió a mi Ami con una sonrisa.

—Kaira. —Le dio un beso en cada mejilla como lo había hecho desde niño, como si la hubiera visto cualquier domingo de nuestra infancia. Siguió con Owen—: Owen —Mi Api aceptó su mano negando con la cabeza, pero sonriendo—. Alex.

Tenía que darle crédito al menor de los Gardner, no era sencillo enfrentarse a mis padres.

—Ahora regresó, me voy a poner un pantalón.

—Eso estaría bien —le contestó Alex con ese tono de voz que usaba para regañarnos cuando hacíamos una travesura. Justo antes de que se escuchara la puerta de la habitación cerrar, mi papá le sugirió—ordenó—: ¡Una camisa también estaría bien!

No pude hacer otra cosa más que sonreír, no sabía si de nervios o vergüenza, pero empecé a reír como una tonta, afortunadamente Kaira también lo tomo por el lado amable y rio conmigo.

—No puede ser, Sophie, ¿otro Gardner? ¿Pues qué les ves? —reprocho Alex en modo gruñón.

—Seguramente lo que yo les vi a los Carter —contestó mi madre por mí.

No tuve tiempo de explicarme, Bruno regresó completamente vestido directo a mi lado.

Algo bueno se podía decir de Diana, había educado a sus hijos para afrontar las situaciones de frente, Bruno como Luca quería afrontar la emboscada junto a mí, cualquier otro se hubiera escondido en la habitación y no hubiera salido hasta que mis padres se fueran.

A diferencia de la emboscada de Luca, ahora ya no era una niña, ya no arriesgaba una carrera, ni la de él, ahora ya era una medio adulta que se podía dar el lujo de sentirse protegida. Porque lo negara o no, yo me sentía protegida bajo el cobijo de los brazos de los Gardner.

—Entonces... estás saliendo con Sophie. —No fue una pregunta la que hizo Kaira, más bien una sentencia para que Alex se hiciera a la idea, él pobre estaba morado, no sabía si de enojo, de frustración, o de el simple hecho de que siempre me encontrara en infraganti con alguno de los Gardner—. ¿Supongo que vienes a Dite la próxima semana para el cumpleaños de Viri?

Apreté los labios para evitar el gemido, no le había dicho nada, toda la familia iba a estar ahí,

incluyendo la suya.

—Por supuesto. Ya le confirmé mi asistencia a mi madre. A menos que Sophie pretenda llevar otra cita.

—U otro Gardner —murmuró Owen.

Volví a reír sin razón, como idiota, como niña que no sabía lo que le esperaba por castigo de su travesura.

Mis padres desayunaron con nosotros, no era raro que aparecieran de la nada, era una manera de checar a sus siempre bien comportados hijos.

Bruno se mostró muy solícito conmigo, pero sabía que estaba enfadado, seguro porque no lo había invitado a ir conmigo. ¿Qué podía hacer? No quería que mis mundos colisionaran.

Amanecer con Bruno era una dicha, siempre amanecía con una erección tamaño ‘no se debe desperdiciar’. Me subí a su cuerpo e hice que se insertará en mí, todavía no estaba completamente despierto y ya subía las caderas acomodándose a mi ritmo, el balanceo era lento, somnoliento, sabía a sueño hecho realidad. Solo jadeos ahogados se escuchaban en la habitación, todavía era muy temprano para que los ruidos de la ciudad interrumpieran mi desayuno.

La ola de calor se acercaba rápidamente, podía sentir mi vientre preparándose para la colisión, las paredes tensionándose, humedeciéndose. Él también lo sintió, sin abrir los ojos me apretó por la cintura y me detuvo para subir la cadera con ferocidad. Yo apretando, él hinchándose, nada mejor que leche fresca para desayunar.

Iniciar el día con un buen desayuno nos mantuvo de buen humor hasta que salimos del loft rumbo a Dite.

El camino fue callado; carro, avión, carro, helicóptero, los dos viendo el paisaje en sentido contrario, los dos preparándonos para ver a la familia, para ver a Luca. Nunca lo platicamos, nunca lo discutimos, es como si Luca no existiera, aun cuando los dos estábamos muy al pendiente de su vida. Varias veces escuché que hablaba con su hermano, y él se dio cuenta, que yo me di cuenta, que sabía de mi amigo Google alertándome de cualquier publicación con la palabra clave: Luca Gardner.

No es que nuestra relación fuera prohibida, éramos dos medio adultos, solteros, sin ningún compromiso, pero los dos éramos conscientes de que yo amaba a Luca, de que Bruno quería a su hermano, y de que Luca nos quería a los dos. Alguien iba a salir dañado, y mucho me temía que yo iba a ser la del corazón roto... otra vez.

— ¿Te quedas conmigo o quieres una habitación para ti solo? —Hizo una mueca que me supo a burla. ¡Estaba insoportable!

—Primero no me quieres invitar, ¿y después quieres que me quede contigo? Eres muy complicada, Méri.

— ¿Te quedas conmigo o no?

Yo era complicada y él era un idiota.

—No, Sophie. Tu pequeño secreto se va a una habitación de invitados.

Le hice una señal a Clarisa, el ama de llaves de la finca, y no le volví a hablar. La tensión se sentía pesada, desconocida. Bruno y yo no peleábamos, no discutíamos, solo hacíamos el amor. En contra de mi propio criterio, me acerqué a su rígido cuerpo y recargué mi cabeza en su hombro, él me dio un beso en la frente y así seguimos hasta que escuchamos bullicio en el piso inferior.

—Te veo en un rato. —Se despidió bajando su maleta. Odiaba esa energía rígida alrededor de su cuerpo, no le ajustaba. recargó su cuerpo en la puerta, mientras yo recargaba mi cara en el marco, la verdad era que aun con su idiotéz y mi complejidad, Bruno me deseaba y yo lo quería a él.

— ¿Te puedo invitar a cenar mañana en tierra? Sin importar lo que pase hoy, mañana tu y yo seguimos siendo los mismos, ¿cierto?

—Cierto —afirmé. Una pequeña flama de esperanza se incendió en mi interior; Tal vez no pasaba nada, tal vez nuestra preocupación era infundada, tal vez no acababa con el corazón roto, tal

vez...

En cuanto salí de la finca vi a mi hermana entre los árboles que daban a la playa. Con una sonrisa vi que se recargaba en uno de los arboles como cuando éramos niñas y espiábamos a los Gardner y a Kurt jugar en la oscuridad. Mordisqueaba su labio superior en una ademan muy lujurioso, si no tenía cuidado, podía generar un incendio.

Guie la mirada hacia donde veía y me sorprendí al ver a Gordon, Fabio, Kurt y Bruno jugando una partida de voleibol, los primeros contra mi hermano y mi amante. Viri no desvió la mirada del partido por un segundo, ni siquiera se dio cuenta de mi presencia.

— ¿A quién te comes? —cuestioné muy a su estilo—. No me digas que a Kurt, ya casi superamos lo del incesto.

La carcajada de Viri nos delató. No tardamos en unirnos al partido, Kurt y Bruno iban perdiendo por dos puntos. Obviamente necesitaban de mi ayuda.

—No es justo, el equipo de Sophie va a ganar —se quejó Viri con un puchero.

— ¡Oye!

Fabio la levanto por el aire mientras Gordon intentaba quitársela de los brazos. Era extraño ver a Gordon sonreír, jugar.

—Quiten esa cara. Solo están jugando —nos regañó Bruno. Kurt y yo nos vimos con el mismo entrecejo marcado, ¡Diablos! Incluso teníamos los mismos gestos.

— ¿Por qué dudas de nuestra capacidad, pequeña diablilla? Vamos ganando.

Gordon arrebató a Viri de los brazos de Fabio y se la colgó en un hombro mientras mi hermana pataleaba en el aire con el minúsculo traje de baño azul claro cubriendo solo lo necesario.

— ¡¿Vamos a jugar o qué?! —exigió Kurt. Como pocas veces me uní a la voz de Kurt, tanto jugueteo con mi hermana pasando de unos brazos a otros no me gustaba nada.

Poco después ya contábamos con audiencia, yo era muy competitiva, no lo podía evitar.

—Diablos Kurt, ¡corre!

Mi hermano se quitaba la arena con el dorso de la mano, su cara quedo bien enterrada tras correr y no alcanzar el balón.

— ¡Jódete!

— ¡Chicos! —gritó Kaira tratando de meter un poco de calma.

Sacudí mis manos, apreté mi cola de caballo, acomodé mis lentes, planté los pies en la arena y llevé mi torso un poco hacia adelante. Podía sentir la mirada de Bruno en mi trasero. Necesitaba que pusiera atención y me ayudara a patear el trasero de sus hermanos que estaban más entretenidos en jugar con Viri, que en el partido.

—Pon atención, por eso pierden.

No lo regañe, solo lo amonesté. A Bruno le importo un cacahuete mi modo competitivo.

—Tu juega, Sophie. Yo te cubro la retaguardia. —Le hizo un guiño a Kurt, pero mi hermano solo le enseñó el dedo medio en un gesto puro de compañerismo.

El balón voló, se dirigió directo a las manos de Gordon que lo regresó con un golpe certero, Bruno lo recibió lanzándolo por lo alto directo a las manos de Viri, que, brincando lo guío directo a mis manos, y justo en el momento que me preparaba para a hacer el punto de la victoria, Luca apareció con la mano de Jane entre la suya, ¡maldita sea!

El balón paso de largo, intenté alcanzarlo en un empeño inútil de tener un poco de dignidad, pero acabé con la cabeza enterrada en la arena como mi hermano.

Creo que pateé la arena un par de veces, no estoy muy segura, porque cuando perdía me

convertía en una niña, ¡lo odiaba! No sé si a Luca o perder, ¡pero lo odiaba!

Inhalé un poco de dignidad antes de levantarme y dirigirme al mar, aventé los lentes, y me hundí, y me hundí, hasta que volví a sentir un poco de paz.

La finca vestida de dorado, las nochebuenas llenando los rincones del aroma de fiesta, mis padres recibiendo a los amigos más cercanos, Kurt y su arrogancia encantando a las mujeres, Viri recibiendo costosos regalos con su encanto natural de hada, y yo con una sonrisa tratando de restablecer mi amor propio. El cumpleaños de Viri coincidía con Día de Acción de Gracias, era el único evento que tenían mis padres para presumir a sus hijos, y nosotros lo asumíamos con aplomo.

Creo que estaba haciendo un buen trabajo, nadie comentó el incidente de la playa, ni que me perdiera en el mar por un par de horas, todos sabían que necesitaba un tiempo para volver a ser mi misma después de una derrota, por muy pequeña que fuera.

—Hola Jane, ¿cómo estás?

Ya no podía evitarla, ya había saludado a cada uno de los invitados de mis padres, era una grosería si no me acercaba a la mujer con la que dormía Luca. Y, ante todo la educación.

— ¡Excelente! Mejor que tú, obviamente. ¿Cómo sigue esa recuperación?

¿Era natural sentir impulsos asesinos en un día que era para agradecer? Más tarde mi hermana contestó esa pregunta con un gran, ¡sí!

Esperé que terminara su escrutinio para contestar, me barrió con la mirada de arriba a abajo y de regreso con completa desfachatez. Finalmente regresó a mis ojos y pude advertir la repulsión que sentía por mi persona. Bueno, los instintos asesinos eran mutuos.

—Estoy perfecta como te podrás dar cuenta.

Di una vuelta completa para que también pudiera observar mi “perfecto trasero”, palabras de Bruno.

—Ni tan perfecta... —bajó la voz para morderme—. Las cicatrices son permanentes, ¿verdad?

Tuve que apretar los puños para no romperle la cara. Era una invitada en la casa de mis padres.

—Es una lástima que sigas teniendo tanto veneno en la sangre, Jane. Un día tu solita te vas a envenenar.

Me despedí con un asentimiento de cabeza, una sonrisa falsa, y la promesa de no volverme a acercar a ella por lo que restaba de mi vida.

Hay gente que simplemente no merecen ni el saludo.

La noche parecía tranquila, o más bien era el lugar. Dite era mi lugar preferido en el mundo. Por la ventana podía ver el océano cambiar de color, mi color preferido.

—Un beso por tus pensamientos.

Su voz era inconfundible, podía sentir el calor de su cuerpo, su masculino aroma invadiendo mi sistema. Giré la cabeza y me encontré con el oro de sus ojos.

—Un beso no es suficiente por mis pensamientos.

Hice un guiño antes de envolverlo con mis brazos. Si, ya era día de Dar Gracias, Navidad, y Año Nuevo, tenía en mis brazos a Luca.

—Tal vez necesito recordarte como beso.

—Tal vez —susurré a escasos centímetros de su boca. ¡¿Qué diablos pasaba conmigo?! Me separé y acepté la copa que me ofrecía. Me dolía ver a Luca, lo podía sentir tan cerca, y en realidad él estaba tan lejos.

—Perdí —anunció con la cabeza baja, como disculpándose. No pude evitar reír, a veces parecía que seguía compitiendo por mí.

Lo tomé del brazo y lo guie por las puertas francesas. Necesitaba un poco de tiempo a solas con mi tiburoncín.

— ¿Sabes? Eres solo un humano, Luca.

—Ya sé que perdí, Sophie. No tienes que insultarme.

Reí con la cabeza en su hombro. Para Luca un segundo lugar era perder, mientras que para el resto de los atletas que venían atrás de él, era una meta.

Sentados a la orilla del mar, escuchando las olas romper, aspirando lo salado del mar, y hablando como en los viejos tiempos, me hizo saber que en realidad el tiempo no había pasado por nosotros, es como si nunca nos hubiéramos separado. Luca era mi amigo, mi alma, mi amor.

—Ya anuncié mi retiro y no hay vuelta atrás, prefiero irme cuando termino en segundo lugar, y no cuando llegue al último.

En eso tenía razón, yo también odiaba perder.

Por unos minutos no hablamos, me dejó admirar el fin del día.

— ¿Te arrepientes, Sophie? ¿Lamentas haber perdido tu carrera?

Tomé un puñado de arena y la dejé caer poco a poco. No, no me arrepentía de nada.

—He tomado decisiones difíciles, pero siempre lo he hecho con total conocimiento de las consecuencias. Después de todo, nada se mantiene de la misma manera, ni se siente de la misma manera. Todo cambia...

—Eso no es verdad. Yo prometí amarte, amarte por siempre y sin importar nada. He mantenido mi promesa y la seguiré manteniendo —afirmó mirando el horizonte.

— ¿Sin importar nada?

—Sin importar nada —reafirmó. Siguiendo el consejo de mi madre, tomé al toro por los cuernos, en este caso, al tiburón por la aleta—. Estoy durmiendo con Bruno.

La conmoción de sus ojos me dijo que no tenía idea de mis aventuras en la cama de su hermano.

—Con Bruno... ¿Bruno Gardner?

Mordí mis labios para no reír, él no le veía una pizca de gracia. Asentí despacio, por un momento sentí que le iba a dar algo; un paro cardíaco, un derrame cerebral, algo.

Cerró los ojos y sentí que a la que le iba a dar algo era a mí. Se levantó, y sin mirar atrás regresó a la finca, algo me decía que esta decisión en particular, me iba atraer muy malas consecuencias.

Bruno

Empecé a sentir una urgencia troglodita de llenarle la boca, el cuerpo, toda ella manchada de mi leche, que tuviera la evidencia a la vista de que dormía conmigo y de que solo mi leche la llenaba... por el momento.

Le sonrió a Luca de una manera inocente, nada frívola, no buscaba provocarlo. Los vi desaparecer, salieron de la finca para perderse en alguno de los muchos rincones de Dite. Le di un trago a mi vino mientras reflexionaba su falta de coquetería, si no buscaba sus atenciones, ¿entonces qué demonios buscaba?

Una hora después obtuve mi respuesta, Luca regresó al salón con los ojos, la cara, los puños, el cuerpo en rojo. No le importo la gente, se dirigió en mi dirección y me dio un rechazazo bien dado, eso y más merecía por dormir con la mujer de la cual yo sabía él estaba enamorado.

—Solo recuerda una cosa, Bruno. Todo lo que hace contigo, lo aprendió conmigo.

Bendita Méri, no quería las atenciones de Luca, quería redimir su conciencia.

Luca no me soltó, apretó mi camisa con ambos puños a la altura de mi pecho, sus ojos dilatados no se desviaron de los míos. No importo el alboroto de mi madre, ni la censura de Frank, ni la mediación de Jasón, Luca seguía examinando mis ojos, algo vio en ellos porque no le costó nada a Fabio separarlo de mí, más bien, me dejó ir.

Fabio y Gordon lo sacaron del salón a empujones mientras mi madre revisaba mi cara, vi a Sophie en la entrada del salón, bajo la mirada y volvió a desaparecer.

— ¿Por qué le dijiste?! ¡Yo iba a hablar con él!

Hoy no era un día para estar alrededor de los Gardner. Fabio siguió a Luca, Gordon calmaba a sus padres mientras los míos trataban de que las aguas se calmaran un poco. Eso era lo único que me causaba un poco de culpa; mis padres y los suyos había sido amigos de toda la vida, llegaba yo, e insistía en arruinarles la amistad.

—Tu no ibas a hablar con él, solo ibas a restarle importancia al hecho de que hemos tenido sexo como conejos, ¡ni siquiera hablamos de él, Bruno! Mi relación con Luca es más profunda que eso.

La mirada que me dio, me hubiera desmembrado si mi hermano no nos interrumpe en ese momento.

—Bruno, Frank pregunta por ti —Bruno siguió mirándome con ¿odio? ¿resentimiento?

—Luca es mi hermano, ¡no tenías ningún derecho, Sophie! —No me dio oportunidad de contestar, salió del estudio y como su hermano, no miró atrás. ¡Malditos Gardner!

— ¿Qué hiciste? —Me recriminó Kurt en cuanto Bruno salió.

—No te metas en donde no te llaman, Kurt.

Quise seguir a Bruno, pero Kurt me detuvo con su enorme mano en mi brazo. ¡Odiaba que fuera más fuerte que yo! — ¿Ahora qué hiciste? —volvió a recriminar.

—Me he estado acostando con Bruno, Luca no sabía y le cayó de peso. —Me soltó como si quemara, a lo mejor lo hacía, a lo mejor si tenía el infierno entre las piernas.

—Si sabes que hay otros hombres, ¿verdad? Miles, millones, ¡¿por qué tiene que ser con los Gardner?! —Mi hermana entró al estudio y cerró la puerta, seguro llamada por los gritos—. ¿Tu sabías lo de ella y Bruno?

Cuando Kurt se enojaba, era como un tsunami, arrasaba con todo y con todos. Viri asintió y con la mano le indicó que se calmara. Mi hada hacía magia con las bestias, Kurt se sentó, y escondió atrás de sus manos. Pobrecito mío.

—Me gustan los Gardner, Kurt. No lo puedo evitar.

Me senté frente a él intentando no alterar a la bestia, mi hermana tomó su lugar a lado suyo, calladas, sumisas, casi idóneas.

—Viri, tú no te estás acostando con ninguno de ellos, ¿verdad? —Mi hermana negó, aunque la chispa se le veía en los ojos—. ¿Qué?... No me digas que...

— ¡Ey! No, no me estoy acostando con ninguno de ellos. En este momento. —Kurt analizó la respuesta de Viri, pobre, le tocó ser el sándwich. Entre mi hermana y yo lo íbamos a volver loco.

—Con eso me conformo —se levantó y nos revolvió el cabello a las dos—. Quédense aquí, voy a ver si puedo arreglar algo.

Me senté junto a Viri, vimos salir a Kurt, y también como nos encerraba. Seguro eso era lo su ideal, mantenernos encerradas.

—Sophie... —Mi hermana tomó mi mano y la apretó—. Ahora si la cagaste, bien cagada.

Me presenté en el comedor con la mirada en alto, lo que menos quería, era parecer culpable. ¡No era culpable! Estaba enamorada de dos Gardner, ¿y? Yo era Sophie Northman—Carter Jones, yo podía amar a quien se me diera la gana.

Claro, que solo para no causar más problemas, seguí el ejemplo de Luca y Bruno, me mantuve apartada de la gente, de hecho, escondida en la puerta más alejada del salón donde se iba a realizar la cena.

—Parece que soy el único Gardner que te falta —se burló Gordon, parándose a lado mío.

Mi mueca salió sola, Gordon era el mayor de los Gardner, ni siquiera estaba dentro de mi radar. Aunque subí la mirada, y las ondas de mi radar se expandieron. Era como si a mi instinto le gustaran los problemas.

—Eso está a punto de cambiar.

Con la mirada señalé hacia arriba, estábamos justo debajo de un ramo de muérdago, mi madre los ponía en cada uno de los marcos de la casa. “Es época de amor”, decía, solo era un pretexto para besar a Owen y a Alex cada vez que pasaban por una puerta.

Giré mi cuerpo en su dirección y lo reté con la mirada, incluso con la sonrisa. Gordon era muy serio, le faltaba un poco de NCJ en su vida. Aceptó mi reto con una mueca, entrecerró los ojos y me estudió, siempre era divertido una competencia de miradas.

Me mojé los labios y la competencia terminó, ¡hombres! Solo tuvo que girar ligeramente la cabeza, acercarse unos centímetros y nuestros labios se encontraron. Al principio fue ligero, casi inocente, cambió cuando abrí los labios y atrapé su labio inferior entre los míos. Rodeó mi cintura con su brazo atrayéndome a él, con la otra mano sostuvo mi cuello y profundizó el beso. ¡Gordon era un profesional besando!

—Como fruta fresca —susurró mirándome a los ojos. Por un milisegundo me vi en los suyos, rápidamente bajé la mirada, lo que menos necesitaba era otro Gardner en mi vida.

Y al parecer no fui la única que lo pensó, al regresar la mirada al comedor, nos observaban con ojos muy abiertos nuestros padres, sus hermanos y los míos, los que me inquietaron fueron los de mi hermana; Viri nos veía... ¿herida? Un foco rojo e intermitente se prendió en mi cabeza, Viri jamás me había visto de esa manera.

—¿Quién sigue? —pregunté quitándole importancia al beso.

Los invitados de mis padres se empezaron a reír, todos, menos nuestros padres, sus hermanos y los míos.

—Estas desatada, Sophie. —Fue lo primero que me dijo Viri cuando me senté a su lado—. Tu cama todavía está caliente de Luca y Bruno, al menos cambia las sábanas antes de seducir a otro Gardner —murmuró sin dejar de ironía. ¡¿Qué demonios?! No estaba segura si lo decía en serio, o se estaba burlando de mi pequeño beso con Gordon.

—No estoy seduciendo a nadie.

Mi hermana giró hacia la derecha donde Luca, Bruno, Fabio, y Gordon discutían siseando. Los observábamos maldecir, cuando Viri murmuró—: ¡Malditos Gardners!

— ¡Malditos! —coincidí.

—Tengo una pregunta para Sophie. ¿Cuál de los hermanos Gardner es el más guapo? —preguntó Jane salivando veneno. Puse los ojos en blanco, ¿quién le dio permiso a esa mujer de venir a joder a mi isla?

Después de la cena, era una tradición que ‘los jóvenes’ saliéramos a la playa, prendiéramos una

fogata, y nos olvidáramos del protocolo. Funcionaba muy bien cuando éramos unos chiquillos, ahora la tensión era tan fuerte que, si me metía al agua, me electrocutaba.

Acepté salir por insistencia de Viri. Mi hermana siempre pensaba lo mejor de los demás, tenía la falsa esperanza de que, con un par de cervezas, unos minutos de brisa caribeña, juegos infantiles, y buena voluntad de todas las partes, todos los problemas se iban a arreglar.

Mi buena voluntad desapareció cuando vi sentada a Jane junto a Luca, no se separaba de él. Qué horror tener a alguien colgado del brazo, ¡todo el tiempo! Aunque a Luca parecía no molestarle.

Yo no me colgaba de nadie, tal vez ese era el secreto, colgarme de ellos. El simple pensamiento de seguir los pasos de Jane me pareció horroroso, prefería que se mantuvieran alejados de mí.

¿Así que la pequeña víbora de Jane quería jugar? Está bien, ¡a jugar!

Pasé la mirada por todos, incluso Luca con cerveza en mano y mirada asesina, se le veía divertido. Los cuatro esperaban mi respuesta dispuesta a debatirla, los Gardner eran competitivos en todo. Aunque venga, hay peores cosas que ver en la vida.

—Todos son guapos, lo saben, y se aprovechan de ello.

Mi hermana levantó su cereza, y brindó por ello.

—No. Tienes que escoger a uno —insistió Jane enroscándose en el brazo de Luca.

Hacía mi trabajo tan sencillo.

—Bien, si tu insistes.

Volví a pasar mi mirada por el grupo hasta que llegué a Bruno. Se mojó los labios, y me hizo un guiño, uno de esos donde él sabía lo que yo pensaba, porque él pensaba lo mismo que yo. No importaba que me odiara, si de fregar trataba, los Gardner y los NCJ éramos el mejor de los equipos.

—Luca, por supuesto. Siempre ha sido Luca. —Jane abrió la boca, seguro para soltar un poco más de veneno, pero Luca se le adelantó.

—Te quiero...

Aunque fue un susurro, todos lo escucharon. La expresión de Jane era para enmarcarla y colgarla en mi habitación.

— ¿Entonces por qué fornicas con Bruno?

Empecé a preguntarme si la mujer tenía idea de dónde estaba, y con quién hablaba.

—Porque Sophie puede coger con quien se le dé la gana —contestó por mi Kurt. Mi hermano y yo podíamos tener nuestros encuentros de primer y segundo grado, pero que nadie se metiera con sus hermanas, porque Drago rugía.

—Que así sea —afirmó Bruno levantando su cerveza, le siguió Fabio, Gordon, y Viri, el último fue Luca que chocó la suya con la de Kurt.

—Que así sea... —murmuró cerrando los ojos y terminando su cerveza.

— ¡Beso! —gritó Viri de repente— Todo se arregla con un abrazo y un beso, ¿verdad, Sophie?

Era algo que creía cuando niñas. Todo se arregla con un abrazo y un beso, por eso abrazaba y besaba a todos. Realmente lo creía cuando soñaba con ser una princesa, ahora que lo era, no creía que funcionara.

—Anda, anda... —Me apuré Viri tocando mi brazo.

Prendiendo el modo 'Viri' en mí, me levanté, crucé la fogata, pasé a Bruno, y me hiqué enfrente de Luca. Me hubiera encantado ver la cara de Jane, pero estaba muy ocupada viendo los tormentosos ojos de Luca.

Mi corazón palpitaba fuera de control, su mano lentamente cubrió parte de mi cara, de mi cabello, sus dedos acariciaron mi piel antes de acercarme a él, y descansar su frente en la mía.

—Te quiero... —volvió a susurrar.

Sentía que mi corazón se salía por mi boca, esperando, deseando, necesitando su beso. Esos labios carnosos rosaron los míos con suavidad, una enorme ola de alivio me cubrió por completo. Era Luca, mi Luca.

El beso duró una eternidad, su lengua fue gentil, exploraba, buscaba dentro de mí. Era maravilloso e intoxicante, era como si nos besáramos por primera vez. Mejor aún. Había más sentimiento, más amor en mi corazón, en el suyo.

Mis dedos se perdieron en su cabello, lo acercaron a mí, y me entregué completamente. Él poco a poco se volvió más frenético, respondía hambriento por saber si todavía era suya.

Siempre y para siempre, suya.

—Te amo, Luca —respiró mis palabras, las saboreó.

—Tus pies te llevarán...

—Allí donde está tu corazón —respondí a su plegaria.

No es que fuera malvada, pero me gustaba dejar claros algunos puntos. Pegada a la frente de un jadeante Luca, giré mi cara para ver a Jane.

—Todo se arregla con un abrazo y un beso.

Le afirmé con una sonrisa.

41

Luca

Caminó hacia Bruno con el vestido arremolinado entre las piernas, ese vestido bien podía costar una pequeña fortuna, y ella lo arrastraba entre la arena como si se tratara de manta cruda. Se hincó ante él como lo hizo conmigo, lo vio a los ojos como me veía a mí, lo acarició con su sonrisa como me acariciaba a mí. Y él se veía tan idiota, como seguramente yo me veía.

— ¿Cómo puedes ser tan cínica? —Le reprochó Jane con su característica forma de hablar. Jane no era una mala chica, simplemente era un poco necesitada, necesitaba amor, cariño, atención, amistad, eso era lo que yo le daba, una simple y llana amistad.

Sophie respondió a su pregunta viéndola a los ojos al mismo tiempo que unía su boca a la de Bruno. Fue una sensación extraña verla junto a él, era enojo y al mismo tiempo alivio, era coraje, rencor, deseos de matarlos, y simultáneamente un deseo ferviente de abrazarlos y desearles buena suerte. Yo quería a mi hermano, y la amaba a ella, tal vez esto era lo mejor que nos podía pasar, tal vez así dejaba de amarla finalmente, tal vez podía olvidarla, tal vez...

Tener que verla a la distancia era un esfuerzo titánico, pero no podía acercarme, no con Bruno a mis espaldas. No podía arriesgar mi relación con mi hermano, ni con ella.

Cogía con Bruno. No importaba cuanto la amara, cogía con Bruno, ¡carajo! Sabía que me iba a arrepentir de preguntarlo, de siquiera pensarlo, que debía lamentar estar enamorado de ella, que nunca debí tocar el infierno entre sus piernas, me lo advirtió Kurt, Fabio, me lo advertí a mí mismo, y sin embargo no lo lamentaba, para ser honesto, me alegraba. Sophie me daba tanta luz, tanta felicidad, sería un cobarde si renegara de ella. ¿Cómo podía renegar de ella, cuando lo único que deseaba era estar con ella?

— ¿Qué tan serio es? —pregunté cuando sentí su presencia. Bruno se sentó a mi lado mientras la veíamos jugar en el agua, riendo, disfrutando sin importar nuestra miseria.

—Para mí, como lo que tú tienes con ella. Para ella, soy solo... sexo —escuché la jodida grieta en su voz, la misma que yo sentía cuando pensaba en ella.

Bruno la amaba, era tan obvio, tan condenadamente obvio, ¿Cómo no quererla? ¿Cómo no adorarla? Los ojos de Bruno eran un par de corazones cuando la veía, no lo podía negar, y no lo quería negar.

—No te sientas mal, Bruno. Para Sophie todos los hombres son solo sexo —bajé la mirada y apreté la quijada. Fue rudo cuando Bruno hizo lo mismo, para él era más fácil mostrar su sentir, siempre fue más fácil para él. Paso una mano por sus ojos, y limpió su sentir con el dorso.

—Lo siento, Luca. Cuando hablamos... fue mi pretexto para seguir con... Lo siento...

Con la cerveza formo círculos en la arena. Bruno estaba atrapado en el mismo círculo que yo, Sophie tenía ese poder, ya que te atrapaba, no te dejaba salir.

—Joder hombre, no pasa nada. Me gustaría decirte que se te va a pasar, pero a mí todavía no se me pasa —acabé con la cerveza que tenía entre manos de un solo trago. Definitivamente para mí era más difícil eso de los sentimientos—. He estado parado justo donde estás ahora, no una, muchas veces. Sophie es... peligrosa.

Bruno brindó por eso, yo tenía razón, Sophie era peligrosa.

— ¿Desde cuándo? —Esto me dolía, pero tenía que saber— ¿Desde que me llamaste para decir, “voy a salir con Sophie”? —asintió viéndome directo a los ojos. El suyo ya estaba amoratado—. Te mueves rápido, Bruno, a mí me tomo meses besarla, ya no digamos tenerla —apretó mi brazo antes de interrumpirme.

—Luca, a mí me tomo años —aseguró temblando—, siempre la deseé, siempre quise estar con ella...

No lo pensé, mi puño volvió a chocar contra su cara, solo que ahora si regresó el golpe. La cerveza ya había hecho estragos a nuestros cuerpos, o tal vez, simplemente no queríamos aceptar que lamentábamos la miseria del otro. Forcejeábamos revolcándonos en la arena, reprimiendo el puto dolor. ¡Maldito Bruno! ¡Maldita Princesa! ¡Maldito yo, que no podía dejar de amarla!

—Cuando quiero algo, voy por ello, Luca. Estoy seguro que está escrito en nuestros genes. —Tuvo el descaro de reírse mientras me soltaba. Recargué la cabeza en la arena sintiendo el precipicio que causa el alcohol, la arena y las estrellas me querían tragar.

—Soy tu hermano, Bruno. Hay un código, una línea que no se cruza, dormir con Sophie es... era una de ellas.

Observé fijamente las estrellas mientras escuchaba la razón de tanta mierda.

— ¿Qué se supone que tenía que hacer, Luca? Tú no tienes para cuando deshacerte de Jane, viajas por el mundo con la mujer pegada en el trasero, nunca estas, nunca hablas. Se presentó la oportunidad, y la tome. No hay otra explicación.

Después de varios silenciosos minutos pregunté—: ¿Qué sigue?

Pasamos los siguientes días hablando, tratando de encontrar una respuesta a la pregunta del millón; Dejamos Dite y me acompañó a Atlanta, vivió junto a mí lo que faltaba para las fiestas decembrinas, pasamos Navidad en casa, sufrimos los regaños de Diana, de Frank, no nos separamos hasta llegar al aeropuerto, él regresaba con ella, yo regresaba a la vida que vivía por ella, y no logramos encontrar la respuesta.

Ya en el aeropuerto, a punto de tomar el vuelo que me regresaba a Atlanta, pregunté—: ¿La quieres para ti? —Por primera vez en mucho tiempo se me humedecieron los ojos esperando una respuesta que yo ya sabía—. Lo blanco y negro se vuelve color, Luca. Es lo más ridículo que puedo decir, pero es lo que mejor describe lo que siento cuando estoy a su lado. Sus besos... con sus besos encuentro paz. Tu sabes que soy un hombre positivo, vaya, nunca supe lo que era estar deprimido, pero te juro, Luca, que hasta que amanecí junto a ella, entendí que cada vez que amanecía en otra cama amanecía deprimido. Es como si ella prendiera un interruptor adentro... aquí adentro. —Se golpeó el pecho con el puño cerrado para darle énfasis al maldito nudo que yo también sentía.

—Cuidala —ordené aceptando los sentimientos que él tenía por la mujer que yo amaba desde siempre.

—Te lo prometo —aseguró antes de dar media vuelta para regresar volando hasta la mujer que amábamos.

¿Quién iba a decir que su palabra tenía fecha de caducidad?

42

Frank, Diana, y Jasón se ofendieron muchísimo, probablemente con justa razón, pero Diana uso palabras como: “Sophie solo está jugando con los sentimientos de mis hijos. No le basta con Luca, ahora también Bruno. ¿Vieron lo que hizo con Gordon?”. Nunca he jugado con los sentimientos de ellos, no intencionalmente. Fue la primera vez que los Gardner dejaban Dite, sin prometer volver.

Afortunadamente Luca y Bruno sentían diferente. De los dos me despedí como siempre, con un abrazo y un beso, sin problemas entre nosotros; Con Bruno me contenté esa misma noche.

— ¿Qué quieres que te diga, Bruno? —pregunté con un falso arrepentimiento mientras me enredaba en las sábanas en un ademán infantil y la sensualidad que sabía lo volvió loco—. Ya era hora de que supiera lo nuestro. Luca y yo también somos amigos, no podía mantenerlo en la oscuridad, y tu solo lo estabas postergando.

La desfachatez de reclamar cuando sabes que cometiste una falta puede resultar en dos cosas; Una, es que el enojo se vuelva descomunal, otra, lo que Bruno hizo, se desnudó y se metió bajo las sábanas junto a mí. La mejor opción. Como se prometió, nos despedimos con la idea fija de ser nosotros otra vez en cuanto estuviéramos solos, sin cambios, sin reproches, sin demandas.

Con Luca fue lo mismo, lo besé e hicimos la promesa muda de volvernos a ver, para amarnos como siempre y para siempre. Todo seguía bien entre nosotros. Su familia era otro cantar.

Desde el momento que le escuché entrar supe que la estancia con su familia había sido un desastre. Y no es que esperara otra cosa, con el pequeño alboroto que causamos en la fiesta de mi hermana, sorpresa sería que no lo fuera. Me preparé para ser solidaria a su causa, a mi punto de ver, Bruno era el único ofendido de todo el embrollo, Luca salía con Jane, yo era una mujer soltera, mi pobrecito Lobo quedo atrapado entre dos frentes.

Mi apacible loft se llenó de estruendos: puerta azotando, maleta pateada, zapatos aventados, vaso estrellado. Dejé que sacara toda la frustración de su sistema a solas, en paz, esta era su casa y si se quería desquitar con ella, pues que así fuera. Pasados muchos minutos y pocos estruendos más, finalmente llegó a la habitación sin frustración, pero con mucha decepción. Arrastraba los pies, su

espalda que usualmente era un pilar de fuerza y aplomo, ahora estaba cargada de un fuerte peso sobre ella.

—Pensé que estabas dormida.

Apenas eran las nueve, no mi usual hora de dormir. Levanté los brazos y lo invité a entrar en ellos. Con una media sonrisa se desnudó y aceptó mi invitación gateando hasta llegar a mí; lo acuné mientras descansaba su cabeza entre mi pecho, sus brazos rodeando mi cintura suspirando en decepción.

Pensé que la mejor manera de recibirlo tras la batalla era con un poco de consuelo y una de sus playeras como única indumentaria, algo tenía que funcionar para que olvidara el mal trago que causé. Y no solo a él, también a su familia le debía una explicación, aunque ellos no eran mi prioridad en este momento.

Lo rodeé con brazos y piernas acariciando su espalda, su nuca, trabajando con mis pulgares para que los músculos aliviarán la tensión. Su piel era suave, con líneas afiladas, elegantes. Mi pie viajó por lo largo de su pierna cosquilleando por sentirlo por completo, Bruno me gustaba mucho... lo amaba, mucho.

— ¿Quieres hablar de lo que pasó? —suspiró como respuesta—. Uy, ¿así de mal? —levantó los hombros apretándose todavía más a mi antes de contestar.

— ¿Qué quieres que te diga? Mi mamá sigue creyendo que soy su bebé, hablando cosas sin sentido cómo que debería dejarte. Frank castigándonos con frialdad...

— ¿A todos?

—No. Solo a Luca y a mí.

Me contraje con la mención de Luca. Bruno lo corrigió hundiendo sus yemas en mi carne.

— Tranquila, Luca sigue vivo y al parecer yo también.

Le di un manotazo justo en medio de la espalda, con eso no se jugaba. Se burló de mi mordisqueando mi pezón por encima de su playera, la cima se endureció instantáneamente, no lo podía evitar, le gustaba cómo la mordisqueaba.

—Los imbéciles de Gordon y Fabio pidiendo su turno.

— ¡Tus hermanos son unos idiotas! —Mi Lobo rio, aunque no su acostumbrada risa libre y jocosa que tanto me gustaba.

—Y mientras más viejos, peor —coincidió conmigo. Era verdad, sus hermanos demostraban madurez, solo cuando se trataba de su negocio.

Se fue escurriendo hasta que su cabeza descansó en una de mis piernas, puse toda mi atención en entrelazar mis dedos en el chocolatoso cabello, y acariciarlo.

—Mmm... —Abrazó mi pierna respirando profundamente. Mi lobito quería cariño.

— ¿Y Jasón? —Dejó de acariciar mi pierna con su nariz para recargarse en sus codos y poder verme de frente.

—Jasón... Jasón fue el peor.

— ¿En serio?

—Se puso la camiseta 'Team Luca' y no logré que se la quitará.

Me dio una pequeña conmoción saber que Jasón tomaba partido, él era el más ecuánime, él más tranquilo de todos los Gardner.

—Pero no quiero hablar de eso, estoy cansado de todos ellos. —Volvió a mi pierna y yo a su cabello. Pasamos varios minutos en silencio, cada uno perdido en sus culpas, hasta que su mano fue subiendo por mi pierna hasta llegar a la conjunción de mis piernas.

—Amo cuando estás desnuda... todo en fácil acceso.

Tan fácil como eso, mi chip cambió de modo, y mi cuerpo también.

—Puedo olerte... —Su nariz siguió el camino que había abierto su mano, aspiró profundo cuando llegó a la inflamada vulva cosquilleando mi piel por todo lo largo y ancho de mi cuerpo—. Puedo probarte...

Abrí mis piernas para darle todo el espacio que necesitará. No me iba a interponer en el camino del Lobo feroz. Pasó su lengua por la línea de mi sexo, tocando la puerta, pidiendo permiso para entrar. Mis puertas se abrieron de par en par dando la bienvenida a la candente lengua que acariciaba los pliegues con devoción.

—Bruno...

—Shsss, déjame comer... —Con sus dedos terminó de abrirse camino, y el Lobo feroz comió a bocados grandes. Los dedos de mis pies se flexionaron, mi espalda se arqueaba, mi cadera se retorcía, mis ojos se apretaron luchando y amando a un Lobo decidido a no dejar nada de mí.

—Bruno... —pedí prácticamente llorando.

—Mmm, suena como que alguien necesita una verga.

Mis piernas temblaban, mi vientre buscaba, incluso mi trasero mojado por la saliva de Bruno quería entregarse al petulante hombre que no paraba de torturarme.

— ¡Bruno!

— ¿Si, Méri? —Se arrodilló entre mi desparramado cuerpo, no estaba ni sentada ni acostada, estaba necesitada.

—Por favor... —Me torturo con un dedo, dos, tres—. Bruno... —supliqué pidiendo por más.

—Eres mala, Méri, muy mala. —Se recostó para callar mis súplicas con su boca, olía, sabía a mí. Su peso apretó con firmeza la dulce presión de sus dedos, me faltaba poco, solo un poquito más—. ¿Quieres más, Sophie?

Con jadeos le contesté que sí.

— ¿Cómo si fuera Luca?

— ¡Bruno!

Aunque creí escuchar a mi cabeza decir “no”, mi cuerpo se retorció con la idea de tenerlos juntos.

—Pídelo.

— ¡No seas ridículo!

Tenía que parar con esta tortura.

—Súplica por él.

— ¡No! —La presión de sus dedos se aligeró martirizando mi deseo.

—Bruno...

Un par de lágrimas se escaparon por los vértices de mis ojos. Esto no era divertido. Sus dedos empezaron a entrar y a salir haciendo círculos, abriendo, creando convulsiones.

—Solo acéptalo, Méri. —Su verga empujó entre sus dedos pidiendo entrada. No tuve opción.

—Sí, Bruno... cógeme como si fueras Luca.

Envolví su cuello con mis brazos cuando lo sentí entrar por completo, con dedos y verga. La tensión de sus hombros se aligeró, mi espalda nos levantó.

—Así, Sophie... cógenos a los dos.

La presión era tanta que dolía, era un dolor de placer que me partía en dos. Mi cabeza cayó hacia atrás, mis piernas lo instaron a apretarse, a volverme loca de una vez por todas. Era como hurgar en una herida, sabes que debes parar, pero el descanso que sientes es tan intenso que solo importa seguir hurgando. La sensación de plenitud era extraña, inmensamente satisfactoria, no podía

detenerla, aunque lo intentara. En vez de luchar por una causa perdida, me entregué completamente balanceando mi cadera cuando lo sentía llenarme, jadeando sin sentido cerca de su oído, estallando de placer con cada acometida.

Plantó sus manos a cada lado de mi cabeza usando una mezcla de fascinación y temor como expresión que me mareo con satisfacción. Mi vientre succionó mandando una oleada de doloroso placer por todo mi cuerpo, tan exquisita...

— ¿De quién eres, Méri? —En este punto solo le pertenecía al placer—. Sophie... —susurró muy cerca de mi oído—. Di que eres nuestra.

El estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

—Suya...

—Sí, Sophie. Eres nuestra.

—Viri me acaba de marcar, está en las vegas.

Escuché a mi hermano bufar. La inocente Hada en la ciudad del pecado, no era una buena combinación.

— ¿Qué tan malo es? —preguntó solemnemente.

—No sé. Solo me dijo que estaba en las vegas y que nos tenía una sorpresa. Ah, y que no vistiera de blanco.

— ¡Mierda!

—Eso mismo pensé yo.

—Me está entrando un mensaje, espera...

Un bip después, Kurt maldecía en voz alta.

— ¿Por qué, Sophie? ¿Por qué no me tocaron unas hermanas tranquilas, obedientes, y fáciles?

—Somos fáciles —aseguré riendo.

— ¡Eres una idiota! Del otro fácil —explicó riendo también.

—Oh, nadie nos explicó. Te veo allá, yo llevo las armas.

—Tu hermana es guapa.

—Sí, es muy guapa.

Usaba un vestido blanco sedoso, revelador en la espalda y conservador por el frente que se combina perfectamente con tacones de punta abierta, el rubio cabello coronaba el atuendo con un par de trenzas. Guapísima si me preguntan, de hecho, era la mujer más bella que conocía después de mi madre, y vestida de blanco dejaba de ser hada para convertirse en ángel.

—Tu eres muy guapa.

¿Mmm, a qué iba con todo esto?

—Incluso tu hermano es guapo.

Volteé a ver a Kurt que discutía animadamente con Gordon y Fabio. No pude negar lo innegable, Kurt era guapo porque se parecía a mí.

—Si Bruno, todos los hijos de mi madre somos guapos, tenemos de dónde, ¿no te parece?

—Mmmhumm.

Gordon gritó y nos distrajo del jueguito en el que estaba Bruno. Gordon y Fabio habían entrado al salón del hotel donde se celebraba la cena pre boda de mi hermana como huracanes desbocados, arrasaron, tiraron, maldijeron, y todo sobre el pobre de Kurt. Con razón mi hermano pedía cambio de hermanas cada vez que tenía oportunidad.

Kurt les explicaba algo que no alcancé a escuchar, entretenidas las bestias, me enfoqué en el recién estrenado prometido de mi hermana, no me gustaba, no me gustaba nada. Mínimo le llevaba una década de edad, ese hombre no era para mi hermana, y los mayores hermanos Gardner coincidían conmigo.

— ¡Maldita sea, Kurt! ¡No lo puedes permitir! —Gritó Fabio llamando la atención de las pocas personas que habíamos llegado para el gran evento. Mis padres andaban en Portugal visitando a la abuela Luiza, obviamente ya regresaban, pero incluso contando con avión privado, no se pueden

acortar distancias, ni acelerar el tiempo. El prometido de mi hermana tenía mucha prisa por casarse.

—Entonces... ¿no vas a decir lo guapos que somos los Gardner?

Me distrajo nuevamente Bruno. Mi pobre Lobo, desde que nos instalamos en la suite no paraba de hacer lo posible para desvanecer mi preocupación. Era inevitable, Viri estaba cometiendo un terrible error, pero parecía muy feliz de hacerlo.

Viri se liberó del agarre de Víctor, con un poco de trabajo, para recibir a Luca con los brazos abiertos y una gran sonrisa. Luca entró con su accesorio de toda la vida colgando del brazo.

—Creo que ustedes saben perfectamente que son muy guapos... —Le contesté a Bruno que también era testigo de la llegada de su hermano—, y se aprovechan de ello.

Dejé de ver a Luca para acabar con mi tormento. Lo odiaba, a él y a su accesorio de toda la vida, ni siquiera con las malas caras que recibió en Dite, nos podíamos deshacer de su presencia. Y para colmo, se le veía demasiado presuntuosa. ¡Maldita sea!

—Bueno... salud. —Mi hermana vio el vaso como queriendo ahogarse en él, esto era un error monumental y ella lo sabía—. Mi último trago de soltera —se lamentó. De un solo golpe acabó con el líquido ámbar.

—Viri...

— ¡No!

¡Mierda! Ni siquiera quería hablar de ello, ¿cómo la iba a hacer ver su error, sino hablábamos de ello? Relamiéndome los labios me preparé para el ardor, seguí su ejemplo y de un solo trago mis entrañas ardieron. Con un gruñido pedí la siguiente ronda, mi hermana necesitaba un poco de cordura, y yo un par de ideas.

A Viri le faltaba el gen que Kurt y yo adquirimos desde el vientre, ese que se tiene cuando has tenido que compartir todo, incluso el vientre materno. No tenía un pelo de tonta, lo que tenía, era muchos rizos dorados de inocencia, no creía en la maldad de la gente, no la veía. Primero mis padres, después Kurt y yo, el hecho es que Viri siempre había estado sobreprotegida. Llegaba un imbécil con palabras bonitas, y mi hermana caía.

— ¿No creen que es mucho show la seguridad?

Nos interrumpió Jane. Nadie sabía a ciencia cierta que tanto necesitábamos que seis ex infantes de marina nos cuidaran las espaldas. La realidad era que cada uno de nosotros valía mucho dinero, para bien o para mal.

—No, no es show. Se llama precaución.

No quise ondear en detalles, mucho menos con Jane.

—Pues es de muy mal gusto que me revisen cada vez que acompaño a mi novio. Ya casi soy de la familia.

Nuestras carcajadas rompieron la tensión que atacó mi cuerpo desde el momento que recibí la llamada de mi hermana. Le di una palmada en el brazo a Jane y me alejé rumbo a Bruno para hacerlo reír. Sobre todo, después de escuchar a mi hermana decir—: Buen chiste, Jane. No sabía que aparte de culebra fueras ocurrente, es lindo.

Junto a Bruno esperé el momento exacto, la mesa no era festiva, la única que parecía disfrutar de la comida era Jane que no paraba de hablar sobre lo romántico que era casarse en las vegas. Luca la ignoraba mientras Gordon y Fabio cuchicheaban, de repente Luca los interrumpía para agregar algo, lo escuchaban y seguían cuchicheando.

—Es un placer que nos acompañen. Viridiana y yo planeábamos casarnos a solas, pero siempre

es tener a los amigos como testigos.

¡Seguro! Al hombre le caímos como piedra en el estómago, y no hacía nada por ocultarlo. No podía negar que era un hombre atractivo, de piel canela, mirada oscura, sonrisa lasciva, seguro cogía como loco, pero de ahí a casarse, era un paso gigantesco.

—Es una lástima que sus padres no nos puedan acompañar, ya después reuniremos a toda la familia...

— ¿Cuál es la prisa? —Interrumpió Gordon el discurso.

A Víctor se le contrajo la cara, sus yemas se tornaron blancas comprimiendo la copa, por un segundo deseé que los cinco hombres que con tanto esmero nos cuidaron a Viri y a mí desde pequeñas, se levantaran y le rompieran la cara.

—El amor —contestó Víctor mirando a Viri a los ojos. ¡Oh, era bueno! El maldito acarició la barbilla de mi hermana mientras le daba un beso en la comisura de la boca.

Kurt y yo nos buscamos al mismo tiempo, esto tenía que acabar pronto.

—Víctor, me gustaría hablar contigo un momento a solas después de la cena. Hay unos papeles que tienes que firmar antes de ir con Elvis a que los case.

Kurt era un carbrón, en una sola moción ordenó, advirtió y menospreció la gran idea de Víctor. Casarse en las vegas era todo, menos lo que merecía mi hermana.

—Lo que quieras hablar conmigo lo puedes hacer enfrente de todos, somos familia.

Víctor también podía ser mordaz. Abrazó a Viri y le dio un beso en la frente.

Con un asentamiento de cabeza, la seguridad de Kurt le acercó una carpeta negra. El servicio fue retirado de inmediato. La tensión poco a poco se tornó tan grande que incluso Jane guardó silencio.

Kurt no se inmutó con el excesivo desprecio de los ojos de Víctor, era un bastardo muy arrogante. Se sentía invencible con Viri entre sus brazos. Probablemente así se sentían todos los hombres que abrazaban a mi hermana.

Kurt extendió la carpeta y la puso enfrente de Víctor sobre la mesa.

—Necesito que firmes esto antes de ir con Elvis. —Víctor entrecerró los ojos y finalmente mostró un poco de su verdadero yo; Soltó a mi hermana sin delicadeza y abrió la carpeta—. Como te podrás imaginar, Viri no se puede casar sin un acuerdo prenupcial...

— ¡Kurt! —Lo interrumpió mi hermana indignada.

—No es por ti, Viri, es por nosotros —dijo mi hermano señalándome. Vi con claridad como la realización de lo que estaba haciendo llegó a mi hermana.

— ¡Oh, lo siento!

— ¿De qué habla, Viridiana?

La burbujeante felicidad que Víctor pretendió durante toda la velada, fue remplazada por verdadera irritación.

— Grupo Carter es un conglomerado familiar. Mis activos están ligados a los de mis hermanos, el que se case conmigo puede tomar posesión de lo mío, y de lo de ellos. —La señal de dólares apareció en las pupilas de Víctor—. Lo siento, Kurt. No pensé en eso.

Mi hermana nunca se había visto tan pequeña.

—No pasa nada, Viri. Solo tiene que firmar —asegué con una sonrisa.

— ¿Cuánto dinero tienen? —Escuché que mascullaba Jane. Hasta ahí llego la paciencia de los Gardner, Gordon la levantó de un brazo mientras Luca la apretaba por el otro. Fabio y Bruno también se levantaron, los cuatro se retiraron del salón sin decir una sola palabra y arrastrando a una encolerizada Jane. Poco después los escuché discutiendo en el salón adjunto de la suite.

—Antes de firmar, tengo que leer.

—Por supuesto.

Kurt y yo nos levantamos para dirigirnos a la barra. Con una señal le dije a su seguridad que no le quitaran los ojos de encima a Viri, los seis hombres asintieron sin dejar de ver a mi hermana. Esto se podía poner muy feo.

—¿Crees que con eso sea suficiente? —Le pregunté a mi hermano mientras nos sentábamos en los bancos y le dábamos la espalda a Viri y su prometido.

—No sé, el cabrón se ve muy decidido. —Le dio un trago a la copa que le sirvió una temerosa cantinera, tenía razón de estarlo, Drago echaba fuego.

Revisé mi teléfono sin encontrar el as que anhelaba—. Si tuviera más tiempo podría conseguir algo. Tony todavía no consigue nada —dije mojando solamente mis labios del líquido ámbar—. Mis papás deben estar contentísimos.

Los dos sonreímos de lado, Kurt tintineó su copa con la mía y se la llevó nuevamente a los labios.

Víctor tenía que agradecer que fuéramos Kurt y yo los que nos enfrentáramos a él. Alex, Owen, y Kaira podían ser unos bastardos cuando se lo proponían.

—Solo firma, Víctor —escuché que le pedía Viri. Kurt y yo veíamos las botellas que teníamos enfrente con mucha determinación, era difícil la tentación de voltear y romperle de una buena vez la cara al imbécil que le susurraba con irritación.

De repente se escuchó un cristal roto y el control reventó. Kurt lo tomaba por el saco al mismo tiempo que yo retiraba a mi hermana de las garras de Víctor Muse.

—¡No, Kurt! Fui yo.

Mi hermano tenía el puño en el aire, a punto... tan a punto...

Los cuatro Gardner entraron al mismo tiempo que Kurt luchaba con sus manos por soltar a Víctor.

—Kurt, suéltalo. —Mi hermano se tragó el orgullo, el instinto, lo soltó, y lo amenazó con la mirada mientras le alisaba el saco. Víctor sin ser más alto que Kurt, lo veía hacia abajo.

—¿Puedo hablar con Víctor a solas?

—¡No! —Contestaron los Gardner y Kurt a Viri en una sola voz.

—Kurt, sé un buen anfitrión y ofréceles un té de tila... —Le ordené a mi hermano tomándolo por el brazo—, y te tomas uno tú también.

Me costó trabajo, pero saqué a los cinco hombres, claro, que yo regresé a la barra. De ninguna manera dejaba a mi hermana sola.

—Víctor, firma. Es solo un papel —rogó mi hermana.

No la reconocí. No entendía que poder tenía sobre ella.

—Viridiana, ¡cállate!

¡Oh, diablos! Tan cerca que estuve de ser civilizada.

—Víctor, ¿alguna vez mi hermana te platico que casi mato a un hombre? Era un poco más grande que tú. Trató de propasarse con ella, le costó una semana en el hospital. —Le advertí acercándome a ellos—. Puedo ser muy violenta cuando quiero.

—¿Me estás amenazando niña idiota?

—¡Víctor! —Mi hermana saltó contra su todavía prometido, aunque mucho me tenía que ese compromiso se iba a terminar por las últimas palabras de Víctor.

Sostuve a mi hermana del brazo mientras yo daba un paso al frente. Me acerqué tanto a Víctor que pude oler el hedor de desprecio que salía de su boca.

—No Víctor, yo no amenazo, yo hago.

Pude saborear la rabia de sus ojos, de su piel, de él. Le sostuve la mirada sin parpadear, me gustaban las competencias de miradas. Víctor perdió.

—Viridiana, ¡vámonos!

Di un paso atrás para darle espacio a mi hermana, por más que yo quisiera proteger a Viri de la maldad del mundo, era decisión de ella elegir el camino.

Mi hermanita, el hada de la familia, la que siempre pensaba lo mejor de los demás, se acercó peligrosamente a su prometido.

— ¡Vete a la mierda, Víctor! Nunca vuelvas a acercarte a mí o a mi familia, recuerda que es muy poderosa, y que tú eres nada junto a nosotros. —Víctor abrió mucho los ojos, las pupilas se le dilataron tanto que no se alcanzaba a ver el contorno oscuro, solo se veía la maldad.

Viri no decía malas palabras, Viri no amenazaba, hasta que surgía en ella lo Northman—Carter Jones y se convertía en el Hada de lo imparable.

— ¿No soy nadie? Soy tu dueño. Soy tu señor. Soy el hombre que amas y que siempre amaras.

Han, Solo, y los cuatro Jedis que nos cuidaban tenían los sables de luz preparados para cortar en dos a Víctor, ellos junto con el ahora oficialmente exprometido de mi hermana se pasmaron con las sonoras carcajadas.

Viri y yo nos doblábamos de la risa.

— ¡Ah, pero que imbécil eres! Yo no estoy enamorada de ti. Me gusta como coges, eso es todo.

La risa no permitió que Viri siguiera hablando, Víctor después de todo resulto gracioso.

Dimos la media vuelta sin preocuparnos de sus amenazas. Al entrar a la sala donde nos esperaban todos nuestros hombres, las endorfinas de nuestra risa les señalaron que ya todo estaba bien, y que ya no había motivos para llamar a guerra. Kurt negó mirando al cielo, Bruno y Fabio sonrieron con nosotras, y Gordon y Luca relajaron el cuerpo. Ya todo estaba bien.

—Bueno, vamos a festejar que no me case —propuso Viri antes de que empezara a temblar. Se comportó a la altura reprimiendo la ola de lágrimas hasta que nos quedamos a solas. La besé en la mejilla un minuto antes que la pobre se rompiera por completo. Corrí al bar de la suite y saqué una botella de vino, pasé por el baño por una caja de pañuelos y la alcancé en la cama. Mi hermana ya se había quitado el hermoso vestido blanco, tirado en una esquina se encontraba junto con las ilusiones de mi hermana. Se cubrió con una playera también blanca, se cruzó de piernas en la cama y le dio un buen trago al vino directo de la botella.

Sorbiendo recordó cada detalle de la efímera relación con Víctor. Mi hermana no lo amaba, ella no sabía eso por supuesto, ella creía amarlo, pero al hablar de él no era dolor lo que reflejaba, era ilusión, sueños, una búsqueda por un apresurado final feliz.

Al final, su mayor preocupación fue lo que iban a pensar Owen, Alex y Kaira.

—A mis papás les va a dar algo.

—No te van a aplaudir, pero te van a escuchar, te van a gritar y después te van a abrazar. Los tres hemos cometido resbalones, y mis papás siempre han estado ahí para sacudirnos, ayudarnos a levantar e insistirnos a volver a andar. Así que deja de lloriquear y habla con ellos.

Le di el teléfono y atestigüé cómo le temblaban los dedos para marcar nueve números.

— ¿Ami?

Le di un poco de privacidad cuando escuché que Kaira mostraba lo Jones. Los gritos se escuchaban a tres metros de distancia. No se podía negar el amor que mi madre nos profesaba, pero era la primera en forzarnos a limpiar cuando la cagamos. Y en esta ocasión, Viri la había cagado,

Después de dejar a Viri en el aeropuerto regresé a mi habitación, necesitaba una ración de amor. Mi Lobo ya me esperaba con una tina llena de espuma, y su esplendoroso cuerpo al descubierto.

— ¿Todo bien? —Preguntó mientras me desnudaba. Un baño de espuma era una gran idea.

—Si. Está un poco asustada por la reacción de mis padres, pero está bien. ¿Kurt se hizo cargo de Víctor?

Mi Lobo asintió recorriendo el contorno de mi cuerpo con la mirada. Tuve que cubrirme apresuradamente y retrasar mi ración de amor cuando nos interrumpieron con toques insistentes en la puerta. Hay quien tiene muy mal tino. Bruno ya estaba listo para mí.

Abrí la puerta para deshacerme de la insistente persona que no dejaba de maltratar la pobre puerta, sin embargo, en medio del desierto, el océano se abrió y apareció un tiburón.

—Pensé que te habías ido con Viri.

Fue una especie de reproche y disculpa. Era obvio que no esperaba toparse conmigo.

—Mis padres la van a llevar a Dite, yo tengo que regresar el lunes a Nueva York.

No quería saber por qué tuve la necesidad de explicarme, total, a él qué diablos le importaba. Desapareció, ya no lo volví a ver, seguro se estaba revolcando con Jane mientras yo arreglaba las cosas con mi hermana.

—Luca.

Bruno se paró justo detrás de mí, intenté moverme para dejar de ser un obstáculo entre los hermanos Gardner, pero la mano de Bruno en mi cintura me detuvo. Enseguida se abrió un hoyo negro debajo de nosotros, con la mirada de Luca sobre la mano de Bruno en mi cuerpo, con la caricia del pulgar del Lobo en mi cintura, con el doloroso amor que sentía por ese par de idiotas. El hoyo era profundo, oscuro, palpable, nos absorbió deteniendo el tiempo y el espacio. La energía alrededor de nosotros se cargó de furia, lujuria, y por más que lo negáramos, de amor.

Luca no dejaba de ver la mano de su hermano sobre mi cuerpo, Bruno apretaba mi cintura con demasiada fuerza, tanta, que el perezoso nudo con el que cubrí mi desnudez, se abrió. Ahora la bata medio cubría ambos senos, exponía el torso desnudo y la pequeña tanga que escondía mi vientre bajo. Mi respiración se aceleró al primer movimiento de Bruno, sus dedos viajaron despacio, firmes hasta llegar a mi seno izquierdo, lo desnudó completamente, lo acarició con propiedad, y lo sostuvo ofreciéndoselo a su hermano.

Luca siguió el camino de la mano sin parpadear, sin respirar, yo seguí la mirada de Luca mientras sentía los dedos de Bruno acariciar mi cuerpo, nunca me había sentido tan excitada, tan necesitada, y ¡por los dioses de todo lo oscuro en la vida, tan completa! Mi vientre estaba vacío, pero mi alma estaba completa.

Luca levantó la mirada y nuestros ojos se conectaron, había deseo, miedo, cariño, sobretodo confusión. Ni él ni yo teníamos certeza de lo qué estaba pasando, él único que se mostraba firme era el menor de los Gardner, sus dedos ofreciendo mi seno, así lo demostraban.

Mi cuerpo habló por sí solo, mi cabeza se recargó en el hombro de Bruno, mi cuello se expuso, y mi pecho se levantó en una ofrenda ciega. Sin dudas o temores me afronté al rechazo; más valía pasar por un bochornoso ‘no’, que pasar el resto de mis días afligida por un ‘hubiera’.

Para mi buena fortuna, el ‘hubiera’ no era una palabra en el diccionario de los Gardner. Luca inclinó su cuerpo e hizo que mis párpados se cerraran por el placer de sentir su aliento nuevamente en mi pecho, su lengua acariciaba la adolorida cima como siempre lo había hecho, con firmeza y veneración.

No tarde en ser arrastrada hasta la cama, a lo lejos escuché que la puerta se cerraba, ropa cayendo al suelo, un par de alientos susurrando palabras sin sentido. Yo ya no estaba en este mundo, entré a un mundo paralelo donde solo existíamos Luca, Bruno y yo, donde no existía el mal y el bien, donde lo correcto y lo incorrecto eran lo mismo, donde por primera vez en el mundo solo existía el amor. Porque era amor, simplemente amor, no podía ser otra cosa, la plenitud de sentirse tocada por cuatro manos al mismo tiempo, de sentirse besada con adoración enfermiza, de solo pensar en la necesidad de satisfacer, llenar, hacer feliz al otro, de dejar de existir porque solo ellos importaban, eso, solo podía ser amor.

Tuve que detenerlos por un segundo para poder pensar, era tan condenadamente delicioso que por un momento me agobio.

—Necesito aire.

Los dos pararon al mismo tiempo angustiados por mi bienestar. ¡Carajo, qué bello sueño estaba viviendo!

—Lo lamento, no... no...

Si Luca huía, ¡lo mataba! No podía hacer esto, ¡no ahora! Lo detuve del brazo para que no termina de separar su cuerpo del mío, cuando un pequeño, un diminuto temor me atacó; Venía soñando con esto desde siempre tal vez, pero ya en vivo y a todo color, todo se veía enoormeee, no estaba muy segura de poder manejar a los dos. Mi duda desapareció, al sentir como se contrajo mi interior con el solo pensamiento. ¿Los dos al mismo tiempo? ¡¡¡Si, por favor!!!

—No te voy a rogar, Luca. Pero si te vas, ya no regresas.

La advertencia era para los tres, si hacíamos esto juntos, no había vuelta atrás. —Su cuerpo se tensionó en la misma medida en que su mirada se suavizaba. Ja, ¿irse? Solo a mi interior—. ¿Cómo funciona? —le pregunté a un muy entretenido Bruno. Jugeteaba con el lóbulo de mi oreja mientras los mayores discutían cosas de grandes.

— ¿Cómo crees que funciona?

Su cuerpo se apretó al mío tendiéndome de espaldas y calentando cada pedazo de piel que tocaba. Mis entrañas volvieron a estremecerse bañadas de lujuria.

—Sin celos —advertí. También para los tres.

—Siempre y cuando él no te monopolice, yo estoy bien.

Empujados por la historia, Bruno y yo volteamos al mismo tiempo a ver a Luca. El hombre que siempre gritó fuerte y claro que él no iba a compartir a su mujer, cerró los ojos, sonrió un poquito de lado, y se dejó caer a nuestro lado.

—Resueltos los detalles, más acción y menos palabras —propuso Bruno. Nunca había estado más de acuerdo con él.

Podía sentir el calor que emitían sus cuerpos, la tensión en sus brazos, su fuerza. Luca me levantó con un brazo mientras el otro se enredaba en mi cabello y me forzaba a besarlo. Estaba un poco desorientada, incapaz de escuchar nada más que mi cuerpo, porque lo siguiente que supe es que era Bruno el que me besaba. Su olor invadía mis sentidos, era un embriagante licor, la grandiosa masculinidad, su piel, los necesitaba, los amaba. Sus besos, sus caricias era el afrodisiaco más maravilloso.

De rodillas sobre la cama, Bruno tomó el control de mi cuerpo. Sus firmes dedos se enredaron

en mi cabello y me forzaron gentilmente a acostarme boca abajo. Acariciaron mis hombros antes de recorrer la espalda, mis costillas, mi cintura, mi trasero, unos labios se posaron en mi cicatriz, fue increíble el jadeo.

—Sophie...

Acariciaron mi cuerpo una eternidad, de pies a cabeza, con suaves y húmedos besos, a la derecha y la izquierda, de arriba abajo. Eran miles de promesas, gentiles premios, una y otra vez, relajando, enviando mi cuerpo por un hermoso camino. Mi cerebro intentó identificar de quien venían los besos, las caricias, el suave cosquilleo, la electrizante sensación, pero las células explotaban una tras otra haciendo imposible identificar la fuente del placer.

Mi cuerpo era cálido y suave bajo su mando, y despertó con energía puramente sexual cuando unos dientes se enterraron en la piel de mi cadera. Mi grito fue alto, poderoso, más por la sorpresa que por el dolor. El productor del dolor me recompensó con su lengua, con lametazos lujuriosos. Otra boca mordisqueó lo largo de mi espalda, de mis hombros.

—Mérid, abre.

Mis piernas se abrieron con la súplica de Bruno. Me invadieron con un dedo, con dos, uno gimió, el otro jadeo.

—Es tan suave...

—Tan caliente... —coincidió Bruno.

Sentía sus pesadas vergas quemando mi piel, sus manos trabajando, necesitaba ver.

—Quiero verlos.

Más tarde en dar la vuelta, que en lo que la suave lengua de Bruno abría mi boca abriéndose paso a mi interior. El anhelo era tan grande, que dolía.

—Me encantan sus tetas...

La boca de Luca torturó mi pecho, lo succionaba con fuerza, con poder. La humedad no se hizo esperar, goteaba entre mis piernas.

—No. Su culo.

Mi coño se apretó con la invasión de los dedos de Bruno mojándose, preparándose antes de ir más abajo y exigir su entrada.

Luca dejó de lamer para preguntar—: ¿Su culo?

Fue como ver a dos chiquillos una mañana de Navidad; Ojos brillantes, sonrisas relucientes, vergas hinchadas y calientes. Bruno asintió al mismo tiempo que introducía un segundo dedo. Mi gemido fue la antesala de una tortura fortuita; Estimularon boca, manos, brazos, senos, vientre, era demasiado, los necesitaba, mi vientre los necesitaba.

—Ya...

Mi ruego fue interrumpido por Bruno y un tercer dedo.

— ¿Ya que, Mérid? —Entraba y salía con perezosa obscenidad, ultrajando mis sentidos, mi voluntad—. ¿Ya estás lista para él? —Lo oscuro de su voz hizo contraste con el suave toque de Luca; Sus dedos danzaban con mi estómago, por mi vientre, por mis pliegues.

—Abre las piernas, Princesa. Déjame verte.

Sus dorados ojos de Luca se nublaron con lujuria mientras me abría para él. Su verga rozó...

— ¡Bruno, ¿Luca está contigo?!

Mil demonios y mil serpientes se apoderaron súbitamente de mi cuerpo.

— ¡Bruno!

Jane no dejaba de golpear la puerta, ¡mi puta vida! Luca estaba luchando con verga en mano, se debatía entre entrar o no entrar.

— ¡Bruno! ¡Luca! ¡Mi llave no abre, ¿me prestas la tuya?!

¡A la mierda! Toda la excitación, el sueño hecho realidad se convirtió en una bendita pesadilla. Me levanté de la cama y me metí al baño. Escuché que los hermanos Gardner discutían, pero para mí ya no existían. Me vestí con la ropa regada en el piso, tomé mi bolsa al salir del baño y me dirigí a la otra puerta de la suite.

— ¡Sophie!

El grito unitario de los hermanos a medio vestir, no hizo mella en mí. ¡A la mierda los hermanos Gardner!

Tal vez debí tomar la intromisión de Jane como una señal, como una bandera roja ondeando por lo alto advirtiéndome que una cosa es desear, otra es la vida real.

Mi relación con Bruno se vino abajo, nos alejamos, no sé si fue el deseo interrumpido —no hay nada peor que la promesa de un mega orgasmo, y terminar con las pelotas azules—, pero las cosas no volvieron a hacer lo mismo. Mi relación súper abierta con el menor de los Gardner, se volvió cerrada, ya casi no hablábamos, nuestros horarios dejaron de coincidir, empezó a viajar por cuestiones de trabajo, y yo a recluirme en la biblioteca o en el estudio del loft estudiando.

Era mi último año, tenía que aplicarme si quería recibirme en derecho internacional, ese fue mi pretexto. El suyo fue el dinero, empezamos a pelear por cosas sin sentido, de la nada el dinero se volvió relevante, ¡el dinero! A él le importaba un rábano el dinero, no sé de donde salió esa inseguridad, pero el día que llegué con un frac se volvió loco.

—No entiendo, Bruno, ¿cuál es el bendito problema?

—Yo me puedo comprar mi ropa, Sophie. No necesito que me compres nada. Ni siquiera puedo comprar la cerveza que me tomo, todo aparece de la nada en el refrigerador.

—Bruno... es... yo tengo gente.

Tenía quien me limpiaba, quien compraba la despensa, incluso quien me compraba la ropa, incluyendo su frac. Tenía una fiesta de beneficencia con mi familia, quería que él me acompañara y en su guardarropa no sobresalía un traje de noche, fue de lo más sencillo hacer una llamada, el frac al estilo años 40' de Giorgio Armani apareció en la puerta. ¿Cuál era el problema? Mi familia tenía más dinero que algunos países pequeños, y Bruno se enfadaba porque pagaba un bendito traje.

Para mí era importante el menor de los Gardner, porque me daba cosas que el dinero no puede comprar. Aun con el deterioro de la relación, nadie hablaba de separarse. Solo intentábamos no ahogarnos.

Hasta que llegó lo inevitable, lo que la bandera roja de Jane predijo o produjo.

Le hice el desayuno, se lo llevé a la cama, hicimos el amor, nos resistimos a separarnos, y volvimos a hacer el amor, finalmente lo despedí en la puerta, y me vi sola. No sé por qué se sintió tan extraño, tan vacío, no era la primera vez que viajaba.

Hice mi día normal, él iba a regresar al otro día, era solo una noche, una noche sin dormir con Bruno. No era gran cosa. ¿Entonces por qué fue tan mal? Todo el día me sentí vacía, triste, apagada. Después de clases acepté tomar un café con BB, una compañera de la universidad, comimos, alargué su compañía lo más que pude, fue hasta que tuvo que ir a una clase que la dejé ir.

Camino a las SUV decidí que quería caminar, y ahí llegó el cruce de caminos.

— ¿Podemos hablar?

Nina no dejó de llamar, tenía meses insistiendo en vernos. Yo no la quería ver y opté por no hacer caso a sus llamadas, mensajes, correos. La verdad es que estaba muy ocupada enamorándome de Bruno, no tenía tiempo para ella.

—No tenemos nada de qué hablar, Nina —Me cerró el paso y me detuvo con una mano en el hombro. Mal movimiento para alguien que cuenta con dos ex Marines de los Estados Unidos como sombra. Tuve que hacerle una señal a Han para que no brincara sobre ella, eso no lo detuvo para

pararse atrás de ella invadiendo su espacio personal. Sentí la presencia de Solo atrás de mí, seguramente inspeccionando los alrededores. Dudaba que fuera algo más que una chica con el ego herido.

— ¿Cómo pudiste dejarme por ese? Él no te respeta.

De ninguna manera iba a discutir mis asuntos personales con una mujer herida, las mujeres somos muy pasionales, sobre todo cuando nos sentimos insultadas.

—Nina, tu y yo no éramos pareja, solo teníamos sexo. Eso no es una relación. Por favor, para. —Sus ojos brillaron con mis palabras, para mi infortunio bajó la mirada y no logré ver si la herí, otra vez.

—Éramos amigas. ¿Nos tomamos una copa por los viejos tiempos?

Por un segundo lo consideré, no me costaba nada. Algo me detuvo, tal vez la sensación tan extraña que me acompañó durante el día.

— ¿Otro día?

Hice un guiño, le di un beso en la mejilla, y seguí mi camino.

Llegando a casa le marqué a Bruno, sonó tres veces antes de que su voz anunciara que no estaba disponible. Escuché la grabación completa, el bip, era tiempo de decir algo y no se me ocurría nada, solo dos palabras logré expresar:

—Te amo.

Elton John me despertó. Todavía con los ojos cerrados busqué el teléfono abajo de mi almohada.

—Más vale que sea importante...

Debían ser las tres o cuatro de la madrugada, mi cuerpo todavía estaba en estado ‘apagado’. Necesitaba un té.

—Prende la computadora. Kaira y Alex ya van para allá. —Fueron los ‘buenos días’ de Kurt. Busqué el cuerpo que dormía conmigo, y solo encontré un espacio vacío. Eso, me alerto todavía más que el ‘buenos días’ de Kurt.

— ¿Qué pasó? ¿Es Bruno? ¿Viri?

—No. Ahora es la princesa.

Me puse una bata, prendí la computadora, y me serví agua. Todo eso cinco segundos antes de que tocaran a mi puerta.

—Alguien está tocando a mi puerta, ¿qué pasa?

—No abras, voy a marcarle a Han. ¡No abras!

— ¡Ya sé! No le abro a nadie hasta que me vuelvas a marcar.

Mi hermano era una piedra en el zapato, pero una piedra que le gustaba el control y que normalmente tenía razón. Más valía hacerle caso.

Pasaron dos minutos donde la tetera pito, la computadora me pidió la contraseña y yo no me pude mover. Me quede ahí, entre la cocina y la puerta, apretando el teléfono en mi pecho, y esperando que alguien derribara la puerta.

Volvió a cantar Elton, solo que ahora en vez de despertarme, me hizo brincar.

— ¿Qué pasó?

—Señorita Northman, Lisa Goal del Chonical, ¿qué...

Colgué e inmediatamente después volvió a cantar Elton, algo me decía que el señor John iba a tener un día muy ocupado.

—Me acaban de marcar del Chonical. ¿Qué pasó?

—Abre la puerta, es Han y Dwing.

Dejé pasar a Han y Solo, y repetí la misma pregunta—: ¿Qué diablos pasa?

—Prende la computadora, tu trasero está en todos lados.

Metí la contraseña en mi laptop mientras Han revisaba las habitaciones y Solo cerraban las persianas. La pantalla de mi laptop cobró vida y aparecí. Como acto de magia, en Facebook, twitter, Instagram, en todas las redes sociales estaba mi trasero. Afortunadamente, tenía un buen trasero.

—Bueno, al menos tuvo la gracia de cubrir con la sábana lo más... íntimo.

Se veía mi espalda desnuda, mi cabello revuelto, mi cara visiblemente en el mundo de los sueños, y la sábana color marfil cubriendo la conjunción de mis piernas, solo eso, el resto de mi cuerpo estaba en todo su esplendor. Lo que más dolió fue la vista de mi cicatriz, eso era... personal.

— ¿Siquiera sabes quién fue?

— ¡Por supuesto que se quién fue! ¿Pues quién crees que soy? ¿Una de tus novias?

—Mis novias no están por toda la red.

—Tus novias son unas...

Mi hermano me conocía bien, sabía que en estos momentos necesitaba regresar a mi infancia, ahí donde lo más estresante es no salirse de la línea. Por unos minutos volvimos a tener siete.

—No son tontas, son sencillas.

—No, Kurt. Una cosa es ser sencilla, y otra muy diferente es ser simple.

Regresamos a los veinticinco cuando volvió a hablar—: Serán lo que tú quieras, pero han sido lo suficientemente inteligentes para acostarse conmigo, y no con el imbécil con el que te acostaste. Dame nombre.

Lo pensé por unos segundos, si le daba nombres a mi hermano podía dar por hecho que los abogados de mis padres orquestados por él, acababan con el presente y futuro del cuerpo que me regaló un par de orgasmos hacía más de un año. La duda terminó, cuando volví a ver la foto de mi cuerpo desnudo, esa foto significaba; adiós a la privacidad, adiós a terminar la universidad en paz, sobretodo, adiós a dormir con Bruno, lo último fue lo que despertó mis instintos asesinos.

—Es Nina, Nina Walker. Estudia en Cornell.

— ¿En Cornell? Con razón.

Dejé salir un suspiro de frustración, los like en las fotos iban en aumento, así como los comentarios lascivos y negativos.

— ¿Qué hago? ¿Me quedo aquí, voy a casa, desaparezco?

—No te muevas de ahí, Kaira y Alex ya deben de estar por llegar, Owen está verificando la seguridad en Dite, lo más seguro es que te escondan ahí.

—Me faltan dos meses para acabar, Kurt... ¡Maldita sea!

Se escuchaba a mi hermano teclear como loco, seguramente comunicándose con los abogados y la gente de comunicación, no tenía tiempo para consolarme, iba a estar muy ocupado cubriendo mi trasero.

—Voy a hablar con Viri... ¿Me hablas cuando sepas algo?

—Mmjumm.

Kurt ya estaba en otro planeta. Mi hermanito el nerd.

—Kurt... gracias.

El teclado paró.

—No te preocupes, todo va a estar bien... Te quiero.

—Yo más... Hablamos luego.

Colgamos con muy mal sabor de boca. Mi relación con Kurt mejoraba día a día, las hormonas

ya no nos dominaban, ya podíamos mantener una conversación sin querernos matar. Eso no quitaba que, seguía sin controlar su peor defecto —no soportaba que tocaran a sus hermanas, para su mala fortuna, a sus hermanas les encantaba que las tocaran—.

—Sophie, tengo a tu padre al teléfono.

¡Ay, dioses! Ahora venía lo bueno. Tomé el teléfono que me ofrecía Han con manos temblorosas.

— ¿Bueno?

— ¿Cómo está mi Princesa?

Alex no se escuchaba enojado, más bien entretenido.

—Asustada. ¿Finalmente cause que les diera un aneurisma? —La carcajada de mi papá me dio risa. Alexander Northman—Carter no era de muchas sonrisas.

—Ay, hija. Ya estoy curado de espanto con ustedes. Una foto no es nada.

— ¿Seguro?

—Segurísimo. Si te platicara las aventuras de Owen a tu edad, no acabaría.

— ¿Cómo qué? —Alex volvió a reír e hizo que finalmente me relajara, tenía a mi familia de mi lado, una foto no era nada.

—No te quiero dar ideas, pero créeme, una foto no es nada. Para cuando amanezca ya la sacamos de circulación. El problema es que tú también vas a tener que salir de circulación hasta que las aguas se calmen, ¿a dónde quieres ir?

—Pá, me faltan dos meses... ¿no podemos aguantar aquí hasta que acabe?

El suspiro de Alex no daba muchas esperanzas.

—No creo, princesa. No te van a dejar en paz. Ya hay paparazis afuera del palacio, seguro también tienes compañía por ahí.

Me asomé por la ventana, pero a esa distancia todo se veía en tamaño hormiga. Le pedí a Han que ojeara las entradas del edificio y confirmó las palabras de mi padre; Dos camionetas con logos de cadenas de televisión ya estaban acomodando su equipo en la entrada del edificio.

— ¿Dite?

—No, ninguna de nuestras propiedades, ya hay gente esperándote.

Me hice ovillo en el sillón. De repente me sentí muy sola, muy chiquita, necesitaba a Bruno. ¡No! necesitaba a mi hermana.

— ¿Puedo llevarme a Viri?

Pocas eran las ocasiones que se me negaba algo, y mucho me temía que esta ocasión era una de ellas.

—Lo acabas de decir, Princesa. El semestre está por acabar.

—Tienes razón... perdón...

— ¡Ey! Hemos salido de peores... ¿por qué no visitas a...

—No. Nada de Luca.

No sé por qué vino Luca a mi mente, añoranza, quizás.

— ¡Por supuesto que no!

¡Ay, dioses! Andaba de un abusada. Alex veía con gracia mi foto por toda la red, pero era cuestión de nombrar a los hijos de los Gardner y se le quitaba lo gracioso a todo.

—Voy a donde tú me digas. Ahora mismo preparo mis maletas y voy a donde tú digas.

—Lo siento, cariño. Hablo con Owen y te vuelvo a marcar.

Le mandé un par de besos antes de colgar, Alex no tenía la culpa de mi idiotez.

Subí al avión en automático. Han y Solo no me acompañaron, se llevaron un buen regaño de Owen a larga distancia después de esconderme en el asiento trasero de la SUV, y llevarme sana y salva al aeropuerto. Aunque en este momento no me preocupé por el futuro de mi seguridad, sabía que mi madre se podía hacer cargo de eso más adelante.

Era hora de tomar conciencia. No podía ir dando tumbos por la vida esperando que el muro de contención que era mi familia recibiera los golpes. Sabía que mi imagen era importante, era la imagen del grupo Carter, y me gustara o no, tenía que pensar en otros aparte de mi misma.

A 2838 metros de altura tomé la decisión que cambió mi vida; Se acabaron los juegos, era tiempo de vivir la vida real. Apreté mi celular como despedida, después de verlo por última vez, se lo ofrecí a Tony.

—Voy a necesitar otro teléfono.

— ¿Pasó la información o la pasas tú? —Tony era casi de la familia, nos vio crecer, además de que tenía excelentes métodos cuando se cruzaba la línea de lo legal, por eso era la mano derecha de mis papás.

—No. Todo se va. Voy a empezar de cero.

Asintió y finalmente tomó el teléfono de mis manos. Mi corazón se rompió en dos, y ninguna parte se encontraba conmigo.

— ¿Ya no sales con Bruno?

Mi corazón empezó a palpitar erróneamente, Bruno no iba a entender mi huida, a él le gustaban las cosas claras.

—Está en Boston. En una conferencia.

— ¿Entonces, no fue él?

Por un segundo no reconocí a Alex, el que no le gustaran los Gardner para su hija nublaba completamente su percepción de las cosas. El único error de los Gardners era que amaban a la persona equivocada.

—Bruno sería incapaz de hacer algo como eso. Fue Nina, una idiota con la que salí. Ni Bruno, ni Luca harían algo para dañarme, te recuerdo que los dos me quieren. Y que yo los quiero a ellos.

El resto del viaje fue en silencio. Nadie quería hablar de fotos, errores, o amores perdidos. Era tiempo de enfocarse en el futuro, olvidarme del amor físico y entregarme a los brazos de mis dos amores solo en la imaginación.

El amor... tal vez el amor no estaba listo para mí, o peor aún, yo no estaba lista para él. Lo que fueron llamas, iban a terminar siendo ceniza.

Y dolía, sí que dolía.

3 años después...

Los minutos se convierten en horas, horas en días, semanas, meses enteros, y antes de que te des cuenta, la vida pasó y tú sigues sintiendo el mismo dolor.

— ¿Ami?

— ¿Dónde estás, Princesa? ¿Estás en casa? Ven a almorzar, hoy cocine yo.

Me puse una bata y salí del anexo titiritando de frío, Chicago empezaba a enfriar, eso aunado al vacío que sentía en el pecho, era fatal. Pero nada como la comida de Kaira para revolcarme en el dolor. Mi corazón iba a seguir roto, pero mi estómago bien alimentado.

La cocina del palacio estaba recién remodelada, sin hijos que los importunaran, Owen y Alex le robaron espacio al desayunador y a la cocina para hacer otra chimenea, las favoritas de Kaira. Un área donde antes de llegar al comedor principal podías sentarte, tomar un café, escuchar la madera ardiendo y admirar la nieve cayendo.

Alex y Owen ayudaban a sacar la loza mientras Kaira movía algo en la estufa, sentadotes junto a la chimenea estaban mis dos hermanos, inmediatamente mi humor mejoró, tenía mucho tiempo que no desayunábamos todos juntos. Como siempre que estábamos los seis juntos en casa, no había a la vista nadie del personal. Mis padres disfrutaban los pocos momentos de intimidad que teníamos, y los atesoraban con garra.

—Princesa —saludó Owen. Dejó de acomodar la mantelería para aceptar mi beso y abrazo, mi Api era muy cariñoso, amaba abrazarlo. Me acerqué a Kaira por la espalda e hice lo mismo, ella lo aceptó sin dejar de cocinar, era una mujer multitareas. Alex se recargó en la encimera y extendió sus brazos hacía a mí.

— ¿Cómo se siente mi princesa? ¿Todavía adolorida?

Sonriendo me recargué en su hombro.

—Sabes que eres el causante de que esté adolorida, ¿verdad? —Mi papá me abrazó con fuerza, con protección, con amor.

—Yo no tengo la culpa de que tengas tan malos gustos.

No quería iniciar una discusión que nos iba a llevar a ningún lado. En realidad, tenía razón, yo era la que tenía debilidad por la leche Gardner.

Almorzamos hablando de todo y de nada, no se tocó el tema Gardner, ni el trabajo, ni la fundación, solo se habló de planes personales; Kurt quería estudiar otra maestría y no se decidía por cuál, Viri organizaba fechas para nuestra ida de compras anual, tenía la loca idea de ir a Dubái, ¿para qué ir tan lejos cuando estábamos a horas de Nueva York o San Francisco?

Mis padres anunciaron que querían tomar unos meses de retiro, querían ir a Dite y olvidarse del mundo real por un par de meses. Kurt, Viri y yo celebramos el anuncio asintiendo en silencio, el que ellos desaparecieran, aunque fuera por un par de meses, implicaba que nosotros tres teníamos que tomar el timón del barco llamado Grupo Carter, a menos que mis padres quisieran que el barco se hundiera en un par de horas, yo en su lugar reconsideraba la gran idea del retiro temporal.

Cuando llegó mi turno solo se me ocurrió una cosa, olvidar a los Gardner, esa era mi plan número uno desde hacía tres años; treinta y seis meses, ciento cincuenta y seis semanas, y yo seguía añorando como si los hubiera dejado ayer. Pero en vez de eso apliqué la de Kurt y hablé de escuela, una maestría no le hacía daño a nadie, podía ir a Londres, a China, a Australia, a Dubái, para estudiar si podía ir a Dubái, cualquier lugar era mejor que estar encerrada en cuatro paredes pensando todo el día en solo dos personas.

A veces nosotros mismos empequeñecemos el mundo, no importo que me escondiera al otro lado del mundo, Bruno y Lucas nunca me dejaron.

Pasé un año escondida en uno de los viñedos de la Abuela Luiza en Portugal, sirvió para acabar lo poco que me faltaba de escuela, ahora era oficialmente una egresada de Columbia. Dolió no poder asistir a la ceremonia, pero BB se encargó de sacar miles de fotos y mandarlas con una crítica constructiva de cada una de ellas. ¡Nos comimos a la facultad completa! BB fue con la única que mantuve comunicación, fue la única que no insistió en saber los detalles más oscuros de mi paseo por los tabloides, y la única que lamento no haberse despedido de mí. Yo también lo lamenté.

Los siguientes dos años rondé por el mundo visitando las oficinas del Grupo Carter, aprendiendo el manejo, la administración, la distribución, en general cada uno de los detalles de lo que algún día iba a heredar según mis padres. Ser una NCJ implicaba que tenía que saber cada fragmento, cada función de todas las empresas y empleados, también significaba que, regresando a Chicago era la responsable directa del manejo de varias compañías, esa era razón suficiente para no regresar.

“La terapia ocupacional es la mejor medicina para el desamor”, me dijo la abuela en una de las caminatas por el viñado. Después de la muerte de Gamble, mi abuela regresó a Portugal para hacerse cargo de los negocios de su familia, todas las tardes dábamos una caminata por todo lo largo y ancho de sus propiedades. La abuela se apellidaba Cavalcanti, un apellido que provenía del siglo XVIII, dueños de una gran extensión de tierra e historia en Portugal, fue el lugar perfecto para esconderme después del incidente de mi trasero, un incidente que ocultaron rápidamente mi hermano y las personas de comunicación, tenías que buscar muy a fondo antes de encontrar la foto, pero una vez que se publica en la red, siempre existe.

Portugal también era el lugar perfecto para aprender sobre vinos, todos los días teníamos una sesión de Cata, no se podía decir que mi paseo por los tabloides fuera un completo desastre, ahora mi cuerpo resistencia un poco de alcohol. Lo que más me gusto de mi escondite fue conocer a Yaco, mi primo de tercera o cuarta línea, él fue la parte divertida y tal vez la razón por la que sobreviví a mi autoexilio. Era un hombre un par de años mayor que yo, rubio, atlético, de trabajo duro, con unas ganas infinitas de vivir, de aprender, él era la mente joven de los viñedos Cavan.

Se convirtió en mi mejor amigo, en mi mentor en cuestión de vinos, junto a la abuela fue el que poco a poco me adentrara a la vida social; cenas, recaudación de fondos,

—Hola, bellísima —susurró Yaco en mi oído, fue imposible contener el escalofrío por lo largo de mi espalda. ‘Biología’ decía cada vez que me provocaba un sonrojo. Podía ver la sonrisa juguetona en su boca en mi visión periférica. Le gustaba retarme.

— ¿Cómo te tratan los subordinados?

Intenté contener la risa, Yaco lo ponía difícil subiendo y bajando uno de sus dedos por el escote de mi vestido.

—Estoy trabajando, Yaco.

Mi risa se mezcló con el escalofrío, maldito Yaco, sabía bien de biología.

—Solo tienes que verte bonita, la abuela está haciendo todo el trabajo.

Era cierto, Luiza Caval se movía como pez en el agua. Mi abuela era una de las personas más fuertes que conocía, enviudo siento una jovencita y nunca volvió a casarse. ‘Amar como ame a tu abuelo, pasa solo una vez en la vida’, afirmó una vez cuando era niña. Mucho me temía que tenía razón, pasaban los días y mi cabeza seguía funcionando solo por los nombres Luca y Bruno.

La abuela también padeció de cáncer, luchó y la venció, la abuela era un Fénix.

—Dime los detalles, ¿a quién le estamos dando ese gran cheque?

Con la cabeza señalé a Oliver Kinzer, el administrador de una casa de retiro para gente de bajos recursos. Yaco puso su mano en la parte más pequeña de mi espalda, me guio hasta la mesa principal y compartió conmigo esa increíble sonrisa blanca.

—Luces puñeteramente deliciosa.

¿Cómo no adorarlo? Fue amor a primera vista. La siguiente vez que salí en los periódicos no fue con mi trasero en primera página, fue con Yaco a mi lado entregando un gran cheque en la segunda página de sociales.

Kurt y Alex fueron los primeros en dejar el refugio del palacio, tenían que hacer crecer e Grupo Carter. Viri y Owen los siguió poco después, ellos tenían que gastar lo que Kurt y Alex generaban. Yo, yo no tenía ganas de nada, ni siquiera de moverme.

Kaira se levantó y regresó con una taza del famoso té del abuelo.

—Toma, princesa. Creo que lo necesitas.

Eso bastó para que las murallas del autocontrol se derrumbaran y dejaran salir finalmente las lágrimas. Tres años atrás tuve que dejar mi vida para huir de la prensa sensacionalista, eso no dolió como el tormento de ver la foto de Luca junto a Jane en cada uno de los periódicos anunciando su compromiso. Cuando leí la noticia, lo primero que hice fue regresar al palacio, necesitaba estar en el palacio.

Lloré todo lo que tenía que llorar, y Kaira lloró conmigo. No como madre o amiga, sino como mujer que sabe lo que es un corazón roto. Me acompañó en la alfombra arrojando en su pecho mi cabeza y protegiendo mi cuerpo del mundo con sus brazos.

Cuando pensé que ya estaba lista para hablar, susurré—: Estoy muy jodida, Kaira.

Hablamos de todo, de nada, regresamos a todo, podía seguir hablando con mi madre por días enteros, era una conexión especial, con ella no había necesidad de mentir, de pretender, con ella todo salía fácil.

Llegó la tarde, Kaira sacó una botella de vino y por primera vez en mi vida me emborraché, la música sonó, las copas corrieron, la conciencia se fue. Entre un trago y otro vi a Kaira bailando con Kurt. ¿A qué hora llego?

—Kaira, ¿por qué no te consigues un galán más joven?

¿Ya mencioné que la conciencia se fue? Kaira se rio a carcajadas, la conciencia de ella también había desaparecido.

— ¡Qué te oigan Alex y Owen! —Kaira siguió bailando mientras Kurt negaba y se balanceaba

ligeramente de un lado a otro para no dejar a Kaira bailando sola. En ese momento fui consciente de que Cher es la que cantaba. Sin lugar a dudas el alcohol es dañino para la salud, por alguna extraña razón me acerqué a ellos y baile —brinqué—, alrededor de Kurt. Mi hermano y yo nunca bailábamos, no juntos.

— ¿Verdad que sí, Kurt? ¿Verdad que Kaira podría conseguirse una versión más joven de Owen y Alex? Así podría salir con ella y aprender cómo se conquistan dos hombres a la vez.

— ¡Sophie! —Gritoneó Kurt. Sabía que estaba diciendo incoherencias, un efecto colateral del alcohol.

—Es lo bueno de tener hijos siendo adolescente, todo regresa justo en su lugar —contestó Kaira sin parar de bailar. Era cierto, Kaira tenía un cuerpo envidiable.

— ¡¿Qué pasa aquí?!

—¡¡¡Viri!!!

Corrí hacia mi hermana tropezando con todo, tuvo el reflejo para detenerme justo cuando empezaba a volar... o eso creí.

— ¿Qué haces? Levántate de la cama.

—Viri, te adoro, pero en estos momentos lo único que quiero es leer sin que nadie me moleste, no preocuparme ni por la depilación, y dormir hasta las tres de la tarde sin que me jodan con que me estoy haciendo daño. El daño ya está hecho.

Mi pobre hermana no tuvo más remedio que dejarme sola con la miseria. Cubrí mi cabeza con el edredón y fingí que era media noche.

‘Luca Gardner finalmente se compromete con Jane Convoy’, fue el encabezado. El mundo paró, por un momento sentí que mis entrañas eran separadas de mi cuerpo, empuñada con un dolor que casi me tiro. Podía ver a Jane burlándose, disfrutando de su victoria mientras leía la nota completa.

“A pesar de que son pareja desde la niñez, hasta ahora es que decidieron pasar por el altar para reforzar su unión.

Sí, Jane Convoy y Luca Gardner se comprometieron, el representante de la Atletas se ha encargado de confirmar la noticia. Además, Convoy no aguantó las ansias de comunicar la primicia en su cuenta personal de Twitter. ‘Son el uno para el otro’ dijo el hermano menor de Gardner. Lee la exclusiva historia en nuestra próxima edición.”

Si no fuera por el hecho de que la abuela estaba parada junto a mí, hubiera caído de rodillas a llorar. Con un profundo respiro cerré el periódico. No recuerdo haber terminado el desayuno, operé en automático hasta que llegué a mi baño, cerré la puerta y encarcelada en un mundo de mierda me dejé caer bajo la regadera. Con silenciosos gritos absorbí el indescriptible dolor de mi pecho. Cada gota que caía en mi cuerpo era un cuchillo apuñaleando fuerte, profundo. Yo sabía lo que era el dolor, pero esta angustia era un nuevo nivel. Nunca había experimentado nada que se asemejara a este cruel, crudo, brutal dolor, fragmentaba mi espíritu, mi cuerpo. Esta vez era más profundo, sombrío, no dejaba esperanzas, ilusiones por que pelear.

Luca se comprometió. Bruno lo felicitó. La evidencia era irrefutable, claro como el blanco y el negro, yo ya no importaba, yo ya no existía para ellos.

Ni siquiera noté su presencia; sus brazos envolviendo mi cuerpo, el murmullo de sus palabras bajo la fuerte tormenta de la regadera. No entendía lo que decía y no me importaba, consumida por el vacío mi cuerpo fue levantado del piso. No tenía energía o la habilidad para discutir, a duras penas podía respirar bajo los intensos hipidos de mi llanto. Me llevó junto a la cama, me desnudó, me envolvió en una toalla, y yo seguía sin poderme controlar. La bruma en mis ojos no permitía que viera su expresión, solo podía sentir el confort que intentaba darme.

Él también estaba mojado, su largo cabello rubio provocaba que el escalofrío en mi desnuda piel aumentara, el frío era tan intenso que ni los rayos de cien soles iban a detener los temblores. Después de desnudarme lo hizo él, acercó su cuerpo al mío y nos metió a la cama. Yo seguía llorando, no podía parar. Con una mano acariciando mi espalda esperó a que pasaran olas y olas de silenciosas lágrimas.

—Shsss, no pasa nada, shsss, todo va a estar bien —repitió una y otra vez hasta que logré contenerme. Mis ojos se cerraron mientras sentía sus brazos acercándose a su pecho.

—No puedo, Yaco, no soporto sentir esto.

—Estás actuando como víctima, Sophie —Las duras palabras terminaron con los hipidos que quedaban—. ¿Dónde está mi Sophie? —No era con él, pero emergió en mi un incontrolable enojo. Le di un puñetazo, dos, tres—. No solo pegues por pegar. Canaliza la rabia —ordenó acrecentando el enojo y la furia—. Toma todo el dolor, todo el resentimiento y llévalo a tu cabeza, mándalo a tu mano, a tu puño, sostenlo ahí. Siente la mezcla, has que crezca como un puñetero tsunami de odio.

¿Lo sientes? —Asentí tomando pequeños respiros e imaginando la línea de dolor que flotaba de mi corazón al puño, envuelto con veneno, presión, alivio.

—Ahora... —dijo bajando su cuerpo hasta que su cara quedo al mismo nivel que la mía— déjalo ir.

El puñetazo fue directo a su quijada, la intensidad de emociones manifestadas en un solo y vicioso golpe.

Un destello de incredulidad cruzó por su cara antes de levantar la mano y llevarla a donde empezaba a hincharse la piel.

— ¡Ahí está mi prima! —Empezó a reír dejándome más aturdida, poco después yo sonreía también.

— ¿Dolió? —pregunté mientras él reía más fuerte.

—Me diste un puto puñetazo, Sophie. Si, si duele —bufó antes de regresarme a su pecho—. El cuerpo humano es increíble, Sophie, incluso cuando te sientes tan mierda, que sientes el dolor en cada una de las partes rotas, puedes encontrar la fuerza para levantarte y dar un puñetero golpe.

Me acerqué todavía más a él, no podía negar que me sentía un poco mejor.

—No voy a volver a amar, Yaco. Pelear tal vez, amar, sentir placer... nunca más.

El dolor me partía.

—Déjame mostrarte —murmuró antes de empujar mi cuerpo desnudo sobre la suave sabana.

— ¿Qué haces? —No pude dejar de ver la rigidez de su abdomen y la sólida erección, era imposible de ignorar.

—Te voy a enseñar un poco sobre placer, Sophie Northman—Carter Jones.

— ¿Me vas a coger? —jadeé viendo como movía su estupendo cuerpo para sentarse a mi lado. Mi respiración cesó cuando con un solo dedo formó un camino del cuello al estómago.

—No. Dices que no vas a volver a sentir, te voy a enseñar que todo está en tu cabeza, que tu cuerpo si puede sentir.

Si podía sentir, las lágrimas que corrieron nuevamente eran el ejemplo de que el dolor ahí estaba.

—Se comprometió, Yaco.

Las palabras se ahogaron en mi pecho mientras el dolor volvía a tomar el control.

—Lo sé —susurró con ternura—. Cierra los ojos, vacía tu cabeza, solo se consiente de lo que tu cuerpo siente.

Mis parpados se cerraron, su voz era tan calmada, tan hipnótica. Volví a abrir los parpados cuando recordé—: Yaco, no me puedes coger, somos primos.

—Shsss, estás sufriendo por un par de hermanos, dejemos el vínculo de sangre a un lado, ¿te parece?

Su argumento era bueno.

Cerré los ojos cuando sus labios presionaron contra mi piel a la altura baja de mi oído, me besó repetidamente recorriendo todo el cuello.

— ¿Cómo se siente? —No quería ser infame, sabía que lo hacía con buena intención, pero la imagen de Luca y Bruno no salía de mi cabeza—. Apaga la cabeza, Sophie. Olvídate de los besos, de la piel compartida, del vínculo de sangre. Solo visualiza tu cuerpo aquí y ahora. Nada más importa —volvió a mi cuello, a mis hombros, rodeó la curva de mi pecho—. Relájate, deja que la tensión fluya y se aleje.

Su voz era suave cobijándome en un capullo de cariño. Regresó a mi cuello, se enfocó en donde temblaba y atacó con todo.

Un gemido se escapó de mi boca con el cosquilleo que inició dentro de mí, iba prendiendo las células, lo sentía avanzando por mis dedos.

Su atención paso a mi pecho, despacio, con besos suaves. Mis pezones se endurecieron con el contacto de sus manos sobre mis senos, acariciaba la piel evitando deliberadamente las sensibles cimas. Rozaba por abajo, por arriba, por todos lados menos en los dolorosos picos que demandaban su atención. Jadeé fuerte cuando una de sus palmas rozó ‘accidentalmente’ la cima derecha.

— ¿Quieres que toque tus pezones? —Él sabía lo que necesitaba, con un gemido bajo le pedí que lo hiciera. Capturó la cima entre sus dedos y con un rudo apretón creo un rayo de pura energía sexual a través de mi cuerpo—. ¿Dime qué se siente? —gruñó pinchando más fuerte.

—Lo siento entre mis piernas, Yaco. Es como un rayo caliente —susurré. Con dedos firmes torturó cada una de las cimas antes de que su húmeda boca las succionase—. ¡Oh, dioses! —gemí mientras se sentaba encima de mí. Con perfectos besos bajó hasta al abdomen. La imagen de Bruno cruzó por mi mente y otra ola de lágrimas corrió por mis ojos, mi embrollada mente temblaba con el caos de sensaciones que flotaban por mi cuerpo.

—No pienses, solo siente —dijo mientras sus manos limpiaban las lágrimas y recorrían el contorno de mi cuerpo.

Se creó una batalla entre mente y cuerpo, y por el momento la tentación de la carne ganó. Necesitaba un respiro, un alivio para mi corazón.

— ¿Qué sientes? —Me quería distraer, que me perdiera en la sensación que creaba bajo sus dedos y me olvidara del corazón roto.

—Necesito esto, mi cuerpo necesita esto —acepté en el momento que apretó un pezón y succionaba el otro—. Me calienta... puedo sentirlo entre mis piernas... quiero que me toques ahí.

Un asalto de humedad calentó mi coño, su lengua y dientes mordisquearon mis pezones antes de bajar y estremecer el estómago. Jadeaba debajo de él abriendo las piernas, el dolor entre ellas era profundo, demandaba la atención de sus labios, de su lengua.

Con besos muy húmedos recorrió la parte interna de mis piernas y la necesidad crecía.

— ¿Quieres que te bese ahí? —Fue una mezcla de jadeo y grito el que lo obligo a hacer delicados círculos con su lengua en mi piel, cerca, cada vez más cerca de mi centro. Mi cadera se levantó, mis dedos encontraron su rubio cabello y con pequeños jalones lo insté a ir donde lo necesitaba—. No seas desesperada —rio antes de recargarse en un codo y rozar con sus labios mi empapada mejilla. Lamia las lágrimas al mismo tiempo que sus dedos rozaban cada rincón de mi cuerpo. La necesidad crecía, se hacía fuerte, prendía células hasta que el cuerpo entero se intoxicó de deseo.

—Por favor.

No podía creer que rogara, pero estaba desesperada por terminar. Deseché la memoria de Bruno y Luca, y me centré en sus palabras.

—Tu coño esta hinchado, mojado, está listo para mí.

Abrí los ojos para encontrarme con una mirada llena de deseo, su verga quemaba como el acero caliente entre mis piernas que se abrieron todavía más. Me retorcí al toque de sus dedos recorriendo, saturando la humedad antes de llevarlos al centro hinchado.

—Joder —gemí abandonada en la sensación.

—Describe lo que sientes —cerré los ojos, y sentí.

—Se siente increíble... como si toda la energía estuviera centrada ahí... no quiero que pares. —Bajó su boca y la llenó de un adolorido pezón mientras sus dedos acrecentaban la presión.

— ¡Yaco!

—Eres una chica muy buena, sigue —demandó, el firme tono de su voz era un contraste con la suavidad de su lengua.

—Está creciendo... es más intenso... concentrado —Sus dedos aumentaron el movimiento en mi adolorido centro creando espirales y espirales de alegría—. Yaco... ¡Oh, dioses!

—Te voy a coger — gruñó al mismo tiempo que entraba en mí con un profundo y agresivo movimiento. El poder de su cuerpo fue lo que necesitaba para partirme en pedazos. Un explosivo orgasmo fragmentó mi cuerpo dejando una especie de energía cosquilleando por toda mi piel.

— ¡Puta madre de mi madre! —jadeó mientras entraba y salía de mi pulsante coño—. No aprietas, succionas —discutió con poderoso deseo.

Levanté mi cadera al mismo tiempo que empujaba más profundo, encontró el punto mágico y regresé a la tierra. La presión era diferente, más sensitiva. Mordisqueó mi pezón con desesperación, puñaleaba mi coño con movimientos fuertes. Bombardeaba todos mis sentidos, cada poro, cada neurona. Levantó mi pierna la recargó en su hombro y volvió a entrar con un profundo movimiento. Grité aceptando cada uno de sus empujes, cada vez que entraba tocaba el punto mágico enviando olas, espasmos por todo mi cuerpo.

— ¡Puta chiquilla de mierda! —gritó cuando apreté mis paredes, dio una última puñalada llegando hasta el fondo de mí y disparó su caliente fluido dentro de mí. La pulsación de su verga hizo que volviera a caer desintegrándome en olas de puro éxtasis.

Jadeando, tratando de reestablecer el aliento, alardeó—: ¿Ves como si puedes sentir?

Sí, sí podía sentir.

Ese mismo día regresé a Chicago.

Siempre había algo que me regresaba a ellos, tal parecía que mi destino era volver al punto de partida, a ese que me daba un deseo incontrolable de estar con ellos, y me daba la certeza de que no podía tenerlos.

Me detenían sin tocarme, los escuchaba sin que cruzaran palabra conmigo, me poseían sin que durmieran en mi cama, no conocía un deseo tan grande como el que sentía por ellos. Y no un deseo sexual, que ese también me tambaleaba, sino un deseo imposible por tocarlos, de tenerlos, de saberme dueña de ellos. Es un sentimiento enfermizo que solo causaba daño y dolor, a mí y a los que me rodeaban.

<<Dioses, permitan que sea libre, que pueda ser otra cosa y no solo una mujer con un corazón partido en dos>>. Era el último y primer pensamiento de los días que siguieron. Dejarlos, huir de ellos como era ya costumbre cada vez era más difícil, temía no poder volverlo a hacer, temía que mi corazón le ganará a mi cabeza y dejará de importarme el corazón de ellos.

Me mantenía en una sola pieza por inercia, por orgullo, porque eso es lo que se supone que debía a hacer. Era una Northman—Carter Jones, era la heredera de una compañía que valía millones, yo no podía desfallecer, mucho menos por amor. El amor construye, no destruye.

Durante los siguientes meses hice lo que debí de hacer desde que era una adolescente, dejé de acecharlos, ya no seguía las competencias de Luca, las conferencias de Bruno, me dediqué en cuerpo y alma en hacer crecer el imperio Carter. Con la guía de mi madre poco tarde en formar parte de su equipo, en explotar la ventaja de ser su hija y reunirme con las cabezas de los representantes del Grupo en el extranjero, en hacer alarde de mi capacidad de hablar en diferentes idiomas, en trabajar y trabajar y solo trabajar... por el día. Las noches, por las noches no había escapatoria, el dolor conversaba con la soledad para hacerme mal dormir deseando despertar entre dos Gardners.

Lo peor llegó con la noticia. Luca se retiraba y volvía a Chicago, Bruno lo acompañaba haciéndose cargo de la fundación que Luca siempre soñó; Una fundación sin fines de lucro enfocada en el crecimiento del deporte de la natación y la promoción de una vida sana y activa, especialmente para los niños. Viri fue la encargada de darme la maldita noticia que me hizo correr fuera de la ciudad y regresar a los brazos de Yaco más rápido que pronto.

A larga distancia, Viri se encargaba de mantener las heridas abiertas con comentarios cómo—: Regresa a casa, Luca y Bruno están viajando por todo el país. Es una gira por ocho ciudades para darla a conocer.

— ¿Y tú cómo sabes su itinerario?

No es que me dieran celos de mi hermana, solo quería saber porque estaba enterada en todo a lo referente a la fundación de los Gardner y descuidando la de los Carter.

—Ah, porque yo soy la que les dio la gran idea de buscar recaudación de fondos, y eso no se logra si no esparces tus objetivos. Quieren desarrollar un programa de becas de Natación para niños y niñas con talento, a raíz de la creencia de que la oportunidad para perseguir la excelencia en el deporte no debe ser limitada por la situación financiera de un atleta.

¿Cómo no adorarlos? Los dos tenían un gran corazón, y un gran talento para obtener lo que querían, no dudaba por un segundo que lo iban a lograr; Bruno con su imparable espíritu, Luca con

su talento, los pequeños Gardners querían salvar a la juventud del país, alejarlos de las calles y de las drogas que poco a poco ganaban territorio.

—Ya tenían casi todo listo, solo los ayude con un par de detalles del programa. Están trabajando diligentemente para la misión de hacer crecer el deporte de la natación y promover una vida sana y activa. Muy a su estilo, ya sabes.

Sí, yo sabía. Y dolía...

— ¿Por qué te buscaron a ti? ¿Por qué no me buscaron a mí, o a Owen?

¿Celos? ¡¡¡Si!!!

La carcajada de mi hermanita ayudó todavía más a que la ola de celos creciera y creciera.

—Porque Api tiene la agenda llena, porque tú les huyes como a la peste, y porque yo soy la segunda al mando de la fundación Carter y, por lo tanto, la que tiene más experiencia sobre el tema.

Me mordí los labios para no dejar salir un comentario que dañara la inmaculada relación que mantenía con mi hermana. Nosotras nunca habíamos tenido un roce, ni un rasguño que tensara el amor infinito que nos teníamos. Mis estúpidos celos eran veneno puro.

—Hicieron bien.

Tomó todo mi autocontrol no colgarle, la muy hada siguió burlándose de mi dolor, su risa no paraba, seguro estimulada por la mordacidad de mi tono. Odiaba que alguien más tuviera más razón que yo.

—Mmm, que lindo —susurró Kurt con mirada de ‘me voy a comer ese pequeño canario’ cuando Megan salió de mi oficina. La pobre se sonrojó hasta la raíz del cabello.

Siguiendo el consejo de mi hermana regresé a Chicago —también ayudo la nota de prensa donde Luca aclaraba que no había ningún compromiso con Jane, que solo había una amistad de años, y nada más—, solo que ahora llegué con muro de contención. Yaco buscaba que la marca Caval fuera la más vendida en América, una sede en Chicago era beneficiaria para él, no me costó nada convencerlo a venir conmigo.

—No, Kurt. Necesito mantener una asistente más de un mes. Deja a mi gente en paz, ve a coger a la tuya. —Mi hermano sonrió sentándose enfrente de mí.

—No, hermanita. Yo no cojo con mi gente.

—¿Y por qué con la mía sí? Tu sabes que eso está prohibido. —Levantó las manos en defensa.

—¿Qué puedo hacer? Es de mala educación negar un beso, tú lo sabes.

Puse los ojos en blanco y me preparé para salir.

—¿Qué se te ofrece, Drago? —Ahora el que puso los ojos en blanco fue él.

—Hoy me reúno con los Gardners.

Me puse del mismo color que la pobre Megan.

—¿Siempre tienes que brillar de rojo cuando se trata de los Gardner? —Preguntó incrédulo. No tenía caso responder, él sabía que sí.

—¿Y qué quieres? ¿mi permiso?

Se dice que la mejor defensa es la ofensa, y con Kurt funcionaba. Se levantó ya sin ganas de joder.

—Solo lo menciono para que estés preparada. No quiero que lloriquees por los rincones cuando nos topemos en el palacio.

¡Diablos!

—¿Por qué en el palacio? ¿No se pueden reunir en otro lugar? ¿Por qué en mi casa?

—Primero, porque también es mi casa —Me urgía cortar el cordón umbilical con mis padres, ya era hora de conseguir un lugar para mi sola—. Y segundo, porque solo vamos a estar nosotros cinco. ¡Oíste! Cinco —recalcó con la palma extendida en mi dirección. ¿Qué creía? ¿Qué Viri y yo íbamos a aparecer en su fiestecita de la nada? Reí con el recuerdo, no sería la primera vez—. ¡En serio, Sophie! Nunca nos vemos y ahora coincidimos, no me vayas a jorobar. —Me siguió hasta el ascensor refunfuñando mientras yo me partía de la risa.

Eso podía ser divertido, tendría que llamar a mi hermana, pero siempre se contaba con ella para echar a perder una noche de niños.

— ¡Sophie!

Mi carcajada hizo eco en el cubo del ascensor.

—Te lo prometo hermanito, nada de interrupciones —aseguré antes de que las puertas de acero se cerraran.

Así como el cubo de acero bajaba, mi sonrisa desapareció. Por supuesto que no iba a aparecer en su reunión, al contrario, iba a desaparecer. Lo que menos quería era toparme con Luca o Bruno,

me tomaba meses para reponerme.

Subí a la SUV ya con el plan listo en mi cabeza. Recogía un par de cosas del anexo del palacio —regresando de Portugal, mis papás me cedieron uno de los anexos del palacio, el otro se lo dieron a Kurt, ¿así cómo íbamos a salir de casa? —, y huía al departamento de Yaco, él siempre me recibía con los brazos abiertos.

—Nos están siguiendo —anunció Han con absoluta calma. Levanté la vista de la tableta y volteé hacia atrás. Cosa que era completamente contraria a lo que se me enseñó desde pequeña. Siempre pensé que mis padres eran unos exagerados en cuestión de seguridad, al final terminé acostumbrándome a tener sombra, la presencia de Han ya no era rara o incómoda, ya era parte de lo que yo era. Mi familia tenía mucho dinero, era una realidad a la que yo le daba poca importancia, y a la que la gente le daba mucha. Obviamente porque yo era la que vivía sin preocupaciones al respecto, para eso ya tenía a Han.

—Tu teléfono —exigió. De inmediato presioné el botón interno de mi reloj. Tenía tres chips conmigo, el del teléfono, el del reloj, y el dije que colgaba de mi cuello. Mi teléfono pito y aunque traté de estar calmada, brinqué con el ruido.

—Intenta guardar la calma, Sophie.

Era fácil decirlo, hacerlo, era otra cosa. Han ya había aumentado la velocidad, sacó una pistola de algún lugar y la adrenalina hizo su aparición burlándose de cada uno de los pasos que según yo sabía perfectamente en caso de emergencia, o secuestro, que era lo que más temían mis padres.

— ¿Ya está activado?

La voz de Han aunque estable, mostraba signos de tensión.

—Regresa a la oficina —ordené mucho más calmada de lo que esperaba. Presioné mi pulgar en medio de la pantalla del teléfono, y dije—: Sophie Northman—Carter Jones.

Si no lo apagaba en los próximos quince minutos con la clave que solo mis padres y yo sabíamos, un equipo de seguridad me iba a rastrear hasta que me encontraran, así fuera en el fondo del lago Michigan. Seguridad biométrica que les costaba una pequeña fortuna a mis padres, pero que pagaban gustosos por un poco de salud mental. Mi madre evitó que a Kurt y a mí se nos instalara un chip en el cuerpo, sobre todo cuando se lo instalaron a Viri —ella era la única que se escapaba sin decir a dónde iba—. Sin embargo, no escatimó en lugares donde instalar chips: teléfono, dije, reloj, computadora, y seguramente en cada uno de mis zapatos y las corbatas de Kurt. El punto era no perder el rastro que acababa de activar con mi teléfono. Y ni hablar de las casas o departamentos, video vigilancia, puertas a prueba de balas, y cuartos de pánico, nunca pensaba en ellos, porque nunca los había necesitado, ahora con gusto me encerraba en uno de esos cuartos.

— ¡Kurt!

Debí hablarle a mi madre, a Alex, a Owen, pero sentí la necesidad en la sangre de hablar con él.

—Sophie, estoy ocupado.

— ¡Me están siguiendo!

Ahora con gusto veía a todos los Gardners del mundo, solo quería que la velocidad y la adrenalina de mi cuerpo bajara.

— ¿Dónde estás? ¡El teléfono! ¡Activa el teléfono!

Era la primera vez que escuchaba a mi hermano totalmente fuera de control.

Con manos temblorosas desabroché la cadena de mi cuello y la metí en la copa de mi sostén. Para que me quitaran ese chip tenían que desnudarme, esperaba que no llegaran a eso, aunque

considerando que Han ya iba maldiciendo a todo lo que se cruzaba, mis esperanzas no iban muy altas.

Al fondo se escuchaba la voz de Kurt maldiciendo y dando órdenes.

— ¡¿Dónde estás?!

—Vamos de regreso a la oficina.

Escuché el rechinado de las llantas y esperé el golpe. Segundos después Han volvía a acelerar.

—Agáchate, Sophie. Se acaba el camino, tengo carros adelante. —Han tomó la pistola y la apretó antes de volver a acelerar.

—No, Han, no te arriesgues. Si te ven armado te van a disparar. Que me lleven, solo quieren dinero —asegué temblando de miedo.

— ¡No! Sophie, Sophie...

La voz de mi hermano tembló más que yo.

—Kurt, escucha.

—Maldita sea, Sophie. ¡No me hagas esto!

Una lagrima resbaló por mi mejilla, sentí el sufrimiento de mi hermano.

—Todos mis chips están activados, que sigan la señal.

—Princesa...

Tenía años que mi hermano no me princesiaba, era bonito escuchar que me quería.

—Voy a estar bien. Dile a mis papás que no se preocupen, voy a estar bien.

Se volvió a escuchar un rechinado y la maldición de Han.

—Ya casi estamos ahí —murmuró Han más para el mismo que para nadie más.

—Ya casi llegamos —expresé estremecida de esperanza. <<Solo es un susto, solo un susto>>

Me convencí a mí misma.

—Ya estamos abajo. ¿Por dónde vienen?

Levanté la mirada para darle mi ubicación a Kurt cuando una camioneta negra nos cerró el paso. Mi cuerpo rebotó en el respaldo, el inconfundible caucho quemado de las llantas cargo el aire, dificultando mi respiración.

Han maldijo mientras me tomaba del cuello y me forzaba a doblar el cuerpo.

—No te muevas.

Con la sangre y el pulso a mil por hora, fue poco lo que escuché. Guardé mi celular en la bolsa de mi pantalón y pensé en mi familia, en mis padres, en mis hermanos, en Bruno y Luca.

Un nervioso: “Baje el arma, solo quiero hablar con ella”.

Me sacó de transe.

La presión de la mano de Han disminuyó y me permitió subir la mirada. Afuera del auto, se encontraba Kurt con veinte años más.

—Suéltame Han. —Han soltó mi cuello sin dejar de apuntar el arma hacia afuera. Apagó el auto y me dio las llaves.

—Voy a bajar, en cuanto salga aseguras las puertas otra vez.

Han no dejó de apuntar mientras revisaba al maduro Kurt, era sorprendente el parecido de mi hermano con ese hombre. Han terminó de catear al clon y siguió con su compañía; Eran cinco hombres en dos autos, aunque ninguno mostraba señal de venir armado. Si era un secuestro, era un secuestro muy civilizado.

El hombre no dejaba de pedir hablar conmigo, “solo quiero hablar con mi hija”, repetía sin parar.

Han nunca dejó de apuntarles, finalmente terminó de catearlos y se acercó a mi puerta. No me atreví a bajar del auto, de hecho, confirmé que los seguros estuvieran puestos.

Cuando me convencí de que no había manera de que entraran al auto, bajé la ventana. Fue impresionante constatar el parecido que tenía el hombre con Kurt... y conmigo.

—Hija —expresó con un poco de ternura.

—Me está confundiendo.

Sabía de su existencia, sabía que gracias a él yo tenía habilidad para nadar y Kurt la terquedad, también sabía que eso era todo lo que mi hermano y yo teníamos en común con él.

—No, no estoy confundido. ¡Mírame! Soy tu papá.

Si esperaba una reunión tipo Disney, llegaba veinte años tarde. Dejé de creer en esos cuentos cuando mi hermano y yo adoptamos a los enanos como papás y me convertí en una Princesa de verdad.

—Lo lamento, pero me está confundiendo.

Desvié la mirada hacía Han, eso bastó para que dejara de apuntarle a Kurt del futuro, y dirigiera el arma a sus acompañantes, nunca bajó la guardia. Se veía un claro aumento de sueldo en el futuro de Han.

—Necesito hablar contigo, eso es todo. Necesito explicarte... No todo lo que te ha dicho Kaira es verdad.

No me gustó que nombrara a mi madre, no me gustó nada. Y cuando no me gustaba algo, me encabronaba. Volví a verlo ya sin la importancia con la que se ve a un desconocido, sino con la irritación de estar en la presencia de alguien que no merece cinco minutos de tu tiempo.

— ¿Qué quiere?

—Explicarte.

Suspiré buscando una respuesta, ¿merecía o no cinco minutos de mi tiempo? Decidí que podía soportar un par de minutos de la presencia de un hombre que no iba a obtener nada de mí.

Abrí mi puerta y como reflejo Han formó una barrera entre él desconocido y yo.

— ¿Podemos hablar a solas?

Reí de su ocurrencia, ¡qué inocente! Me recargué en el auto y esperé la explicación.

—No te voy a hacer nada, solo quiero hablar contigo... abrazarte.

Ladeé la cabeza esperando que le salieran los cuernos, la otra cabeza, algo que mostrara su verdadero yo. ¿Quién creía que era como para merecer un abrazo mío? Aparte de inocente, ¡presuntuoso! Ya sabía de dónde heredo Kurt el súper ego.

— ¿Me va a explicar algo o no? —Tragó saliva y también un poco de orgullo, no le gustó mi tono, aunque no tenía ningún derecho a decir nada, eso lo sabíamos los dos.

—Llevo años tratando de acercarme a ustedes, de explicarles porque su madre los separo de mi... ¡Ella me los arrebató!

Tragué aire para controlar la parte Northman—Carter de mi interior que estaba a punto de explotar.

—Me obligaron a firmar documentos que yo no quería. Esos que llamas padres son los responsables de que no crecieran conmigo... me amenazaron.

Y mi paciencia se acabó. Abrí la puerta y volví a entrar al auto.

— ¡No te vayas! ¡Escúchame!

Han subió al auto sin decir una sola palabra. Antes de que el auto se moviera, me vi en la obligación de expresar mi sentir al hombre que me heredó el color de cabello.

—Mi madre tomó la mejor decisión de su vida al separarnos de usted... Por favor no vuelva a jugar a los indios y vaqueros, la próxima vez, los vaqueros pueden disparar —advertí. Antes de que la ventana cerrará por completo escuché una frase con la que había jugado muchas veces junto a Kurt

en la sala de cine que teníamos en el palacio.

— ¡Soy tu padre!

Bueno, de algo me había enterado, el hombre que tenía los ojos del mismo color que nosotros, también le gustaba Star Wars.

El clon siguió gritando, paró cuando advertimos la llegada del ejercito del Grupo Carter.

— ¡Sophie! —gritó Kurt corriendo como demente al mismo tiempo que Diego Lurte desaparecía con su compañía. Mi hermano me sacó del auto a tirones—. ¿Estás bien?

—Era Diego Lurte.

El cuerpo de mi hermano se tensó más, al pobre le iba a dar algo—. Le dije que no se acercara a ti —siseó más para el mismo que para mí, se dio cuenta de su error cuando di un paso atrás. ¡¿Qué mierda?!

— ¿Desde cuando tienes contacto con él? ¿Por qué no me dijiste?

Mi hermano hizo algo que nunca había hecho, no en mi presencia, bajó la mirada avergonzado y se disculpó—: Lo hice por tu bien.

— ¡¿Qué?! ¿Por qué? ¿Porque son una jodida damisela que necesita de un dragón para cuidarla del mundo real? ¡Vete al carajo, Kurt!

Nunca había estado tan enojada con mi hermano, tan resentida, tan dolida. Ni siquiera cuando paso el accidente sentí este rencor corriendo por mis venas.

Subí al auto cerrando la puerta en su nariz. Antes de perderme en el tráfico que estábamos creando, retorcí un poco el cuchillo.

—Te pareces más a él de lo que piensas, Kurt. Y no me refiero al físico.

Con veneno corriendo de pies a cabeza advertí cómo se contraía su semblante. ¡Que le dieran! ¿Cuidarme? ¡Yo no necesitaba que nadie me cuidara!

—Hemos estado en este juego lo suficiente para saber que tenemos enemigos haciendo fila, Kurt. A veces los comentarios, las acciones más inocentes son suficientes para jodernos. Diego es...

— ¡No me voy a disculpar por cuidar a mi hermana!

¡Kurt era un cabroncito bien hecho! Interrumpió a Kaira sin importar que ya tenía más de una hora discutiendo con ella, Owen y Alex. Insistía en defender su punto con uñas y dientes, ¡imbécil!

—Soy el mayor y mi trabajo es ver por ellas. Y en este momento eso significa aumentar el personal de seguridad. Solo andaba con Han, ¿por qué Dwing no ha sido remplazado? La tienen tan consentida que la dejan hacer lo que se le da la gana.

Les recriminó a mis padres. Había que reconocer que Kurt tenía un par de pelotas bien puestas, nadie les hablaba así a mis padres. Tanto Owen como Alex lo veían con los ojos fuera de órbita.

—Dwing era un hombre de confianza, Kurt. Sophie no lo puede remplazar por cualquiera.

Era cierto, me dolió dejar a Solo, pero fue imposible convencerlo de dejar a su princesa Leia, la conoció en nuestra estancia en Portugal, Solo ya no regresó a América, ya vivía su final Disney en

los viñedos en Portugal.

Mi madre era la única serena en el palacio, no me dejó otra opción que poner en su sitio a mi hermano ‘mayor’.

— ¡Cállate, Kurt! ¿Quién te dio el derecho de tomar las riendas de mi vida? Siempre tienes que meter la cabeza donde no te llaman. Si tuvieras un poco de inteligencia hubieras abierto la boca, ¿por qué no me dijiste que tenías contacto con Lurte?

No pude evitar la decepción de mi voz.

—Lo hice por tu bien, lo creas o no.

Lo miré aturdida, no podía creer que a estas alturas siguiera defendiendo su estupidez.

—Es mi trabajo cuidar de ti —repitió sosteniendo mi mirada.

— ¿Cuidar de mi o manejarme, Kurt? Porque así es como se siente, siempre metes las narices donde no te llaman, desde niños, no sabes lo que es tener tu sombra pegada a mis espaldas... estoy cansada de ti. —La frustración, la decepción corrió de mi mirada a la suya—. Pensé que las cosas estaban cambiando... No te me acerques, no me hables, no quieras manejar mi vida —le advertí—. Si Lurte quiere hablar conmigo, pues que hable para que pueda mandarlo a la mierda.

A Owen y a Alex se les disolvió el gesto obtuso que Kurt les había causado, incluso sonrieron, ¡yo si era una buena hija!

Y se me ocurrió—: ¿Le diste dinero? —El semblante de Kurt se transformó, la seguridad, la terquedad, el súper ego desaparecieron para darle paso a la vergüenza.

Nadie notó cuando salí del salón, estaban enfrascados en una discusión entre quién mataba a Lurte, y quién desheredaba a Kurt por imbécil.

—Sophie, los señores Luca y Bruno Gardner quieren hablar contigo.

Mi mente quedó en blanco, no, quedó en transparente, ni siquiera el color blanco registro. ¡Esto si era una sorpresa!

— ¿Los puedes recibir?

— ¡¿Están aquí?!

—Sí, enfrente de mí —susurró Megan. Cada una de mis neuronas corrieron en distintas direcciones, me levanté, me volví a sentar.

—Sophie...

Tomé un trago de agua, fue hasta que limpié mi garganta que me atreví a hablar—: Sí, Megan, que pasen.

El coqueto mini vestido azul marino con las botas negras hasta el muslo que me parecieron tan acertados en la mañana, ahora me parecían completamente informarles, simples. Hubiera preferido algo más profesional para hablar con ellos. La última vez que los vi juntos, no termino muy bien. Tomé un gran respiro, me terminé el agua, traté de calmar el loco golpeteo de mi pobre corazón, inútilmente, e hice un plan; Habla bien, no suenes irracional, tampoco desesperada, no actúes celosa, ni con esperanzas... ¡¡¡Maldita sea!!!

La puerta de mi oficina se abrió, y con ella mis emociones, la temperatura. Dioses, ¡que bellos eran!

Luca con su característica mirada perdona vidas, y Bruno con ese cabello que provocaba arrancárselo mientras lo cogías, ambos tenían barba de varios días, para ellos era casi imposible permanecer limpios de vello. ¡Joder, ya estaba húmeda!

—Gardners. —Ambos hicieron una mueca, ¡adorables!

—Princesa.

—Mérid. —Bruno fue el primero en acercarse a mí, rodeó mi cintura y metió su lengua en mi boca, así, sin preámbulo ni advertencia. Le devolví el beso lo mejor que pude, no estaba preparada para él, para ellos, porque cuando se separó, Luca tomó su lugar. Jadeante todavía del beso de Bruno, Luca acercó sus labios a los míos, su beso fue más tierno, a mordiscos.

Ya no estaba húmeda, empapada era una mejor descripción.

El final de un beso, la sonrisa, el cabello, los ojos, un buen día los tienes enfrente, y te das cuenta que todo comienza de nuevo, el mismo ciclo, seguramente los mismos errores... pero era mirarlos y regresaba la paz, el eje, el amor. Sin importar que se regrese al mismo lugar, tu corazón se hincha, tu sonrisa vuelve, porque el par de hombres que te hacen sufrir, están observándote con la misma adoración con la que tú los ves.

Por más que te resistas, no hay resistencia...

—Vaya, vaya... con que aquí juegas a dominar el mundo.

Los invité a sentar, se escucharon unos pequeños golpes en la puerta antes de que Megan entrara, con pasos rápidos se acercó y murmurando cerca de mi oído anunció—: Tu cita de las doce ya está afuera.

En el mismo tono de voz, contesté—: Ahora no estoy ni para mi madre. Que esperen o que se

vayan.

Megan sonrió antes de hacer un asentamiento de cabeza. Ya daba la media vuelta para retirarse cuando lo detuve del brazo. Me acerqué a su oído y cuchicheé—: No vuelvas a interrumpir.

—Por supuesto.

No sabía lo que había traído a los hermanos Gardner a mi oficina, pero si los astros estaban de mi parte, y el dolor de años era el pago por tenerlos enfrente, la reunión podía terminar en un par de orgasmos.

Siempre he sido una mujer positiva, no lo puedo remediar.

Vi salir a Megan con una sonrisa, cuando dirigí mi mirada a los Gardner, los dos me miraban con enojo. No quise hacer caso de su mal genio, ¡tenía a los hombres con los que soñaba enfrente de mí!

— ¿A qué debo el placer de su visita? —Bruno mojó sus labios. Esos carnosos labios brillaron susurrando mi nombre, pedían que los lamiera, que los mordisqueara, que me los comiera.

—Kurt nos comentó del pequeño percance que tuviste ayer. —Inició Luca con solemnidad. No quería hablar de eso, ni siquiera con ellos. Fue obvia mi incomodidad porque Bruno intervino con su siempre bienvenida jovialidad.

—No sé si recuerdes, pero se aproxima el cumpleaños de mi hermanito —señaló dando una palmada en el hombro a Luca. Por supuesto que me acordaba, faltaban exactamente dos días—. Y necesito que me ayudes a darle su regalo.

Me recargué en la silla cruzando los tobillos, necesitaba un poco de espacio para que mi corazón se tranquilizara, los labios de Bruno, la boca de Luca, todos ellos eran una tortura. Una tortura imposible de no sonreírle.

— ¿Qué es como para que necesites mi ayuda, Bruno?

Conociendo a Bruno podía ser desde un helado, hasta una orgía.

—Tu.

Oh, era la orgía.

~~~

—Viri.

— ¿Qué hiciste?

Viri tenía tres meses en California, la fundación la necesitaba allá por un nuevo proyecto. Extrañaba tener a mi hermana a la mano.

— ¿Qué voy a hacer? ¡Nada! ¿No puedo hablarle a mi hermana para saber cómo está? —Mi hermana guardó silencio unos segundos y el remordimiento me mareo. Era una verdadera perra.

—Estoy bien, gracias por llamar y preguntar.

Esa era mi hermana, siempre se levantaba con la frente en alto. ¿Ahora cómo diablos le pedía que me cubriera las espaldas?

—De nada....

El silencio se hizo denso, hasta que no quedó más remedio.

— ¿Ya me vas a pedir el favor que necesitas?

— ¿Quién te quiere más que yo? —Empezó a reír y a hacerme sentir mierda

—Kurt, que me habla cada tercer día. Mi Ami, que me habla a diario, Api y papá que siempre monitorean mis movimientos, incluso el fantástico hombre con el que fornique hoy en la mañana y me juro amor eterno si me casaba con él.

— ¡Dioses! Espero que lo mandaras al diablo.

—Algo así... Lo saqué de mi casa sin que terminara.

Nuestras carcajadas se encontraron en medio del país. Odiaba estar tan separada de ella.

— ¿A quién vamos a matar esta vez? —Preguntó ya sin pizca de cinismo.

—A nadie. Solo necesito que afirmes que estoy contigo por lo que resta de la semana. Me voy a dar una escapada y Yaco se pone muy pesado cuando me separo de él.

— ¿Vas a apagar el teléfono?

—Y la laptop... Todos mis chips.

—Mmm... —Eso no le gusto—. ¿Sabes a dónde vas?

—Y con quién voy.

Con eso le dije todo.

— ¡Joder, mujer! ¡Cómo les gusta complicarse la vida! Manda a la mierda a Yaco y castra de una buena vez a Luca y a Bruno. Vete a las vegas y hazlos hombres de bien. ¿Cuántos años llevan así? ¿Cinco, seis?

—Nueve —expresé orgullosa. Era Luca, y Bruno... mi Luca y mi Bruno—. Te quiero. Te hablo en cuanto regrese y... gracias —colgué antes de que se cansara de mis subidas y bajadas.

No me despedí de Yaco, hui cual cobarde era. Le mandé un correo con destinatario a Owen, Alex, Kaira, y Kurt informándoles de mi 'visita' a Viri antes de apagar todos los aparatos electrónicos y escaparme con un par de Gardners.

— ¿Están seguros de esto? —pregunté cubriendo el sol con la palma de mi mano.

—Por supuesto. Solo lamento que no tengas tiempo de empacar un poco de ropa —sonrió Bruno mientras me sonrojaba por la silenciosa insinuación. Me subieron al destartado Jeep de Bruno —que parecía inmortal, el Jeep era más viejo que ellos—, entre risas y comentarios tontos de ser raptada y violada por voluntad propia. Nos diluimos entre los autos de la misma manera que se diluyó la responsabilidad, los compromisos, la conciencia. Ahora solo existía la mujer, y parecía que para ellos eso era suficiente, Bruno le sonreía hasta el aire, los ojos de Luca brillaban con libertad.

Esto era un sueño hecho realidad, Bruno manejaba con su mano en mi pierna, mientras Luca acariciaba mi pelo. Cada célula de mi cuerpo se incendió de una urgencia primitiva, casi animal de ser tomada, besada, tocada.

— ¿A dónde vamos? —Pregunté cuando estacionamos en el aeropuerto.

—Es sorpresa.

—Necesito un lugar, Bruno. A menos que quieran que Han se cuelgue del avión.

Los dos siguieron mi mirada cuando la SUV se estacionó a un lado de nosotros. Han bajó como si no nos conociera, abrió la cajuela y sacó un par de maletas, siempre preparado para seguirme el paso.

—Yo me encargo.

Luca se dirigió a la SUV con paso decidido, aunque mucho me temía que se iba a topar con pared, Han nunca iban a dejar su posición.

Exactamente quince minutos después, Luca despedía a Han, únicamente nos acompañó hasta el hangar donde se guardaba el Learjet 70 con licencia NCJ002 y Grupo Carter escrito en letras azules.

— ¿Qué? ¿Cómo?

Luca acalló mi asombro con un beso en la comisura de mi boca, después de eso fue poco lo que mi cabeza pudo procesar, el palpitar de mi corazón era doloroso.

## Luca

Su reacción al vernos mando una ola de alegría directa a mi verga. Sus pupilas se dilataron, la aceleración de su pulso se hizo evidente en la finura de su cuello. No solo era mi cuerpo el que respondía con su presencia, también era el suyo el que respondía con un insano deseo como respuesta. El problema era que no estaba seguro si ese deseo era por mí, o por la presencia de mi hermano. De alguna manera eso era una maldición, porque lo único que me detuvo para no empinarla y castigarla con mis manos y verga, con todo mi cuerpo por hacerme desearla cuando no quería, por hacerme pensar en su sucia boca tragando a Bruno mientras yo la cogía por detrás, por hacerme desearla, por desear compartirla, era la presencia de mi hermano.

Kurt pidiendo nuestra ayuda fue completamente inesperado. Drago siempre defendía su postura de: “mis hermanas son tierra prohibida”, incluso cuando era obvio que nadie le hacía caso, principalmente sus hermanas. Pero a grandes desastres, grandes soluciones, y por lo que nos había dicho, a Sophie le faltó poco para matarlo.

Bruno era el mejor hermano de la historia de los hermanos, el más desinteresado, el más comprometido con mi bienestar, fue el primero en ayudarme cuando me retire, el primero en mandar a la mierda a Jane cuando salió la nota del compromiso. ¿Un compromiso? Si la mujer y yo no éramos más que amigos, era cierto, la usaba como escudo, pero de ahí a casarnos, existía Sophie.

Y Bruno, a mi hermano le temblaban las manos por tocar a mi Princesa. Dónde quedo eso de: “Vamos a escaparnos, Kurt es nuestro amigo y necesita de nuestra ayuda. Además, es tu cumpleaños. Yo solo la convenzo y los dejó solos”.

No voy a negar que cuando llegamos al aeropuerto tuve toda la intención de mandarlo a volar, pero ver como luchaba contra la tentación de tocarla, de tomarla lo hizo imposible. Yo también era buen hermano, yo también quería verlo feliz. Fue solo un segundo, un infinito segundo lo que bastó para catalogar el sudor en su frente al ver ese acorazonado trasero subir las escaleras del avión. Bruno la amaba igual que yo, la deseaba, la necesitaba como yo necesitaba de ella. Sufría como yo, sin él, sin la mutua compañía, no hubiéramos sobrevivido su partida. Por primera vez silenció lo que siempre me repetía para vencer la tentación de compartir su amor, por primera vez fui consciente de que deseaba compartir una cama, un cuerpo, un amor con mi hermano.

—No te vayas. Ve con nosotros.

Seis palabras que iban a cambiar todos mis planes, el destino que con tanto empeño me dedique a construir.

Ya tenían todo planeado; seguridad, destino, incluso había una maleta con mi pasaporte dentro.

— ¿Fue Viri? —Pregunté cuando la luz de la cabina se apagó. Lili ya nos ofrecía bebidas antes de que alguno de los dos contestara.

—Kurt —susurró Luca viendo las nubes moverse. ¡Maldito Kurt! Si creía que le iba a perdonar la vida usando la caballería Gardner... ¡tenía toda la razón! Mi hermanito tan precioso.

—Siempre hemos planeado raptarte y violarte —explicó Bruno aceptando el trago que le ofreció una sonrojada Lili—, pero Kurt se nos adelantó arreglando un par de detalles. —Hizo un guiño señalando con la copa a su alrededor—. Tal parece que ser el próximo director ejecutivo del Grupo Carter tiene sus beneficios.

—Solo le van a dar el puesto porque nació tres minutos antes que yo. Además, besar el trasero del actual director siempre tiene sus ventajas

¡Ups! Creo que todavía estaba un pelín molesta con mi hermano. Kurt estaba trabajando muy duro para no fallarle a la familia, yo no tenía ningún derecho a menospreciar su trabajo. Y la mirada de censura de Luca, lo gritaba fuerte y claro.

—Todavía estoy enojada con él —explique usando su táctica de disuasión. El cielo se veía gris, aunque los dioses de los deseos concedidos lo iban a abrir dentro de poco exclusivamente para mí.

— ¿A dónde vamos?

Los dos sonrieron, ninguno contestó.

Llegamos a San Luis Potosí a las once de la noche, ya nos esperaban un par de camionetas, mi hermano era todo eficiencia.

Ahora fue Luca el que tomo el volante, al parecer él era el que sabía a donde nos dirigíamos. La oscuridad no me permitía ver bien el camino, solo veía vegetación por todas partes. Quince minutos después nos deteníamos en un camino de terracería. Bruno me ayudo a bajar de la camioneta, y me guio por un sendero siguiendo a Luca. No había una sola alma a la vista, era cierto eso de raptar y violar, la gente de seguridad no nos acompañó, de hecho, escuché el motor de las camionetas alejándose.

— ¿A dónde vamos? —Mis tacones no eran el calzado apropiado para un camino de terracería—. ¡Ey! No voy a seguir caminando si no me dicen a dónde vamos. —Me quité los zapatos con un par de patadas, mis pies me estaban matando.

—Que berrinchuda eres, Méri, ya casi llegamos. ¡Vamos! —Bruno me jaló y me vi siguiéndolo descalza hasta que un olor dulce empezó a saturar el aire.

— ¿Qué es eso?

—Naranjos, platanos y aguacates —respondió Luca al mismo tiempo que se abría un enorme campo ante mis ojos.

— ¿Te gusta?

—No sé qué decir. Es... —mascullé sin saber las palabras exactas que pudieran describir la belleza del lugar. Era... hermoso.

Cientos de árboles amurallaban una cabaña, el olor era tan denso, el silencio tan penetrante, era

un nuevo significado de las palabras paz y la tranquilidad, era una nueva sensación de vida.

— ¿Es tuya?

—Es mi lugar secreto.

Hizo un guiño y volvió a seguir el sendero entre la hierba que llevaba a la entrada. La cabaña era una combinación ecléctica, rústica, pero con notables modificaciones que seguro la empresa de sus hermanos hicieron. Era una cabaña sustentable, solo de cerca se alcanzaban a ver los paneles solares. El interior era todo Luca, un espacio armónico en cada uno de los rincones, ordenado, fino, los motivos decorativos eran artesanales, cada detalle, cada mueble era muy él.

Lo primero que llamo mi atención fue la chimenea, me recordó el palacio. El olor a madera me acompañó durante el rápido recorrido, era una cabaña de un solo nivel, contaba con tres habitaciones, y un solo baño. No había comedor, solo una barra entre la cocina y la estancia. El pequeño espacio contaba con dos pesados sillones junto a la chimenea, eso era todo.

—Quita esa cara, Princesa, es chiquita, pero vas a sobrevivir un par de días sin palacios o zapatos. Además, dejé lo mejor al final. —Luca abrió una puerta junto al baño y apareció un encantador cuarto de jacuzzi con ventanales de piso a techo y pequeñas jardineras alrededor.

—Oh, ¿aquí voy a dormir?

Su risa calentó mi piel, recuerdos de él y yo en una tina llegaron para atormentar mis sentidos. Más valía que esto no fuera un viaje solo amistoso, ¡estaba a punto de combustión!

—Esta es tu habitación. —Dejó mi maleta en la cama matrimonial, era la habitación más cerca de la estancia y la más grande. Agradecía que me dejaran la mejor habitación de la cabaña, lo que no agradecía era eso de: ‘tu’.

¿Iba a dormir sola?

Leyó mi mente porque se acercó y con tres de sus dedos acarició mi abdomen, se acercaron a mi pecho sin tocarlo, solo torturando.

—No creo que sea buena idea que me veas así. Bruno se puede molestar.

— ¿Bruno? No, Luca. Bruno nunca tuvo problema con esto.

Aleteos vertiginosos se creaban en mi estómago, se reproducían y empezaban a conquistar mi cuerpo. Acorté la distancia que me separaba de él, mis labios no tardaron en encontrar su garganta, su escalofrío se unió al mío con excitación en cada célula de mi cuerpo. Se prendió todo el deseo y lujuria que mi cuerpo era capaz de sentir.

—Que duermas bien —susurró en mi oído rozando la piel con sus labios.

<< ¡¿Qué?! >>

Pasé una de las noches más tormentosas de toda mi vida, daba vueltas de un lado a otro con la esperanza inútil de encontrar un cuerpo Gardner a mi lado. Desperté sola, irritada y terriblemente cachonda. Sin importarme nada, mi mano se encontró con la humedad de mi coño, pronto mis gemidos sonorizaban la habitación, la ola de placer llegó rápido, pasar una noche entera pensando y soñando con dos hombres era el mejor de los afrodisiacos.

El sonoro jadeo se unió a las pulsaciones de mi coño y a la sensación de alivio que llegó después de la ola de alegría.

—Aaahhh, ahora sí.

Me levanté de la cama mucho más contenta de como desperté. Me cambié y salí en busca de un nuevo día.

Bruno movía la cuchara de su té viendo detenidamente la chimenea.

—Buenos días, Lobo.

Lo abrazaba para darle su beso de buenos días cuando sentí su enorme verga calentando mi

vientre. ¡Oh, mierda!

—Las paredes de la cabaña son muy delgadas —explicó sin dejar de ver la chimenea.

No supe si reír o llorar de la vergüenza al ver a Luca recargado en la barra de la cocina, sus manos apretaban la barra mientras su cabeza caía entre sus brazos hacia abajo.

—Bueno. Eso les pasa por dejarme dormir sola.

Sonrojada y un poco humillada me dirigí al baño. Eso nos pasaba a los tres por jugar a los amigos cuando en realidad moríamos por dormir juntos.



## Luca

Toda la noche la pude escuchar; El movimiento de las sabanas, el de su frustración por no poder coincidir con Morfeo. Pasé la noche imaginando entrar en su habitación, en su cama, en su cuerpo.

Mala noche y mala mañana, entró a la estancia luciendo como una súper modelo con toda tranquilidad después de martirizarnos con azotes en forma de gemidos, con deseo frustrado, escucharla satisfacerse mientras nosotros anhelábamos estar con ella, fue casi demasiado. Estaba desesperado por tenerla en mis manos, por apretarla, por morderla, por dañarla.

—A Luca se le ocurrió la fantástica idea de ir a explorar los alrededores, ya está listo para salir.

—No, Bruno, acabamos de despertar. A estas horas del día no se camina, se nada. ¿Ya no nada?

—Le preguntó a Bruno un poco enojada. Por supuesto que seguía nadando, pero ya no como obligación.

—Yo no sé, Méri, arréglate con él.

Esperé que salieran, era una ventaja y desventaja esto de las paredes de papel, era una ventaja porque podía escucharla todo el tiempo, desventaja, si se ponían a hacer algo más aparte de platicar, solo con escuchar no me iba a conformar.

La energía sexual se respiraba en la cabaña. Por eso mandé a mi hermano a avisarle, si me volvía a ver con la misma añoranza que yo sentía, no me iba a controlar.

—Bruno, vete, necesito cambiarme.

Escuché los pasos de mi hermano caminando hacia la puerta, antes de cerrarla, jugueteó.

— Estás consiente que no hay nada que no haya visto antes, ¿verdad, Méri?

Mi Princesa le aventó una almohada antes de que pudiera terminar.

La neurociencia dice que el amor activa las mismas partes del cerebro que ‘producen’ los hábitos o que forman las adicciones. Nos hace sentir como si pudiéramos hacer todo, ser lo que quisiéramos, incluso, ganar lo que quisiéramos. Una vez que lo probamos, como cualquier droga, queremos más.

A mí me funciono, probé a Sophie y esa adicción me hizo un campeón. Fue imposible fallar porque no lo hacía por mí, lo hacía por ella.

A Bruno le sucedió lo mismo, la siguió durante años en silencio, pero ya que la tuvo, no se pudo deshacer de ella. Bruno dejó la vida insoluta que llevaba, se centró en ayudar, en luchar por causas perdidas, y lo hacía con mucho éxito.

La adicción llamada Princesa Méri, era mortal para nosotros.

—Es sábado —expliqué antes de que me matara con la mirada al subir al carro. Kurt estuvo de acuerdo en dejarnos solos dentro de la propiedad, pero si salíamos había que llevar escolta. No me negué por el inconveniente con su papá, que oportuno del señor aparecer cuando los hijos están a punto de formar parte de la directiva del Grupo Carter, eso hablaba muy bien de sus intenciones.

Sophie se arrulló con el camino, recargó su cabeza en mi hombro y se quedó dormida. Sophie

nunca durmió conmigo, ese simple gesto me recordó el anhelo tan fuerte que sentía por despertar junto a ella sin que su hermano nos pateara o que alguno de sus novios durmiera al otro lado.

La suerte corría con nosotros, era sábado, el día de la semana que se podía disfrutar plenamente nuestro destino, sabía que le iba a gustar.

Llegamos a media mañana a Plaza del Carmen, con emoción contenida la vi sonreír, vi cómo se formaban los hoyuelos y le brillaban los ojos con los danzantes, la música, los payasos, los globeros. Ambos rompimos la dieta comiendo toda clase de antojitos como desayuno—almuerzo. Pasamos la tarde comiendo algodones de azúcar, dulces de coco y cajeta, elotes con crema y queso.

—Solo me falta un té. —Deseó cuando nos sentamos en una de las bancas de la plaza para ver jugar a los niños, añorar una vida normal.

—Ahora vengo —anunció Bruno levantándose seguido por uno de los hombres de seguridad.

El beso de Sophie fue sorpresivo, pero rápidamente me recompuse. La tomé por el cabello y la atraje hacía mi boca, no se me fuera a escapar, sus labios interactuaban con los míos, devorándonos mutuamente. El tiempo se detuvo o se hizo infinito, porque solo fui consciente de sus labios, de su lengua, de sus manos sujetadas en mi cuello.

—Niños, hay menores de edad presentes. —Nos cortó Bruno. Era cierto, un par de señoras nos veían con el entrecejo muy marcado.

Bruno se sentó al otro lado de ella y le entregó un vaso con lo que suponía era té, y un churro relleno de cajeta.

—Mmm, esta delicioso. —Se limpió un dedo antes de agradecerle a Bruno con un beso igual o más entusiasta que el que me acababa de dar a mí. ¡Ahí! ¡Enfrente de la gente!

—Mmm, deliciosa —susurró Bruno con una gran sonrisa.

Sophie ni siquiera volteó a ver a la gente, una pareja nos sacó una foto, otra cuchicheaba, Sophie simplemente acabó su te, subió las piernas a mi regazo, recargó su cabeza en el hombro de Bruno y dejó que pasara el tiempo —y la conmoción que provocó besándonos—. Ahí nos quedamos, yo sin palabras, Bruno acariciando su cabello y ella viendo circular a la gente. Como cualquier ‘pareja’.

De repente Bruno me tapó los ojos, ¿estaba loco? Me podía matar si tropezaba.

— ¿Qué haces? ¡Me vas a matar!

Hizo a un lado mi cabello y trazo el área expuesta con suaves y delicados besos.

—Camina Méri, te prometo que no vuelvo a dejarte caer.

Paré mis atontados pasos por el suplicio de su voz.

— ¿De qué hablas?

—De nada, anda, camina.

¡Oh, no! Giré en mi eje para poder verlo de frente.

—Bruno, el problema de la foto no fue tu culpa. Nada de eso fue tu culpa. Yo fui...

—Shsss, mira. —Cubrió mi boca por un segundo con la suya, antes de girarme con sus manos en mi cintura.

Enfrente de mi apareció lo que era la definición de paraíso. Era un pequeño brazo de lo que suponía era la Huasteca potosina, exuberante vegetación enmarcaba la pequeña cascada y la laguna a sus pies. Era de un azul turquesa que solo había visto en Dite, ¡era el lugar secreto de Luca! Por supuesto, la cabaña, la laguna, era su pedacito de tierra en esta tierra.

—Gracias —dije con una sonrisa enorme y mi corazón a punto de explotar. Esto era increíble.

No lo pensé, como la gran mayoría de las cosas que hacía, me quité la ropa, y desnuda corrí hacia la laguna para zambullirme en ella.

— ¡No! —gritó Luca, pero ya era demasiado tarde, lo trató de componer con un—: ¡qué valiente!

Más bien, que estúpida, ¡el agua estaba helada!

— ¡Qué loca!

Fue la definición de Bruno a mi clavado. Más tarde en entrar en lo que salí.

— ¿Por qué no me detuvieron?

Temblando me dirigí a donde dejé mi ropa, que rápidamente terminó igual de mojada y fría que yo.

—Como si pudiéramos detenerte, Princesa. Ven acá.

Luca me tomó en brazos y se dirigió a pasos acelerados rumbo a la cabaña. Eran unos cien metros entre árboles y él los cruzó como si fueran diez.

— ¿Qué haces?

Me dejó junto a la chimenea titiritando de frío. Apretó un botón y la chimenea cobró vida.

—Nos vamos a quedar aquí hasta que dejes de temblar.

Me dio un beso en el cuello antes de dirigirse a la habitación. Tomé una manta de uno de los sillones y me deshice de la ropa mojada, me acosté en la gloriosa suavidad de la manta, el calor de las flamas acariciaba mi fría piel creando un confort celestial.

—Eres una diosa —Bruno estaba recargado en la entrada de la estancia con un oro flameante en los ojos. Abrí la manta y mostré mi desnudo cuerpo, su mirada se movió con lentitud por cada rincón de mi figura hasta que llegó a mis ojos.

— ¿Todavía te gusta lo que ves? —Asintió despacio con un gesto muy serio, muy concentrado.

Me era difícil leer a un Bruno en modo serio, y yo sabía cómo distraerlo. Mi mano se dirigió entre mis piernas mientras sostenía su mirada, con ligeros movimientos repartí la humedad por mis labios.

—Eres la definición de tentación, Méri. —Lo dijo en un tono bajo, profundo, peligroso. Luca regresó en ese momento con una manta entre las manos. Mi cuerpo ya estaba caliente, temblaba, pero no de frialdad, sino por la necesidad de tenerlos. Tal vez este momento era único, tal vez nunca volvía a tener la oportunidad de estar con ellos. Esa flama de esperanza que siempre estaba en mi pecho, brillante y continua como la antorcha olímpica; siempre encendida, nunca extinta, calentó cada rincón de mi interior.

Bruno se acercó mientras yo me sentaba, mis manos se dirigieron a su pantalón ansiosas de liberar su carne, de tocarlo, de probarlo. Antes de llenar mi boca de Bruno, busqué a Luca con la mirada, no se movía, no respiraba. Me mojé los labios y me llené de Bruno mientras veía a Luca, es como si estuviéramos conectados, como si me llenaran los dos. Bruno no tardó en acomodarse entre mis piernas, en entrar a mi cuerpo con movimientos suaves, delicados, como si nunca hubiera salido. Ni un segundo dejé de ver a Luca, cuando rodeé a Bruno con brazos y piernas, los envolví a los dos. Fuerte, cerca, disfrutando del poder que tenían sobre mi cuerpo. La explosión fue arrolladora, un par de lágrimas recorrieron mis mejillas mientras Bruno rodaba a mi lado dando espacio a que las manos de Lucas me alcanzaran. Sus dedos rozaban mi piel mareando mis sentidos.

—¿Qué haces con nosotros.

No fue una pregunta, fue un lamento. Podía sentir la lucha de Luca, lo intentaba, pero no lograba separarse. Con dedos y labios marcó un delicado camino hasta que me tuvo boca abajo y lista para recibir su frustración.

En un parpadeo sus manos sostuvieron las mías por encima de mi cabeza en un gesto rudo, casi peligroso. No me podía mover. No me hacía daño, pero tampoco era gentil o suave, lo desconocí. Mi cuerpo no, mi cuerpo volvió a cobrar vida con el poder de su fuerza. Apretó las manos causándome daño, mordió mi hombro hasta que la piel se rompió, pero en vez de sentir pánico, estaba temblando de excitación, me sentía viva, perdida.

Un gemido de dolor se escapó entre mis labios cuando mordió el otro hombro, busqué a Bruno por un poco de ayuda, pero lo encontré cruzado de piernas a un metro de distancia viendo directamente el daño que le hacía su hermano a mi cuerpo. Mis labios no lograron pedir ayuda, fueron atrapados por los de Luca con una urgencia dañina, intenté pelear, pero su sabor era delicioso, sabía a oxidado, a mi sangre. Intenté nuevamente moverme sin lograr nada más que una increíble sensación de frustración y vulnerabilidad.

—¿No quieres jugar rudo, Princesa? ¿No conmigo?

Sabía que podía detener su ataque, pero no quería. Era un juego que disfrutaba por más que no quisiera admitirlo, Luca era determinado, agresivo, peligroso, y me gustaba que perdiera el control.

—¡Jódete, Luca!

Se burló de mí mientras mordía mi mentón, ahora sin romper la piel, aunque siempre causando dolor.

—Sé que te gusta, mi hermanito me lo ha dicho.

Miré a su hermanito y entre en pánico. Bruno observaba cada movimiento sin parpadear, ensimismado del poder que tenía Luca sobre mi cuerpo, él no me iba a ayudar y yo no estaba segura de querer su ayuda.

Luca intentó besarme, volteeé hacia la chimenea y le negué mis labios.

—No te resistas, Princesa. —Bajó una mano, buscó la humedad que dejó su hermano y la frotó por todo lo largo de mi intimidad.

— ¿Qué haces? No.

Gemí en una aguda plegaria. No me di cuenta que luchaba contra su cuerpo hasta que sentí a Bruno restringiendo mis manos a uno de los sillones.

— ¡¿Qué haces?! ¡¿Que hacen?!

Ya me sentía vulnerable, no tenían que amarrarme, esto estaba sobrepasando cualquier fantasía. Usando sus experimentados dedos, Luca entró y salió, rozó, frotó hasta que causo otra gloriosa ola de placer. Mis jadeos eran de placer como de ansiedad, Luca no era así. Usando mi propia humedad, sus dedos se adentraron en mi trasero.

— ¡Para! —exigí, aunque se sentía divino.

—Tu no quieres que pare, tú quieres que te coja por aquí... —Penetró nuevamente sin mucha delicadeza—. Escúchate, tú quieres esto.

Mantuvo su atención en mi trasero abriendo, forzando. Me perdí con placer, mi cerebro colapso y dejó que mi cuerpo creciera en anticipación y miedo.

—Para... —susurré cuando empezó a besar mi columna.

—No. —Fue bajando hasta que sentí sus dientes encajándose en una de mis nalgas.

— ¡Joder!

Ahora si dolió, y dolió fuerte. Volví a luchar para liberarme de su cuerpo, respondió sentándose en mis piernas y arañando mi espalda por todo lo largo. El ardor de sus uñas lastimando mi piel casi me hace perder el sentido.

—Bruno... —supliqué mirándolo a los ojos. Bruno seguía sin parpadear, perdido en la visión de su hermano controlando mi cuerpo.

—No te resistas Princesa, nos lo debes. —Acusó Luca abriendo mis piernas para hundirse por completo en mi interior. Sus dedos volvieron a mi trasero penetrando, lubricando.

—Quiero que pares. —Ordené con un poco de firmeza empujando mi cuerpo en un intento inútil de detenerlo.

—No puedo —lamentó. Empujó su verga mientras gritaba de placer y giraba mi cadera desesperada por sentirlo en todas partes. Mi excitación llegó al punto de saturación, me negaba a aceptarlo cuando mi cuerpo solo quería que continuara.

La cantidad de sus dedos en mi trasero aumentaron elevando la anticipación, la urgencia, la aprensión. El pensamiento de que me tomara contra mi voluntad era jodidamente excitante.

— ¡Joder, Sophie! —gruñó cuando mis paredes lo sujetaron—. Te voy a coger por todos lados.

—No.

Gemí al sentir como salía para adentrarse en la puerta trasera de mi cuerpo. Apreté los dientes con la resistencia que ponía mi cuerpo.

—Déjame entrar... —siseó. Su pecho se ajustó a mi espalda en la misma moción en que su verga entraba en mí.

Gritaba “no”, al mismo tiempo que empujaba mi trasero para darle más acceso. Sus carnales jadeos fueron mi recompensa.

—Princesa... —Su lubricada verga paso la resistencia hundiéndose por completo, jadeando, creando deliciosas pulsaciones de placer; Salió, entró, me cogió a un ritmo peligroso. Grité cuando estrellas blancas aparecieron tras mis parpados, la sensación de plenitud de su cuerpo llenando el mío con total abandono, llevó mi orgasmo a un nivel abismal.

Gimió, jadeó, maldijo gruñendo cuando finalmente tembló y me llenó de su leche vaciando su cuerpo.

—Nadie puede estar enojado después de tantos orgasmos, es un hecho científico, Méri.

A lo largo de la noche descubrí que era inmortal, no menospreciaba la pequeña muerte, solo que nada se comparaba con morir una y otra vez. Me dejaban morir para revivirme con besos, palabras, y caricias lascivas, una y otra y otra vez. ¡Benditos Gardner!

—No me hables, Bruno. Los dos son unas bestias.

Me escondí debajo de las sabanas. Mi cuerpo estaba adolorido, cansado y hambriento.

—Anda, Méri, prepárate, vamos a salir.

Este par de Gardners creía que podían hacer de mí lo que se les diera la gana, incluyendo mi tiempo. Yo no quería salir, yo quería seguir durmiendo y volver a pasar una noche como la anterior.

— ¡Princesa! ¿Ya te paraste?

Pude escuchar la risa de los dos a través de la puerta ¡Malditos!

Sin hablarlo entramos en un juego, en una obra donde no hay mañana, donde solo importaba el hoy y el ahora. Como si fueran las últimas noches de nuestras vidas. Hablar no era necesario, solo era cuestión de vernos a los ojos para saber qué es lo que pasaba en nuestros corazones. No me quería mover. Sentía esa necesidad por ellos tan profunda que no quería respirar para no romperla. Todo el dolor, la soledad, el vacío que llegué a sentir en mi pecho se desvaneció. Cerré los ojos y me entregué por completo a la sensación de plenitud.

Durante cinco días creamos recuerdos que nos iban a sostener por lo que restaba de nuestra vida. Tomarnos de la mano, besarnos, abrazarnos, no como amantes clandestinos, sino como almas libres que simplemente amaban. No importaba lo que pasara al final del día, lo realmente importante es que ellos sabían que eran bien amados por mí, así como yo era bien amada por ellos. Algo me decía que nunca iba a querer como los quería a ellos, y definitivamente yo nunca iba a ser adorada por nadie más, como me adoraban ellos.

Nos permití impregnarme de ellos hasta que con solo cerrar los ojos pudiera saborear nuevamente sus besos, sus cuerpos, su amor.

— ¿Quieres más? —Luca me ofrecía un pedazo de manzana. Fue como volver al pasado.

—Las manzanas son para morder —susurré viéndolo a los ojos. Pronto me vi atacada en el cuello, en los hombros...

— ¿No quieren hablar? —pregunté cuándo acabaron con la casa de campana. Las estrellas se veían muy cerca, era una noche despejada.

— ¿De qué quieres hablar, Méri?

—No sé... de sentimientos tal vez.

Se vieron entre sí con un gesto muy Gardner. Ellos no hablaban de sentimientos, eran hombres' Hambrientos, sedientos, cansados, contentos y cachondos usualmente cubría todo lo que sentían. Sabían que eso no era lo que quería escuchar y guardaron silencio. Fingí no entender y lo interpreté como aceptación.

—Entonces... ¿Cómo se sienten?

—Cachondo —contestó Bruno.

Me mordí los labios tratando de ocultar la sonrisa.

— ¿Algo aparte de cachondo? —Se volvieron a ver entre sí, no, no se les ocurría nada—. ¿Tu Luca? —Luca levantó la ceja y fingió pensar. A mí no me engañaba.

—No. Estoy con Bruno en esta. Cachondo suena bastante acertado.

— ¡Par de idiotas!

Hice el ademán de levantarme, no llegue lejos. Luca me tomó de la muñeca, Bruno de la cintura, mi trasero embonó perfectamente contra su cadera. Las manos de Luca trabajaban sobre mi blusa mientras las de Bruno hacían lo propio con mi short.

—Los detesto —jadeé mandando una oleada de cálida lujuria por mi sistema, me besaban, me acariciaban, me amaban.

—Es tan bella —susurró Luca. Mientras lo decía, lo sentía. La manera en como adoraban mi piel con exquisitos y serenas caricias no podía ser mentira. Me expulsaban del planeta tierra y me mandaban al espacio, un lugar infinito, muy muy lejos de las preocupaciones de todos los días.

—Oh, Méri, eres la luz de la noche.

Acostados de lado sobre una manta bajo la luz de la luna y las estrellas, Bruno entró en mí. El calor de su cuerpo se amoldaba a mi espalda perfectamente, Luca nos observaba rozando mis pezones, besando mis jadeos, después de observar como cambiaba de color por una exquisita ola de alegría, bajó sus dedos e intento entrar por donde su hermano empujaba suavemente.

—Juntos, Princesa. —Fue su advertencia.

Acompañó a Bruno con un dedo, con dos, levanté mi pierna a su cadera y permití que presiona duro. Resbaló gloriosamente y me hizo perder el aliento. Mi cuerpo no podía estar más listo para su invasión, era... un sueño.

—Siéntenos, Méri, ya nos tienes a los dos.

Obedecí gustosa, quemaba un poco, dolía, pero grandes jadeos acompañaron a los grillos en la noche, alguno de los dos frotaba el punto mágico ¡todo el tiempo!

Sentí la mano de Bruno en mi pierna, como pude la alcancé para entrelazar sus dedos con los míos. En el momento que iniciaba el orgasmo, Luca golpeó nuestras manos con la suya, y me atraparon entre los dos. Me apretaron fuerte, firme, como deseando detenerme. El Orgasmo explotó barriendo con mis sentidos, lo único que me sostuvo en este mundo, fueron sus dos manos sosteniendo la mía.

Mis jadeos, los suyos, el hacer el amor juntos, compenetrados en la más íntimo de los sentidos fue la conmemoración de un sueño que llegó a su fin.

## 57

— ¿Quieres ser el único reconocido como la pareja de Sophie? ¿Es eso? ¿Quieres ser el único?

—No, no es eso... eso ni me interesa.

Le contestó Luca a Bruno. Era mi tiempo de hacer buen uso de las paredes de papel. Ellos discutían en la cocina, mientras se suponía que yo dormía.

—Entonces, ¿qué?

—No quiero que me niegue.

— ¿Cuándo te ha negado, Luca? Tú eres el que siempre la negó.

— ¿Qué? —Bruno peleaba mi batalla muy bien.

—Salir a todas partes con Jane agarrados de la mano, ¿que se supone que era eso? ¡Le restregabas en la cara que no estabas solo!

—Tu tampoco estuviste solo. —Fue el contraataque de Luca.

—No, pero yo no soy una persona publica, Luca y aunque lo fuera. Yo nunca le solté la mano, a donde fuéramos, ella siempre estaba entre mis manos. Tu nunca la tomaste de la mano, ¿y todo por la pobre Jane? Esa mujer evito que tuviéramos la mejor noche de nuestras vidas años atrás. Estas noches, Luca, las pudimos tener años atrás. Todo este tiempo pudimos estar con ella. Tardaste una eternidad en soltarle la puta mano a Jane, pero nunca has tomado la de Sophie.

—Era virgen, Bruno, me acosté con ella una sola vez, no la podía dejar.

— ¿Por culpa, Luca? ¿Sophie no era virgen? ¿Sophie ya había estado con la mitad de la escuela? Y aunque lo hubiera estado, si mal no recuerdo, eras un hombre muy feliz y dispuesto a dejar todo por Sophie ¿Por qué seguiste con Jane y no con Sophie no?

Oh, esa era una buena. ¿Por qué ella sí, y yo no?

—Porque Jane me necesitaba. Sophie nunca me va a necesitar.

¡¡¡Idiota!!!

—Eso, mi querido hermano, es la estupidez más grande que has dicho en toda tu vida. Sophie no solo te necesitaba, también te deseaba, te amaba. Y tú, nos estas separando de ella —En eso también tenía razón el menor de los Gardner—. ¿Estás seguro que no quieres esto? —La esperanza revoloteo en mi pecho, yo siempre quise un amor como el que mi madre sentía por Owen y Alex, tal vez mis expectativas eran altas, pero si el destino fue condescendiente con ella, ¿por qué no conmigo? Desafortunadamente ni Luca ni Bruno eran Owen o Alex, yo tampoco era Kaira. Nosotros no éramos un final feliz. La contestación de Luca fue el silencio, y no un silencio que otorgara, era un silencio que rehusaba.

—Vamos, Luca, yo sé que la quieres, ¿porque te resistes? —gritó Bruno, podía sentir la emoción en su voz.

— ¿Qué carajos te importa si la quiero o no? A ti nunca te ha importado.

Podía sentir la tormenta acercándose, el enojo, la rabia, la frustración.

—Bienvenido a mi mundo, Luca. A ti tampoco te ha importado.

—Es una admirable cualidad que compartimos —contestó Luca con todo el veneno que Jane le transmitió con los años. Recargué la cabeza en la pared y esperé a que empezaran los rayos.

—Tu nunca has sido bueno para ella, Luca, y nunca lo serás. Tus prioridades están mal.

—Tienes razón... —La admisión de Luca dolió—, ninguno de los dos es suficientemente bueno para ella. Tu mucho menos.

—Tú no sabes nada, no sabes lo que ella necesita, ni lo feliz que era conmigo.

— ¡Eres una mierda, Bruno! Dejaste que la lastimaran, que apareciera vulnerable, tenías que cuidarla y la dejaste sola cuando más te necesitaba. Así que no hables como si estuvieras fuera de culpa. Todo lo que ella padeció, es todo tuyo.

La rabia subía, se respiraba hasta la habitación. Nadie tenía la culpa de la jodida foto, si alguien fue responsable de eso, fui yo. ¿Por qué los hombres piensan que tienen que cuidar? ¡Yo no era una jodida damisela!

—Tienes un gran problema, Bruno. Los dos tienen un corazón muy romántico, el amor no viene en una caja de chocolate envuelto en fino papel. El amor es brutal y complejo, sobretodo el amor con esa mujer, porque ella es jodidamente brutal y compleja. ¡Así que despierta!

¡A la mierda con ellos! Salí de la habitación con mi maleta en mano. Los dos se veían fuera de sí, pero fue Luca el que me enfrento.

— ¿Qué esperas, Sophie? —Preguntó mirando directo a mis ojos mientras yo trataba de controlar la sacudida que implicaban esas palabras—. ¿Crees que vas a tener un final feliz? ¿Qué él y



yo vamos a terminar rendidos a tus pies?

Podía mandarlo a la mierda, aunque más me valía reclamar lo que era mío.

—No estoy esperando que se rindan a mis pies, Luca. Ya están a mis pies —contesté muy segura de mis palabras. Porque lo estaba, ni siquiera dudaba que no fueran míos.

—Sí, tienes razón.

Y mientras lo decía, yo lo empecé a dudar.

## Bruno

Un día despiertas miras a un lado, miras al otro y te das cuenta que no reconoces nada, ni en donde estás, ni con quien estás... nada. Algo raro había en el aire, el ruido de la ciudad no penetraba las paredes, el volumen de las conversaciones normalmente vibrante y animado, ahora era apenas audible.

Entré a la cocina para encontrar a Diana, Gordon, y Fabio secreteándose mientras Frank mantenía la vista perdida en el jardín trasero.

—Todo va a estar bien —aseguró Diana mientras me daba una taza de café.

— ¿Me están preparando una fiesta sorpresa? ¿Qué pasa?

— ¡Mira! Las flores ya están abriendo.

—Es primavera, madre. Es natural que las flores abran.

Mis hermanos, que siempre jodían por todo, se mantuvieron callados con la plática de las benditas florecitas. Algo pasaba, algo grave, de otra manera ya estarían jodiendo.

—No entiendo que me quieres decir madre. ¿Ya pasó el tiempo y todo tiene que volver a florecer? ¿No importa si la tierra está seca, si no ha caído lluvia en un año, si la maldita semilla sigue enterrada como hierba mala matando todo lo que yo quiero sembrar? ¿Crees que quiero estar así? Crees que...

—Sophie se comprometió.

—Sophie nunca se va a casar —afirmé más seguro de lo que había estado en los últimos cinco meses.

— ¿Entonces por qué recibí una invitación de los Northman para su fiesta de compromiso?

—No puede ser. Debe ser una broma.

Le arrebaté la invitación de las manos. Mientras la leía, los cuatro guardaron silencio lo que me pareció una eternidad, por cada segundo que pasaba un hoyo negro succionaba la poca existencia que me quedaba. No me daba miedo reconocer que Sophie se llevó mi corazón, pero si me daba miedo pensar que nunca me lo iba a regresar.

— ¿Es con Luca?

El sarcasmo en su risa hizo que me arrepintiera de mi pregunta. Diana por más liberal que fuera, no dejaba de ser nuestra madre, le dolía tener a dos hijos tan estúpidos como para enamorarse de la misma mujer, sobre todo, tan idiotas como para dejarla ir.

—No, Bruno, no es con Luca. Es con un pobre inocente que conoció en Portugal...

—Madre —Le advertí. Sabía que le dolía, pero no tenía derecho a hablar con rencor sobre ella. Ella no había hecho nada malo, fuimos nosotros los que le fallamos.

La cocina quedó en silencio y la hostilidad crecía.

— ¿Luca, sabe?

La cena por el cumpleaños de Jasón estuvo incompleta. Luca perdió su vuelo y no llegó, no sabía si se iba a presentar Seguí trabajando para él, pero nunca lo volví a ver, en cuanto regresamos

de México, los tres tomamos caminos separados.

—Jasón está hablando con él.

En ese momento se escuchó un golpe seco. Sí, mi hermano ya sabía.

— ¿Dónde es la fiesta?

—En Dite. Pero no quiero que vayan, ¡les prohíbo que vayan!

Tenía cerca de quince años sin prohibirnos nada, seguro estaba disfrutando de las palabras, era una lástima que la fuera a desobedecer.

—Ya veremos, mamá. Ya veremos.

—Cuando se trata de amor, nada es mejor que tres —afirmó Alex. Aplaudí su intento de abrirme los ojos, solo que era innecesario, yo ya los tenía muy abiertos y decididos. Me iba a casar con Yaco le gustara o no—. Es un balance entre cuerpos y almas que no se debe ignorar... y sé de buena fuente que tú ya la has vivido, y que sigues queriendo... porque no luchar por ellos —Alex estaba irreconocible.

—Papá, tú fuiste el que me mando al otro lado del mundo para separarme de uno, y el que no puso trabas para que cruzara todo un océano y me separara del otro, ¿a qué viene ahora eso del amor entre tres?

—No es que no me gustaran los muchachos, son buenos muchachos —cerré los ojos y me negué a decirle lo que pensaba, ¡Loco! Alex estaba loco.

—Papá...

—No era tiempo, Sophie. Eso es todo, todavía no era su tiempo.

<<No siempre se tiene lo que se quiere, no con los métodos tradicionales>>, me recordé. Me dolió no ser franca con Alex, pero Yaco era un hombre bueno, responsable, sin vicios, sin complicaciones, un buen hombre, de esos que son tan difíciles de encontrar, y lo mejor de todo, es que me quería.

—Alex, no lo voy a discutir más. Me caso con Yaco —Alex se mordió los labios para no seguir discutiendo conmigo. No era un hombre que le gustara perder—. Papá... —bajé el tono para no herirlo, quería mucho a mi padre, no me gustaba la idea de discutir con él—. ¿Quieres que hagamos una fiesta grande? ¿O prefieres un evento pequeño?

La frustración de sus ojos cambió a confusión.

— ¿Por qué me preguntas eso a mí? ¿Tú qué quieres? Yaco... —era visible su desagrado por mi prometido, incluso nombrarlo le costaba trabajo—, ¿qué quiere?

—A nosotros nos da lo mismo. Solo quiero saber qué es lo más conveniente para el Grupo.

—Tu matrimonio no tiene nada que ver con el Grupo, Sophie —La lucha por decir lo que pensaba era visible, intentaba respetar mi decisión, no lo logró—. El hecho de que me preguntes algo tan banal, es el ejemplo perfecto de que ese matrimonio es un estrepitoso error.

Me dejó con la palabra en la boca. Dio la media vuelta y camino decidido alejándose, seguramente en busca del apoyo de mi madre o de la ayuda de Owen para hacerme entrar en razón.

Llené mis pulmones del aroma del jardín del palacio antes de volver a convencerme de que mis planes tenían un propósito. Un hombre como Yaco no se dejaba escapar, todos lo sabían, incluyendo mis padres. Me amaba, yo lo amaba, me daba seguridad, estabilidad, era perfecto.

<<Enfócate en la meta>>, seguir las reglas que Kaira me enseñó desde pequeña era difícil de lograr, sobre todo cuando toda mi familia incluyendo la misma Kaira, me atacaban con sermones de

advertencia.

‘Sé fiel a ti misma’, ¿ya nadie recordaba eso?

Ya no quise seguir pensando en lo mismo, seguí los pasos de Alex y me alejé de mis propios pensamientos, tenía una fiesta que organizar.

## Bruno

El aroma salado de Dite me dio la bienvenida después de lo que parecía el peor viaje de todos los tiempos. Luca y yo éramos los únicos que no tenían nada que opinar sobre el inesperado compromiso de Sophie. Diana pensaba que estaba embarazada, la imagen de Sophie creando vida a un hijo que no era nuestro fue un golpe de lo más bajo, ninguno de los dos volvió a hablar. Gordon y Fabio ya estaban en la isla, últimamente tenían bajo la mira a la pobre de Viri, no quería saber lo que era tener a ese par siguiendo mi sombra.

— ¿Estas bien? —me preguntó Jasón mientras el helicóptero se alejaba. Asentí pasando un brazo sobre sus hombros, no deseaba que se preocupara, últimamente su salud no era la mejor—. Luca no mucho —afirmó señalando a mi hermano con la cabeza.

—No te preocupes, estamos bien. Un poco heridos, eso es todo. Él se cuidaba de mí, yo me cuidaba de él, llega otro y se lleva nuestro queso enfrente de nuestras narices. Es ego, eso es todo.

Era una mentira a medias, obviamente el ego se llevó un buen golpe, pero no era el ego lo que dolía, lo que hacía que dormir fuera imposible, era la bendita maldición de quererla y no tenerla.

Había estado tantas veces en Dite que ya me sentía como en casa, me tenía que recordar que no lo era.

—Señor, esa es la habitación que le asignaron —insistía el ama de llaves.

—Pero no es la mía, la mía es esa, ¿la ve? —señalé la habitación que compartí con Méri años atrás.

—Señor, esa habitación es del prometido de la señorita Sophie. No le puedo dar esa habitación.

¡¿Mi mujer y mi habitación?! ¡Hijo de puta!

— ¿Qué haces? —Luca me detuvo a escasos dos pasos de ¡mi habitación!

— ¡Él... —su mirada me regresó a la realidad, ¿Qué demonios estaba haciendo? Estaba perdiendo la razón.

—Ven. Parece que hay muchos invitados, vamos a compartir cuarto.

—Como los viejos tiempos.

—Como en los viejos tiempos —coincidió recordando, y ninguno de los dos se refería al jodido cuarto.

La finca siempre había sido hermosa, pero para el compromiso de Sophie no escatimaron en gastos. No se veía un rincón que no tuviera flores, el olor me abrumó. Tuve que salir a tomar aire fresco, la brisa salda se sintió todavía más densa que el olor de las flores, en la playa, ahí donde siempre hacíamos la fogata, estaba una mesa blanca enmarcada por un arco de flores. Haciendo camino al arco se encontraban dos filas de cinco sillas cada una.

¡¿Qué demonios?! ¡Esto no era una fiesta de compromiso, esto era una boda!

— ¡Kurt! ¡Kurt! ¡Kurt!

Entre nuevamente a la finca, buscando a Kurt por todas partes, ¿Cómo permitía que Sophie se

casara?

—No me mires así —advirtió cuando lo encontré en el salón trasero de la finca.

— ¿Qué mierda haces? ¡Se va a casar!

— ¡Qué te calles! —Tuvo el atrevimiento de jalarme hacia un rincón—. No la puedo detener. Ya está grande, Yaco es un buen tipo, ¿qué pretexto le pongo? ¿Qué estoy esperando que el par de tarados de mis amigos decidan romper su palabra y finalmente decir que la aman? No, Bruno. Ya no puedo hacer nada.

—Necesito hablar con ella.

— ¡No, Bruno! No le cagues la fiesta. Yo se las entregue envuelta en celofán, ustedes la dejaron ir, fin de la historia.

Antes de que pudiera discutir, me hizo una seña. Ahí estaba, de blanco, brillando.

— ¡Oh, cielos! Se va a casar.

No me di cuenta de que había hablado en voz alta, hasta que Kurt contestó—: —Lo siento, Bruno.

Me acerque con pasos lentos, no lo quería creer, no lo podía creer.

—Antes que nada, quiero decir que me obligaron a venir, yo no quería venir.

Me dio un manotazo en el brazo desatando la locura en mi cuerpo. ¿Por qué me hacía eso? La amaba tanto que ya resultaba un martirio.

—Tu prometido es un hombre afortunado, luces increíble.

Era verdad. La belleza clásica de su madre más el toque natural de ella misma la convertían en una diosa, una sirena fuera de este mundo. Sus mejillas se colorearon y el deseo innatural que sentía por ella se acrecentó.

—Tonto —me abrazó, levanto los talones y me dio un ligero beso en los labios, un toque que casi me noquea, fue instinto el que me hizo retroceder.

— ¡No! —grité sin pensarlo. El dolor en sus ojos fue devastador, ¡mierda! — Méri...

—Gracias por venir, Bruno. Diviértete. —Dio la media vuelta dejándome consumiéndome en las llamas del infierno.

## Luca

Nos miramos desde lejos. La gente a nuestro alrededor solo iba a ver la coraza con la que nos protegíamos desde hacía años. Todo parecía estar bien, solo nosotros tres sabíamos el dolor que nos consumía.

La vi acompañada, un pobre imbécil que no sabía el hoyo negro que era Sophie. No sentí celos, ni siquiera enojo. Había hecho bien en buscar calor en otra piel, yo había hecho lo mismo, Bruno también. Necesitábamos que alguien cuidara las profundas heridas que carcomían nuestro ser. Pero de eso, a casarse, había una gran diferencia. Si Sophie prometía estar solo con él, mi hermano y yo estábamos fuera de la ecuación, para siempre.

Mi cuerpo empezó a experimentar los cambios químicos que producían su cercanía. Empecé a sudar, a desear, y por mucho que lo odiara, también a amar. Porque, aunque lo negara, la amaba con todo mí ser. Por más que intenté odiarla, sacarla de mi sistema, Sophie era parte de mí ser, corría en mi sangre, era ella en mí mismo, era... tan sólo ella.

La pared que nos separaba empezó a desmoronarse cuando soltó la mano de su prometido y dio un paso en mi dirección.

— ¿Qué diablos haces? No lo hagas.

Me solté del agarre de Bruno de un solo movimiento.

— ¡Déjame en paz, Bruno!

— ¡No!

Sophie se detuvo al verme discutir con el imbécil de mi hermano. ¡Lo iba a matar!

—Bruno suéltame o te juro...

— ¡Te juro nada! Has tenido tu oportunidad una y otra vez, y la has desperdiciado una y otra vez. ¿Qué crees que va a pasar? ¿Qué le vas a decir? ¡Que te vas a dejar de egoísmo y vas a aceptar que la amo, y que me ama! Porque te guste o no, Sophie también me quiere a mí.

No pude contestar porque no sabía la respuesta.

—Ahí lo tienes. No te le acerques, esta es mi oportunidad.

Y me dejó ahí, parado como un imbécil, sin palabras y deseando tener el coraje de reclamar lo que era mío por derecho de antigüedad.



Lo vi a mi alrededor como lo que era, un Lobo acechando a su presa. Le di su oportunidad cuando me dirigí a la cava, no la dejó ir, en cuanto estuve fuera de la vista atacó.

—Mérida...

¡Oh, dioses! Esto era un grave, gravísimo error. Este hombre lamiéndose los labios y usando esos dulces ojos eran, era... Mi cerebro hizo un valiente esfuerzo y se enfocó en recordarme cual era el plan. Pero él era un Lobo, bello y... sonriendo. En realidad, él sonreía mientras yo no podía coordinar mis ideas, ¡maldito Bruno! Di la media vuelta avergonzada de mi misma, cuando sus brazos fuertes, suaves, y condenadamente deliciosos me atraparon por la cintura, me dio la vuelta despacio, respirando cerca de mi piel. Solo hasta que estuvimos cara a cara me atreví a abrir los ojos, aturdida y maravillada y con el corazón dando vueltas en mi pecho, mis entrañas se contrajeron cuando el dulce de sus ojos me miró dominando todo mi ser, lo sentí entre mis piernas, entre mi alma, entre todo mi ser, fue inevitable el jadeo que escapó de mi boca. Seguí detenidamente el camino de su lengua a través de su labio inferior, yo quería que esa lengua me acariciara, que esos labios me besaran. Mis ya endurecidos pezones se restregaron en su pecho buscando su atención, que los besara y apretara entre sus dedos para que el rayo de placer corriera directamente hasta mi núcleo y acabara finalmente con esta tortura.

—Pídelo —murmuró cerca, muy cerca de mi boca. Su aliento se encontró con el mío a medio camino, sus labios atraparon a los míos, su lengua acarició a la mía, el bendito beso que soñé durante meses supo a gloria, a bendición, a lo que sabe el verdadero amor.

—Eres mía, Sophie. ¿Qué crees que haces?

Fue lo primero que dijo cuando sus labios se separaron de los míos.

—Sabes qué Bruno. No tienes ningún derecho a preguntar nada, tu no tuviste el valor para ser solo mío.

— ¡¿Solo tuyo?! Carajo Sophie, ¿Y de quién demonios crees que soy?

Me tomó por los brazos y me estampó contra la pared, las paredes de la cava resonaron. Por un segundo pude sentir la rabia, la fuerza, mordió sus labios para contenerse tan fuerte que la sangre no tardó en aparecer. Mi cuerpo se quiso acercar a él por instinto, el Lobo no lo permitió, apretó todavía más mis brazos urgiéndome a no mover. Con lascivas respiraciones nos contuvimos, él observando el dolor en mi mirada, yo perdida en el animal herido que me tenía atrapada.

— ¿Por qué me haces esto? —Demandó antes de darse por vencido y caer a mis pies. Con besos marcados de sangre subió mi vestido y reclamó cada centímetro de mi cuerpo.

—Soy tuyo, Sophie, solo tuyo.

Yaco y todo lo bueno se podían ir al cielo, mi lugar estaba en el infierno junto a este animal herido... y si los dioses me ayudaban, con su hermano.

## Luca

No es que los siguiera <<solo quiero cruzar dos palabras con mi hermano>>, me mentí a mí mismo. La verdad era que una pequeña llama de esperanza se prendió cuando vi como Bruno la acorralaba hasta encerrarla en la cava de la finca. Un lugar que pocas veces era visitada por Sophie, era la única persona que conocía que no disfrutaba de un buen vino. Solo por educación vigile la entrada, por adentro, no quería que se vieran interrumpidos, algo me decía que Bruno podía hacerla entrar en razón.

— ¿Por qué me haces esto?...

Los gritos fueron reemplazados por jadeos, ruegos de deseo, Bruno amaba a Sophie sin duda, nunca había escuchado a mi hermano tan cansado de luchar.

Su corazón estaba cansado de negarse, era suficiente, se escuchaba en la súplica.

Con un voyerismo muy impropio de mí, me fui acercando hasta el centro de la cava donde se encontraban, me escondí como un cobarde atrás de uno de los finos gabinetes y respiré el polvo añejo del vino mientras veía a Bruno lamer con sangre los pies, las piernas, la cadera, el pecho, el sexo de la mujer que amaba. Con envidia vi el ruego de Sophie en sus ojos para que Bruno la poseyera.

Ahí se agotó mi dominio. La perdí.

— ¡Maldita sea! ¡Maldita isla! ¡Maldita mujer! —siseé con el corazón a punto de estallar. Di la media vuelta, y me dirigí a despedirme de mi madre. No podía estar un minuto más en esta tierra. Me hacía daño estar cerca de ella.

—Madre.

A mi madre se le desencajo la sonrisa al ver mi expresión. No solo nos hacíamos daño entre nosotros, también se lo hacíamos a nuestros seres queridos.

— ¡Oh, cariño!

—Lo mejor es que me vaya.

—Pero... es...

—Mujer, si se quiere ir, se va —Jasón palmeó mi hombro con comprensión—. Owen tiene un helicóptero listo para usar, o puedes usar una de las lanchas. Como tú decidas. No te preocupes por tu equipaje, yo te lo hago llegar.

Me dolía dejar a mis padres, nunca lográbamos estar los siete juntos, esta era la primera vez desde la hacía meses que tenían a sus cuatro hijos juntos.

—Lo siento, madre.

Le di un beso en la mejilla a Diana, agradecí en un murmullo la comprensión de Jasón, y me dirigí al helipuerto.

—Luca.

Alexander Northman, uno de los pocos hombres que verdaderamente odiaba, me esperaba

recargado en la puerta trasera de la finca.

—Alex. — ¡Al diablo con ese hombre! ¡Él y toda su familia se podían ir al infierno! Pasé de largo sin detenerme a su lado—. ¿A dónde vas? La habitación de Sophie está subiendo las escaleras.

¡Ya basta! Ya no era un mocoso para aceptar sus perradas.

—Sabes qué, Alex. ¡Vete a la mierda!

No se inmuto por mis palabras, ni falta que hacía. Él sabía bien que lo odiaba.

Asintió con una mueca antes de decir—: Vaya, el niño ya creció. —Mis puños se cerraron, mis padres se iban a morir de vergüenza, pero no tenía otra opción, ¡le iba romper la cara! Mi sangre bullía por la necesidad de matarlo. Justo antes de que me fuera contra él, dijo algo que congeló mi sangre—: Antes de que te vayas, ve a despedirte de Sophie. No es de buena educación dejar a la mujer que amas, en los brazos de otro hombre.

Dio un paso en mi dirección. Si a mí me costaba respirar, a él le estaba costando el doble.

—Si te vas, Sophie se va a casar con ese pobre infeliz. Vas a ser el causante de que mi hija sea una mujer infeliz. Sube, y hazla entrar en razón... Por favor.

—No entiendo, Alex. ¿Por qué ahora? —Esa familia me iba a volver loco—. ¿Por qué no me dejaste estar con ella cuando paso aquello?

Me pudo evitar mucho dolor, y a su propia hija.

—Porque en ese tiempo eran unos niños. Ahora son un trío de adultos a punto de cometer un gran error.

Llegué a la habitación de Sophie antes de que mi corazón volviera a latir. No sé qué mosquito tropical le había picado a Alex, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de estar cinco minutos a solas con ella. Bruno ya la tenía, yo también la quería tener, perderla para siempre era... ¡No, no la podía perder!

Pegué la frente a su puerta. Necesitaba un plan, con Sophie siempre era mejor llegar con un plan. No hubo oportunidad de pensar nada, la puerta se abrió de repente.

—Vaya, vaya, vaya... la fiesta se está poniendo interesante. —Viri sonrió e hizo un guiño antes de cerrar la puerta de la habitación—. Escúchame bien, Luca Gardner. No me gusta ver sufrir a mi hermana, te amarras las pelotas y haces que te acepte, o mejor te vas por donde viniste y dejas que solo Bruno la haga feliz.

—Dame permiso, Viridiana.

Una chispa de diversión brillo en sus ojos, esa mujer era rara. Acercó sus labios a los míos y dejó un beso fraternal en ellos.

—Ve por ella, tiburoncín.

## Luca

—Viri, ya te dije que estoy bien. Déjame sola por favor.

Se dejó caer en la cama usando solo ropa interior, ya no usaba el vestido blanco, la intervención de mi hermano hizo efecto. Era un hecho que no se casaba, ahora era mi turno de convencerla para que me aceptara.

Mi peso al subir a la cama la hundió en el colchón. Besé uno de sus hombros, su cuello...

—Bruno, tengo que ir con Yaco, tengo que hablar con él.

Le di una mordida ahí donde mis dientes la marcaron de por vida. ¡Ella era mía! Inmediatamente supo quién era, salió de mi abrazo y se levantó furiosa. Ni así se desvaneció la satisfacción que Bruno dejó en ella.

— ¿Qué haces? ¿Ahora qué? ¡Eres un maldito infeliz!

Como ametralladora, esto no pintaba bien. Tal vez con Bruno creía tener suficiente, pero no, no era suficiente.

—Tú tienes la culpa.

— ¡Yo! ¡¿Yo?!

— ¡Si, tu! Tu eres la que me dejó sin corazón, la que me da la vida y me la quita ¿Qué se supone que voy a hacer?

No había otro camino que el de la verdad.

— No sé, ir con la desamparada Jane — ¡Mierda! La princesa podía ser cruel—. Ella te necesita, yo no, yo soy autosuficiente y no necesito de nadie, ¿recuerdas?

¡Putas paredes de papel!

—Te amo, Sophie.

—No, Luca. Tu amas la idea de una mujer que necesite de ti, que te regrese a la década de los cincuentas y te espere con un Martini cuando llegues a casa. Yo estoy tan lejos de eso, Luca, que lo único que tenemos en común esa mujer imaginaria y yo, es el infierno entre las piernas.

—No digas tonteras.

— ¡Ah, y ahora también soy tonta!

Bruno la dejó satisfecha, pero no de buen humor.

—Yo nunca he sido nada por ti, Luca, solo he sido la Princesa con la que coger de vez en cuando.

— ¡Por supuesto que no! Tú eres todo para mí. Tengo todos estos sentimientos revoloteando en mi pecho desde que éramos unos niños... Destruyéndome, matándome poco a poco. Y tú nunca hiciste nada, solo disfrutar de mi sufrimiento.

— ¡Yo no disfrute nada, idiota! ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Ponerme un cartel en la frente pidiendo tu auxilio?

—Una palabra, Sophie. Solo necesitaba un par de palabras tuyas... algo.

— ¡Idiota!

Nuestras respiraciones eran dolorosas... Hasta que me dejo acerca y me vio directamente a los ojos. Pude ver a mis hijos, a mis nietos.

—Te he amado por siempre, Luca. Te amé cuándo estaba sola, cuando estaba con alguien cuando estoy con Bruno. Te he amado cada segundo de cada día, desde el día que me abrazaste y me besaste por primera vez. ¡Eres un imbécil!

—Princesa. —Poco a poco se dejó ir, me permitió tocarla, abrazarla, acariciarla—. Te amo. Nunca he amado a nadie más. Eres mi Princesa.

—Estoy con Bruno. —aseguró con mirada fuerte y firme. Nadie tenía la mirada como Sophie, era penetrante, era ganadora.

—Lo sé.

—Y no me voy a casar con nadie.

—Por supuesto que no. ¿Quién se querría casar contigo? —Sus brazos me abrazaron poco a poco, aunque firmes como pocos—. Sophie, júrame que siempre me vas a querer.

“Eres una retorcida”, fue lo que dijeron cuando se enteraron de mi pequeño plan y de la ayuda de Yaco. Mi primo era bi, era una persona que creía firmemente en amar sin importar el género, por eso es que nos llevábamos tan bien, porque creíamos en lo mismo. En solo amar.

Él fue el que me dio la idea: “haz algo, que ellos sepan que nunca harías”. Casarme, esta Princesa nunca se iba a casar.

Me lo dijo Kaira un millón de veces, “Sé fiel a ti misma”. Amar, honrar y proteger lo que uno cree, es más difícil de lo que me imaginaba, sobre todo porque el corazón tiene muchos colores, olores, y sabores. Nunca iba a dejar a Luca y a Bruno, porque simplemente los quería, eran mi alfa y omega, eran mi todo.

No hay nada más maravilloso que la libertad, la libertad de amar y de ser amada, bajo los principios de lo que uno cree, y no bajo los estándares de lo que la sociedad impone. No se requiere esfuerzo, sale de manera natural, completamente natural.

Nos mantuvimos firmes en nuestro criterio y en nuestro derecho de ser independientes de los demás; no bodas, no contratos que estipularan que yo era de ellos, y ellos eran míos. Nosotros éramos conscientes de que así era, y no había que convencer a nadie más. El compromiso era entre nosotros y de nadie más, eso era más que un matrimonio. Mis padres lo aplaudieron, los de ellos no tanto, ¿qué se le iba a hacer?

Cerramos ese acuerdo con un par de mordidas para que el acuerdo fuera sellado con sangre, no había tinta más fuerte que esa. Nada tenía que ver con nuestro corazón, yo tenía el de ellos, ellos tenían el mío, con eso era más que suficiente.

El gen posesivo de Luca, era distraído. Yo siempre supe que era dueña de su corazón, la falla consistió en que él nunca se sintió seguro del mío, gustosa iba a pasar la vida corrigiendo ese error.

Con Bruno fue más sencillo, el Lobo siempre fue más fácil, él acepto que tenía su corazón bajo llave junto al de su hermano, con él no eran necesarias las palabras, él solo necesitaba que se lo demostraras, encantada lo hacía siempre que se requería.

¿Qué se le iba a hacer? Aunque pertenecían a la misma mano, Bruno y Luca eran diferentes dedos. Y yo adoraba esos dedos.

Alguien le puso la etiqueta de ‘relación abierta’, yo no le llamo así, yo le llamo un amor sin mentiras, ni rencores, libre... simplemente amor.

¡GRACIAS, MUCHAS GRACIAS POR LEER!

Si te gusto Sophie...

Por favor considera dejar una reseña, comentario o carita feliz.

Como lector tienes el poder de elevar mi trabajo, sobre todo porque soy una autora Indie. Si tienes tiempo, mi página en Amazon te espera, además que siempre es un gusto saber de ti.

Gracias, otra vez por leer a “Sophie”, y pasar tu tiempo conmigo. Para mí, es un honor.

No te pierdas el extracto de “El Juego: Yo”

# Viri

## Simplemente Amor

Sophie lucía preciosa con esa panza a punto de explotar cubierta con la leyenda “Porn Queen”.

— ¿Quieres una de esas? —preguntó Gordon a mis espaldas.

— ¿La blusa? Ya tengo una. La mía dice: “Kiss my ass”.

Antes de que me alejara de él, me detuvo por la cintura. El contacto en público entre nosotros estaba prohibido, mi respiración se agitó inmediatamente, esto estaba mal, muy mal. Con una mano en la cintura restringió cualquier movimiento de mi parte, con la otra acariciaba mi trasero de arriba abajo y de regreso. Si mis padres lo veían... si Kurt lo veía...

—Con gusto, Viri. Te puedo besar ese succulento trasero cuando tu mandes... ya lo he hecho.

Me dio una nalgada que llegó hasta el hueso, el sonido fue ensombrecido por la carcajada de mi hermana y Bruno, con ellos todo era felicidad. Y Gordon lo sabía, todo lo tenía controlado, incluso cuando dar una buena nalgada.

Próximamente...



# Agradecimiento especial

A Papá Dios.

Por mandarme a este mundo en el tiempo y lugar exacto. Por regalarme la libertad de escribir, leer, querer, e incluso maldecir lo que yo quiera. Y por concederme el súper poder, el más poderoso de todos, el poder de decisión.

Soy una mujer bendecida, muchas gracias.

# Agradecimientos

Me reservo nombres porque seguro se me pasa alguien. He tenido la suerte de conocer a gente grandiosa que me ha ayudado y apoyado a ojos cerrados y confianza ciega. ¡Muchas gracias!

A mis Consentidas, a mis Fénix, a mis Golosas, a mi Equipo de Administración, Edición, Prensa, Diseño, Distribución, a Giselle Pereira por dejarme usar su belleza como portada.

Para todas ustedes solo hay agradecimiento en mi corazón, son lo mejor de este camino. Espero seguir contando con el placer de su compañía y amistad. ¡Muchísimas gracias por todo!

Es un verdadero placer escribir para Ustedes.

Oh, ya ven como siempre olvido a alguien...

Y a Kaira, Owen, y Alex por regresar a mi imaginación y prestarme a sus hijos.

Si te gusto Sophie, te recomiendo los siguientes títulos de la Autora.

Disponibles a la compra YA

Mis Hombres

∞∞∞∞

Atrapada

∞∞∞∞

No te pierdas la historia de

Owen, Kaira, y Alex

El Juego

El Juego: Yo

El Juego: Tú y Él

El Juego: Nosotros.

Visita

[www.azmincangar.com](http://www.azmincangar.com)

Para nuevos lanzamientos, acceso a exclusivas ofertas y mucho más.

Otras maneras de estar en contacto:

azmincangar@gmail.com

Facebook.com/Julia.Cangar

facebook.com/azmindayagatha

@AzminCan

About.me/Azminda.cangar

www.pinterest.com/azmindacangar

[google.com/+AzminCangar25](https://www.google.com/+AzminCangar25)

[www.goodreads.com/author/show/7307761.Azminda\\_Cangar](https://www.goodreads.com/author/show/7307761.Azminda_Cangar)

-

[Azminda Cangar te invita](#)

[facebook.com/groups/710702289008485/](https://facebook.com/groups/710702289008485/)

El

Juego

Yo

1

—Mire Kaira. ¿Le puedo llamar Kaira?

—Adelante Señor.

Charles Carter no había parado de juzgarme desde el momento que entré a su oficina. Todos los empresarios con cuentas más grandes que el sol que conocía eran así; Con esa aura de superioridad que solo se adquiere cuando tu cuenta bancaria tiene más de ocho dígitos.

—Vamos a ser claros. No creo que haya problema con su currículum. Habla cinco idiomas. Voy a pasar por alto, su poca experiencia. Viene bien recomendada y por las funciones del puesto, podemos pasar por alto la experiencia.

¡Gracias Dioses! Necesitaba este trabajo con urgencia.

Hice todo lo posible para que no olfateara mi miedo y levante todavía más el mentón.

—Pero es usted guapa y soltera. Necesito alguien que no se enrede con mi hijo entre las sabanas.

¡Mierda! No sabía que mi entrevista era con un Dios. ¡Carter era el Dios de los imbéciles!

Soy de estatura baja con tendencia a chaparrita, pero poseía unas curvas de infarto; Gracias al cuerpo provocativo que mi madre me transmitió vía genes, los hombres solían pensar que solo servía para dar placer. Por supuesto, placer para ellos. A mí me había servido para conseguir contactos y esta entrevista. Desafortunadamente el placer no entraba en la lista, a lo más, un par de “amigos” y eran de los que mordisquean suavemente, cuando a mí me gusta fuertecito. Aunque siempre ayudaban a la moral, mi último amigo solía decir: “Eres tan sensual, que causas adicción”. Aunque era un cliché, recordar eso siempre me servía cuando tenía la autoestima baja.

Dejé de soñar para enfocarme en el futuro.

—Permítame contrariarlo señor.

Con énfasis en el señor, porque yo era una dama. O eso sabía él.

—No conozco a su hijo. Y le aseguro que no paso de cama en cama. Además de que no considero que sea de su interés mi vida privada.

El Señor Carter dejó la costosa pluma fuente que sostenía en las manos, y recargó cansadamente su espalda en la silla. Por un momento perdió el aura de poderío y se le llenaron los ojos de preocupación. Seguro “Junior” era todo un caso.

—En el caso de mi hijo, sí. Lamento si la ofendí, pero necesito ser claro. Si usted acepta firmar un documento donde acepte que no va a dormir con mi hijo. Puede darse por contratada.

¡Carajo! Pobre Carter Junior ¡con ese papá! o tal vez era al revés, tal vez el papá era el problema. Cualquiera que fuera el caso, sentía que me estaba metiendo en una familia tipo “Adams”; Todos locos y pudriéndose en dinero.

—No tengo ningún problema en firmar cualquier documento referente a su hijo, aunque está de más. Si lee mi currículum, se podrá dar cuenta que mis responsabilidades son grandes y no puedo, pero sobretodo ¡no quiero! darme el lujo de dormir con su hijo. Prefiero cumplir con mi trabajo.

Eso le sacó una sonrisa.

—Por sus responsabilidades es que le estoy dando el beneficio de la duda. Y por la investigación que he hecho, sé que me dice la verdad, no pasa de cama en cama y cumple con sus responsabilidades.

¡Me mando investigar! Me tragué el orgullo y sonreí recordando a toda su familia.

—Baje al tercer piso y pida hablar con el licenciado Márquez. Él le va a dar la documentación necesaria: Acuerdo de confidencialidad, con la cláusula “no dormir con mi hijo” y su contrato.

Sin más se levantó y me ofreció la mano.

—Espero que cumpla su parte Kaira.

—No se preocupe señor. Le aseguro que puedo resistirme al adonis de su hijo.

Otra sonrisa. El señor Carter en su juventud debió de ser un verdadero adonis. Con esos ojos y

esa sonrisa, podía olvidarme del hijo y meterme en la cama del padre.

Cincuenta y cinco minutos y Carter Junior no aparecía. Cuando me explicaron que él trabajaba desde casa no lo creí, aun cuando fueran “juniors”, la mayoría de los herederos iban a una oficina —a perder el tiempo o por apariencia—, este no le interesaba ni eso.

En la recepción del moderno edificio me hicieron una inspección detallada. Hablaron con Carter padre y poco faltó que me hicieran rayos X para que me dieran la tarjetita que me permitía entrar al mundo de los ricos y poderosos. Después de que revisarán todos mis antecedentes —penales y no penales— y que la seguridad del grupo Carter diera luz verde, me dirigí al elevador que me llevaba directo al penthouse de mi nuevo jefe. Con todos los nervios del primer día reajusté el vestido amarillo pálido de la suerte y apreté el único botón.

Cuando se abrieron las puertas me esperaba un hombre afroamericano perfectamente vestido; Un traje de tres piezas color negro acompañado de un reloj de cadena de oro, una joya que a simple vista evidenciaba que valía más que todo el dinero que había ganado en mi vida y el único color que se le veía. Le calcule unos setenta y cinco años y aunque se le veía cansado, se erguía con orgullo.

No me devolvió la sonrisa, solo hizo una pequeña reverencia con la cabeza y detuvo las puertas hasta que pasé.

—Soy Kaira Jones.

Extendí mi mano y se la ofrecí. La vio como si tuviera siete dedos en vez de cinco, finalmente la tomó entre la suya y con un fuerte apretón se presentó.

—Un placer señorita Jones. Yo soy el señor Gamble, el mayordomo del joven Carter.

No solté la carcajada, porque el señor Gamble dijo “mayordomo” con mucho orgullo. ¿Mayordomo? ¿Quién tiene mayordomo en estos tiempos? Esto parecía cada vez más extraño.

—El joven Carter se encuentra ocupado en estos momentos. Pero dio la indicación de que se sintiera libre de conocer el penthouse.

Asentí y me dejé llevar. Al abrirse las puertas del elevador, entré a un mundo completamente diferente al mío. El penthouse contaba con todos los ventanales de Chicago, no había paredes, solo cristales y cristales que permitían ver la majestuosidad de la ciudad y el lago Michigan. Una serie de puertas francesas de piso a techo que rodeaban el penthouse te daban acceso a la gran terraza que rodeaba el penthouse. La luminosidad y la decoración minimalista, te hacían sentir en el cielo. Solo la magnífica chimenea cubierta de fotografías te hacía saber que seguías en la tierra.

Si te adentrabas un poco más, te encontrabas con una cocina completa y dos cuartos de baño forrados en granito color arena, el penthouse contaba con una zona de comedor amplísima, piscina, gimnasio y la cancha de baloncesto. Eso es lo único que logré ver en los veinte minutos que anduve divagando aquí y allá. Gamble, me dejó sola en cuanto me indicó que revisara la casa y me ofreciera una bebida, me negué, ahora me arrepentía, tenía sed y ya me había cansado de ver el lago Michigan.

Lo único bueno de la espera, es que logré tranquilizar mi corazón. Desde que había amanecido,

sentía que mi corazón se salía del pecho, se lo atribuí a lo nuevo, siempre que iniciaba un trabajo mis nervios se disparaban, ahora me sentía mucho más tranquila. También me dio tiempo a calcular tiempos, el edificio se encontraba en el corazón de Chicago y a treinta minutos a pie del departamento de Elena, eso me facilitaba la vida.

Miré las escaleras por millonésima vez, no me había atrevido a subir. Solo esperaba que “Junior” me regalara cinco minutos de su jodido tiempo y se dignara a aparecer.

Finalmente oí pasos y le di la razón a Carter padre. Su hijo era un verdadero adonis, un poquito mayorcito para que papá le contratara el personal, pero un jodido adonis, temí quedar embarazada con solo verlo.

Sin camisa y con unos pantalones de franela blancos a la cadera, era la mismísima imagen de un orgasmo andante. Abdomen bien definido, con una delicada capa de vello que no alcanzaba a ensombrecer la magnificencia de sus músculos. El cabello descuidado y suficientemente largo para que le cubriera los ojos, lo hacía ver todavía más apetecible. Tenía la altura perfecta para mí, más o menos uno ochenta, tranquilamente podía enterrar mi cara en su pecho y perderme ahí por un buen rato.

Lo que freno mi instinto animal, fue el aura de poderío que lo rodeaba, era todavía más poderoso que el de su padre. Hizo que mi corazón se volviera a desbocar con solo verlo.

Me levanté torpemente, lo que menos deseaba era dejar una mancha de mi excitación en la cuidada tapicería de piel. Tenía mucho tiempo de no sentir esta excitación, era refrescante.

Con pasos ágiles y una sonrisa burlona se acercó.

—Mmm, mi padre y sus tácticas. Tu antecesora tenía mínimo cincuenta años y no era nada bonita.

¿Cómo? ¡Yo no llegaba a los treinta! Aunque chaparrita, con unos buenos tacones lograba llegar a un deseado metro sesenta y cinco, un poco pasada de pálida, pero eso me daba un aire sofisticado, o eso quería creer. Cabello castaño y lacio, ojos verdes y una sonrisa que derretía corazones. Junior aparte de impuntual, ¡ciego! ¡Yo era una belleza!

Me tomó de la mano y entrelazo nuestros dedos de una manera muy íntima.

— ¿Vamos?

Me jaló rumbo a las escaleras. No avancé y eso hizo que me estampara con su abdomen.

¡Dios! Olía exquisito, era una mezcla de limpio y sexo. Todos los pensamientos sucios que estaban bajo llave desde hacía seis años en la caja fuerte de mi cabeza, salieron y vieron la luz. Empeoraron cuando finalmente lo vi a los ojos. Eran de un azul muy... azul. El aro negro que los enmarcaban solo los hacía ver más profundos, más oscuros. Tenía una cara angelical, aunque la sonrisa era de un diablillo.

Como pude y roja hasta la coronilla, logré balbucear:

— ¿La oficina está arriba?

El orgasmo andante río y asintió.

—Sí, mi oficina está arriba.

No me gusto el tono que uso para “oficina”, aun así, lo seguí dócilmente. La mano me empezó a sudar e intenté retirarla.

—No... Me gusta húmeda.

¡La madre que lo parió! Su forma de acentuar "húmeda", hizo que me humedeciera toditita. Su voz era profunda, con un dije de burla en ella.

Dejé mi mano entre la suya y lo seguí escaleras arriba. El segundo piso no era diferente al primero. Minimalista, con grandes ventanales, pero a diferencia de la primera planta, solo encontrabas una serie de puertas color negro. Lo que más me llamo la atención, fue una serie de fotografías en blanco y negro. Eran fotografías de cuerpos... cuerpos desnudos. Eran eróticas, artísticas y elegantes. Un trabajo muy profesional.

Al final del pasillo abrió una puerta. Dejó ir mi mano, aunque su toque perduro en mi piel hasta fundirse en mis venas. Con un gesto exageradamente caballeroso, me hizo pasar.

Sexo. La habitación gritaba sexo por todos los rincones. Un par de sillones hechos para coger en color negro. Una cama extra grande con dosel cubierta de velos blancos, cojines regados en todas partes y un ventanal enorme sin protección. Listo para dar espectáculo gratis a todo Chicago. Y como accesorio final; Una rubia, atada de pies y manos en medio de la cama, desnuda y con los ojos vendados, lista para recibir.

Mi instinto no me había mentido. Estaba trabajando para la familia Adams. Y parecía que era perfecta para el trabajo, porque en vez de salir corriendo, empecé a sentir que la excitación de mi pecho bajaba corriendo a mis partes íntimas. Mi pobre corazoncito bombeaba a marchas forzadas, mi pecho subía y bajaba con rapidez mientras trataba de encontrar una solución a mi problema. Bien podía fornicar con el orgasmo andante como bestias en brama y quedarme sin trabajo en mi primera hora de trabajo. O privarme del placer que se respiraba en el ambiente y cumplir mi contrato.

Dos segundos bastaron para reacomodar mis prioridades. Necesitaba con urgencia un buen revolcón, sudar, sentirme deseada, porque excitada, chin—chin ¡listo! ¡Uf! Realmente lo necesitaba. Pero mis responsabilidades dieron un paso adelante.

—Me temo que hay una equivocación. Me contrataron para ser su asistente, no para...

Hice una señal con la mano para mostrar la habitación y evitarme la pena de decir lo que deseaba y no podía tener.

—Si me indica donde está la oficina, yo me puedo poner a trabajar y usted puede seguir...

Volví a obviar mis deseos. Y di un paso fuera de la habitación.

Él no se inmutó. Caminó hacia la cama, con un solo movimiento se quitó el pantalón, se acomodó un condón y sin preámbulo, penetró salvajemente a la mujer que lo esperaba pacientemente. “¡Suertuda!” gritó mi vientre, mientras los observaba sin poder moverme. Bombeaba en el interior de la rubia sin descanso, los jadeos, gemidos, gritos que salían de sus bocas eran todavía más estimulantes.



Mi humedad empezaba peligrosamente a gotear. Sentía todo el cuerpo caliente, deseoso de ser parte de las atenciones que le estaba brindando a la rubia. Me mojé los labios intentando apagar el fuego que me estaba consumiendo. En ese momento el volteó y con un simple movimiento de cabeza me indicó que me acercara.

Dudosa, muy dudosa di un paso atrás. Y con una gran bocanada de aire, detuve mi cuerpo para que no saltara sobre ellos. Me puse en acción y traté de abrir las puertas, alguna tenía que ser la oficina.

Lo que encontré, fueron tres puertas cerradas bajo llave, pero eso no detuvo a mi imaginación, ella imaginaba habitaciones perfectamente bien adaptadas para coger como dementes, eso fue lo único que mi cabeza razonaba; Coger, regresar y desvestirme, unirme a la rubia y dejar que mi cuerpo le sirviera en algo al orgasmo andante...

Dejé de fantasear cuando encontré la habitación principal. Amplia, con un fuerte olor a madera y perfectamente ordenada, me dio la impresión de que Junior no pasaba mucho tiempo en su habitación. Fue hasta el otro extremo del pasillo donde encontré la oficina.

Empecé a dar pequeños brinquitos en cuanto cerré la puerta atrás de mí. La oficina era el sueño de cualquiera; amplia, con grandes ventanales, las únicas dos paredes cubiertas de piedra, muebles y equipo de última generación, pero lo mejor de todo, es que estaba vacía. Sin papeles o libros que indicaran que Junior pasaba por ahí.

Dejé salir un gemido de puritito éxtasis. Era la oficina de mis sueños. Dejé mi bolsa y laptop en el escritorio que era en forma de semicírculo —justo como me gustaba—, y me dirigí a la puerta que se encontraban al fondo. Al abrir la puerta, me encontré con otra habitación, más pequeña que las anteriores, pero lo suficientemente grande para incluir una cama King. En esta casa había encontrado más superficies para coger, que dientes en mi boca.

Vague por la habitación con pericia. El orgasmo andante estaba ocupado y yo no tenía nada que hacer, excepto imaginarme lo que le estaba haciendo a la rubia.

Después de revisar el precioso y amplio baño cubierto en mármol blanco, salí de la habitación. El orgasmo andante me esperaba recargado en el escritorio fisgoneando en mi bolso.

— ¡Ey!

Me acerqué al escritorio y le arrebaté mi bolso de las manos.

— ¿¿Qué diablos crees que haces?! ¿Quién carajos te crees?

¡Imbécil! El orgasmo andante era un verdadero imbécil. Y cínico. El muy cínico se estaba riendo de mí ¡en mí cara!

—Ah, ya entiendo. Tú tienes todo el derecho de revisar cada habitación de mi casa, pero yo no tengo derecho a revisar ese pequeño bolso.

— ¡Exacto!

Contesté lívida. No me acosté con él y de todos modos iba a perder mi trabajo.

Dejó salir de su precioso y torneado pecho una carcajada. ¡Dios! Estaba como para ahogarse en él.

—Muy bien. Me parece bien.

Se sentó en el único sillón que tenía la oficina. Un amplio y mullido sillón de tres plazas forrado en piel blanca.

—Te voy a explicar las reglas y tú las sigues. Si no estás de acuerdo, puedes ir con mi papi y pedir tu liquidación.

Me senté tras el escritorio y prendí mi laptop.

—Supongo que firmaste el contrato de confidencialidad.

—Por supuesto.

Asintió y se acomodó exactamente en medio del sillón. Abriendo exageradamente las piernas, en una clara invitación. Mi mente viajó y se trasladó en medio de sus piernas, justo en el bulto que sobresalía. Un ancho y largo bulto...

Me mojé los labios y me centré en la pantalla. Si seguía por ese camino, solo iba a ver bultos donde volteara.

—Bien. Primero: Esta es mi casa y puedo hacer lo que me venga en gana. Nadie me dice si está bien o mal.

Me pareció justo ¿Quién diablos era yo para decirle qué hacer o cómo vivir?

—Segundo: Duermo hasta tarde, todo puede esperar hasta medio día. Si necesitas algo, le hablas a mi abogado, no me molestes antes de las doce.

Ya empezaban los problemas.

—Y tercero: Nuestra convivencia sería más fácil; si te acercas, te pones de rodillas y haces todo lo que se está imaginando esa linda cabecita.

¡Junior podía leer la mente! El tono de su voz y la mirada invitaban a no salir de su entrepierna por lo que duraba del día, que digo del día, ¡del año entero!

Tomando aire me envalentoné. Ahora venía la mía.

—Me parece justo lo primero. De ninguna manera voy a interferir con su... estilo de vida. Lo segundo nos puede crear problemas. Mi contrato dice que trabajo de nueve a cinco con una hora de almuerzo. Si usted empieza a trabajar a las doce, solo vamos a poder trabajar un par de horas.

—Podemos cambiar tu horario, llegas a las doce y te vas a las ocho, nueve, o no te vas.

Me dijo con una sonrisa.

—Me temo que eso no es posible, a las cinco salgo de aquí. Ni un minuto menos, ni uno más.

El muy imbécil se volvió a burlar de mí, asintió con una sonrisa que decía “ya veremos”. Pues sí, ya veremos. Porque si creía que iba a ceder en eso, estaba muy equivocado.

—Y tercero; Puede parar con las... sugerencias. De ninguna manera voy a dormir con usted. Yo vengo a trabajar.

Se levantó del sillón y caminó rumbo al escritorio. Lo rodeó y se agachó para quedar entre mis piernas.

Miedo. Me dio miedo; la mirada, la sonrisa, su cuerpo, su andar emanaban peligro y yo estaba a punto de empezar a gritar.

—Vas a terminar bien enterrada entre mis piernas tarde o temprano.

Una afirmación hecha con conocimiento de causa. Solo era cuestión de tiempo.

—Por ahora, solo deja de mojarte los labios. Tienes los labios muy gruesos para ser tradicionales, pero son únicos y perfectos para rodear mi verga. Me tientan a mojarte con los míos y no precisamente la boca.

¡Hijo de... de su lujuriosa madre! Hizo que cada terminal nerviosa de mi cuerpo se estremeciera. Y tenía razón, soy un poco trompuda.

Bajó su cabeza e inhaló aire a la altura de mi entrepierna, levantó la cabeza con una sonrisa, se levantó y se fue.

Cuando llegué a casa estaba exhausta, todo el día era una constante invitación a dejar de pensar y enfocarte a satisfacer el cuerpo. Es extenuante resistirse a lo que se desea.